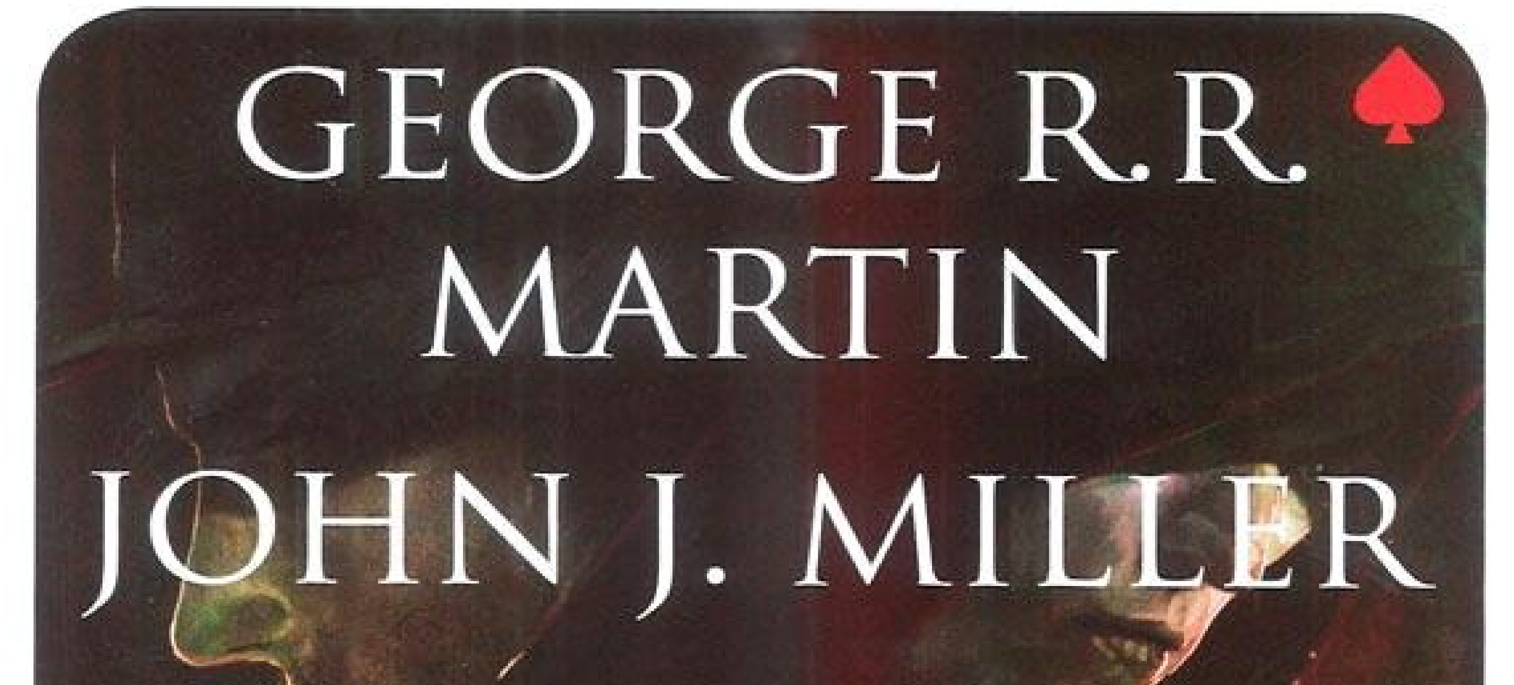

GEORGE R.R.
MARTIN
JOHN J. MILLER


WILD CARDS
LA MANO DEL MUERTO

Chrysalis es la reina de los bajos fondos de Jokertown. Dueña del popularísimo club nocturno El Palacio de Cristal, trafica con información y conoce los peores secretos de ases y jokers de todo el país, y su piel transparente la vuelve tan misteriosa como repulsiva.

El mundo de los metahumanos se cimbra cuando Chrysalis amanece asesinada. Ahora Popinjay, el talentoso e irritante detective privado, y Yeoman, el fugitivo maestro del arco y la flecha, deben averiguar quién mató a la princesa en su palacio. Su investigación se verá obstaculizada por fuerzas oscuras que nos permitirán que salgan a la luz los negocios más lucrativos y los hilos invisibles de la política en Jokertown.

George R. R. Martin & John J. Miller

La mano del muerto

Saga Wild Cards - 7

ePub r1.0
Titivillus 30.09.2017

Título original: *Wild Cards VII: Dead man’s hand*
George R. R. Martin & John J. Miller, 1990
Traducción: Ricardo Vinós
Ilustración de cubierta: Marc Simonetti

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Mary Mertens

Nota del editor

♣ ♦ ♠ ♥

Wild Cards es una obra de ficción ubicada en un mundo completamente imaginario, cuya historia avanza de manera paralela a la nuestra. Los nombres, personajes, lugares e incidentes abordados en Wild Cards son ficticios o fueron usados dentro de una ficción. Cualquier parecido a hechos actuales, lugares o personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia. Por ejemplo, los ensayos, artículos y otros escritos contenidos en esta antología son completamente ficticios, y no existe la intención de implicar a escritores actuales, o afirmar que alguna de esas personas alguna vez escribió, publicó o participó en los ensayos, artículos u otros textos ficticios contenidos en esta antología.

Lunes 18 de julio 1988

♣ ♦ ♠ ♥

5:00 a.m.

LOS ÁRBOLES SE MOVÍAN, PERO NO SOPLABA EL VIENTO

No sabía cuánto tiempo llevaba caminando ni cómo había ido a parar a aquel lugar, pero ahí estaba, él solo, y tenía miedo. Era de noche, la noche más larga y oscura que había conocido jamás. La luz de la luna pintaba el paisaje con sombras de negro y gris, pero la luna se hinchaba de modo obsceno, mientras exhibía los colores de la carne en corrupción. La miró una sola vez y, por un terrible instante, le pareció que palpitaba. Supo que no debía volver a mirarla. Pasara lo que pasara, no debía volver a mirarla.

Caminaba. Sin cesar, caminaba. La hierba gris y rala parecía aferrarse a sus pies descalzos con cada paso, metiendo sus hojas grasientas entre los dedos. Y los árboles se movían. Sin viento, se movían. Ramas largas y crueles, desprovistas de hojas, se retorcían y agitaban a su paso, y le susurraban secretos que no quería conocer. Si se detuviera un momento, podría oírlas con claridad y entenderla. Y a continuación, sin duda, se volvería loco. Caminaba sin cesar.

Bajo aquella luz dulzona y enfermiza que arrojaba la luna, se despertaron cosas que no soportaban ser pensadas. Grandes alas de cuero se batían en el aire y llenaban la noche de olor a podredumbre. Formas esqueléticas de arañas leprosas y putrefactas iban deslizándose entre los árboles, ocultas a la mirada, con las patas haciendo ruidos suaves al avanzar, sin ser vistas pero sin alejarse de él. En una ocasión, un gemido largo y profundo estremeció el paisaje, y aumentó en intensidad hasta que los mismos árboles se quedaron quietos, en silencio, temerosos.

Cuando la sensación de pavor se volvía tan espesa que creyó ahogarse en ella, de pronto vio el quiosco del Metro delante de él.

Se alzaba en medio del bosque, bañado por aquella horrible luz de luna, pero él supo que el quiosco pertenecía a ese lugar. Se echó a correr hacia él, pero avanzaba despacio, como si cada paso tomara una eternidad. Poco a poco fue distinguiendo la boca del quiosco. Ahí estaban los escalones que bajaban a la oscuridad, el barandal desgastado, los signos familiares, como un llamado para volver a casa.

Por fin alcanzó las escaleras, justo cuando sentía que no podía correr más. Se escuchaban ruidos detrás, pero no se atrevía a volver la mirada. Empezó a bajar por

los escalones, aferrando el barandal, con un alivio que le aflojaba el cuerpo. Le pareció que descendía un largo trayecto. A lo lejos se oía un rumor lejano de trenes que cruzaban espacios oscuros, mucho más abajo que él. Seguía descendiendo. Volvió a sentir el sabor del miedo. Los escalones se curvaban en torno a sí mismos, una espiral que se perdía en las profundidades.

De pronto, bastante más abajo de donde él se encontraba, vio a otro pasajero que descendía. Apresuró la marcha, con los pies descalzos resonando sobre los escalones de piedra, bajaba y giraba por la escalera, y lo volvió a ver: un hombre corpulento con un pesado abrigo negro. Trató de llamarlo, pero en aquel lugar no pudo encontrar su voz. Corrió aún más rápido. Siguió corriendo hasta que le sangraron los pies. Los escalones se hacían cada vez más estrechos.

La escalera se abrió de repente y entró a una plataforma larga y estrecha suspendida en una vasta oscuridad, una negrura que se tragaba toda la luz. El otro hombre estaba ahí de pie, en la plataforma. Las proporciones de su cuerpo tenían algo de raro, había un elemento perturbador en su manera de estar ahí, silencioso y encorvado. Entonces se volvió hacia él, y Jay le vio la cara, un cono blanco sin rasgos que en la punta tomaba la forma de un tentáculo rojo y húmedo. Alzó la cabeza y se puso a aullar. Jay gritó…

… y se despertó en una habitación oscura que olía a orines…

—*Maldita sea* —murmuró.

Su corazón sonaba como un baterista de rock enajenado por anfetaminas, su ropa interior estaba empapada en sudor y se había orinado en la cama. Su sueño recurrente había sido de verdad horrendo.

Jay tanteó en busca de la mesita de noche, deslizó las piernas sobre el borde de la cama y se sentó, a esperar que la pesadilla se desvaneciera.

Parecía tan *real*. Pero siempre era así. Desde que era niño tenía el mismo maldito sueño. Cuando comenzó a despertarse gritando dos veces por semana, sus padres desterraron a H. P. Lovecraft del librero y tiraron a la basura su valiosa colección de cómics E. C. Esas medidas resultaron inútiles, el sueño permaneció. En ocasiones, desaparecía durante meses. Cuando creía haberse librado de él para siempre, regresaba con furia para atormentarlo mientras dormía noche tras noche. Pronto iba a cumplir los cuarenta y cinco años, y el sueño era igual de vívido que la primera vez.

Siempre consistía en lo mismo: la larga caminata por el bosque de pesadilla, el viejo quiosco del Metro de Nueva York, el interminable descenso a las profundidades de la tierra y por último la cosa con cara de cono en la plataforma. A veces, justo después de despertar, Jay creía que había más cosas en el sueño, cosas que se le olvidaban, pero, si eso era cierto, prefería no recordarlas.

Jay Ackroyd se ganaba la vida como detective privado. Guardaba un saludable respeto hacia los sentimientos de miedo que le habían salvado la vida en un par de ocasiones, pero no se atemorizaba con facilidad, al menos no cuando se encontraba despierto. Sin embargo, abrigaba un terror secreto: que una noche se encontrara de

pie en la plataforma, y que la cosa con cara de cono se volviese hacia él, alzara la cabeza y aullara… *y él no lograra despertar*.

—Al carajo, no, gracias —dijo Jay en voz alta.

Miró el reloj. Pasaban unos minutos de las cinco de la mañana. No tenía caso intentar dormirse de nuevo. Tenía que estar en el Palacio de Cristal en menos de dos horas. Además, a no ser que sufriera un ataque al corazón, después de aquel sueño le era imposible cerrar de nuevo los ojos.

Jay deshizo la cama, y amontonó sábanas, cobijas y ropa interior en la bolsa de ropa sucia para lavarlas en la primera oportunidad. Durante una o dos semanas, según cuánto durase el trabajo que le había encomendado Chrysalis, iba a dormir entre las sábanas del Palacio de Cristal. Esperaba con cierta aprensión que por un tiempo no lo asediara la pesadilla. Pensó que a Chrysalis no le iba a agradar enterarse de que su nuevo guardaespaldas tenía una pesadilla recurrente que lo afectaba al grado de orinarse en la cama. ¡Sobre todo si ella estaba en la cama también cuando él la mojara! Jay llevaba años de desear a Chrysalis, pero ella no sucumbía a sus encantos. Abrigaba la esperanza de que este trabajo ofreciera la ocasión. ¡El cuerpo de ella estaba tan *vivo*! Bajo su piel transparente se veía correr la sangre por sus venas, se sugerían los movimientos fantasmales de sus músculos y se observaba la manera en que sus pulmones funcionaban dentro de la caja torácica. Además, tenía unas tetas magníficas, aunque fueran casi invisibles.

Abrió la ventana para ventilar la recámara, aunque los olores que ascendían por el respiradero de su departamento en el tercer piso eran igual de desagradables que los del cuarto. Después de un baño prolongado en su tina con patas, se secó el cuerpo con una toalla de playa que ostentaba una estampa raída de Opus el Pingüino.

En el cajón superior de la cómoda, Jay encontró un calzón bóxer limpio. Enseguida fue al clóset y miró sus trajes. Tenía uno de lino blanco, arrugado conforme a la moda, uno de Brooks Brothers de tres piezas, color gris carbón, otro de rayas hecho a su medida en Hong Kong. Hiram Worchester le había dado los tres. Hiram siempre procuraba que Jay anduviera bien vestido. Eso le procuraría mayor respeto, le aseguraba Hiram.

—Soy un investigador privado. Me siento en autos estacionados y en tiendas de donas. Tomo fotos Polaroid a través de las ventanas de los moteles. Soborno a los porteros para que me dejen esconderme en los arbustos. No quiero llamar la atención. Si hicieran un traje estampado con el papel tapiz del Holiday Inn, me compraría seis de ellos.

No obstante, cada navidad, Hiram le regalaba otro maldito traje.

Parecía que iba a hacer calor. Jay tomó una camisa blanca de manga corta, un pantalón color café para hacer juego con su pelo y un saco beige. Nada de corbata. Odiaba las corbatas.

7:00 a.m.

BRENNAN DESPERTÓ DESPUÉS DE DORMIR PROFUNDAMENTE, SIN sueños, al tiempo que la luz del sol del amanecer entraba por la ventana y le bañaba el rostro. Jennifer Maloy se dio la vuelta, murmurando, cuando él se deslizó en silencio para salir de abajo de la sábana que los cubría a ambos en el futón y, sin hacer ruido, se acercó a la silla donde había dejado su ropa. Se puso unos shorts, una camiseta y sus zapatos deportivos, y salió callado por la puerta de atrás.

Había salido el sol, y la tierra se iba despertando, húmeda de rocío y cargada de los aromas vivos de una limpia mañana en el campo. Brennan tomó aliento, se llenó los pulmones de aire fresco y se estiró para ir calentando su cuerpo para la diaria carrera.

Corrió frente a la casa con techo a dos aguas, y al alcanzar el camino de grava redujo el paso a un trote. En el entronque con la carretera, giró a la izquierda, lo que dispersó a los conejos que jugaban en el jardín, y pasó el signo que anunciaba VIVEROS Y JARDINERÍA PAISAJÍSTICA ARCHER. Se sentía vivo y limpio, en paz consigo mismo y con el mundo, al principio de otro hermoso día.

Al no obtener respuesta después de llamar tres veces, Jay entró en el Palacio de Cristal.

La puerta no estaba cerrada. Eso lo sorprendió. Era cierto que Chrysalis lo estaba esperando, claro, pero también se prevenía de posibles agresores. De no ser así, ¿para qué molestarse en contratar un guardaespaldas? Cuando hay peligro, se echa el cerrojo. Jay asomó la cabeza a la oscuridad del bar de cervezas.

—¿Hay alguien en casa? —llamó sin alzar la voz—. ¿Chrysalis? ¿Elmo?

No obtuvo respuesta.

—¡Genial! —murmuró.

Era obvio que a Chrysalis le urgía que la cuidara un guardaespaldas. Consideró encender la luz, cambió de opinión y prefirió esperar a que sus ojos se ajustaran a la oscuridad. Poco a poco, los rasgos familiares de la habitación emergieron de la penumbra. Sillas de respaldo recto volteadas sobre pequeñas mesas redondas. La barra a lo largo de un muro, con estantes de botellas detrás, sobre un largo espejo plateado como fondo. En el espacio intermedio, estaban los apartados. Y en la parte de atrás, al fondo, separada del resto, la mesa antigua en la alcoba privada donde Chrysalis en persona gobernaba su corte y bebía su amaretto.

Por un instante, en la media luz de la mañana, Jay creyó verla sentada ahí, envuelta en sombras, con su fina boquilla para cigarros sostenida en dedos esqueléticos y lentas volutas de humo visibles a través de la carne diáfana de su

garganta cuando sonreía echando atrás la cabeza.

—¿Chrysalis? —dijo, mientras avanzaba despacio por el salón.

Pero cuando llegó a la alcoba la silla estaba vacía.

Un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo.

Ése fue el momento en que Jay lo supo.

Se quedó quieto junto a la mesa, escuchando, mientras recordaba lo que sabía sobre el Palacio de Cristal. Chrysalis vivía en el tercer piso, y sus habitaciones estaban llenas de antigüedades victorianas de alto precio.

Elmo, el enano cadenero de Chrysalis, vivía en el segundo piso, igual que Sascha, el telépata sin ojos que atendía el bar. Todos los espacios públicos estaban en el primer piso, junto a su oficina. Jay decidió comenzar por ahí.

La oficina se ubicaba en la parte de atrás del edificio, bajo las escaleras. La puerta con ornamentos labrados era de madera y tenía una manija de cristal cortado. Jay sacó un pañuelo arrugado de su bolsillo y con cuidado dio la vuelta a la manija usando dos dedos. La puerta se abrió.

La habitación no tenía ventanas y estaba a oscuras, pero Jay no necesitó luz para saber lo que iba a encontrar. La muerte tiene su propio olor. El aroma a cobre de la sangre, la peste sudorosa del miedo, el olor a mierda. Había olido todo eso en otras ocasiones. El miasma estaba ahí, lo esperaba, y por debajo de eso todavía se percibía el perfume de ella.

—Malditos sean —dijo Jack en voz baja, sin dirigirse a nadie en particular.

Alargó el brazo y encendió la luz, con el pañuelo aún en la mano.

En otras ocasiones esa habitación le había parecido encantadora: suelo de madera pulida, una hermosa alfombra oriental, un escritorio de roble sólido más viejo que él, sillones forrados de cuero que parecían provenir del club de hombres más antiguo del mundo.

Las sillas estaban destrozadas, con las patas de madera quebradas y astilladas, la tapicería de piel desgarrada en jirones. Tres de los libreros altos derribados; uno de ellos se había roto por la mitad. Las astillas en el lugar donde estaba la rotura eran largas y pálidas como hojas de cuchillo. Se veían libros tirados por todas partes.

Chrysalis yacía de espaldas, extendida sobre los fragmentos estrellados de un sillón, en un montón caótico de trozos de cojines y patas rotas. El enorme escritorio de roble estaba volcado sobre la parte superior del cuerpo, y ocultaba su rostro. Iba vestida de jeans y una sencilla blusa blanca, sobre la cual había pequeñas salpicaduras de sangre. La pierna izquierda estaba doblada por la rodilla en dirección indebida, y un pedazo enrojecido de la tibia asomaba atravesando la mezclilla. Jay se acuclilló junto a su mano izquierda. Podía ver los huesos de sus dedos a través de la piel suave y clara y de las líneas fantasmales de los tendones. Cada uno de sus cinco dedos estaba quebrado, el anular en dos lugares; su piel cristalina estaba inundada del resplandor rosado de los vasos capilares rotos. Jay tomó los dedos fracturados con la mano. Quedaba un poco de calor aún en su cuerpo, pero la sentía enfriarse mientras la

tocaba.

Un momento después le soltó la mano y trató de alzar el escritorio de su cuerpo. Pesaba mucho. Con un gesto de dolor empujó con más fuerza, entre gruñidos, y logró enderezarlo. Sólo cuando logró poner el escritorio contra la pared se volvió a mirar a Chrysalis.

Su cara había desaparecido.

El cráneo, más que aplastado, estaba aniquilado. El cojín del respaldo estaba pegajoso de sangre seca. Partes de los sesos se escurrían entre fragmentos de huesos. Todo era rojo y húmedo. Bajo lo que quedaba del sillón se había formado un pequeño charco de sangre que rezumaba de la alfombra oriental. Jay alzó la mirada y vio más sangre, regada sobre el frente del escritorio, en la parte de abajo de las paredes y alrededor del interruptor de la luz. El papel tapiz antiguo de la habitación era de un lúgubre color púrpura, muy Victoriano; era difícil distinguir las salpicaduras de sangre, pero ahí estaban si se miraba bien.

Jay se levantó e hizo un intento por no sentir nada. Había visto cadáveres, más de los que le agradaba recordar, y Chrysalis llevaba mucho mucho tiempo metida en juegos peligrosos. Guardaba demasiados secretos. Tarde o temprano, tenía que sucederle algo así.

Examinó la posición del cuerpo, registrándola en la memoria. Eso ya no era Chrysalis, sino un montón de carne muerta, evidencia. Después de ver todo lo que podía observarse, dirigió su atención al resto del cuarto. Fue entonces cuando notó el pequeño rectángulo de cartón a un lado de su muslo izquierdo.

Se movió alrededor de ella y se agachó para mirar más de cerca. No lo tocó; no era menester. No había una gota de sangre y estaba cara arriba. Una carta de la baraja.

El as de espadas.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó.

Estaba cerrando la puerta de la oficina tras él cuando oyó pasos que se acercaban por las escaleras. Jay se pegó de espaldas a una pared y esperó. Poco después un hombre esbelto con un bigote muy fino apareció en el corredor. Llevaba pantuflas y una bata de seda, y en el lugar de los ojos su piel era lisa y pálida. Giró despacio la cabeza hasta mirar en la sombra a Jay.

—Puedo ver tu mente, Popinjay.

Jay dio un paso adelante.

—Llama a la policía, Sascha —le dijo—. Y no me digas Popinjay, carajo.

8:00 a.m.

BRENNAN SUBÍA POR LA PENDIENTE, CON EL CUERPO INCLINADO, los brazos moviéndose

como pistones, respiraba con facilidad y aceleraba cerca del final de su recorrido que lo había llevado por colinas del bosque y a través de prados cubiertos de rocío. La ruta variaba, pero siempre terminaba en el camino de tierra que lo conducía, cubierto de sudor y con un cansancio agradable, a la entrada de grava junto al signo VIVEROS Y JARDINERÍA PAISAJÍSTICA ARCHER.

Brennan culminó su carrera con un sprint de alta intensidad hacia la parte trasera de la casa. Dejó pasar varios minutos para enfriarse y acompasar la respiración. Enseguida se plegó en una postura cómoda de meditación y contempló el *kare sansui*, el lecho de grava rastrillada que ondeaba como agua congelada bajo una brisa matinal. En la grava se anidaban tres triadas de rocas. Brennan pasó un rato atemporal hundido en una piscina de zazen, sin examinar las rocas ni sus sombras, ni las pautas formadas por el musgo al crecer en su superficie, después de lo cual se alzó con suavidad, relajado y listo para emprender el día.

Entró en la recámara, donde no había más muebles que el futón sobre el piso de madera pulida, un sillón cómodo con una lámpara de lectura, una mesita cargada de libros apilados y un cesto grande para la ropa. Jennifer se había levantado ya. Oyó el agua correr en la ducha del baño de la recámara. Brennan se quitó la camiseta empapada de sudor y la echó al cesto, mientras cruzaba la habitación que funcionaba como combinación de oficina y sala de estar. Encendió la televisión para oír las noticias de la mañana y la computadora para consultar su agenda.

Miró el televisor mientras la computadora buscaba el archivo. Casi todas las noticias hablaban de la convención nacional del Partido Demócrata que iba a tener lugar ese mismo día en Atlanta. No había sucedido nada sustancioso aún, pero los análisis y las predicciones ya parecían inflados de exageraciones.

El favorito era Gregg Hartmann, pero su nominación sería muy disputada, en particular por un hombre opuesto a él en creencias y filosofía política, el reverendo Leo Barnett.

A Brennan todos los políticos le inspiraban desconfianza, pero si pudiese votar, lo haría por Hartmann, un hombre que parecía ser honesto y compasivo, sobre todo si se le comparaba con el demagógico Barnett.

Hartmann tenía el apoyo de muchos jokers. Las cámaras de los noticieros hacían panorámicas de los parques públicos de Atlanta, donde estaban reunidos por millares con la finalidad de hacer mucho ruido para mostrar a la nación la profundidad del apoyo al senador.

Brennan vio unas cuantas entrevistas con el joker de la calle, y bajó el volumen del televisor para atender la pantalla de la computadora. Abrigaba los mejores deseos respecto a Hartmann y sus seguidores, pero el día avanzaba y él tenía sus propias preocupaciones.

Miró su agenda en pantalla y vio que tenía un día muy ocupado. La paisajística de Archer estaba a la mitad de dos proyectos. Brennan diseñaba un paisaje para un banquero japonés-norteamericano que se acababa de mudar a la región, un jardín de

colinas con un tsutai ochi, o sea, una cascada en miniatura sobre un lecho de rocas colocadas en sitios exactos. Al mismo tiempo, daba forma a arbustos sobre un jardín en terrazas con un estanque de peces para un médico que vivía no lejos de ahí. Joachim Ortiz, el capataz de Brennan, manejaría el personal en el jardín del doctor mientras él se encargaba del otro trabajo. Los jardines japoneses eran su especialidad.

Brennan se recargó en su sillón, con cierta sorpresa por su sensación de contento al contemplar el prospecto del día. Abandonar la destrucción y la muerte para volver al campo a nutrir la vida había sido la mejor decisión de su vida. Se sentía limpio, contento y en paz por primera vez en años. A veces, lo asediaban sentimientos de culpa por haber abandonado la vendetta contra Kien y la Sociedad del Puño de Sombra, pero en los últimos meses esas emociones eran menos frecuentes y de menor intensidad.

Tomó del librero de obras de referencia su ejemplar de *Sakuteiki*, el tratado clásico de diseño de jardines de Tachibana Toshisuna, pero antes de abrirlo en busca de inspiración para el trabajo del día se detuvo para mirar en la pantalla del televisor la imagen del rostro de una mujer que él recordaba muy bien. Hizo subir el volumen.

—… misteriosa mujer, conocida solamente por el nombre de Chrysalis, fue encontrada muerta en la oficina de su centro nocturno, el Palacio de Cristal. Por el momento la policía se ha rehusado a hacer ningún comentario, pero un as de espadas encontrado sobre su cuerpo asocia el asesinato al misterioso personaje del arco y la flecha que se hace llamar Yeoman, a quien se atribuyen por lo menos cincuenta muertes entre 1986 y principios de 1987.

Brennan seguía mirando la pantalla cuando Jennifer Maloy entró atravesando la pared, todavía mojada por la ducha, con dos tazas de té.

—¿Qué te pasa? —preguntó al ver la expresión de su rostro—. ¿Sucedió algo?

Brennan se volvió a ella, la frialdad asomaba a sus ojos y su rostro de nuevo estaba endurecido.

—Chrysalis está muerta.

—¿Muerta? —repitió ella, incrédula.

—Asesinada.

—Pero ¿cómo? ¿Quién lo hizo? —inquirió Jennifer al tiempo que se dejaba caer en el sillón frente a él. Le dio una de las tazas, que él tomó de modo mecánico y dejó a un lado.

—El reportaje no decía nada. Pero el asesino ha querido echarme la culpa al dejar un as de espadas sobre el cadáver.

—¿Echarte la culpa? ¿Por qué?

Brennan la miró por primera vez.

—No lo sé. Pero voy a averiguarlo.

—La policía…

—La policía piensa que yo lo hice.

—Esto es una locura —objetó Jennifer—. Llevamos más de un año sin ir a la

ciudad.

Habían estado tan atareados que el tiempo no parecía ser tanto desde que Brennan decidió suspender la vendetta contra el amo criminal de los Puños de Sombra llamado Kien, para abandonar Nueva York junto con Jennifer. Habían pasado algo de tiempo viajando, descansando, curándose y aprendiendo a amarse, y terminaron por establecerse en Goshen, un pequeño pueblo justo al norte de la ciudad de Nueva York. Jennifer se dedicaba a escribir textos para lo que esperaba sería la biografía definitiva de Robert Tomlin. Brennan, cansado del comercio de la muerte, deseaba construir en lugar de destruir, y resolvió montar un negocio de diseño de jardines y paisajes. Encontró que tenía talento natural para la horticultura, y Jennifer era feliz al investigar y escribir su libro. Vivían contentos una existencia tranquila, pacífica y aislada.

—Alguien ha querido implicarme.

—¿Quién?

Miró a Jennifer.

—¡Kien!

Ella se recostó, considerando la acusación.

—¿Por qué?

Brennan se alzó de hombros.

—Tal vez descubrió que Chrysalis sabía que él era la cabeza de los Puños de Sombra. Quizá crea que puede librarse de ella y de mí a un mismo tiempo.

—Si te quedas aquí, la policía no podrá encontrarte.

—Es posible —admitió Brennan—. Pero tal vez tampoco encuentren al verdadero asesino de Chrysalis.

—Aquí hemos empezado a construir algo —le advirtió Jennifer—. No podemos abandonarlo así nada más.

¡Abandonar! Debería ser fácil, se dijo Brennan, abandonar el pasado, vivir para el presente y el futuro. Pero no podía. Alguien había asesinado a su examante. Eso no se podía olvidar. Y el asesino quería culparlo. Eso era imperdonable.

Se levantó.

—No abandono, no puedo abandonar nada.

Jennifer se le quedó mirando sin hacer nada. Después de un momento, él se giró, salió al patio de atrás y fue hacia el cobertizo donde guardaba sus arcos y armas. Cargó la camioneta y se sentó, esperó a lo largo de varios minutos, preguntándose si Jennifer iría con él.

Después de un rato, encendió el motor y se puso en camino, él solo.

Mediodía

MASERYK HACÍA DEL POLICÍA BUENO, Kant del malo, y ambos merecían reseñas muy elogiosas. Sin embargo, Jay Ackroyd ya había presenciado antes esas rutinas. Maseryk era delgado y moreno, con intensos ojos violeta. Kant era un joker sin pelo, cubierto de escamas, con membranas nictitantes y dientes afilados. Mientras Jay contaba los hechos por séptima vez, se preguntó si cambiarían los papeles cuando el sospechoso fuera joker. Echó un vistazo a Kant y resolvió que mejor sería no preguntar.

Llegada la hora del almuerzo, incluso los dos detectives se habían cansado de darle vueltas al asunto.

—Si quieres jugar con nosotros, te vas a arrepentir —lo amenazó Kant mostrando los incisivos.

Jay puso una expresión de *¿quién*, yo?

—Estoy seguro de que mister Ackroyd nos ha dicho todo lo que sabe, Harv —comentó Maseryk—. Si acaso logras recordar alguna otra cosa que pueda ser útil, llámanos.

Maseryk le dio su tarjeta, Kant le ordenó que no saliera de la ciudad y lo llevaron al mostrador para que firmara su declaración.

La estación de policía estaba llena de rostros familiares. Al portero del Palacio de Cristal lo interrogaba un policía de uniforme, mientras que una mesera a la que Chrysalis había despedido el mes anterior lloraba desconsolada y clamorosamente en un rincón. Otros empleados del Palacio esperaban en largas bancas de madera junto a la ventana. Reconoció a tres meseros, a un lavaplatos y al que tocaba piano de ragtime en el Salón Verde los jueves por la noche. Pero los más importantes eran aquéllos a quienes no podía ver.

Lupo, el segundo barman, estaba sentado solo junto aún escritorio desocupado. Después de terminar con el papeleo, Jay se le aproximó.

—¿Puedes creerlo? —inquirió el joker—. ¿Qué va a ser de nosotros?

Lupo tenía ojos rojos hundidos y cara de lobo. Estaba cambiando de piel, y los hombros de su camisa de mezclilla estaban cubiertos de pelo. Jay se los sacudió, pero Lupo apenas se dio cuenta.

—Dicen que tú encontraste el cadáver —continuó Lupo—. ¿Fue realmente el tipo ese del as de espadas?

—Había una carta junto al cuerpo —repuso Jay.

—Yeoman —murmuró Lupo con rabia—. Hijo de puta. Creí que se había ido para siempre. Le gustaba beber Tullamore Dew. Le serví una o dos veces.

—¿Lo viste alguna vez sin máscara?

Lupo meneó la cabeza.

—No. Espero que atrapen a ese cabrón.

La lengua roja y larga le colgaba a un lado de la boca.

Jay volvió a mirar a su alrededor.

—¿Dónde está Elmo?

—Nadie lo ha visto. Oí que la policía ha tendido, cómo se dice, una red de búsqueda en todas partes.

Kant apareció tras ellos.

—Te toca a ti, Lupo —hizo un gesto con la mano hacia la sala de interrogatorios. Miró a Jay.

—¿Aquí sigues?

—Ya me voy, ya me voy —dijo Jay—. Es que necesito usar el bañito de los policías.

Kant le dijo dónde encontrarlo. Cuando Jay salió, Kant, Maseryk y Lupo se habían metido a hacer el número de rigor. Jay fue al cubículo de la capitana y entró sin hacerse anunciar.

La capitana Angela Ellis estaba tras el escritorio, fumando un cigarro tras otro mientras hojeaba un archivo, pasaba las páginas como en lectura rápida. Era una mujer pequeñita de origen asiático, con ojos verdes y largos cabellos negros, con el trabajo más duro de todo el Departamento de Policía de Nueva York. Su predecesor inmediato había sido hallado muerto en esa misma oficina, se suponía que de un ataque al corazón, pero había gente que seguía sin creer tal versión de los hechos. Además, el capitán anterior a él había sido asesinado.

—¿Ya tienen alguna pista sobre Elmo? —preguntó.

Ellis chupó su cigarro y lo miró. Le llevó un momento acordarse de quién era el que estaba frente a ella.

—Ackroyd —dijo al fin, con algo de disgusto—. Acabo de leer tu declaración. Tiene agujeros por los que puede pasar un autobús.

—Eso no puedo evitarlo. No tengo otra historia. ¿Qué clase de historia te ha contado Sascha?

—Una muy corta —replicó Ellis, mientras se levantaba y ponía a dar pasos por la oficina—. Despertó, sintió una mente extraña en el edificio, bajó la escalera y te encontró saliendo a escondidas de la oficina de Chrysalis.

—No me estaba escondiendo —explicó Jay—. Sé esconderme. Fue mi especialidad en la escuela de detectives, pero en esta ocasión particular no me estaba escondiendo. Y mi mente no tiene nada de extremo, gracias. Entonces ¿todavía no saben nada de Elmo?

—¿Qué sabes tú de Elmo? —preguntó Ellis.

—Que es bajito —repuso Jay.

—Es fuerte —especuló Ellis—. Lo suficiente para convertir la cabeza de una mujer en papilla de sangre.

—Buena hipótesis —comentó Jay—, pero equivocada. Elmo sentía devoción por la dama. Una devoción absoluta. No es concebible que le hiciese daño.

La risa de ella fue seca y sin humor.

—Ackroyd, puede que seas la autoridad mundial sobre los maridos adúlteros, pero no sabes mucho de asesinos. Sus mayores atrocidades no las desperdician con

extremos, sino que las reservan para los amigos y la familia.

Reanudó su caminar de fiera enjaulada. La ceniza se desprendía de su cigarro.

—Quizá la devoción de tu amigo Elmo fuese demasiada. Yo sé que Chrysalis tenía relaciones con muchos hombres. Tal vez él se haya cansado de ver ese desfile entrar y salir de su recámara, o bien le propuso amores y ella se burló.

—¿Estás armando un caso para inculpar a Elmo? —preguntó.

Ellis hizo una pausa junto a su escritorio para aplastar su cigarro en un cenicero repleto de colillas.

—En esta estación no se arman casos para inculpar a nadie.

—¿Desde cuándo? —ironizó Jay.

—Desde que tomé el mando como capitana —le informó ella.

Sacó una cajetilla de Camel de su chamarra, extrajo un nuevo cigarro, lo encendió y reanudó su paseo.

—Se supone que tú eres detective —agregó—. Mira los hechos.

Se detuvo junto al muro lo suficiente para enderezar un diploma enmarcado y giró hacia él, para describírselos:

—Su cabeza quedó como un melón atropellado por un tráiler. Las dos piernas rotas, todos los dedos de la mano izquierda quebrados, seis fracturas de pelvis, hemorragias internas masivas.

Gesticuló con la mano del cigarro para poner énfasis.

—Tuve un caso, cuando trabajaba en la calle, en que unos capos de los Gambione se pusieron a trabajar sobre un tipo usando barretas para quitar neumáticos y le rompieron todos los huesos del cuerpo. En otro vi lo que quedó de una prostituta atacada por el padrote que se había metido polvo de ángel. Usó un bate de béisbol. Esos muertos estaban feos, pero se veían mucho mejor que Chrysalis. Los suyos no fueron golpes normales. Sólo pudo infligirlos un as o un joker con fuerzas sobrehumanas.

—Muchas personas corresponden a esa descripción.

—Pero sólo uno de ellos vive en el Palacio de Cristal —indicó Ellis.

Cruzó la habitación, se sentó en su escritorio y abrió un expediente.

—Elmo tiene suficiente fuerza.

—Eso puede ser —concedió Jay.

Elmo era más fuerte que cualquier norm, sin duda, pero había otros que lo hacían parecer un alfeñique de cuarenta y cuatro kilos, como Harlem Hammer, Troll, Carnifex, Oddity, incluso el cabrón de oro, Jack Braun. Los conocimientos expertos de Jay no bastaban para determinar si Elmo tenía la fuerza bruta para ejecutar lo que le habían hecho a Chrysalis.

La capitana Ellis no hizo caso de sus reservas.

—También tuvo oportunidad de sobra.

Se puso a organizar una serie de archivos en su bandeja de salida, derramando cenizas sobre ellos en el proceso.

—No me convence —declaró Jay.

—Si Elmo es tan inocente, ¿dónde está? —preguntó Ellis, jugando con su engrapadora—. Revisamos su cuarto. No durmió en la cama. No ha vuelto al Palacio. ¿Adónde fue?

—Habrá salido —propuso Jay alzando los hombros.

En eso no podía discutir con ella, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—Me parece que tienen otro candidato mucho más maduro que Elmo —sugirió.

La capitana Angela Ellis azotó la engrapadora sobre el escritorio y lanzó una enorme columna de humo a lo largo de la oficina.

—Ya, claro, el asesino del as de espadas —dijo, sin sonar muy convencida.

Aplastó su cigarro.

—Vamos a atrapar a Elmo —prometió—. Te apuesto cinco contra diez que fue tu enano quien dejó la carta. Puedes comprar una baraja en cualquier tienda. ¿No se supone que tú eres un chico muy listo, Ackroyd? Piénsalo tú sólito.

—A lo mejor lo hago —dijo Jay.

A Angela Ellis no le gustó en absoluto ese comentario. Se levantó entrecerrando los relucientes ojos verdes.

—Voy a poner en claro una cosa. No me agradan los investigadores privados. Y no me agradan los ases. Eso te dará una idea de mis sentimientos acerca de un as que es detective privado. Si me estorbas en este caso, puedes irte despidiendo de tu licencia.

—¡Qué hermosa te ves cuando te enojas! —se admiró Jay.

Ella no le hizo caso.

—Y no me gusta que mi demarcación se atasque de cadáveres.

—Pues has de ser muy desdichada casi todo el tiempo —sentenció Jay mientras se dirigía hacia la puerta.

Antes de salir se detuvo para examinar su pequeño cubículo con paredes de vidrio.

—¿De verdad fue aquí dónde mataron al capitán Black? —preguntó con voz inocente.

—Sí —espetó ella en tono de irritación.

Jay pensó que la había tocado donde más le dolía. Conociendo al Departamento de Policía de Nueva York, era probable que ni siquiera hubieran cambiado el sillón.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —le preguntó.

—Quiero tener una buena imagen de este lugar en la cabeza —repuso Jay.

Con una sonrisa torcida en la cara, formó una pistola con la mano derecha, doblando tres dedos y el pulgar alzado como percutor, y apuntó el índice hacia Angela Ellis.

—Soy buen chico, capitana. Si me tropiezo con el asesino, quiero mandártelo de inmediato a tu oficina.

Por un momento ella expresó desconcierto, pero se sonrojó al acordarse de las

cosas que podía hacer él.

—¡Ases! —mascullo—. Vete al diablo.

La obedeció. Kant y Maseryk estaban de nuevo en la habitación grande.

—¿Está la capitana en sus días? —les preguntó Jay al pasar junto a ellos.

Se miraron y luego lo observaron salir de ahí. Jay cruzó la puerta principal, dio una vuelta a la manzana, regresó y bajó por la escalera al sótano.

Los expedientes de la demarcación se conservaban en una habitación mal iluminada al lado de la caldera, parte de la cual había servido para almacenar carbón en otra época. En tiempos actuales contenía un par de consolas de computadoras, una copiadora Xerox, un muro cubierto por archiveros de acero repletos de documentos y un policía muy pálido y muy miope.

—Hola, Joe —dijo Jay.

Joe Mo giró, olfateando el aire rancio. Su cuerpo encorvado y panzón no medía más de metro y medio, con una complexión del color de los hongos. Sus ojitos rosa se asomaban tras las gafas oscuras más gruesas y grandes que Jay hubiera visto jamás. Las manos blancas y sin vellos se frotaban, nerviosas. Mo fue el primer joker admitido en el Departamento de Policía de Nueva York, y durante más de una década había sido el único policía joker de Nueva York. Su nombramiento, impuesto bajo el emblema de la acción afirmativa en la administración del alcalde Hartmann a inicios de la década de los años setenta, resultó tan controvertido que el departamento se había apresurado a ocultarlo en la Sección de Expedientes de la vista del público. A Jo no le importó. Le gustaba la Sección de Expedientes casi tanto como los espacios de sótanos. Lo llamaban sargento Topo.

—Popinjay —dijo Mo, ajustándose las gafas.

La piel blanca como la leche resultaba chocante en contraste con el azul oscuro del uniforme. Siempre llevaba puesta la gorra, de noche y de día, afuera y adentro.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Sí, es cierto —le dijo Jay.

Cuando se unió a las fuerzas policiacas, Mo había sido tratado como paria, incluso en Fort Freak. Nadie quería trabajar como su pareja, y no lo trataban bien en los bares habituales de policías. Desde que el Palacio de Cristal abrió sus puertas, fue ahí donde acudía para sus tragos, haciendo exhibición ostentosa de rectitud, pero recibiendo diez veces el importe de su cuenta por actuar como los ojos y oídos de Chrysalis en la casa de la policía.

—Supe que encontraste el cuerpo —le dijo Joe Mo—. Qué cosa más fea, ¿no? Hace que uno se pregunte adónde va a ir a parar Jokertown. Si alguien se creía seguro era ella.

Parpadeó tras los vidrios gruesos y oscuros.

—¿En qué puedo servirte, querido amigo?

—Necesito ver los archivos sobre el asesino del as de espadas.

—Yeoman —indicó Joe Mo.

—Yeoman —repitió pensativo Jay Ackroyd.

Entonces le vino el recuerdo. *Yeoman, eso no me gusta*, había dicho Chrysalis con hielo en la voz aquella noche año y medio antes, cuando se enfrentaron en el cuarto penumbroso de la cervecería. Siempre fue una maestra en decir las cosas a medias.

—Me acuerdo de él —dijo Jay.

—Pero no ha habido ninguna muerte nueva de arco y flecha en más de un año —objetó Mo—. ¿Crees de verdad que fue él?

—Espero que no —replicó Jay.

Yeoman había entrado al bar de cerveza callado como el humo, y antes de que nadie se diese cuenta de que estaba ahí, tenía ya una flecha de cacería lista en el arco. Pero Hiram Worchester se había interpuesto indignado, y Jay había logrado apuntar con el dedo al arquero, haciéndolo desaparecer en el aire. Jay Ackroyd era un teletransportador proyectado. Cuando simulaba la forma de una pistola con la mano derecha era capaz de teletransportar a su objetivo poniéndolo en cualquier sitio que conociera lo suficiente para poder visualizarlo.

Lo malo fue que envió al cabrón de Yeoman al lugar equivocado.

—¡Tuve a ese hijo de puta en mis manos, Joe! —confesó—. Pude haberlo puesto en medio de The Tombs. En cambio lo mandé a la mitad del túnel Holland. Sabrá Dios por qué.

Tal vez lo influyó su tono de voz cuando le contestó a Chrysalis, o el odio en sus ojos cuando los enfocó en Wyrm, o el hecho de que tuvo la decencia de titubear cuando Hiram dio un paso adelante y bloqueó su línea de tiro. O pudo ser por la chica que iba con él, una rubia enmascarada con un bikini de cordones con expresión de frescura e inocencia.

No fue lo que se llama una decisión deliberada y consciente, y Jay solía actuar por instinto. Pero en caso de que él se hubiese equivocado aquella noche, su error le costó la vida a Chrysalis.

—De verdad necesito ver ese expediente —insistió.

Joe Mo hizo un ruidito como cacareo de gallina.

—Vaya, Jay, ese expediente está allá arriba, sobre el escritorio de la capitana. Lo mandó pedir de inmediato, tan pronto llegó el pitazo. Por supuesto, saqué una copia antes de enviárselo. Siempre conviene sacar una copia. A veces las cosas se pierden, y no deseo que se extravíe documentación valiosa.

Parpadeó mirando en torno suyo.

—¿En dónde puse esa copia? Es un milagro que logre encontrar lo que sea con estos ojos que tengo.

Las copias estaban sobre la máquina Xerox. Jay examinó el fólder, enrolló los papeles, los metió bajo su saco y dejó un par de billetes de veinte en el lugar donde estaban.

—Estoy seguro de que los encontrarás por el olfato —le dijo.

—Y si no —dijo Joe, con una ancha sonrisa rosada—, siempre puedo esperar a

que la capitana me devuelva los originales para sacar otra copia Xerox.

Se puso a trabajar en archivar expedientes, pero cuando Jay abrió la puerta para salir, lo oyó llamarle con voz suave.

—Popinjay.

—¿Qué? —preguntó Jay mirando hacia atrás.

—Encuentra a ese hijo de puta —pidió Joe Mo, mientras se quitaba las gafas oscuras y mostraba sus ojos implorantes color de rosa—. Todos nosotros te ayudaremos.

Jay sabía que «nosotros» no se refería a la policía.

Mientras conducía por la ruta 17 solo, Brennan ya echaba de menos a Jennifer. No podía reprocharle por no acompañarlo a la aventura de encontrar al asesino de Chrysalis. Y no le servía de nada saber que ella tenía razón. Disfrutaban de una vida tranquila y hermosa. ¿Por qué se encontraba tan dispuesto a volver a la muerte que le aguardaba en la ciudad?

Brennan sabía que no le gustaba matar ni crear violencia. Prefería con mucho diseñar un jardín a correr esquivando balas en un apestoso callejón repleto de basura. Todo se reducía a lo que Jennifer había dicho sobre dejar ir las cosas. No podía quitarse a Chrysalis de la mente. No pensaba en ella a menudo. Se encontraba demasiado satisfecho por su vida con Jennifer para abrigar pensamientos mórbidos sobre otras mujeres y sus posibilidades como pareja.

Pero en ocasiones, cuando se hallaba en la cama junto a Jennifer que dormía a su lado, se acordaba de la dama de cristal. Recordaba la carne invisible que se sonrojaba de un rosa delicado con la pasión sexual, y sus movimientos y exclamaciones en la oscuridad vivían en su memoria. Se acordaba de todo eso, y a veces se preguntaba qué habría sido de su vida si ella hubiese aceptado su ofrecimiento de protección y amor. Miraba a Jennifer dormida junto a él y sabía que él era feliz y estaba contento, pero la pregunta estaba hecha. Su recuerdo era un dolor punzante que no lo soltaba.

Hundió la camioneta en el estacionamiento Internacional Tomlin y de ahí tomó un taxi a Manhattan, donde alquiló un cuarto en un hotel barato pero sucio en las orillas de Jokertown. Lo primero que necesitaba hacer, resolvió, era visitar el Palacio de Cristal. Por primera vez en más de un año se puso su máscara y salió del hotel cargando el estuche con el arco.

3:00 p.m.

El asesino del as de espadas mata a la administradora de un bar en Jokertown,

gritaban los titulares del *Post*.

El *Jokertown Cry* era menos genérico: CHRYSALIS ASESINADA, clamaba junto a una foto a dos columnas. Era el único periódico de la ciudad que publicaba con regularidad fotos de jokers.

LOS JOKERS DESCIENDEN EN MASA SOBRE ATLANTA Y LA CONVENCIÓN DEMÓCRATA, decía la primera página del *Times*. Miles de ellos viajaban al sur para apoyar al senador Gregg Hartmann, el precandidato más avanzado. Pero el campo demócrata de aquel año se encontraba tan poblado de aspirantes que nadie tenía una mayoría a la vista y se predecía una convención negociada. Había amplio temor de que se produjeran actos violentos en caso de que se rechazara la nominación de Hartmann. Se reportaban ya varios choques truculentos entre los jokers de Hartmann y los seguidores fundamentalistas del reverendo Leo Barnett.

Jay, por costumbre, situaba a los políticos en la misma categoría de los vendedores de autos usados, junto con los padrotes y el tipo que inventó los excusados de paga, pero Hartmann parecía ser de otra cepa. Conocía al candidato gracias a varias cenas para recaudar fondos convocadas por Hiram en Aces High. Hiram apoyaba decididamente a Hartmann, y Jay jamás se resistía a una invitación a comer y beber gratis. El senador Gregg manifestaba poseer atributos de inteligencia, efectividad y compasión. Si alguien tenía que estar en la presidencia, bien podría ser él. Sin embargo, era probable que no tuviera más oportunidad que un joker de conseguir la nominación.

En la primera plana no se hablaba sino de opiniones políticas, y no pudo hallar en ella ninguna mención a Chrysalis. Al conocer cómo se las gastaba el *Times*, Jay predijo que la edición del día siguiente tendría un breve obituario y eso sería todo. Los asesinatos brutales de jokers no quedaban incluidos entre las noticias apropiadas para publicar. Eso era lo que más rabia le daba a Jay.

—¿Cómo se sabe que un joker lleva muerto tres días? —le preguntó el vendedor de periódicos al detective.

Su voz era plana y sin vida, voz de un hombre que cumple inflexible un ritual diario que ha perdido significado. Jay despegó la vista de los titulares. Desde el comienzo de la existencia de Jokertown, Jube Benson fue una presencia fija en el cruce de la calle Hester y Bowery. Lo llamaban la Morsa. Él también era joker: ciento cincuenta kilos de carne grasosa color gris-negro, con grandes colmillos curvos que sobresalían de las comisuras de la boca y un amplio cráneo abovedado con mechones tiesos de pelo rojizo. El vestuario de Jube consistía exclusivamente en camisas hawaianas. Esa tarde llevaba una prenda magenta estampada con plátanos y pifias. Jay se preguntó lo que opinaría Hiram sobre semejante atuendo.

Jube se sabía más chistes de jokers que nadie en Jokertown, pero en esta ocasión Jay ya lo conocía.

—Porque huele mucho mejor —repuso con voz cansada—. Ése es más viejo que tu sombrero, Morsa.

Jube se quitó el maltrecho sombrero porkpie de la cabeza y le dio vueltas en sus gruesas manos de tres dedos, en un acceso de contrición.

—Nunca la hice reír —recordó—. Ni una sola vez en todos los años de ir al Palacio, siempre con un chiste nuevo. No logré hacerla reír una sola vez.

—Ella pensaba que ser joker no tenía ninguna gracia —explicó Jay.

—Pero hay que poderse reír —declaró Jube—. ¿Qué más se puede hacer?

Jube se puso el sombrero de nuevo e interpeló a Jay.

—Dicen que tú fuiste quien la encontró.

—Qué rápido corren las noticias —comentó Jay.

—Muy rápido —concurrió Jube.

—Anoche me llamó por teléfono —le dijo Jay—. Quería emplearme como su guardaespaldas. Le pregunté por cuánto tiempo y me dijo que no lo sabía. O no quiso decirme. Le pregunté de qué tenía miedo. Se rió y me dijo que la había pillado, que todo era un pretexto para satisfacer su lujuria por mi cuerpo. Fue por eso que me di cuenta de que estaba de verdad asustada. Intentaba sonar muy escueta, despreocupada y británica, como si nada anduviera mal, pero su acento fallaba todo el tiempo. Tenía miedo de verdad. Quiero saber a qué, Jube.

—Yo sólo sé lo que dicen los periódicos —se excusó Jube, y Jay le dedicó una mirada cargada de incredulidad.

Desde que Chrysalis comenzó en el comercio de la información, uno de sus principales proveedores fue siempre la Morsa. Se pasaba todo el día en su quiosco, dedicado a mirar y escuchar, intercambiando chistes y chismes con todo el mundo.

—Vamos, Jube —insistió Jay en tono impaciente.

Jube miró nervioso a ambos lados de la calle. No había nadie cerca.

—Aquí no —propuso el joker gordo—. Deja que cierre. Vamos a mi casa.

Brennan miró divertido cómo el joker carterista sin brazos trabajaba a los mirones que se juntaban en torno al Palacio de Cristal. El ladrón vestía ropas raídas, pero parchadas con esmero. Los pantalones eran de corte especial para ajustarse a la tercera pierna ubicada al centro de las otras dos que remataba en un pie de configuración rara, cuyos dedos eran más hábiles que los de las manos de la mayoría de la gente. Ésa era la extremidad que utilizaba para robar los bolsillos de sus víctimas, quienes nada sospechaban.

Una cinta amarilla brillante impedía el paso a la entrada bajo el toldo del Palacio. La multitud congregada intercambiaba historias descabelladas e imprecisas sobre el Palacio de Cristal y su misteriosa propietaria. Los reporteros y diversos vendedores ordeñaban a la muchedumbre junto con el carterista, quien de pronto, con el sexto sentido de los perseguidos, miró de frente a Brennan.

Brennan hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y el joker de tres piernas atravesó la multitud y se le acercó, se mecía con un paso peculiar, y apoyaba a veces

en el suelo su tercer «pie» para equilibrarse.

—Hola, mister Y.

Brennan asintió de nuevo. El joker, de nombre Trípode, era un buscavidas dedicado a los fraudes en pequeña escala, que vivía en la frontera entre el crimen y la ley. En la última visita de Brennan a la ciudad, Trípode había resultado ser uno de sus mejores informantes. Se podía confiar en sus comunicaciones. No usaba drogas y era leal. Una vez que se le compraba, permanecía incondicional.

—Qué cosa más horrible lo que sucedió, mister Y —se condolió Trípode con sobrios modales de deferencia, y si se preguntaba por qué Brennan reaparecía de pronto tras un año de ausencia no lo dejó traslucir.

Brennan asintió.

—¿Has oído decir que la policía cree que yo la maté?

Trípode alzó los hombros. El ademán resultaba peculiar en una persona sin brazos.

—Puede ser, mister Y, pero no es tu estilo.

—¿Cómo te enteraste de la manera en que la mataron?

—El hombre que está allí —indicó Trípode, refiriéndose a un vagabundo que estaba sentado en el borde de la acera cerca de un carrito de hot dogs— dice que vio el cadáver cuando lo sacaron para meterlo en la camioneta de la morgue.

Brennan miró el carrito. En un costado decía SAUERKRAUT SAM THE HOT DOG MAN. Lo atendía un joker que no paraba de vender hot dogs, dar cambio y poner mostaza, cátsup, col y aderezo en los panes formados en fila con la ayuda de sus brazos extra. El vagabundo sentado en la acera estaba hinchado y borracho, pero parecía ser una persona normal. Se había estacionado junto al carrito para solicitar moneda a cambio de repetir interminablemente su historia a todos los que quisieran escucharla. Brennan hizo un movimiento de cabeza a Trípode y se juntó con los mirones que comían hot dogs mientras oían el relato del viejo.

—¡Yo estaba atrás cuando la sacaron! ¡Yo estaba justo ahí! Tengo un buen lugar para dormir junto al contenedor de basura, y lo que me despertó fue la ambulancia. Tuve miedo. No sabía por qué se armaba tanto lío, pero no tardaron en sacarla. Pude ver que era Chrysalis. La he visto muchas veces y era ella. Y estaba muerta, sin duda.

Bajó la voz en tono conspirador para el par de docenas de escuchas.

—Tenía la cabeza aplastada. Lo que se dice aplastada. Si no fuera por su piel invisible, no se le podría reconocer. Aplastada, como una sandía arrojada desde una altura de diez pisos.

Asintió, satisfecho del símil que se le había ocurrido.

—¡Ahí estaba yo! ¡Justo cuando la sacaron…!

Brennan sentía que su rabia impotente formaba nudos en su estómago y se apartó del carrito al tiempo que un policía se aproximaba para reprender al vendedor con respecto a su licencia. Sauerkraut Sam se quejó en voz alta, con gesticulaciones de enojo multiplicadas por sus brazos, pero por lo visto no le sirvieron de nada.

Brennan y Trípode se quedaron de pie en silencio durante unos momentos, mirando cómo el policía echaba al vendedor de hot dogs, que empujaba el carrito con cuatro brazos y seguía haciendo gestos de rabia con los demás.

A Chrysalis la había matado alguien: un as con suficiente fuerza para aplastarla abrumadoramente. Ya tenía un dato para iniciar la investigación. Pero Brennan sabía que requería más información. Mucha más información.

—¿No has visto a Elmo o a Sascha por aquí? —inquirió Brennan a Trípode, una vez que se dispersó el grupo que comía hot dogs y oía al vagabundo.

El joker meneó la cabeza.

—Han desaparecido, mister Y. No los he visto ni he sabido nada de ellos en todo el día.

Brennan suspiró para sus adentros. Supo de inmediato que no iba a ser fácil. Sacó dos billetes de veinte de su bolsillo, y los dejó caer disimuladamente al suelo.

El pie desnudo de Trípode se cerró sobre ellos. Sus ágiles dedos los recogieron y los metieron en uno de los bolsillos que había cosido en las perneras de los pantalones.

—Mantén abiertos los ojos. Si sabes algo de ellos, o lo que sea sobre el asesinato, puedes encontrarme en el Victoria. Estoy registrado como Archer.

—Sí, señor —asintió Trípode, y miró a Brennan por un instante—. Qué bueno verlo otra vez, mister Y.

—Quisiera poder decir que me da gusto estar de vuelta.

Trípode asintió con un solo movimiento de cabeza y se echó a andar por la calle con su peculiar paso a bandazos. Brennan lo observó irse y volvió su atención al Palacio. Ahí seguía la multitud de mirones. El necesitaba examinar la escena del crimen, pero resultaba obvio que no era el momento adecuado. Ya volvería cuando el lugar estuviera tranquilo y a oscuras.

Por el momento podía explorar otros caminos. No estaba seguro de que Kien fuera responsable de la muerte de Chrysalis, pero era un punto de partida para sus investigaciones. Por supuesto, Kien no se habría encargado de matarla en persona, pero los Puños de Sombra contaban con mucho músculo mercenario de sobrada capacidad para realizar un trabajo así. Por ejemplo, Brennan había visto a Wyrm, el guardaespaldas de Kien dotado de fuerza extraordinaria, amenazar a Chrysalis dos años antes, el Día Wild Card.

Desde luego que llevaba tiempo sin estar al corriente de las cosas. Era probable que hubieran cambiado, pero existían personas con quienes podría hablar, dispuestas a pasarle los últimos informes. Brennan alzó el estuche del arco y se echó a andar por la calle.

El cazador estaba de vuelta en la ciudad.

4:00 p.m.

JUBE VIVÍA EN EL SÓTANO DE UNA CASA DE HUÉSPEDES EN ELRIDGE, un departamento con paredes de tabique desnudo y un tufo persistente a carne podrida. En su sala se hallaban muchos muebles de segunda mano, y un raro ejemplar de escultura moderna, una imponente construcción del piso al techo con ángeles sacados de Escher y una pelota de boliche al centro. De cuando en cuando, la bola parecía brillar.

—La he nombrado *Lujuria de joker* —le dijo Jube a Jay—. Si te parece rara, deberías ver a la chica que fue la modelo. No la mires demasiado, porque provoca dolor de cabeza. ¿Quieres algo de beber?

Un fuego de santelmo destellaba por la superficie de la pieza de modo perturbador. Jay se sentó a la orilla del sofá.

—Dame un escocés con soda —pidió—. Poquita soda, por favor.

—No tengo más que ron —confesó Jube, mientras se dirigía hacia la cocina.

—Mmm, claro —replicó Jay, sin expresión alguna.

Jay le trajo un vaso de agua lleno hasta la mitad de un ron oscuro, con un solo cubo de hielo flotando en la superficie.

—Los periódicos dicen que la mató el asesino del as de espadas —refirió Jube, sentándose en un sillón, con su vaso lleno de ron en la mano, decorado con un pequeño parasol de papel—. Eso aparece tanto en el *Post* como en el *Cry*.

—Junto al cadáver había una carta del as de espadas —asintió Jay, sorbió su bebida—. La policía no lo cree.

—¿Y tú?

Jay se alzó de hombros.

—No sé.

Las últimas dos horas las había dedicado a leer el expediente del matón que firmaba como «Yeoman». Ya no sabía qué pensar.

—El modus operandi no es congruente. A nuestro amigo le gusta cubrir el paisaje de cadáveres, pero casi todos tienen flechas clavadas en lugares muy sensibles de sus anatomías.

—Recuerdo que los periódicos también lo llamaban el asesino del arco y flecha —mencionó Jube.

Jay movió la cabeza afirmativamente.

—No es que no sea flexible. Si no puede clavarte una flecha con punta de navaja en el ojo, es capaz de estrangularte con la cuerda del arco o usar una flecha con punta explosiva para volarte en pedazos. La policía lo acusa de una muerte a cuchilladas y dos con las manos, pero hay interrogantes. Sobre todo se dedica a asesinatos temáticos. Tiene un claro rencor contra los orientales, si se juzga por la proporción de los que ha matado. Pero no es melindroso y mata a cualquiera si se ve en apuros.

Jay soltó un suspiro antes de proseguir.

—El único problema de esa teoría es que Chrysalis fue muerta a golpes por

alguien de fuerza inhumana, y el tipo de la baraja es un norm.

—¿Por qué estás tan seguro?

—En una ocasión hice prácticas de arco —explicó Jay—. Es difícil. Necesitas años de trabajo para ser buen arquero, y el loco que nos ocupa es más que bueno. ¿Para qué tomarse tanta molestia si eres un as?

Jube se tiraba de uno de sus colmillos, pensando.

—Sí… —admitió—. Sólo que…

El joker bajito y gordo se interrumpió.

—¿Qué? —insistió Jay.

—Bueno, pienso que Chrysalis le tenía miedo a ese sujeto.

—Cuéntame —le pidió Jay.

—El último crimen del as de espadas sucedió hace más o menos un año —expuso Jube—. Y entonces se produjo un cambio en Chrysalis. De eso estoy seguro.

—¿Qué clase de cambio? —inquirió Jay.

—Es difícil de explicar. Ella trataba de seguir comportándose como siempre, pero si la veías todas las noches, como yo, se notaba que no era la misma. Había en ella demasiado… demasiado interés, si me entiendes. Antes, cuando uno llegaba con algo de información para vender, siempre actuaba expresando un poco de aburrimiento, como si no le importara el contenido, pero el último año no quería perderse ningún detalle, por mínimo o trivial que fuese. Y en particular, estaba desesperada por tener noticias de Yeoman. Ofrecía pagar extra a cambio.

—¡Mierda! —exclamó Jay, al comprender que esto lo volvía a poner al comienzo de las indagaciones.

—No se podía saber exactamente si estaba asustada, no en el caso de Chrysalis —comentó Jube—. Ya sabes cómo era ella. Siempre quería mantener el control. Pero Digger tenía suficiente miedo por los dos.

—¿Digger? —preguntó Jay.

—Thomas Downs —le informó Jube—. El reportero aquel de la revista ¡*Ases*! Todo el mundo lo llama Digger. Desde que él y Chrysalis volvieron de la gira el año pasado, frecuentó mucho el Palacio de Cristal. Dos o tres noches a la semana. Llegaba, ella lo recibía y subían juntos.

—¿Tú crees que ella se lo daba? —preguntó Jay.

—El siempre se quedaba después de cerrar —respondió Jube—. Tal vez Elmo o Sascha puedan decirte si estaba ahí por la mañana. Bueno, al menos Elmo.

La Morsa se rascaba uno de los mechones de pelos gruesos que le crecían a un lado de la cabeza. Este último comentario le pareció raro a Jay.

—¿Por qué Sascha no? Él es telépata. Él sabría mejor que nadie quién cogía con ella.

—Sascha dejó de pasar tiempo en el Palacio, no acudía como antes. Ha estado viendo a una mujer. Una haitiana, según he oído; vive por el lado este del río. Cuentan que es una especie de prostituta. Uno de los huéspedes de mi casa, Reginald,

trabaja de guardia de seguridad por la noche en unas bodegas cerca de ahí. Dice que se le ve ir a su casa a cada rato. A veces se queda hasta el amanecer.

—Eso no es bueno —comentó Jay.

Ya iba entendiendo por qué pensaba Chrysalis que necesitaba un guardaespaldas. Sascha nunca había sido un telépata de ligas mayores, sólo un cazador al azar de pensamientos en la superficie de la mente, pero durante muchos años su capacidad había sido suficiente para dar a Chrysalis aviso temprano de cualquier dificultad en el horizonte. Pero si Sascha pasaba las noches fuera…

—Hay otra cosa —anunció Jube, de nuevo sobándose un colmillo con sus dedos negriazulados—. Hace unos diez u once meses Chrysalis decidió instalar un nuevo sistema de seguridad. Costó una fortuna, pues incorporaba los adelantos más recientes. Conozco a un hombre que trabaja en la empresa que se encargó de instalarlo. Conforme a lo que me contaron, Chrysalis quería que diseñaran, aunque no lo creas, alguna especie de defensa para matar a cualquiera que tratara de entrar ¡*a través* de las paredes!

Jay agarró el vaso. El cubo de hielo se había derretido. De cualquier modo, no le gustaba el sabor del ron. Apuró su vaso de un solo trago, sentía cada vez más enojo contra sí mismo. Yeoman había entrado por la puerta principal aquella noche en el Palacio de Cristal. Ninguno de ellos lo escuchó, pero cuando alzaron la vista ahí estaba. Y su novia, la rubia jovencita sexy con el bikini negro de cordones… ella sí entró atravesando la pared, salió del espejo tras la barra y se fue del mismo modo, después de que Jay enviara a Yeoman a jugar en medio del tráfico.

—¿Algo anda mal? —preguntó Jube.

—Nada, sólo mis instintos deficientes —admitió Jay con amargura—. ¿Le hicieron lo que pidió?

—Le dijeron que eso no existía —repuso Jube.

—¡Qué lástima! —exclamó Jay—. ¡Una lástima!

La iglesia de Nuestra Señora de la Perpetua Miseria estaba casi vacía. Unos cuantos penitentes dispersos se arrodillaban en las maltrechas bancas de madera, con la cabeza —o las cabezas, pues algunos tenían más de una— inclinada en oración silenciosa a un dios que para ellos era más real que el pulcro Jesús de la Biblia tradicional. El jorobado Herniado Quasimán se dedicaba a arreglar el altar; canturreaba con suavidad al tiempo que quitaba el polvo al tabernáculo. Vestido con una camisa de leñador muy planchada y jeans limpios, se movía tieso y a sacudidas, arrastrando tras de sí la pierna izquierda. El virus wild card había torcido su cuerpo, pero también le confería una extraordinaria fortaleza física y la capacidad de teletransportarse. Puso el tabernáculo en su sitio y miró a Brennan acercarse al altar.

—Hola —dijo Brennan—. He venido a ver al padre Calamar.

—Hola —replicó Quasimán, mirándolo con ojos oscuros cargados de emociones,

y con voz suave y profunda le informó—: está en la sacristía.

—Gracias… —comenzó a decir Brennan, pero se detuvo al advertir que Quasimán lo miraba sin enfocar los ojos.

Al joker se le aflojaba la mandíbula, y la baba le goteaba del mentón. Era obvio que su mente divagaba. Brennan se limitó a asentir y pasó por la puerta que Quasimán seguía señalando.

El padre Calamar era un hombre alto y ancho, con una sotana sencilla que le cubría el gran torso como una tienda de campaña. Su piel era gris, gruesa y sin pelo. Tenía ojos grandes y relucientes, que brillaban húmedos tras sus membranas nictitantes. La boca quedaba cubierta por una masa de tentáculos cortos que colgaban como un bigote viviente en continuo movimiento. Cerró el libro que tenía en sus grandes manos cuyos dedos eran largos y delgados, y lo puso sobre la mesa. En las palmas se veían ventosas vestigiales que formaban círculos alineados en filas. Olía ligeramente a mar, un aroma no desagradable.

—Entra, siéntate —lo invitó, observando a Brennan con el afecto benigno con que solía enfrentarse al mundo—. Aquí me tienes, leyendo las palabras de un viejo amigo…

Indicó el libro que había dejado en la mesa, *Un año en la vida de un hombre: el diario de Xavier Desmond*.

—… y aparece otro viejo amigo. Sin embargo —añadió, moviendo los largos dedos en ademán de reproche—, no habría estado de más que pasaras a verme antes de desaparecer. Me quedé algo preocupado.

Brennan sonrió con escaso humor.

—Lo siento mucho, padre. Le conté a Tachyon de mis planes, confiando en que él se encargaría de dar la noticia a aquéllos a quienes les concerniera. No pensé que volvería más a la ciudad, pero los últimos sucesos me hicieron cambiar de parecer.

Una expresión sombría cubrió los rasgos del padre Calamar.

—Ya me lo imagino. La muerte de Chrysalis. Sé que ustedes dos fueron… cercanos… en un tiempo.

—La policía dice que yo la maté.

—Sí, eso he oído.

—¿Y no lo creíste?

El padre Calamar meneó la cabeza.

—No, hijo mío. Tú nunca habrías matado a Chrysalis. No puedo decir que apruebe algunas de las cosas que has hecho; sin embargo, quien esté libre de pecado que arroje la primera piedra, y me temo que los recuerdos de mi juventud tan poco inmaculada no me permiten aspirar a la pureza espiritual.

El padre Calamar dejó escapar un suspiro.

—Chrysalis, que Dios la bendiga, era una pobre alma buscando la salvación. Espero que ahora al menos haya encontrado la paz.

—Yo también espero eso —concurrió Brennan—, y espero también atrapar al

asesino.

—La policía… —empezó a decir el padre Calamar.

—Ellos piensan que fui yo.

El sacerdote alzó sus inmensos hombros.

—Puede ser. Quizá por el momento se aferren a cualquier explicación, pero terminarán por poner los pies en el camino correcto. No me negaré a ayudarte si decides trabajar por cuenta propia. Eso si acaso supiera algo que te sirva —ofreció, mientras frotaba el lugar de donde manaban sus tentáculos nasales—, aunque no puedo imaginar qué pueda decir para auxiliarte a identificar al asesino.

—Quizá puedas ayudarme a encontrar a alguien que sepa algo.

—¿A quién?

—Sascha. El pertenece a tu iglesia, ¿no?

—Sascha Starfin es un parroquiano asiduo —aceptó el cura—, aunque pensándolo bien, hace tiempo que no viene a comulgar.

—Ha desaparecido —le informó Brennan, más preocupado por localizar a Sascha que por el estado de salud espiritual del telépata—. Ya sabes que vivía en el Palacio. Creo que está escondido porque fue testigo del asesinato.

El padre Calamar asintió.

—Puede que eso sea cierto. ¿Lo has buscado en el departamento de su madre?

—No —replicó Brennan—. ¿Dónde queda?

—En la sección rusa de Brighton Beach —dijo el padre Calamar, y le dio los datos precisos.

—Gracias. Ya me has ayudado mucho.

Brennan se levantó para irse, pero titubeó y se volvió al sacerdote.

—Algo más. ¿No sabes dónde estaba Quasimán esta mañana temprano?

El padre Calamar miró a Brennan con cara solemne.

—No sospecharás de él, ¿verdad? Tiene un alma de la mayor gentileza.

—Y manos de la mayor fuerza.

—Eso es cierto —aceptó el padre Calamar—. Pero puedes eliminar su nombre de la lista de sospechosos. Tal vez hayas oído que entre los norms se ha puesto de moda adquirir restos mortales de jokers, ya sea cadáveres o esqueletos, lo que sea, objetos para presumir ante los amigos. Anoche Quasimán se encargó de cuidar nuestro cementerio. Al menos eso espero. Se le olvidan las cosas, ¿sabes?

—Eso he oído. ¿Estuvo allí toda la noche?

—Toda la noche.

—¿Él solo?

El padre Calamar vaciló por un momento.

—Bueno, sí.

Brennan asintió.

—Gracias, de nuevo.

El padre Calamar alzó la mano en gesto de bendición.

—Ve con Dios. Rezaré por ti. Y también —añadió en voz baja al salir Brennan— por el asesino de Chrysalis. Si tú andas tras sus huellas, necesitará que alguien rece por el reposo de su alma.

7:00 p.m.

En la acera frente al Palacio de Cristal se reunía un grupo de gente, donde cuatro patrullas de la policía se habían estacionado, y una más estaba al fondo del callejón de atrás.

Al bajar Jay del taxi, reconoció a Maseryk que permanecía parado junto a una de las patrullas, mientras hablaba por el micrófono de la radio. El edificio estaba sellado por completo. Habían bloqueado el acceso a la entrada principal con burros de madera, y la insignia amarilla de escena del crimen envolvía la puerta. En las ventanas del tercer piso se veían luces encendidas. Pensó que harían un registro detallado de las habitaciones privadas de Chrysalis. Un par de agentes en uniforme caminaban en el terreno baldío lleno de escombros que estaba junto al Palacio, e iluminaban con sus linternas los agujeros, en busca de quién sabe qué.

Los mirones lo veían todo con mucho interés y conversaban todo el tiempo en voz baja. La composición del grupo era típica de Jokertown: una mayoría de jokers, con uno o dos norms nerviosos que se arriesgaban a asomarse a los bajos fondos desde las orillas. Al otro lado de la calle varias prostitutas paseaban y ofrecían sus servicios en las narices de los uniformados. A un lado, cuatro Hombres Lobo vestidos con los colores de su pandilla y máscaras de Mae West sobre los rostros se divertían haciendo bromas entre ellos. Unos cuantos clientes regulares del Palacio de Cristal estaban de pie mirando la escena.

Maseryk colgó el micrófono, y Jay se aproximó a él.

—¡Qué tal! —lo saludó—. ¿No ha regresado aún el asesino a la escena del crimen?

—Pues tú estás aquí —indicó Maseryk.

—Qué gracioso —replicó Jay—. ¿Han encontrado huellas?

—Muchas. Hasta ahora tenemos las tuyas, las de Elmo, las de Sascha, las de Lupo, las que quieras. Lo que no encontramos son los archivos.

—Ah —dijo Jay, sin querer traicionar su curiosidad.

—Uno puede saber más de lo que es bueno para la salud. Kant piensa que el motivo puede encontrarse en esos archivos secretos.

—Estupendo —dijo Jay, mirando un trasero muy lindo que pasaba envuelto en una ajustada minifalda de cuero—, para un lagarto.

Iba a volverse para ver a Maseryk cuando advirtió una figura encapuchada en la

boca del callejón a media cuadra de distancia.

—Le comentaré lo que dijiste —prometió Maseryk, dejando entrever una sonrisa.

—Lo tremendo del asunto —declaró Jay es que si Kant encuentra ese tesoro de información puede terminar con más de lo que busca en las manos. Los motivos son como las huellas digitales: si encuentras demasiados, es como si no tuvieras ninguno.

Volvió a echar un vistazo al callejón. El encapuchado estaba en una sombra, observando el Palacio. Cuando movió la cabeza, Jay pudo ver algo metálico al reflejarse la luz en la máscara de esgrima que llevaba puesta bajo la capucha.

—Sin duda te va a agradecer tus ideas. ¿Algún otro consejo que quieras impartirle por mi conducto?

—Sí —dijo Jay—. Dile que no fue Elmo —volvió a mirar a Maseryk antes de preguntarle—: ¿está Sascha en el Palacio?

—Se fue a casa de su madre hasta que hayamos acabado de registrar el edificio. Pero a ti no te concierne nada de eso. ¿No te advirtió Ellis que no te metieras en el caso?

—No me estoy metiendo en nada —aclaró Jay.

Captó un indicio de movimiento con el rabillo del ojo y giró a tiempo para ver al encapuchado hundirse en las sombras del callejón. Sin perder el ritmo de la conversación, Jay continuó:

—Todas las pistas buenas están allá dentro. ¿Has visto que trate de meterme? —preguntó, mostrando las palmas de las manos—. Pero, oye, yo soy fácil. Mira, ya me voy, ¿ves? Adiós.

Maseryk frunció el ceño al verlo retroceder y, encogiéndose de hombros, se dio vuelta y dirigió sus pasos hacia el interior del Palacio de Cristal. Una vez que desapareció, Jay se abrió paso entre la gente para acercarse al callejón.

Llegó demasiado tarde. El hombre de la máscara de esgrima bajo la capucha negra se había marchado. Sólo que el término «hombre» no era el adecuado. Bajo la tela negra, según se decía en las calles, el gran cuerpo de Oddity era tanto masculino como femenino.

Pero, además de sus otras características, una cosa era indudable: era muy fuerte.

8:00 p.m.

UNA ANCIANA MENUDA, PEQUEÑITA COMO UNA VIEJA GOLONDRINA, abrió la puerta nada más un poco en respuesta al llamado de Brennan.

—¿Está Sascha en casa? —preguntó Brennan.

—No.

Brennan interpuso el pie en la puerta cuando ella la empujó para cerrarla.

—¡Sascha! —llamó—. No te voy a hacer daño. Sólo quiero hablar.

La vieja luchaba por cerrar la puerta, empujando con determinación inútil contra el peso de Brennan, hasta que se oyó una voz fatigada.

—Está bien, mamá. Déjalo pasar.

Se oyó un largo suspiro y enseguida Sascha añadió:

—De cualquier modo, no podría ocultarme de él mucho tiempo.

La madre de Sascha se apartó de la puerta y le abrió paso. Su cara arrugada mostraba expresión preocupada, mirando a Sascha, que estaba derrumbado en el sofá, y a Brennan.

—Todo está bien, mamá. ¿Por qué no nos preparas un té?

Ella asintió y se fue a la cocina, al tiempo que Brennan observaba a Sascha con cierta desazón. El cantinero siempre había sido delgado, pero ahora se veía reducido a los huesos. Lucía mortalmente agotado, con marcas profundas que surcaban la palidez de su rostro.

—¿Qué te pasa? —inquirió Brennan.

—No me pasa nada —negó Sascha, meneando la cabeza.

En su voz se notaba dolor y pérdida, y una amargura manifiesta que Brennan no le había oído nunca.

—¿Por qué te escondes? ¿Reconociste al asesino de Chrysalis por telepatía?

Sascha se quedó sentado en el sofá. Por unos segundos, Brennan pensó que no iba a decir nada, pero al fin asintió.

—Oí a alguien —dijo.

—¿A quién?

—A ese detective privado, un tal Popinjay.

Jay Ackroyd, pensó Brennan. Ya se había topado en una ocasión con aquel as, pero no concebía que pudiera ser un asesino.

—¿Qué andaba haciendo en el Palacio?

Sascha no dijo nada y se limitó a alzar los hombros.

—¿Y qué me dices de Elmo?

El cantinero volvió a menear la cabeza.

—Lo mandó a hacer un encargo secreto por la noche, tarde. A mí no me dijo nada de eso —explicó, y la amargura volvió a su voz, mezclada con miedo—. Elmo nunca volvió al Palacio. Supe que la policía lo anda buscando.

—¿Piensan que él lo hizo?

Sascha se rió.

—Quizá. ¡Qué chiste! ¿Crees tú que el enano le habría hecho daño? Es igual de gracioso que pensar que tú la hayas matado.

—¿No sabes nada más? ¿Algo específico sobre el asesinato?

Sascha se revolvió nervioso en su asiento y se rascó una fea costra que tenía a un lado del cuello.

—¿Sobre quién lo hizo? —preguntó en una explosión frenética de palabras—.

Esta tarde me estaba tomando un trago en Freakers y todos decían lo mismo.

—¿Qué decían?

—¡Bludgeon! ¡Fue él! El mató a Chrysalis. Anda por ahí presumiendo que él es el asesino.

—¿Por qué iba a matar Bludgeon a Chrysalis?

Sascha se alzó de hombros.

—Nadie sabe por qué él hace lo que hace. Es malvado y está loco. Pero dicen que quiere volver a pertenecer a los Puños. Creo que le ha ido mal desde que reventaron a la Mafia.

Brennan asintió, severo. Eso tenía sentido. Bludgeon no era más que un montón de músculos. Era fuerte pero estúpido, demasiado brutal incluso para los Puños de Sombra, que se habían librado de él unos dos años antes. A continuación fue empleado por la Mafia, pero los Puños la habían aplastado el año anterior en una guerra implacable. Si Kien y los Puños habían puesto precio a la cabeza de Chrysalis, Bludgeon era perfectamente capaz de matarla a golpes con tal de ganarse su estimación.

La madre de Sascha volvió de la cocina llevando una bandeja con un servicio de té. Brennan miró a Sascha tomar una taza con mano temblorosa.

—Debo irme —anunció—. Cuídate, Sascha.

Hizo una inclinación de cabeza a la anciana y salió del departamento. Si los rumores que corrían por la ciudad eran los que Sascha le había contado, entonces Trípode los escucharía y podría encontrar a Bludgeon. De cualquier manera, Bludgeon no sería sino el autor material. Tal vez hubiera ejecutado el asesinato, y de ser así Brennan le ajustaría las cuentas también a él, pero sobre todo querría ponerle la mano encima a quien lo hubiera lanzado contra Chrysalis.

Estaba vigente la tregua con Kien. Había suspendido su vendetta contra su enemigo de muchos años, pero si Kien o alguien de su organización resultaba haber ordenado la muerte de Chrysalis, correría la sangre de los Puños.

9:00 p.m.

EL DEPARTAMENTO ESTABA COMPUESTO POR UN LOFT ARRIBA DE una imprenta en quiebra, dentro de un edificio de hierro colado de un siglo de antigüedad, a una cuadra del río. Sobre la puerta se veía un signo, deslavado hasta ser casi ilegible, que decía IMPRENTA BLACKWELL. Jay se asomó a través de una ventana, pero la suciedad la cubría como una mano de pintura gris y no se veía nada del interior.

Se metió las manos en los bolsillos de su blazer y se echó a andar de un lado a otro de la acera. Hasta donde lograba ver, había dos maneras de entrar al loft. Atrás

del edificio se adosaba una vieja escalera de incendios. Si alcanzaba la escalera podía subir para entrar por la ventana. El otro camino consistía en tocar el timbre.

Vio luz en las ventanas del loft. ¡*Al diablo*!, pensó. Dio la vuelta para acercarse a la puerta de acero reforzado junto al callejón. No vio ningún nombre junto al timbre. Jay lo apretó con el dedo pulgar.

Un momento después se oyó chirriar metal y se descorrió el cerrojo de la puerta. Ese trance había resultado fácil, pensó Jay, al empujar la puerta para entrar. Se encontró al pie de unas escaleras estrechas en un horrendo vestíbulo que olía a moho y a tintas de imprenta. Del techo colgaba un foco encendido, que se mecía levemente entre las polillas que revoloteaban a su alrededor. El foco irradiaba luz y calor, y parecía ser de voltaje exagerado para la vieja instalación de aquella trampa de incendios, pero iluminaba el lugar. Una de las polillas rozó el foco y cayó humeante a sus pies. Las alas quemadas repiqueteaban frenéticas sobre el suelo de madera. Jay la pisó y oyó que crujía bajo su talón. Se preguntó qué diablos haría Sascha en un lugar como aquél.

En el piso de arriba oyó abrirse una puerta.

—¿No subes? —llamó una voz de mujer.

Jay no tenía idea de a quién esperaría ella, pero no creyó que fuera a él.

—Estoy buscando a Sascha —dijo, mientras empezaba a subir por los escalones, tan estrechos e inclinados que resultaba difícil poner el pie sobre ellos.

—Sascha no está aquí —respondió la mujer, que salió del loft y lo miró sonriendo —. Estoy yo solita.

Jay miró hacia arriba. Se paró en seco y se quedó con la vista fija.

La mujer se pasó la lengua por los labios gruesos, que parecían hacer un mohín. Iba vestida con una corta camiseta roja que apenas llegaba a la cintura. No llevaba calzones. El vello púbico era negro y espeso, y cuando ella se paró con las piernas abiertas podía ver mucho más que el vello. La piel de la mujer era de color café claro, lo que Hiram llamaba *café-au-lait*. Sobre los hombros y por la espalda caían revueltos sus cabellos negros, que bajaban más allá de la camiseta. En los pliegues se adivinaba el más espléndido par de tetas que Jay Ackroyd jamás había visto.

—Anda, ven —dijo ella.

Su acento era tan provocativo como el resto de su persona.

—¡Anda, ven! —repitió, en tono más insistente.

Jay tuvo que reprimir el impulso de mirar sobre el hombro para cerciorarse de que ella no hablaba con alguien que estuviera tras él en los escalones. De cualquier modo, era difícil despegar los ojos de la mujer. Cuando Jube le dijo que Sascha andaba con una prostituta haitiana, se había imaginado una chica huesuda, picada de viruelas, con ojos hambrientos y marcas de agujas en los brazos. Se aclaró la garganta y quiso sonar como si se pasara la vida topándose con mujeres desnudas.

—Ah —logró articular—. Sascha, ah…

—Sascha me aburre —dijo la mujer—. Me llamo Ezili. Ven.

Volvió a sonreír y le extendió la mano.

—Soy Jay Ackroyd —se presentó—. Soy amigo de Chrysalis. Y también de Sascha. Necesito hablar con él de nuevo.

Sintió que necesitaba aclarar sus explicaciones.

—Preguntarle sobre ella —añadió, mientras ascendía por la escalera—. Digo, Chrysalis.

Ezili se limitaba a escucharlo asintiendo, sonriendo y volviendo a asentir. Jay estaba a sólo dos escalones de ella cuando vio que sus ojos hacían juego con su ropa interior: dos pequeños iris rodeados por un mar de rojo líquido.

—Tus ojos —barbotó Jay, y se detuvo de repente.

Ezili se agachó, tomó una de las manos de Jay y la puso entre sus piernas. Su calor era como algo viviente. La humedad corría por sus dedos y se escurría sobre la cara interior de sus muslos color canela.

Ella se movió hacia él y jadeó cuando sus dedos se deslizaron hacia dentro, moviéndose casi por cuenta propia. Ahí en las escaleras ella tuvo su primer clímax, meciendo furiosamente las caderas sobre la mano de él. Enseguida le lamió los dedos, como una niña golosa, se los chupó uno por uno, y sin decir nada lo hizo entrar al departamento.

A esas alturas, a Jay se le habían olvidado los ojos.

10:00 p.m.

CUANDO UNO NECESITABA UN HOMBRE LOBO NUNCA APARECÍA. También escaseaban las Garzas. Brennan tuvo que recorrer las calles durante un par de horas antes de encontrar a un pandillero, un Hombre Lobo que salía tambaleándose de Freakers.

El Hombre Lobo era grande, peludo y musculoso. Llevaba unos jeans deslavados y rotos, y suficientes cadenas y tiras de cuero para llenar el clóset de Michael Jackson. La máscara de plástico con las facciones de Mae West que le cubría el rostro añadía algo más que un matiz de incongruencia a su aspecto. Se detuvo en la calle frente a Freakers para extorsionar a unos turistas norms que estaban decidiendo si se arriesgaban a entrar a Freakers o no, y a continuación se alejó de ellos para meterse por un callejón a media cuadra de distancia. Brennan fue tras él.

El callejón era apropiado, por oscuro y solitario. El joker orinaba contra un muro de ladrillos, cantando «Estoy tan solo que me quiero morir», en voz baja y desafinada. Se iba a subir el cierre de la bragueta cuando Brennan le puso el filo del cuchillo sobre la garganta y le habló en tono de conversación normal.

—Me parece que tu voz sonaría mucho mejor si te corto el cuello de una vez. ¿Tú qué opinas?

El joker se quedó paralizado hasta que Brennan dio un paso atrás. Entonces se dio la vuelta, con las manos abiertas y apartadas de sus costados.

—¿Eres un norm loco? —preguntó por fin el joker.

—Ando de visita en la grande y malvada ciudad para ver a mis viejos conocidos.

Brennan rebuscó en un bolsillo de su chamarra de mezclilla con la mano izquierda.

—Mi tarjeta —anunció, enseñándole un as de espadas.

El joker grandulón pareció encogerse dentro de sí mismo.

—¡Hombre! ¿Es de verdad?

—Haz la prueba —propuso Brennan y el joker meneó la cabeza—. Pero no quiero bailar contigo. Sólo hablar. Busco peces más gordos. Warlock. Lazy Dragón. Quizá Fundido. ¿Has visto a alguno de ellos esta noche?

—Hace un rato vi a Lazy Dragón. Dijo que iba a pasar la noche en Chickadee, pero no estaba muy contento. Iba de guardaespaldas de un personaje importante de los Puños, así que él no se iba a divertir.

Brennan asintió. Lazy Dragón era un as que trabajaba por cuenta propia en encargos de los Puños de Sombra, con frecuencia para uno de los altos mandos, llamado Philip Cunningham, que ocupaba un lugar importante en la jerarquía de la organización. Cunningham, a quien gracias a su capacidad de volverse invisible llamaban también Fundido, sabría si Kien había encargado que asesinaran a Chrysalis. Brennan trabajó en una ocasión para Fundido, cuando ingresó con una identidad falsa a los Puños en un intento de destruirlos desde el interior. De hecho, le había salvado la vida a Fundido en una ocasión, cuando la Mafia atacó su cuartel general. Tal vez lograran hacer un trato.

—Está bien —dijo Brennan e hizo un gesto con el cuchillo—. ¿Ése es el modelo que usan esta semana los Hombres Lobo?

—¿Qué?

—La máscara.

—Claro.

—Dámela.

Brennan vigiló atentamente al Hombre Lobo. La máscara común que llevaba la pandilla era su símbolo, un emblema de pertenencia. Algunos Hombres Lobo fanáticos eran capaces de matar antes de entregarla. El Hombre Lobo en cuestión se puso visiblemente tenso, pero enseguida se relajó y soltó un suspiro. Era indudable que conocía la reputación de Brennan; a pesar de su tamaño y apariencia feroz no deseaba pelear con el hombre que había diezmado las filas de los Puños de Sombra el año anterior.

Se quitó la máscara y se la dio a Brennan, mientras volteaba la cara a otro lado y hacia abajo. Brennan agarró la máscara, miró la cara del hombre y no dijo nada. Había visto casos peores, mucho peores, aunque entendía por qué razón ese Hombre Lobo de aspecto tan fiero tenía tanta vergüenza de su cara. Parecía haber dejado de

crecer en su primer año de vida, un rostro de bebé, suave y bonito, montado en forma grotesca en medio de su enorme cabeza. Daba un contraste extraño con la apariencia salvaje de aquel joker, todo cuero y metal.

Brennan retrocedió unos pasos y el Hombre Lobo lo rodeó y se alejó por el callejón, todavía volteando la cara.

—¡Llevas la bragueta abierta! —le gritó Brennan antes de perderlo de vista.

—Duerme —le susurró Ezili, después de terminar.

Se sentía muy soñoliento, de hecho. Le daban ganas de rendirse, acomodarse poco a poco en la suave y mullida alfombra bajo él, cerrar los ojos y dejarse ir en paz. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo cansado que estaba.

Ezili le sonreía mirándolo, con el suave peso de su pecho sobre el brazo de él. Ni siquiera se habían molestado en encender una lámpara, pero la distinguía a la luz del farol de la calle que se filtraba entre las cortinas mecidas por un viento leve. Los pezones de sus pechos eran grandes y oscuros, del color del chocolate amargo. Recordaba su sabor. Extendió la mano y acarició la piel suave de la parte inferior de su pecho, pero ella lo aferró por la muñeca con sus dedos y le retiró con suavidad la mano.

—No —susurró—, sólo duérmete. Cierra los ojos, niñito. Sueña.

Lo besó en la frente.

—Sueña con Ezili Je Rouge.

Con una parte de su mente, Jay se daba cuenta de la locura en que se hallaba envuelto, pero al resto de su persona no parecía importarle. Se preguntó si Ezili iba a tratar de quitarle su dinero. Se suponía que era puta, después de todo. Cualquier cantidad que cobrara, valía la pena.

—¿Cuánto por pasar la noche?

A Ezili eso le hizo gracia. Rió con sonidos musicales y ligeros, y comenzó a acariciarle la frente con dedos sabios y lánguidos. El efecto era en extremo tranquilizante. El cuarto estaba tibio y oscuro. Cerró los ojos y dejó que el mundo empezara a desvanecerse. Los dedos de Ezili lo tocaban y lo serenaban. De lejos, oía su voz, hablándose a sí misma, que repetía: «Toda la noche, toda la noche», como si eso fuera lo más gracioso que había oído en la vida. Se oían otros ruidos, también, aunque más distantes, una puerta que se abría en algún sitio, un roce de ropas como si hubiera alguien más con ellos, pero Jay estaba demasiado cansado para ocuparse de eso. Flotaba, se hundía en un cálido mar de sueño, y supo que esa noche no lo visitaría su pesadilla.

De pronto la puerta al exterior se abrió de golpe haciendo mucho ruido y alguien gritó:

—¿En dónde está él?

Una luz brillante del pasillo cayó sobre Jay y lo despertó. Se incorporó, mareado,

y se puso la mano frente a los ojos. A través de los dedos percibió la figura de un hombre que se recortaba sobre la puerta, pero no distinguía sus rasgos porque la luz lo deslumbraba.

—¡Mierda! —protestó antes de recordar bien en dónde se hallaba.

Ezili se había puesto de pie, gritándole en francés al intruso. Jay no hablaba una palabra de francés pero, a juzgar por el tono de su voz, *aquellas* palabras no eran de las que se encuentran en los diccionarios. Oyó un ruido ahogado tras él y se volvió justo a tiempo para vislumbrar una forma oscura que se desvanecía a través de una puerta hacia un cuarto. Un niño, pensó Jay, con la columna torcida o una joroba, pero en la penumbra no logró distinguirlo. Quienquiera que fuese, cerró de un portazo al salir.

—No he podido evitarlo —dijo el hombre de la puerta, con una voz ronca y trémula.

Ezili le escupió más veneno en francés.

—No sabía —gimoteó él—. Por favor, no puedo esperar más, Ezili. Me hace falta el beso, lo necesito con desesperación. Tienes que oírme.

Jay reconoció la voz. Se puso de rodillas, tropezó con la orilla del sofá, manoteó en busca de una lámpara y logró encender una.

—Es que no sabes por lo que he pasado —decía Sascha.

—¡Cállate, idiota! —le advirtió Ezili en inglés—. Tienes visita. Sascha se dio la vuelta poco a poco hasta quedar frente a Jay. —Tú.

Jay de pronto recordó que estaba desnudo. Su ropa estaba regada por todo el cuarto, los pantalones en el respaldo del sofá, el calzón bóxer colgado de la pantalla de una lámpara, los zapatos y calcetines Dios sabría dónde. Ezili no estaba menos desnuda que él.

Claro que Sascha no tenía ojos. Por alguna razón, Jay pensó que eso daba lo mismo.

—Yo —admitió Jay, un poco avergonzado.

Agarró los calzones de la lámpara, se los puso y trató de encontrar algo más que decir. Algo como *Perdóname, Sascha, es que vine a buscarte, pero en cambio me cogí a tu novia en la alfombra de la sala, y por cierto, ¡qué culo más fantástico tiene!* … No, eso no podía decirlo. Claro, acababa de pensarlo y Sascha era telépata, así que él ya…

—¡Cobarde! —le gruñó Ezili a Sascha—. Eres un débil. ¿Por qué crees que podrías tener el beso? No lo mereces.

Jay la miró, un poco escandalizado. Ezili presentaba otro aspecto de su persona, y desde luego no sonaba como una puta hablando con uno de sus clientes adinerados. Estaba con los puños sobre las caderas, desnuda y furiosa, y Jay notó por vez primera que tenía una costra grande de color marrón a un lado del cuello. Pensó en diversas enfermedades venéreas, luego en el sida, se acordó de que ella era haitiana y se sintió como un completo idiota.

—¿Dónde carajos está mi camisa? —dijo, rabioso, subiendo la voz más de lo que era su intención.

Tanto Ezili como Sascha se le quedaron mirando. Ella masculló algo en francés, giró sobre los talones descalzos y se dirigió a la recámara. Cerró la puerta tras ella, y Jay la oyó echar el cerrojo.

Sascha asumió una expresión al borde del llanto, aunque Jay dudaba que, no teniendo ojos, pudiera llorar. Se desplomó en un sillón y alzó la cara para presentar a Jay su mirada sin ojos.

—¿Bien? —lo interpeló Sascha con tono de amargura—. Y tú ¿qué quieres?

Jay, poniéndose los pantalones, se sentía en desventaja, pero trató de no traicionarse.

—Estoy buscando a Elmo —explicó, al tiempo que se cerraba la bragueta.

—Todo el mundo busca a Elmo —se quejó Sascha.

Tenía un aspecto de mierda, pensó Jay, sólo que él no había visto nunca mierda tan pálida y temblorosa como Sascha en aquel momento.

—Pues, bien, yo no sé dónde está. Se fue a hacer un mandado y ya no volvió —declaró Sascha soltando una risita de sonido frágil, agudo, temible, al borde de la histeria—. El enano que no regresó, ése fue Elmo. ¡Bien por él! Lo colgarán por esa razón, ya lo verás. Ya sabes, sólo es un joker.

Jay no lograba dar con uno de sus calcetines. Se metió el otro en un bolsillo y se sentó al borde del sofá para atarse los zapatos. El sofá era nuevo, caro, tapizado en terciopelo color vino. Jay miró el departamento detenidamente, dándose cuenta de que lo veía por primera vez.

El piso estaba alfombrado de pared a pared, con gruesos tapetes blancos como la nieve. Al otro lado se veía una cocina moderna donde colgaban varias filas de cazuelas con fondo de cobre entre un enorme refrigerador-congelador color bronce y un horno de microondas que podría servir de hangar para aviones pequeños. La sala estaba repleta de piezas de un extraño arte primitivo de aspecto costoso, que Jay adscribió a un origen haitiano. Símbolos complicados cubrían las paredes. Al lado izquierdo, el loft se había subdividido en un laberinto de habitaciones más pequeñas, que podrían sumar cinco o seis recámaras.

—¿Qué clase de lugar es éste? —preguntó Jay, un poco desconcertado.

—Un lugar que no es para ti —repuso Sascha—. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Eso haré. Tan pronto como respondas a unas cuantas preguntas.

Eso puso furioso a Sascha.

—¡No! —gritó—. Ya te lo dije, no puedo esperar, maldita sea, lárgate de aquí. Necesito el beso, no te quiero aquí, no quiero que me molestes.

Jay no había visto a Sascha así nunca.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó—. Sascha, ¿te has enganchado a alguna droga?

De pronto, la ira de Sascha se convirtió en risa.

—Oh, sí —admitió—. Besos, oh, besos más dulces que el vino.

Jay se levantó, con el entrecejo arrugado.

—¡Besos! —repitió.

Ezili era en verdad una experta en la cama, pero si ése era el resultado de una relación a largo plazo con ella, prefería limitar la experiencia a una sola noche.

—Mira, Sascha, a mí no me importa un carajo tu vida erótica. Sólo necesito encontrar a Elmo. El me conoce lo suficiente para saber que no lo voy a entregar a la policía. Quiero hablar, eso es todo. Tal vez él sepa algo que me ayude a determinar quién mató a Chrysalis.

Sascha se atusó su finísimo bigote con movimientos que tenían algo de furtivos.

—Pero ya sabemos quién la mató, ¿no? Dejó su tarjeta de visita, ¿verdad? Sí, ya veo que te acuerdas. Puedo ver la imagen en tu mente ahora mismo.

Le daba una mala sensación a Jay que Sascha anduviera mirando cosas dentro de su cabeza.

—Alguien dejó un as de espadas junto al cadáver —admitió—, pero no estoy convencido de que fuera Yeoman, él…

—¡Fue él! —interrumpió Sascha, levantándose con rabia—. ¡Yeoman! ¡Fue él! Ahí tienes al asesino, Popinjay, sí. Ha vuelto a la ciudad. Acabo de verlo.

—¿Lo viste? —preguntó Jay, inseguro.

Sascha hizo movimientos rápidos de cabeza, asintiendo.

—Allá en Brighton Beach, en casa de mi madre. Vino a buscarme. El también anda buscando a Elmo.

—¿Por qué? —demandó Jay—. ¿Por qué iba a matar a Chrysalis?

Sascha miró a su alrededor, como si quisiera cerciorarse de que nadie lo escuchaba, enseguida se inclinó hacia delante y susurró:

—Ella sabía su verdadero nombre. ¿Quieres que te lo diga? Si te lo digo, ¿te largarás de aquí y me dejarás en paz?

—¿Tú lo sabes también?

Sascha asintió.

—Nunca lo decía en voz alta, pero a veces lo pensaba. Y un día lo leí en su mente. Si Yeoman se diera cuenta, me mataría también a mí. ¿Quieres saberlo?

—Dímelo —exigió Jay.

—¿Prometes que después te irás? ¿Que dejarás de molestarme? ¿Que ya no te meterás en mis asuntos?

—Te lo prometo —declaró Jay, con impaciencia.

—Daniel Brennan —enunció Sascha—. ¡Vete ya!

Jay miró atrás una sola vez antes de salir del departamento. Sascha se arrodillaba junto a la puerta de la recámara, con su cara sin ojos aplastada contra la madera, suplicando recibir el beso.

11:00 p.m.

CHICKADEE ESTABA SITUADO EN EL CORAZÓN DEL BOWERY. EL edificio era común y corriente por fuera, de severa piedra gris, sin anuncio, toldo o portero que anunciara su existencia. Chickadee no necesitaba promoverse. Su fama corría de boca en boca, y con eso sobraba.

Brennan subió los escalones con las manos vacías, después de guardar el estuche del arco en un casillero de alquiler, y fue recibido en el vestíbulo del burdel por un joker que tenía el tamaño y la musculatura de un gorila macho. El joker lo miró de la cabeza a los pies, y soltó un bufido por todo comentario a los jeans y camiseta de Brennan. De todos modos abrió la puerta interior de la antecámara, la que llevaba al paraíso, según pensaban millares de clientes satisfechos de Chickadee.

Jake Docededos tocaba el piano en un rincón de la sala, creando acordes complejos de la música complicada que él llamaba j-jazz —joker jazz—, la cual requería cada uno de sus doce dedos para ser ejecutada. Los clientes, sobre todo hombres vestidos con costosos trajes de tres piezas, se hallaban sentados en los cómodos sofás y sillones de la sala, bebiendo y charlando con las chicas. Todas las razas y colores estaban representadas por las mujeres de la casa. Aunque eran hermosas todas ellas, algunas poseían atributos muy inusuales dado que el burdel estaba en Jokertown.

La recepcionista, una mujer nat, recibió a Brennan en la puerta. Por lo menos tenía aspecto de norm, y el liguero, las medias y los zapatos que componían su atuendo no podían ayudarla a ocultar deformidades de joker. Sin embargo, también era cierto que algunas de las mujeres de Chickadee eran diferentes de maneras muy sutiles.

—Hola, campeón —lo saludó ella—, soy Lori. ¿Quieres jugar?

Brennan sonrió.

—Busco a un hombre —empezó a decir.

—Te equivocaste de lugar, campeón. Tenemos toda clase de mujeres, blancas, negras, cafés, y otras de colores que no has visto nunca, pero si lo que quieres es un hombre…

—No, no, busco a un amigo mío que está aquí —aclaró Brennan de prisa—: Lazy Dragón.

—Oh.

Asintiendo, Lori enganchó su brazo al de Brennan y lo acercó hacia ella. Al andar, su cadera lisa se apretaba sobre él, y sus largos muslos cubiertos de seda le rozaban las piernas.

—Debí imaginármelo, con la máscara y todo. Es Marilyn Monroe, ¿verdad? Una de mis favoritas. Te llevaré yo misma. Me apetece otra probadita.

—Claro.

Brennan la siguió, un poco sin entender de qué hablaba ella, pero satisfecho de

que su mínimo disfraz resultara efectivo. Cruzaron el área de la sala, que vibraba bajo las notas del j-jazz provenientes de los hábiles dígitos de Jake Docededos y el parloteo de treinta chicas y unos cincuenta aspirantes a clientes, después de lo cual subieron por un tramo de escaleras y avanzaron por un pasillo que terminaba en una puerta doble cerrada, que resguardaba un par de Hombres Lobo con el rostro cubierto por máscaras de Mae West idénticas a la que Brennan llevaba puesta.

—¿Qué pasa? —preguntó uno al verlos aproximarse.

—Relevo —le comunicó Brennan—. Deja que le avise a Dragón.

—¿Por qué nada más uno? ¿Quién de los dos se va?

Brennan se encogió de hombros.

—Eso no lo decido yo.

El Hombre Lobo soltó un gruñido y se hizo a un lado, dejando que Lori y Brennan atravesaran la puerta.

Entraron en una habitación grande, decorada con gusto exuberante y pródigo, digno de un establecimiento como Chickadee. La mitad del espacio en los muros estaba recubierta con un patrón de brocados en plata y oro, y la otra mitad con espejos, lo que le daba al cuarto una apariencia de dimensiones mucho mayores que las reales. Sofás acolchonados y grandes escabeles esparcidos por el suelo estaban ocupados por las chicas de la casa y por hombres con trajes que hacían juego con el papel tapiz.

En uno de los sofás yacía una mujer desnuda, sobre cuyos amplios pechos y piernas habían dispuesto varias líneas de lo que aparentaba ser cocaína, que convergían hacia la juntura de los muslos. Tres hombres tomaban turnos, metiéndose por la nariz las líneas que los conducían a sus lugares favoritos. Otras, vestidas tan sólo con su maquillaje, circulaban con bandejas de bebidas y pequeños tazones de plata llenos de polvos o pastillas de diversas clases.

—Te veré luego, cariño —dijo Lori, y se mezcló entre los presentes.

Lazy Dragón estaba en un rincón del cuarto, tomando traguitos de una copa de pie largo. Brennan lo vio declinar, virtuoso, un tazón de polvos blancos que le acercó una reluciente mujer negra con el cuerpo cubierto de plumas.

—¡Tú! ¿Qué quieres? —preguntó Dragón al ver que se aproximaba Brennan.

Lazy Dragón era un hombre joven, asiático, menudo y de aspecto pulcro. Era también un poderoso as con la capacidad de animar y poseer figuras de animales que esculpía o elaboraba con papel doblado. Por el momento, no expresaba estar de buen humor.

—No hay reposo para los malvados, ¿no crees?

Dragón se puso tieso al oír la voz de Brennan, se levantó a medias y volvió a hundirse en su sillón.

—¿Qué diablos haces aquí, Cowboy? —preguntó, empleando el nombre que Brennan había adoptado para infiltrarse a los Puños de Sombra.

Brennan alzó los hombros.

—Parece una fiesta muy divertida. Sería una lástima tener que interrumpirla —comentó, con la mirada fija sobre Dragón—. ¿De qué se trata?

Dragón lo miró un buen rato antes de responder.

—El tipo de allá —informó, indicando a un hombre alto y flaco, de aspecto dilapidado, vestido con pantalones blancos de lino, saco y camisa— es Quinn el Esquimal. Ya has oído hablar de él.

Brennan asintió. El verdadero nombre de Quinn el Esquimal era Thomas Quincey, y se desempeñaba como director del brazo científico de los Puños de Sombra. Su especialidad consistía en desarrollar nuevas drogas sintéticas con efectos especiales extraordinarios.

—¿Está probando algún producto nuevo? —inquirió Brennan.

Brennan miró a Lori, que se acercó a Quinn y habló con él. El sonrió y le dio un frasco con unos polvos azules. Ella aspiró una dosis, y se frotó otra porción en los pechos y los pezones, que se pusieron del mismo color azul intenso de los polvos. Quinn y los hombres que lo rodeaban se echaron a reír. Atendiendo un ademán de Quinn, uno de ellos se puso a lamerle los pechos. Ella cerró los ojos y se recargó en la pared, y mientras el hombre le chupaba los pezones, se le vio alcanzar un potente orgasmo.

—¿Qué diablos fue eso? —preguntó Brennan.

Dragón encogió los hombros.

—Nuevo producto. Una demostración para los distribuidores. Pero tú, ¿qué quieres?

Brennan le devolvió la mirada a Dragón.

—Mataron a una amiga mía, Dragón. Ya has oído hablar del tema.

—¿Chrysalis?

Brennan asintió.

—Y oí decir que alguien anda presumiendo que lo hizo como un favor para los Puños.

Dragón meneó la cabeza.

—No he sabido que los Puños desearan su muerte.

—Tú no determinas esas cosas de política. Necesito hablar con gente más informada. Con el Fundido.

—Él no está contento contigo, Cowboy. La verdad es que nos jodiste.

Brennan alzó los hombros.

—Así es la vida —sentenció—. Fundido hablará conmigo, o los Puños sangrarán.

Despacio y con movimientos calculados, Dragón se puso de pie.

—Será mejor que no armes un lío aquí, Cowboy. Yo soy responsable por la seguridad de esta fiesta.

Brennan hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, sonrió bajo su máscara de Mae West y dio un paso atrás.

—Y yo no quisiera manchar tu hoja de servicios. Nada más dile a Fundido que

quiero hablar con él.

Se siguieron mirando hasta que Brennan abandonó la habitación retrocediendo.

—¿Entonces? —preguntó uno de los Hombres Lobo que hacían guardia afuera.

—¿Entonces qué?

—¿Quién se va?

—Oh —repuso Brennan, y se quitó la máscara de Mae West lanzándola al sorprendido Hombre Lobo, que la atrapó sobre su pecho—. Yo.

—¿Qué diablos? —gruñó el otro, enojado—. Eso no es justo.

—La vida no es justa —le advirtió Brennan—, y al final te mueres.

Los Hombres Lobo reconocieron el elemento de peligro en su voz. Lo miraron alejarse por el pasillo, preguntándose quién podría ser y acabando por decirse que sería mejor no averiguarlo.

Martes 19 de julio 1988

♣ ♦ ♠ ♥

2:00 a.m.

El aire estancado y rancio dentro del conducto clausurado de drenaje que Chrysalis había convertido en una entrada secreta al Palacio apestaba a moho y descomposición. Sólo la luz de la linterna eléctrica de Brennan rasgaba la oscuridad total. Reinaba un silencio absoluto, salvo por los escasos ruidos causados por él al arrastrarse hacia el interior del Palacio. De pronto pasó junto a un túnel lateral sobre el que Chrysalis no le había mencionado nada. Pensó oír algo que se movía ahí dentro, pero resolvió que el momento no era el más adecuado para satisfacer curiosidades ociosas.

El drenaje conducía a un túnel de construcción más reciente, que a su vez llevaba a una bodega en el sótano. Ese cuarto estaba repleto de cajas de bebidas, pilas de barriles cerveceros de aluminio y cajas de cartón llenas de papas fritas, pretzels, chicharrones y otras botanas.

Brennan se movió por la bodega en silencio y subió por las escaleras al primer piso. Esperó un momento, sin ver ni oír nada que permitiera sospechar que alguien más se encontraba dentro del Palacio. Eso se había figurado. Anduvo por el corredor hasta llegar a la oficina de Chrysalis y se paró en la puerta, sintiendo una resistencia peculiar a entrar en esa habitación.

Sabía que tan pronto viese las salpicaduras de sangre de Chrysalis sobre las paredes tendría la certeza indudable de que había muerto. Ella era demasiado reservada como para que él pudiera amarla, pero había compartido su lecho y algunos de sus secretos. Conoció a la mujer solitaria que se escondía tras la fachada de indiferencia. No la había amado, pero pudo hacerlo. Eso era imposible de olvidar. Lo roía desde dentro, como una herida abierta y sangrante.

Su recuerdo de la oficina de Chrysalis era de un cuarto a media luz, tranquilo y encantador, con una alfombra oriental fabulosa en el piso y libreros del suelo al techo repletos de volúmenes encuadernados en piel que ella había leído en su totalidad. Los muebles eran de roble sólido y cuero, y las paredes se habían tapizado con papel púrpura estampado al estilo Victoriano. La habitación olía a Chrysalis, a la fragancia del perfume exótico que usaba y el amaretto que bebía. Había sido un cuarto pacífico, y no quería verlo transformado en escena de muerte y destrucción. Pero no había otro remedio. Tomó aliento, quitó la cinta amarilla que sellaba la puerta y entró en la

oficina.

Fue peor de lo esperado. La devastación era total. El enorme escritorio de roble se hallaba volcado al extremo opuesto de la habitación. El sillón de cuero negro yacía destrozado. Habían arrancado los libreros de las paredes, y los volúmenes andaban regados por el suelo. Los sillones para las visitas estaban hechos añicos. Los contenidos de los archiveros de madera, volteados, estaban por todo el piso y encima de los fragmentos de muebles. Lo peor era un leve rocío de sangre, apenas visible sobre los dibujos del papel tapiz, con manchones en la parte baja del muro donde ella solía sentarse tras su escritorio.

Brennan había presenciado muchas escenas de destrucción, pero el espectáculo que se ofrecía a sus ojos lo inundó de ira. Agarró esa ira furiosa y la hundió a la fuerza en las profundidades de su persona, hasta convertirla en un solo punto radiante en la boca del estómago. No era el momento de entregarse a la emoción. Quizá más adelante se permitiría el lujo de expresarla; la situación exigía un intelecto frío y desapasionado. Sin saber qué características constituían pistas importantes, se grabó en la memoria la terrible escena, con tantos detalles como pudo observar, para después poderla reconstruir en su mente.

Brennan salió de la oficina con la imagen del cuarto sellada en el recuerdo. No podía enfrentarse al agobio de salir por los túneles que corrían bajo la calle. Necesitaba respirar aire fresco, limpio, o al menos lo más limpio y fresco que hubiera en la ciudad. Subió por las escaleras que llevaban a las salidas del piso superior, y oyó una voz, la última voz que hubiese esperado volver a oír de nuevo, que lo llamaba desde la oscura escalera frente a él.

—Yeoman —oyó que decía, y el sonido le produjo escalofríos en la espina dorsal—. Te estoy esperando. Ven a mi habitación. Te espero, arquero mío.

Era su voz. Era Chrysalis, hablando con su acento casi británico. Se quedó inmóvil un momento, pero no escuchó nada ni sintió movimiento alguno en la oscuridad.

Brennan no creía en los fantasmas, pero casi todo era posible con el wild card. Quizá no habían matado a Chrysalis; podría ser un engaño montado, quizá por la misma Chrysalis en aras de algún motivo insondable. Lo que fuese, no era concebible retroceder. Sacó su Browning Hi-Power de la funda del cinturón y trepó las escaleras en silencio, como un gato en cacería.

La puerta de la recámara de Chrysalis estaba abierta, y al asomarse por el quicio vio que alguien había estado ahí antes de él, un intruso que buscaba algo, y no se molestaba en disimularlo. La cama de postes de Chrysalis había sido destazada, y el colchón triturado. Todos sus retratos Victorianos y elegantes espejos antiguos habían sido arrancados de las paredes y yacían en astillas plateadas esparcidas sobre el piso. El escanciador de cristal cortado que ella solía tener en la mesa de noche también estaba hecho pedazos. Su lugar lo ocupaba una máscara de esgrima.

Brennan entró en la habitación y miró en torno a él, lleno de congoja. Al llegar

junto a la cama destruida, una figura abultada apareció en la entrada del vestidor donde Chrysalis guardaba su costosa indumentaria. Su rostro era femenino, hermoso, pero grabado por un dolor crónico. El cuerpo resultaba grotesco, enorme y aparatoso bajo una capa negra que llegaba al suelo. Algo se movía bajo la capa. Cosas que se retorcían y revolvían bajo su pecho y abdomen, como si su cuerpo fuese un costal lleno de serpientes. La intrusa se quedó inmóvil, mirando a Brennan, quien le devolvió la mirada y también le apuntó con su pistola.

—Eres Oddity —dijo al fin Brennan.

—Tú ¿quién eres?

—No soy nadie que conozcas. Puedes llamarme Yeoman.

Hubo otro silencio, al cabo del cual Oddity habló:

—Ya vemos. ¿Qué haces tú aquí?

—Eso es lo que quiero preguntarte a ti.

—Hemos venido a buscar algo.

Los labios de Brennan se torcieron en una mueca.

—Mira, no alarguemos esto.

—¿O qué? ¿No implicas una amenaza en lo que estás diciendo?

La voz de Brennan al hablar tenía una frialdad glacial, y su mano sostenía la pistola con firmeza de estatua.

—Yo no profiero amenazas. No estoy jugando. Te encuentro en la recámara de mi amiga, y me siento inclinado a creer que algo has tenido que ver con su muerte. Si no quieres decirme nada, está bien. No voy a entregarte a la policía; te dejaré muerta aquí.

—Creemos que eres capaz de intentar algo así —dijo Oddity, con suavidad.

Brennan no dijo nada.

—Está bien —suspiró Oddity—. No tuvimos nada que ver en la muerte de Chrysalis. Cuando nos avisaron, vinimos a buscar algo… información con la que Chrysalis nos chantajeaba. Queremos recuperarla antes de que la encuentre la policía.

—¿Te chantajeaba? ¿Por dinero? —gruñó Brennan.

Oddity asintió, y enseguida su rostro se descompuso en un gesto de dolor muy intenso. Jadeando, cayó de rodillas y se abrazó el estómago. Echó la cabeza hacia atrás, con la cara en un rictus de sufrimiento.

—¡Santo Cristo! —murmuró Brennan.

Oddity no estaba actuando. Sufría de un dolor intenso e incontrolable. Brennan no sabía qué hacer para ayudarla. Trató de acercarse a la joker indefensa, pero ella alzó la mano para detenerlo. El la miró mientras sus rasgos se desplazaban por su cara y se deslizaban por un lado de la garganta. Otro conjunto de facciones, las de un hombre moreno, empezó a moverse desde la parte de atrás de la cabeza.

Los ojos nuevos miraron a Brennan con suspicacia. Aun antes de que llegaran a su sitio, antes de que Oddity dejara de gemir, él —pues Brennan cambió el género que aplicaba a ese joker— se puso de pie, agarró la pata de la mesita junto a la cama

y con un movimiento de muñeca se la arrojó a Brennan, que se agachó al tiempo que disparaba.

No pudo saber si su bala había dado en el blanco, porque Oddity lo embistió como un fullback que se lanza sobre la línea de meta, y el impacto fue como colisionar contra un costal lleno de ladrillos.

Se zafó y lanzó una patada poderosa sobre la masa en agitación que era el torso de Oddity. Una mano femenina lo agarró, y encontró que era mucho, pero mucho más fuerte que la de él. Lo jaló, y él se dejó llevar sin oponer resistencia mientras lo hacía dar vueltas y lo estrellaba contra la pared, con tal fuerza que hizo castañetear sus dientes y estremecerse de dolor la espalda.

Su pistola salió volando. Brennan cayó al suelo, rodó y agarró con ambas manos un soporte ornamental de roble sólido. Abanicó con todas su fuerzas y le dio de lleno a Oddity en un costado. El soporte se hizo añicos. Sus brazos temblaban por efecto del choque y trató en vano de quitarse el entumecimiento de las manos. Oddity, por su parte, no dio señales de haberse enterado.

Lanzó varios golpes contra Brennan, y éste los esquivó una y otra vez, con las manos colgando a los lados, mientras recuperaba la sensación en ellas. Se retiró hasta sentir una pared contra la espalda. Oddity se precipitó sobre él, rabioso.

Volvió a soltar un golpe, que Brennan logró evitar deslizándose por la pared hacia el suelo, y el brazo de Oddity se incrustó en el muro hasta el hombro.

Brennan consiguió hacerse a un lado, y agarró uno de los postes que sostenían el toldo de la cama demolida de Chrysalis. Lo abanicó como un gigantesco bate de béisbol y conectó en forma efectiva el golpe sobre la espalda de Oddity, justo arriba de los riñones.

Oddity aulló, más de rabia que de dolor. Brennan volvió a hacer descender el poste, que se deshizo en astillas con el impacto.

—¡Dios santo! —masculló Brennan mientras Oddity estallaba en maldiciones tratando de zafar su brazo trabado.

Luchar contra aquel joker enloquecido no tenía ningún sentido, reflexionó Brennan. Resolvió huir del cuarto mientras Oddity lograba desatascarse, y corrió por el pasillo, a pesar de que el dolor en la espalda le hacía crujir los dientes.

—¡Ya ajustaremos cuentas, hijo de puta! —gritó Oddity, con una voz que sonaba extraña, como si dos personas pelearan por controlarla—. ¡Te vamos a encontrar!

Brennan aspiró a grandes bocanadas mientras corría. No tenía huesos rotos, pero el dolor se extendía a toda la espalda. No había tiempo que perder en lamentaciones. La policía estaba por llegar en cualquier momento para investigar la conmoción en el Palacio. Subió las escaleras y salió por el techo, repasando en su mente la historia de Oddity. Chrysalis era capaz de extraer favores o información como parte de un juego al que le gustaba jugar, pero nunca chantajearía a nadie por dinero. Brennan sabía que eso no formaba parte de ella.

Entonces, ¿por qué mentía Oddity? Él, o ellos, ¿qué era lo que en realidad

buscaban en el vestidor de la recámara de Chrysalis?

9:00 a.m.

—USTEDES TIENEN UN REPORTERO QUE SE LLAMA THOMAS DOWNS —afirmó Jay.

La recepcionista lo miró, dudosa. Era una chica pequeñita y elegante, que parecía haber recibido una crianza especial para sentarse tras el escritorio de recepción, hecho de vidrio y cromo de alta tecnología. La revista ¡*Ases*! ocupaba oficinas de clase mucho más alta de lo que había previsto Jay. De saber que alquilaban dos pisos del 666 de la Quinta Avenida, se habría hecho lustrar los zapatos en el Metro. Resultaba obvio que los reportajes sobre los amores de Peregrine eran una fábrica de dinero.

—Digger no ha venido el día de hoy —le informó la recepcionista.

En el muro tras ella el logotipo de la revista había sido fundido por Jumpin'Jack Flash en forma de una placa de acero cromado. En otros lugares del área de recepción, diversos ases visitantes habían transmutado un cenicero de cromo en una extraña vasija púrpura, o retorcido barras de acero en nuevas e imaginativas formas, o incluso construido una máquina de movimiento perpetuo que llevaba cuatro años de girar alegremente. Cada una de tales hazañas estaba conmemorada por una pequeña placa de bronce.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —preguntó Jay—. Es importante.

—Lo siento —se disculpó la recepcionista—, pero no podemos dar esa clase de información.

—¿Hay alguien más con quién pueda yo hablar? —insistió él.

—No sin previa cita —le informó ella.

—Soy un as —declaró Jay.

Ella trató de reprimir una sonrisa, en vano.

Jay miró el área de recepción, formó la pistola con la mano y apuntó a un largo sofá de cromo y cuero. Se desvaneció con un pop. De cualquier modo, necesitaba un sofá nuevo.

—¿Me dedicarán también una plaquita de cobre por eso? —le preguntó a la recepcionista.

—Quizá lo pueda ayudar mister Lowboy —dijo ella y alzó el teléfono.

El espacio de la editorial estaba dividido en un laberinto de pequeños cubículos. En la parte exterior del edificio se ubicaban oficinas privadas de buen tamaño, con paredes y puertas de verdad, que dejaban el gran espacio central sin ventanas. Había muchos colores alegres y plantas en macetas, y música Muzak rítmica que marcaba el paso a las ocupaciones del personal en sus terminales de computadoras, todos correctamente vestidos. Orden y limpieza por doquier. A Jay le pareció detestable.

El despacho de mister Lowboy estaba en una esquina del edificio y no tenía terminal de computadora ni colores alegres, ni Muzak. Sólo mucha madera y cuero, y dos enormes ventanas con vidrios tintados sobre el horizonte de Manhattan. Mister Lowboy no estaba ahí cuando él entró, así que Jay se puso a curiosear por la habitación mirando las fotografías enmarcadas en las paredes. Examinaba una impresión deslavada en blanco y negro de Jetboy dándole la mano a un hombrecito marchito que se veía como un gnomo anémico, cuando Lowboy por fin apareció.

—Es mi abuelo —dijo al entrar—. Él y Jetboy eran así.

Lowboy cruzó los dedos índice y corazón. Era unos cinco centímetros menos alto que Jay, y vestía un traje blanco de tres piezas, camisa de tono pastel y corbata negra tejida.

—¿Por qué le está dando un cheque a Jetboy? —preguntó Jay.

—Para decir la verdad, le prestaba dinero al muchacho todo el tiempo. Jetboy nunca supo manejar sus finanzas. Igual que muchos de los ases modernos —explicó Lowboy, extendiendo la mano—. Soy Bob Lowboy. Tengo entendido que usted busca a Digger.

Hizo una breve pausa.

—Me temo que no podemos ayudarlo —añadió, mientras le daba la mano sin aguardar respuesta—. Digger es un reportero sorprendente, sin duda, pero no es nuestro empleado más confiable. Ayer salió a tomar un café y no lo hemos vuelto a ver.

—¿No le preocupa un poco?

—Nada de que preocuparse —le aseguró Lowboy—. Ya lo ha hecho antes. La última vez tardó una semana en reaparecer, con toda la información sobre el hijo secreto de Aullador con su amante. Salió en la portada.

—No lo dudo —concurrió Jay.

—Si desea dejar una tarjeta con mi asistente, yo me encargaré de que Digger la reciba —prometió Lowboy.

Jay dejó una tarjeta con la asistente de mister Lowboy y le dijo que podía salir sin su asistencia. Iba abriéndose camino por el laberinto cuando una mujer lo llamó.

—¿Mister Ackroyd?

Era joven, de poco más de veinte años, vestida con una sencilla camisa banca, jeans y un chaleco gris a rayas. Llevaba el pelo corto y gafas con marco redondo de alambre sobre los ojos.

—Mandy le ha contado a todo el mundo la historia del sofá —le dijo—. Usted es Popinjay.

Le ofreció la mano con timidez.

—Odio ese nombre.

Ella asumió una expresión culpable.

—Es cierto, oh Dios, eso está en su expediente. Se me olvidó. Espero no haberlo ofendido. Soy Judy Schieffeld. A veces me dicen Crash.

—¿Crash? —preguntó Jay, perplejo.

—Mejor no pregunte. Soy la asistente de investigación de Digger. ¿Podemos hablar?

Sacó del bolsillo de su chaleco una llave.

—Es la llave de la oficina de Digger —anunció—. ¿Vamos?

Downs no era más que un reportero, pero sin duda ¡*Ases*! valoraba sus servicios. Su oficina ocupaba un tercio de las dimensiones de la de Lowboy, pero era una oficina de verdad, dotada de paredes y puerta con cerrojo y hasta una ventana estrecha. Los estantes del muro oeste estaban repletos de libros más allá de su capacidad, y parecían a punto de venirse abajo en cualquier momento. En el rincón junto a la ventana se veía una estación de trabajo con una computadora. A su lado había un tablero con fotos de identidad de gente que Jay no pudo reconocer.

—¿Quiénes son? —inquirió.

Crash cerró la puerta con cuidado.

—Son ases que tenemos guardados —reveló ella—, para referencia en el futuro. Le sorprendería saber en cuántas ocasiones Digger ha sido el primero en publicar un reportaje sobre un as nuevo. Nadie se le compara.

—Si ellos no lo han hecho público, ¿cómo se las arregla para saber que son ases? —quiso saber Jay, examinando las fotos.

—Creo que tiene una fuente en la Clínica de Jokertown que le avisa cada vez que diagnostican un nuevo as.

Crash hizo a un lado unos papeles y se sentó sobre el escritorio de Digger.

—Digger anda metido en problemas, ¿verdad?

—Cuéntame tú.

—Anda en problemas —afirmó ella—. Siempre ha sido algo nervioso, pero ayer *perdió* los estribos.

—Cuéntame qué pasó —le pidió Jay.

Movió un montón de calendarios pin-up de Peregrine que estaban en la silla giratoria y se sentó.

—Estábamos trabajando sobre un reportaje ayer en la mañana. En torno a la convención, notas sobre los delegados ases. Digger tenía encendido este pequeño Sony Watchman, en caso de que se produjeran novedades en la convención. Cuando salió la noticia de última hora sobre Chrysalis se puso blanco como una sábana.

—Eran amigos —dijo Jay—, quizás amantes, incluso.

—Pero no era duelo —dijo Crash—. Eso fue miedo. Digger estaba aterrado. «Me tengo que ir», dijo. Le pregunté cuándo volvería, pero se marchó como si no me hubiese oído. Prácticamente huyó de la oficina. Mandy, en la recepción, me contó que ni siquiera quiso esperar el ascensor. Se fue por las escaleras.

Jay tuvo que admitir que aquel comportamiento no correspondía a alguien que se lanza tras un reportaje, sino más bien a alguien que corre por su vida.

—¿No hizo nunca un reportaje sobre el asesino del arco y la flecha?

—No. ¡*Ases*! no publica muchas historias de crimen.

—¿Mencionó él en alguna ocasión que Chrysalis le tuviera miedo a alguien?

Ella sacudió la cabeza.

—Algunos de sus reportajes deben haber provocado enojo en la gente. ¿Alguien en particular estaba en contra suya?

—Peregrine —dijo Crash enseguida—. Ella y el doctor Tachyon estaban enfadados con Digger por un artículo que publicó durante la gira. No hizo más que escribir lo que Tachyon le contó.

El doctor Tachyon era una de las seis personas que Jay se sentía razonablemente seguro de dominar en un juego de vencidas. Respecto a Peri, no estaba igual de seguro, pero de cualquier modo ambos estaban en Atlanta.

—¿Estás segura de que él no tenía una historia previa con Yeoman? —insistió Jay.

Al verla asentir, agregó otra pregunta:

—¿Y con Oddity?

Ella consideró esa posibilidad un momento.

—Hace años, cuando empezaba a trabajar en el periódico, Digger hizo un reportaje sobre Oddity. Me lo mostró en una ocasión. Estaba de verdad bien escrito. Digger mencionó que habría ganado un premio Pulitzer pero Lowboy lo vetó, y nunca fue publicado.

—¿Por qué?

Crash se mostró apenada.

—Fue antes de que entrara a trabajar, pero creo que porque Oddity es joker. Lowboy siempre dice que los lectores de la revista no quieren leer historias de jokers.

—¿Le molestó a Oddity que no publicaran su historia?

—No tanto como a Digger —repuso ella.

Jay frunció el ceño.

—¿No tienes idea de adónde puede haberse ido?

Crash negó con la cabeza.

—Sólo sé que no está en su casa. Le he llamado por teléfono una docena de veces, pero sólo responde la máquina.

—Eso significa que no está contestando. Quizás está escondido debajo de la cama.

Podría también estar muerto, pensó Jay, tirado en el suelo sobre un charco de su propia sangre, con los sesos desparramados en la alfombra, pero le pareció mejor no mencionar esa posibilidad.

—Lo mejor será cerciorarse —declaró, mirándola pensativo—. Dijiste algo sobre mi expediente.

—Claro —dijo ella—. Tenemos expedientes de todos los ases.

Jay puso la mano sobre la computadora.

—¿Puedes consultarlos mediante este aparato?

—Se puede entrar en nuestra biblioteca de datos desde cualquier estación de trabajo, si se conoce la contraseña —replicó ella—. Pero podrían despedirme por dar acceso a los archivos sin tener autorización.

—No será un problema —la tranquilizó Jay—. Estoy seguro de que Digger comprenderá. Si es que aún sigue con vida.

Crash lo miró un momento, y enseguida se levantó y quitó la funda de la computadora. Jay miró por encima de su hombro mientras ella encendía la máquina y tecleaba la contraseña de Digger.

—¿*Nariz*? —preguntó Jay.

Crash alzó los hombros.

—Es la contraseña de él, no la mía. ¿Qué archivo quieres consultar?

—A Chrysalis la mató alguien con fuerza inhumana. Apuesto cinco contra diez a que Digger se está escondiendo de la misma persona. Quiero ver qué posibilidades hay.

—Puedo pedir una lista de todos los ases del archivo que tengan ese poder, pero será muy larga. Mayor fuerza física es el tercer poder de wild card en términos de frecuencia, después de la telepatía y la telequinesia.

—Hazlo —le pidió Jay.

Sus dedos realizaron movimientos expertos sobre el teclado.

—¿Quieres ver jokers también, o solamente ases?

—Pensé que ¡*Ases*! no hacía reportajes sobre jokers.

—Así es, pero la biblioteca busca en todas las fuentes: reportes de SCARE, artículos científicos, recortes de diarios. El departamento de investigación trabaja a conciencia.

—Si tiene fuerza para hacer puré de un cráneo humano me interesa, no me importa que sea as, joker o nabo.

—Todavía no tenemos nabos entre los expedientes —dijo ella, e introdujo una serie de comandos. Pareció pasar mucho tiempo antes de que la computadora concluyera su exploración.

—Trescientos diecinueve casos —dijo, leyendo la pantalla con alegría—. No tantos como hubiera pensado. Eso incluye a todos de los que se sabe que han mostrado fortaleza física por encima del alcance humano normal. ¿Quiere que le imprima la lista?

—¡Trescientos diecinueve sospechosos! Esa lista va a resultar excesiva —comentó Jay—. ¿No hay manera de eliminar a algunos?

—Claro que sí —respondió ella—. Es cuestión de establecer parámetros. Algunos de la lista habrán muerto, por ejemplo. Podríamos eliminarlos.

—Los muertos son pésimos sospechosos —concurrió Jay.

Crash metió nuevas instrucciones.

—Trescientos dos —leyó—. No es mucha mejoría. ¿Y si me limito a residentes de la ciudad?

Jay lo pensó unos segundos.

—No —dijo, de mala gana.

—¿Por qué no? —protestó ella—. Eso eliminará de la lista setenta u ochenta nombres, por lo menos. La computadora tiene ases de todo el país… Acero en Detroit, Big Mama en Chicago, Rastrillador en Kansas. ¿No creerá usted que haya sido uno de ellos?

—No —admitió Jay—, supongo que es más probable que a Chrysalis la haya matado alguien que la conocía en persona. Suele ser así en los casos de asesinato. El problema consiste en que hay varios no residentes que cumplen esas condiciones. Billy Ray y Jack Braun, por poner dos ejemplos.

—No pudo ser Golden Boy —indicó Crash—. Está en Atlanta. Además, Digger siempre decía que era un farsante.

—¡Y la sola mención del nombre de Braun lo redujo a un terror abyecto! —dijo Jay, poniendo una mano sobre el hombro de ella sin encontrar objeción—. Oye, ¿esta cosa puede buscar referencias cruzadas?

—Ningún problema.

—Qué bueno —aprobó él—. Quiero a todos los que tengan antecedentes criminales o historias de enfermedad mental. ¡Qué diablos!, me conformo con que hayan sido *arrestados* en relación con algún crimen, no importa que los declarasen o no culpables. Y también aquellos que hayan tenido contacto con Chrysalis o el Palacio de Cristal. Cualquiera que viva en Jokertown… o en el Lower East Side, la Pequeña Italia, el Barrio Chino o el East Village, en cualquiera de esos lugares. ¿Puedes hacer eso?

—Creo que sí —afirmó ella.

Jay le dio un apretón en el hombro y la miró trabajar. Al terminar, Crash se recostó en la silla, se estiró y dijo:

—Ahí va.

Enseguida apretó el botón de ejecutar y la máquina se puso a zumbar y buscar.

—Examina a cada uno de los trescientos dos candidatos, nombre por nombre, en el banco de datos para verificar si cumple con alguno de nuestros criterios —explicó —. Me diste cuatro parámetros: arrestos, enfermedad mental, contacto con Chrysalis, geografía. La programé para que marque con estrellas cada nombre a fin de indicar el número de coincidencias.

—Qué bien —dijo Jay, a quien eso no se le había ocurrido.

Jay agarró el papel en cuanto salió de la impresora láser, todavía caliente al tacto. Había diecinueve finalistas:

BRAUN, JACK	GOLDEN BOY	*
CRENSON, CROYD	EL DURMIENTE	****
DARLINGFOOT, JOHN	DEVIL JOHN	***
DEMARCO, ERNEST	ERNIE EL LAGARTO	**
DOE, JOHN	DOUGHBOY	***
JONES, MORDECAI	HARLEM HAMMER	**
LOCKWOOD, WILLIAM	MOCOMÁN	****
MODULAR MAN	NO APLICA	*
MORKLE, DOUG	NO APLICA	**
MUELLER, HOWARD	TROLL	***
NOMBRE DESCONOCIDO	BLACK SHADOW	**
NOMBRE DESCONOCIDO	STARSHINE	*
NOMBRE DESCONOCIDO	QUASIMÁN	***
NOMBRE DESCONOCIDO	WYRM	****
NOMBRES DESCONOCIDOS	ODDITY	**
O'REILLY, RADHA	ELEPHANT GIRL	*
RAY, WILLIAM	CARNIFEX	*
SCHAEFFER, ELMO	NO APLICA	***
SEIVERS, ROBERT	BLUDGEON	***

—¿Cómo se ve?

—Como un punto de partida —dijo él y le mostró la lista—. ¿Alguna de estas personas amenazó desfigurar a Digger?

Ella examinó los nombres con atención.

—Bueno —dijo—, Billy Ray se molestó mucho con él en alguna ocasión. Digger escribió un artículo sobre los hombres más fuertes del mundo, y dijo que Billy Ray estaba en las ligas menores si se comparaba con Golden Boy o con Harlem Hammer. Ray lo entendió como un insulto.

Apagó la computadora

—En todo caso, él también está en Atlanta, ¿no? —agregó ella.

—Más le vale —dijo Jay—, es el guardaespaldas del senador Hartmann.

Dobló la lista y se la guardó en el bolsillo del saco.

—Dos cosas más. Una, la dirección de Digger. Otra, tu número de teléfono —añadió, sonriendo.

Bueno, pensó después de salir, uno de dos aciertos no estaba del todo mal.

Brennan se despertó con los timbrazos del teléfono de la mesita de noche junto a la

cama aburujada y desvencijada del hotel. Se incorporó con una mueca al sentir el dolor que le punzaba en el hombro y la espalda por el golpe que se había llevado cuando Oddity lo estrelló contra la pared.

—Hola.

—Buenos días, mister Y —saludó la voz de Trípode—. Encontré a alguien con quien pienso que te gustaría hablar. Se llama Bludgeon.

—Tienes razón —repuso Brennan, severo—. ¿Dónde estás?

—En el Bar de Almejas del Tío Chowder —le informó Trípode.

—Ahí te veo —anunció Brennan y colgó el teléfono.

Por unos segundos se quedó sentado al borde de la cama. Seguía cansado, y le dolían los golpes recibidos la noche anterior. Lo peor era que extrañaba a Jennifer como nunca había echado de menos a nadie ni nada. Tal vez, reflexionó, había perdido demasiados amigos y amantes a lo largo de los años, y era demasiado viejo para soportar más pérdidas.

Se levantó con precaución, estiró la espalda y el hombro.

¡Al diablo con todo!, pensó. Nunca antes se había rendido; no iba a hacerlo en esta situación. Necesitaba descansar, pero no tenía tiempo. Había que comer, pero eso se resolvía con facilidad. Y necesitaba a Jennifer más que a ninguna otra cosa, pero nada podía hacer al respecto.

Mientras se vestía decidió dejar el arco en la habitación. El estado de su hombro le impediría tensarlo como es debido. Su otra arma, la Browning, la había perdido la noche anterior en su escaramuza con Oddity.

Genial, pensó Brennan. Iba a enfrentar a Bludgeon con las manos vacías. Qué manera de iniciar el día.

Trípode estaba apoyado contra un edificio cuya fachada de ladrillos grasienta requería con desesperación una limpieza abrasiva. Un signo de neón proclamaba la presencia del restaurante BAR DE ALMEJAS DEL TÍO CHOWDER: un molusco de sombrero de copa y bastón, con sonrisa rosa de neón, bailaba sobre piernas flacas como palillos. Una cerca de barras de hierro oxidado cerraba el paso a unas escaleras que conducían al sótano. Un signo remachado sobre la reja mostraba una mano de seis dedos, indicio de que estaban dentro de Jokertown.

—El Sótano de Squisher —leyó Brennan—. ¡Qué encanto!

Se volvió hacia Trípode.

—¿Estás seguro de que Bludgeon sigue ahí?

—He estado vigilando. No lo he visto salir.

Brennan asintió y se sacó un fajo de billetes del bolsillo del pantalón. Tomó dos de veinte y se los pasó a Trípode.

—En Squisher los norms no son apreciados —le advirtió el joker.

Brennan sonrió bajo su máscara.

—Gracias por avisarme —repuso, y bajó las escaleras.

Squisher estaba abarrotado de jokers que preferían desayuno líquido. Apestaba a

cuerpos raras veces lavados, cerveza derramada y vómito trapeado con indiferencia.

La iluminación era débil, pero Brennan notó que las cabezas de los parroquianos se giraban para mirarlo. Las conversaciones se suspendían a medida que se aproximaba, para reanudarse una vez que pasaba. Trípode tenía razón. Era un lugar estrictamente para jokers, y por lo visto querían mantenerlo en exclusiva.

Detrás de la barra, sobre los estantes con botellas de licores, se extendía el mayor acuario que Brennan hubiera visto jamás. Una cosa que flotaba en el agua oscura y aceitosa de pronto se alzó junto al vidrio y asomó la cabeza por el borde, mientras expulsaba agua por un hoyo en la parte superior de su cráneo. Miró a Brennan con ojos fríos que no parpadeaban.

—No muchos de tu especie se aventuran por aquí —dijo al fin el joker.

El rostro horrible se asentaba en una cabeza redonda sin pelo, y en su boca de pez se apreciaban filas de dientes puntiagudos.

—Me refiero a la gente normal. Tú eres un norm, ¿no?

—Tengo un negocio pendiente con uno de tus clientes.

Squisher lo miró con su ojo de pez.

—¿Qué clase de negocio?

—Eso no te concierne.

Brennan oyó murmullos entre los jokers sentados a lo largo de la barra.

—Este lugar es mío. Todo lo que pasa aquí me concierne.

Miró el agua bajo él, extendió un largo brazo sin hueso y agarró algo. Brennan vio un destello de escamas anaranjadas al meterse Squisher un pez a la boca. El joker tragó dos veces y a continuación volvió a poner los ojos sobre Brennan.

Brennan extrajo un as de espadas del bolsillo de la cadera y se lo enseñó a Squisher.

El joker de la pecera entrecerró los ojos y enseguida sacó un brazo largo y sinuoso que en el extremo ostentaba una colección de tentáculos temblorosos y tomó la carta que Brennan tenía en la mano. Acercó la baraja a su rostro, volvió a mirar a Brennan y se deslizó bajo el agua del acuario.

Brennan giró para encarar la habitación, en la que de pronto cada cliente mostraba mucho interés por su bebida, y vio a Bludgeon sentado solo en una mesa hundida en un rincón alejado y oscuro. Estaba más flaco que la primera vez que Brennan lo había visto, tan delgado que la ropa mugrosa quedaba suelta sobre su cuerpo. Tenía ronchas en la piel, y el pelo grasiento colgaba en mechones largos. Al aproximarse, Brennan notó que murmuraba a solas, con la mirada perdida en el vacío. El blanco de sus ojos tenía una nube amarillenta surcada de venas escarlata. Brennan se le quedó mirando, con sentimientos entre lástima y asco.

—¿Qué carajos quieres? —preguntó Bludgeon tras una pausa larga.

—Dicen por ahí que tú fuiste quien mató a Chrysalis —dijo en voz baja Brennan.

En los ojos enfermos de Bludgeon brilló una chispa de luz.

—Sí —gruñó—. Fui yo. Yo maté a esa puta mamadora de vergas. Invítame un

trago y te lo contaré todo.

—Dime primero cómo la mataste.

Bludgeon alzó el puño derecho.

—Con la mano le reventé los sesos a esa puta. No necesité más. Ni pistola, ni cuchillo. Sólo con la mano.

El joker borracho no advirtió la mueca de asco en la cara de Brennan, ni el odio que llenaba sus ojos.

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—¿Dónde la mataste?

—En ese bar de mierda, que era de su propiedad, hombre —mascullló Bludgeon —. La eché encima de la barra y le metí la verga y me la jodí toda.

Se rió, con destellos de locura en los ojos.

—Para asegurarme de que estuviese bien muerta, le aplasté la cabeza. Sólo por si acaso.

—Eres inmundo —dijo Brennan con los dientes apretados—. Eres un inmundo comemierda. Te mataría ahí donde estás si no supiera que todo lo que me has dicho es mentira.

Bludgeon parpadeó, con los ojos porcinos fijos en Brennan, sin entender. Cuando las palabras de Brennan llegaron por fin a las neblinas de su cerebro, se levantó, soltando un torrente de obscenidades a voz en cuello. De un empellón tiró la mesa sobre Brennan, pero éste se hizo a un lado y la mesa sólo se deslizó un tramo.

Bludgeon aulló y lanzó un golpe con el brazo de garrote. Brennan esquivó su lenta acción y, agarrando a Bludgeon por la muñeca y el hombro, lo lanzó contra la barra, dispersando jokers en todas direcciones.

Agitado, Squisher se alzó de las profundidades del acuario al ver que Brennan agarraba una silla.

—¡Mi tanque! —gritó el joker—. ¡No rompan el vidrio!

Bludgeon, clavado sobre el bar, jadeaba al mirar a Brennan con ojos que expresaban miedo y dolor. Brennan lo golpeó en el vientre con la silla, y Bludgeon se echó a boquear como pez fuera del agua. Brennan volvió a abanicar la silla y dio a Bludgeon en un costado, lo derribó sobre tres bancos del bar. El gigantón hizo un débil esfuerzo por incorporarse, pero los músculos no le respondieron. Suspiró, con burbujas sanguinolentas en los labios, hizo movimientos como si quisiera nadar.

Brennan contuvo el tercer golpe al ver que a Bludgeon ya no le quedaba fuerza para nada. Soltó la silla, cuyas patas tubulares quedaron retorcidas como una complicada escultura moderna.

—Tú no la mataste —dijo Brennan, en voz queda—. ¿Por qué andas diciendo que sí?

—Necesito que me den trabajo —jadeó Bludgeon—. Ni siquiera quieren tocarme. Nadie me da una oportunidad. Pensé… yo pensé que Fundido o alguno de los Puños

me daría una oportunidad, ¿sabes?, sólo una…

—Patético, mentiroso de mierda —dijo Brennan, bajando la voz.

Ya sabía que no iba a ser tan sencillo. En parte por sentirse frustrado, y en parte porque deseaba que el asesino de Chrysalis supiese que él andaba tras sus huellas, se volvió al salón y dijo:

—Yo fui amigo de Chrysalis, y voy a encontrar al que la mató. Pueden apostar.

Dejó caer un as de espadas sobre Bludgeon y se fue del bar. Antes de que saliera por la puerta, uno de los más audaces clientes del bar le estaba quitando la chamarra de cuero a Bludgeon, y cuando éste protestó con un triste quejido, le azotó la cara de un bofetón.

11:00 a.m.

EL DEPARTAMENTO DE DIGGER QUEDABA EN UN QUINTO PISO, SIN ascensor, sobre Horatio en el West Village. En una cancha al otro lado de la calle, unos adolescentes jugaban basquetbol en dos equipos, uno sin camisa y el otro con ella. Jay se quedó mirándolos unos minutos. Había un par de chicas jugando, pero por desgracia ambas pertenecían al equipo con camisa.

Un hombre corpulento con la cabeza rasurada estaba sentado en el escalón de la entrada del edificio de Digger, bebiendo una lata de Rheingold. Cuando Jay giró para entrar, se levantó y le obstruyó el acceso.

—¿Andas buscando algo por aquí?

El hombre le sacaba más de siete centímetros y veinticinco kilos, por no mencionar el águila tatuada en el bíceps derecho y el arete de oro en la oreja.

—Busco a Digger Downs —repuso Jay.

—No está.

—Prefiero comprobarlo en persona, gracias.

—Al carajo en persona. Ya hemos tenido suficientes mirones por acá.

A Jay no le gustó oír esas palabras.

—¿Tuvieron problemas aquí?

El hombre aplastó la lata de cerveza en un puño.

—Problemas son los que tú tienes.

Consideró la opción de enviar a ese cabrón a una estación de Metro abandonada, pero decidió que convenía intentar un camino más fácil.

—Necesito saber lo que pasó aquí —dijo, mientras sacaba varios billetes del bolsillo—, y el presidente Jackson está de acuerdo conmigo.

—No sé nada de ningún Jackson —dijo el hombre—, pero con un billete de diez puedes entrar a mirar.

El ingenio era un arte perdido, concluyó Jay; por otra parte, se había ahorrado diez dólares, así que no tenía de qué quejarse. Desplegó un billete de diez dólares y lo puso en la mano gruesa y callosa del hombre.

—Vamos —dijo el hombretón—, no tengo todo el día.

Entraron. El acceso era pequeño y oscuro, con timbres situados sobre los buzones. Mientras el grandulón buscaba una llave, Jay encontró el nombre de Downs y presionó el timbre, sin obtener respuesta.

—¿De veras buscas a Digger? —dijo gruñendo de nuevo su anfitrión al abrir la puerta interior de seguridad—. Ya te dije que no estaba.

Cruzaron la puerta y apuntó escaleras arriba.

—Si quieres ver las manchas de sangre, están en el cuarto y quinto pisos. Llevo todo el día subiendo y bajando. Estoy harto de esos escalones.

—¿Me vas a decir qué fue lo que pasó aquí, o es el juego de las veinte preguntas?

—Carajo, pensé que lo sabía toda la ciudad, con la cantidad de policías que anduvieron ayer por todas partes. Deberías leer el *Post*, mister. Un doble asesinato.

—¡Mierda! —exclamó Jay, sintiendo que algo se hundía al fondo de su estómago. Esto era la cereza en el pastel, pero una cereza de horrible sabor—. ¿Downs?

—No, fue la señora Rosenstein, la que ocupaba el departamento enfrente de Digger, y Jonesy, el superintendente del edificio.

—A ver si adivino. ¿Los mataron a golpes?

—Diablos, no.

Jay Ackroyd llevaba tiempo sin recibir sorpresas.

—¿No? —preguntó.

—No. Los cortaron en pedacitos a los dos, algún loco con una motosierra. Yo los encontré. Dios, eso había que verlo. Me salí de trabajar temprano ayer, con una resaca de los mil diablos, y al llegar a casa me encuentro con toda esa mierda frente a mi puerta. Yo vivo en el tres. Carajo, estuve a punto de pisarla. Todo sangriento, como los desperdicios de una carnicería, esa carne que no quiere nadie, ¿sabes? Así que la moví con el pie y vi que había un ojo ahí. ¿Qué crees que era?

Se inclinó hacia delante, y Jay pudo oler su aliento a cerveza.

—¡La cara de Jonesy! No entera, sólo la mitad. Debió de haberse caído por la escalera. El resto de él estaba en el cuarto piso. No sé cómo pudo llegar hasta allá, pues le habían abierto todo el abdomen, y las tripas se le habían salido sobre el tapetito del maricón de Cooper. Tenía las manos manchadas por tratar de metérselas otra vez al cuerpo, pero uno de los, cómo se dice, intestinos, subía por las escaleras hasta el quinto piso. Ahí encontré a la señora Rosenstein. Te apuesto a que no sabías que los intestinos eran así de largos, ¿eh?

Encogió los hombros.

—Bueno, pues los policías se llevaron los cadáveres, pero hay un montón de sangre por todas las malditas paredes. Ahora el cabrón del casero va a estar *obligado* a poner papel tapiz nuevo. Pero ya verás cómo se tarda seis meses.

—¿Y qué sobre Downs?

—No sé un carajo. No ha estado en casa. Los policías checaron la puerta, pero sigue cerrada. Ha de estar de viaje, escribiendo algo para esa mierda de revista. Se va a enojar cuando sepa de qué se está perdiendo. ¡Qué risa!

—Ya lo creo —concurrió Jay, aunque pensaba que Digger no se enojaría en absoluto—. Oye, ¿tú no has estado nunca preso en la cárcel municipal de Newark?

—Carajo, no —repuso el hombre, frunciendo las cejas.

—Qué bueno —comentó Jay—. Una vez yo pasé ahí una noche. Es una porquería.

Lo apuntó con el dedo. El aire se introdujo de pronto al espacio vacío con un chasquido que sonó casi como hipo, y Jay se quedó solo en el pasillo. Sonriendo, se echó a subir por las escaleras. Aquello que acababa de hacer era una mezquindad, además de no tener sentido, y si persistía en cosas así lo iban a demandar un día. Pero a veces ¡se sentía tan bien!

Encontró huellas de color rojo marrón en el tercer piso, pero las manchas en serio comenzaban a aparecer a partir del cuarto piso. En el tapiz de la pared se veían dos largos manchones donde el custodio del edificio se habría apoyado tambaleándose mientras trataba de huir, sangrante y herido de muerte, sosteniéndose el cuerpo con las manos.

Eso fue terrible, pero el quinto piso resultó mucho peor, con residuos secos embarrados donde un cuerpo, o un pedazo de cuerpo, se había impactado en la pared. En la alfombra era tanta la sangre absorbida que se veía de color negro en algunos lugares. Las salpicaduras de los chorros de sangre se veían en todas partes. Las manchitas de gotas rojas por las paredes daban la apariencia de que al pasillo le había dado un ataque de sarampión. Sobre su cabeza quedaba una trampa de acceso a la azotea, y aun ahí se distinguían unas cuantas gotas de sangre.

Jay miró en torno suyo, mientras trataba de relacionar lo presenciado el día anterior en el Palacio de Cristal con la escena que veía. No era congruente. Una motosierra, según el bruto de abajo, y en realidad bien pudo ser así. ¡La masacre de motosierra del West Village! Sin duda el *Post* habría armado el mayor espectáculo. En comparación, la sangre de Chrysalis parecía muy poca. Unas gotas en la blusa y un poco más en la parte de abajo de las paredes, pero nada más.

Quiso elaborar la teoría de una coincidencia, de que semejante ejercicio de atrocidad no guardaba relación alguna con lo sucedido a Chrysalis, pero sus instintos más viscerales le dijeron que todo eso eran patrañas. ¿Qué diablos estaba pasando? Lleno de repugnancia, Jay se volvió a la puerta de Digger. Como le habían anunciado, la encontró cerrada. El pestillo se abría con facilidad usando una tarjeta de crédito, pero también estaba echado el cerrojo. Para vencer ese obstáculo necesitó su juego de ganzúas y diez minutos de trabajo. Jay tenía manos hábiles, mucha práctica y buenas ganzúas, pero se enfrentaba a un cerrojo eficaz. Por fin oyó girar el mecanismo y pudo abrir la cerradura. La puerta tenía cadena, pero no estaba echada. Tampoco la

tranca, y eso significaba que el departamento se había cerrado desde fuera. Jay echó un vistazo en torno suyo y exclamó:

—¡Mierda!

El departamento estaba hecho trizas. A conciencia, con salvajismo.

Se movió por las pequeñas habitaciones con cuidado, entre los escombros. Cosas arrojadas, estrelladas, pisoteadas. Esperaba en cualquier momento toparse con un cadáver, o lo que quedara de él. La sala estaba sepultada en una tormenta de papeles; una gigantesca consola de televisión Zenith reducida a vidrio molido entre montones de astillas; y los restos de lo que fue una gran colección de viejos discos LP crujían bajo los pies de Jay. En la recámara, la cama estaba despedazada, las sábanas rasgadas, los contenidos del colchón reventado tirados por todas partes, los libros cortados por la mitad de los lomos. En la cocina, los restos de comida chatarra en descomposición lo cubrían todo, y las sobras más maduras tenían abundantes cucarachas encima. Habían estrellado todos los cajones, dispersando los contenidos. Un viejo refrigerador estaba volcado cara abajo sobre el linóleo. Al inclinarse para examinarlo, Jay advirtió un corte de bordes arrancados en el grueso metal de la puerta.

—¡Santo Dios! —dijo, y se levantó.

De vuelta en la sala, vio los barrotes de la ventana. Volvió a recorrer el departamento para investigarlo. En *todas* las ventanas había barrotes gruesos de hierro, aun en las ruinas de porcelana blanca del baño. Se veían nuevos, instalados ese mismo año, Jay apostaría. Por lo visto, Digger era tan atento como Chrysalis a las cuestiones de seguridad, aunque no le hubiera servido de nada. Todas las ventanas tenían el cerrojo puesto. El autor de esa destrucción había ingresado al departamento como Jay, por la puerta.

A menos que hubiera entrado atravesando un muro.

Jay miró en torno suyo buscando un as de espadas, sin esperar en realidad encontrarlo. Tal vez Yeoman fuese un psicópata, pero él mataba con cierta eficacia fría y profesional. Esto, junto con la carnicería del pasillo, parecía la obra de algún animal rabioso. Jay podía visualizar al asesino echar espuma por la boca al ir de cuarto en cuarto, destruyendo todo.

Realizaba una última revisión metódica del departamento cuando notó los cuadernos en el suelo de la recámara, revueltos con biografías recientes de celebridades, algunos libros de consulta y una amplia selección de libros de tapa blanda escritos por Anónimo, que ostentaban imágenes en foco suave de damas en ropa interior victoriana. No había quedado intacto más de uno de cada cinco libros. La esquina de un cuaderno de espiral sobresalía de un montón de hojas arrancadas, y la cubierta lisa de cartón captó su mirada. Al revolver entre los papeles encontró otros tres, y pedazos del cuarto. Cuadernos de reportero, llenos de notas apresuradas y casi ilegibles. A uno de los cuadernos le faltaba un largo trozo en diagonal, pero se podía leer casi todo el contenido.

Los cuadernos tenían fechas. Jay se sentó con aprensión en los despojos del colchón de Digger y abrió el más reciente. El último artículo de Digger se llamaba «La granjera de Park Avenue», y trataba sobre una niña de ocho años cuya granja en miniatura llenaba un piso entero del hogar paterno en Park Avenue. La granja contenía casas a escala, ríos pintados, hierba de fieltro, automóviles y camiones de juguete, y un tren eléctrico que recorría toda la propiedad. Sus animales eran reales. Vacas de diez centímetros de largo, perros pastores minúsculos, lechones del tamaño de cucarachas, todos encogidos a sus diminutas dimensiones por la granjerita de cara pecosa que amaba tanto a los animales.

En todo caso, Jay no pensaba que Jessica von der Stadt, de ocho años, pudiera considerarse sospechosa. Examinó notas más antiguas, en busca de menciones de Chrysalis, amenazas de muerte o casos de homicidas maniacos con o sin motosierras. Encontró la dirección de un fotógrafo que había sacado imágenes picantes de Peregrine mientras amamantaba a su bebé, biografías de los ases del gobierno asignados a la protección de los candidatos a la presidencia, la receta de Hiram de la tarta de chocolate y mango, citas para un artículo de portada sobre Mister Magneto y las afectuosas memorias de Mistral del día en que su padre la enseñó a volar.

Jay hizo a un lado el cuaderno con repugnancia, y lo abrumó un sentimiento de necesidad de salir de ese lugar.

En un reservado de la Cocina de Peludo, Brennan tomaba sorbos ocasionales de su taza de té, sin hacer caso de las miradas de irritación de la mesera porque no ordenaba nada más. Lo rodeaba un montón de periódicos que había estado leyendo para obtener noticias sobre el asesinato. La muerte de Chrysalis se encontraba relegada a las últimas páginas por la locura política en Atlanta, donde se cocinaba una enorme plataforma de lucha por los derechos de los jokers. Barnett marchaba al frente de sus fuerzas de fanáticos religiosos, y un choque aparatoso entre él y Hartmann nublaba el horizonte.

La muerte de Chrysalis era ya noticia vieja. Sólo *Jokertown Cry* todavía llevaba el crimen en su primera página, e incluía una foto del equipo de policías asignado a la investigación, dirigido por Harvey Kant, hijo predilecto de Jokertown, y su pareja, Thomas Jan Maseryk.

Brennan depositó la taza en el plato, ignorando otra dura mirada de la mesera, y observó con atención la foto de dos hombres de pie frente al Palacio de Cristal. El payaso a la izquierda era Kant. Ese reptiloide alto, cubierto de escamas, le recordaba a su viejo enemigo de los Puños de Sombra, Wyrm. El otro era Maseryk. Brennan hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Se levantó del reservado y fue a la cabina de teléfono público en la parte trasera del restaurante, desde donde marcó el número de la estación de policía de Jokertown. Después de un momento, la línea se conectó y oyó una voz ronca, cansada y profunda al otro lado.

—Maseryk.

Sin duda, era la misma persona. Brennan llevaba casi quince años de no oír esa voz, pero pudo reconocerla. En su tono se percibía una sombra, un tono sepulcral que aludía a la oscuridad que ya seguía a Maseryk por todas partes cuando Brennan lo trató en Vietnam.

—Mucho tiempo sin vernos —dijo en voz tranquila Brennan.

Hubo un silencio breve. Brennan casi oía las ruedas girar en la cabeza de Maseryk.

—¿Quién habla?

—Brennan. Daniel Brennan.

—¿Brennan?

—Soy yo.

—Dios mío, cuánto tiempo. ¿Es una llamada social para renovar una vieja amistad?

—En cierto modo —repuso Brennan—. Me gustaría hablar contigo.

—¿De qué, después de tantos años?

—Del asesinato de Chrysalis.

—¿Qué interés tienes en ese asunto?

—Personal. Ella era amiga mía.

—Mmm. Siempre te has tomado las cosas de manera personal. Está bien. ¿Dónde quieres que hablemos?

Brennan lo pensó un poco. Quería extraerle información a Maseryk, pero él siempre había sido hombre de pocas palabras. Convendría verlo en algún sitio que aliviara las susceptibilidades de Maseryk, un lugar que éste no sometiera a una acción policiaca aunque la conversación se les agriara.

—¿Qué te parece comer en Aces High?

—Es un poco excesivo para el salario de un policía.

—Yo invito.

—¿Cómo resistirme?

1:00 p.m.

—¿MÁS CAFÉ, JAY? —LE PREGUNTÓ FLO.

—Por favor —dijo Jay, y empujó su taza sobre el mostrador de formica. Era la cuarta taza. Veinte minutos antes Flo se había llevado los restos de su hamburguesa con queso y papas fritas.

—¿Andas resolviendo algún rompecabezas? —inquirió la mesera mientras volvía a llenarle la taza, derramando un poco sobre el plato.

—Algo parecido —admitió Jay.

Había extendido la lista sobre el mostrador. Mientras comía, la examinó nombre por nombre. Una mancha translúcida sobre el papel marcaba el lugar donde un trocito de cebolla se había escapado de la hamburguesa.

—Bueno, llámame si necesitas ayuda —ofreció Flo—. Todas las semanas hago los crucigramas de *TV Guide*.

Se fue con la cafetera a un reservado en la parte de atrás, donde un polluelo de halcón en traje de lino blanco trataba de reclutar a un jovencito rubio recién desembarcado del autobús de Saint Paul. La cafetería Java se situaba en la calle Cuarenta y Dos, entre Times Square y la terminal de autobuses de Autoridad de Puerto, metida entre el Teatro de la Gatita Húmeda y una librería para adultos. La comida no quedaba al nivel de Aces High, pero a Jay le gustaban los precios. Además, quedaba a media cuadra de su despacho.

Mordió el lápiz que le había prestado Flo mientras miraba de nuevo la lista. Los diecinueve finalistas originales se habían reducido a doce. Mocomán estaba preso por el momento; fue el primero en quedar eliminado. La mayoría de los candidatos con una sola estrella lo habían seguido. En la oficina de Chrysalis no cabía un elefante, y eso eliminó a Radha O’Reilly. Modular Man y Starshine estaban en la lista por razones estrictamente geográficas, y ninguno tenía motivos particulares para desear la muerte de Chrysalis. Carnifex se encontraba en Atlanta, igual que Jack Braun. Jay sabía que Elmo no lo había hecho, sin importar cuántas estrellas le hubiese puesto la computadora. Eso dejaba la lista siguiente:

~~BRAUN, JACK~~	~~GOLDEN BOY~~	~~*~~
CRENSON, CROYD	EL DURMIENTE	****
DARLINGFOOT, JOHN	DEVIL JOHN	***
DEMARCO, ERNEST	ERNIE EL LAGARTO	**
DOE, JOHN	DOUGHBOY	***
JONES, MORDECAI	HARLEM HAMMER	**
~~LOCKWOOD, WILLIAM~~	~~MOCOMÁN~~	~~****~~
~~MODULAR MAN~~	~~NO APLICA~~	~~*~~
MORKLE, DOUG	NO APLICA	**
MUELLER, HOWARD	TROLL	***
NOMBRE DESCONOCIDO	BLACK SHADOW	**
~~NOMBRE DESCONOCIDO~~	~~STARSHINE~~	~~*~~
NOMBRE DESCONOCIDO	QUASIMÁN	***
NOMBRE DESCONOCIDO	WYRM	****
NOMBRES DESCONOCIDOS	ODDITY	**
~~O'REILLY, RADHA~~	~~ELEPHANT GIRL~~	~~*~~
~~RAY, WILLIAM~~	~~CARNIFEX~~	~~*~~
~~SCHAEFFER, ELMO~~	~~NO APLICA~~	~~***~~
SEIVERS, ROBERT	BLUDGEON	***

Jay consideró los demás nombres, Ernie el Lagarto era dueño de un bar de Jokertown, un establecimiento de barrio que no representaba competencia para el Palacio de Cristal. Lo tachó. Devil John Darling-foot era un mercenario con antecedentes más largos que un pito de joker, pero toda la fuerza la tenía en su pierna deformada. ¿Podría haber destruido la cabeza de Chrysalis a patadas? No lograba hacerse a la idea. Además, tenía una vaga impresión de que Devil John no aceptaba encargos que implicaran asesinar. Tachó también su nombre, Doughboy poseía una fuerza tremenda, pero tenía mentalidad de niño. Se había vuelto centro de una causa judicial unos años atrás, cuando la policía lo arrestó acusándolo de asesinato. Pero no era culpable, y Jay no creía probable que estuviera involucrado. Salió de la lista. Mordecai Jones vivía en Harlem, a media ciudad de distancia de Jokertown. Con la salvedad de la gira mundial del año anterior, no se movía en los mismos círculos que Chrysalis. También quedó fuera.

Titubeó un par de minutos al considerar a Howard Mueller, mejor conocido como Troll, el jefe de seguridad en la Clínica de Jokertown del doctor Tachyon. Mueller era

cliente regular del Palacio de Cristal, y el joker de tres metros de estatura pertenecía a la misma jerarquía de fuerza que Golden Boy o Harlem Hammer, pero hasta donde Jay sabía, Troll era uno de los buenos. Quizá no todo lo que parecía limpio lo fuera de verdad. Tal vez Chrysalis hubiera desenterrado algo vergonzoso sobre él, algún secreto del pasado, y quería presionarlo por aquel medio. Era posible, supuso Jay.

Pero, desde luego, no era más que una completa suposición. Lo mismo podría aplicarse a Ernie el Lagarto, Harlem Hammer, Starshine, qué diablos, a cualquiera. ¡Qué gran teoría, de talla única, aplicable a todos! Ese camino lo llevaba de un solo paso a la lista de los trescientos diecinueve nombres. Puso el lápiz en el papel y tachó el nombre de Troll.

Eso le dejaba siete inditos nada más. Siete inditos de verdad fuertes. Wyrm, Quasimán, Oddity, Black Shadow, Bludgeon, el Durmiente y Doug Morkle, quienquiera carajos fuera ese último.

Wyrm era un personaje horroroso, uno de los altos mandos de la Sociedad de los Puños de Sombra. Jay se lo había encontrado un par de años atrás y lo oyó amenazar a Chrysalis; Wyrm parecía ser un tipo de los que guardan rencores. El único problema era el modus operandi. Aunque era muy fuerte, Wyrm mataba con su mordisco que llenaba de veneno a sus víctimas. Jay no recordaba que Chrysalis tuviera señales de haber sido mordida, pero valía la pena confirmar eso. La autopsia revelaría la presencia de veneno en su sistema.

Quasimán era cuidador de Nuestra Señora de la Perpetua Miseria. Mucho más fuerte que Wyrm, el jorobado era capaz de teletransportarse. Pudo haber entrado y salido del Palacio sin ser visto. Se suponía que pertenecía al bando de los ángeles, pero a menudo su cerebro era arrastrado a otra dimensión o algo parecido, y no se podía saber de qué era capaz. Un sospechoso poco probable, pero así y todo…

De Oddity Jay abrigaba algunas sospechas.

Black Shadow era otro guardián justiciero lunático. Odiaba el crimen y le gustaba matar criminales o, por lo menos, romperles los brazos y las piernas si estaba de buen humor. Tal vez Chrysalis se había enterado de su verdadera identidad y lo amenazaba con una revelación. Quizá, quizá, quizá. De nuevo, el modus operandi presentaba un problema. Shadow era sólo un poco más fuerte que un humano normal. Corrían rumores de que era una criatura de las tinieblas, un vampiro que bebía luz y calor en lugar de sangre, que mataba extrayendo el calor del cuerpo de sus víctimas. No rompía cabezas. Jay eliminó su nombre.

Bludgeon era un joker brutal de más de dos metros de estatura, cuya mano derecha se había congelado en un puño permanente. Fue integrante de los Puños de Sombra hasta que resultó demasiado violento y estúpido, incluso para esa organización, y se encontró cesante, en buena parte gracias a Jay y a Hiram Worchester. Su puño deformado tenía suficiente potencia para aplastar con facilidad huesos y sesos, y era probable que Bludgeon disfrutara de cada instante de una acción así. Las únicas objeciones eran su estupidez y su fealdad. Era imposible que penetrara

la seguridad del Palacio por su cuenta, y Jay no podía imaginar que Chrysalis aceptara reunirse con él. Pero podría haber algo de lo que Jay no tenía noción. Bludgeon se quedó en la lista.

Croyd Crenson, el Durmiente, era un freelance que operaba en los límites de la ley. Sus poderes cambiaban cada vez que se dormía, pero casi siempre incluían una fuerza extraordinaria, y en las etapas finales de cada periodo de vigilia se volvía un drogadicto peligroso con accesos de rabia paranoica. Jay no recordaba que Croyd tuviese ningún conflicto con Chrysalis, pero si la psicosis de anfetaminas se encontraba en su fase más aguda, eso podría no ser un obstáculo. Así que si el Durmiente estuviera despierto, con suficientes estimulantes consumidos para nublar su entendimiento, y si Chrysalis por alguna razón provocara un acceso de psicosis, entonces… Jay decidió que eran demasiadas condicionantes. El Durmiente salió de la lista.

Eso dejaba a cinco: Wyrm, Quasimán, Oddity, Bludgeon y Doug Morkle.

—¿Quién carajos es Doug Morkle? —le preguntó a Flo cuando volvió con la cafetera, pero ella tampoco lo sabía.

Suspiró y pagó la cuenta; dejó como siempre una propina excesiva. Salía por la puerta giratoria cuando vio un periódico doblado junto a un punk con un corte de mohicano color verde en el primer reservado. Jay completó el giro de la puerta y agarró el periódico.

—¡Hey! —protestó el mohicano.

—¡Mierda! —exclamó Jay, pasando la mirada por la columna de noticias—. ¡Atraparon a Elmo!

Un maldito Ángel de la Guardia había logrado arrestarlo a bordo del tren D que iba a Brooklyn, conforme al periódico; sin duda, a la policía le había gustado ese detalle.

Jay resolvió que Doug Morkle podía esperar.

Brennan nunca antes había estado dentro de Aces High. Era un lugar agradable. Parecía adecuado pa ra que dos viejos amigos —o, por lo menos, viejos conocidos— se sentaran a conversar civilizadamente sobre asesinatos y temas relacionados con ellos. Esperaba que Maseryk fuese del mismo parecer.

Se terminó su aperitivo y rechazó al mesero cuando quiso traerle otro. Por fuera, se mostraba tan paciente como de costumbre, aunque por dentro su tensión era como la de un joker en una manifestación de Leo Barnett. Maseryk era un tipo duro e inflexible. En Vietnam corrían chismes sobre su persona cuando, al igual que Brennan, comandaba un equipo de reconocimiento de largo alcance. Pero en Vietnam corrían muchos rumores extraños.

Brennan reconoció a Maseryk en cuanto vio al mesero que lo conducía hacia su mesa. Los años no lo habían cambiado mucho. Un hombre compacto, igual a

Brennan en talla y complexión, que se movía con gracia y economía. El pelo oscuro era ralo, la piel pálida y los ojos de color violeta expresivos. Conservaba en torno a su persona el mismo aire de amenaza melancólica que Brennan le había visto en Vietnam.

—Hola, capitán —lo saludó Brennan cuando Maseryk se sentó a la mesa frente a él.

Maseryk examinó su rostro.

—¿Te hiciste algo en la cara? —inquirió.

Para infiltrarse en los Puños de Sombra, Brennan había pedido al doctor Tachyon que le hiciera quirúrgicamente pliegues epicánticos, para verse más congruente dentro de una pandilla asiática. Por supuesto, la última vez que Maseryk lo vio fue años antes de la operación.

—Son los ojos, capitán. Los ojos asiáticos están de moda en estos tiempos.

Maseryk se sentó con un gruñido.

—Hoy en día no soy más que teniente.

Brennan asintió e hizo un ademán para llamar al mesero.

—Tú ordena —dijo Maseryk—. Es tuya la fiesta.

—En ese caso, que sean otros dos Tullamore. Con hielo.

—Muy bien, señor —repuso el mesero, con una precisa inclinación de un milímetro, y se fue.

Brennan se preguntaba cómo entrar en materia, y mientras conjeturaba se quedaron sentados en silencio hasta que el mesero les trajo sus bebidas.

—¿Desean ordenar? —preguntó después de dar un paso atrás, y, en actitud expectante, sacó una pluma que dejó flotando encima de su bloc.

Maseryk contempló el menú sobre la mesa sin abrirlo.

—He oído que la corvina es muy buena aquí, pero con mi paga de policía no he tenido ocasión de comprobarlo.

—Está muy buena, señor —dijo el mesero, un poco atónito de que alguien pudiese abrigar dudas al respecto.

Se volvió a Brennan alzando una ceja, con la pluma lista.

—¿Para usted, señor?

—La ensalada de mariscos.

—Muy bien, señor —pronunció el mesero y se marchó, después de recoger los menús.

Maseryk tomó un sorbo de su trago y lo puso a un lado.

—¿De qué se trata esto? No somos el tipo de gente que se junta para compartir los recuerdos de los viejos tiempos, cuando nos dedicábamos a cazar a Charlie en la selva.

—Del asesinato de Chrysalis.

Maseryk volvió a gruñir.

—Eso me dijiste. ¿Qué clase de relaciones tuviste con ella?

—Fuimos amantes.

Maseryk alzó las cejas.

—Chrysalis tenía muchos amantes. ¿No eres celoso?

—Por favor, eso no —interpuso Brennan—. ¿Para qué querría hablar contigo si la hubiese matado yo? Ni te imaginabas que yo estuviera involucrado hasta que te llamé.

—A veces los asesinos hacen cosas raras —comentó Maseryk—. Es una forma de llamar la atención.

—Yo pensaba que el justiciero del arco y la flecha era el sospechoso principal —resopló Brennan.

Maseryk lo observó con atención.

—Se encontró una carta sobre su cuerpo —admitió—, pero no era una de las que él usa. Era una carta elegante dé una baraja antigua de Chrysalis.

Brennan asintió. Algo que lo tenía inquieto desde su exploración del Palacio de pronto se aclaró.

—Y falta el resto de la baraja.

—Eso es cierto. ¿Cómo lo sabes?

Brennan sonrió con los labios apretados, por toda respuesta.

—Alguien me dijo que Jay Ackroyd andaba por ahí aquella mañana, temprano.

—Eso es cierto también —afirmó Maseryk—. Fue él quien encontró el cadáver.

—¿Qué hacía allí?

—¡Estás repleto de preguntas! —objetó Maseryk—. No pensarás interferir con una investigación policiaca en curso, ¿verdad?

—Quiero que el asesino sea puesto en manos de la justicia. Si lo encuentran ustedes, bien. Si lo encuentro yo…

Su voz se apagó, al tiempo que alzaba los hombros.

—Mira, Brennan —dijo Maseryk, endureciendo el tono de su voz, apuntándole con un dedo—, no me vengas con esa mierda justiciera…

—Si ustedes hicieran su trabajo como es debido —repuso Brennan con voz no menos dura—, no sería necesaria la mierda justiciera. Me podría ir tranquilo a mi casa, que es donde deseo estar, en lugar de andar arriesgando el trasero.

Maseryk estaba por responder, pero lo interrumpió la llegada del mesero para poner frente a ellos sus platos. Mirando de uno a otro, preguntó:

—¿Es todo?

Brennan arrancó sus ojos de los de Maseryk y vio al mesero.

—Es todo por ahora.

—Disfruten su comida, señores —ofreció el mesero, y se escurrió a atender otros deberes.

—Si respondes a mi pregunta —ofreció Brennan en tono suave y conciliador—, te regalaré otra pregunta que deberías hacerle a alguien.

Maseryk se le quedó mirando por un largo minuto, y al fin suspiró.

—Sea. Muerdo el anzuelo. El detective privado nos dijo que Chrysalis lo acababa de contratar como guardaespaldas. No pudo hacer peor su trabajo.

Brennan asintió pensativo, picoteando su ensalada con el tenedor.

—¡Bueno! —masculló Maseryk—. ¿Qué me vas a dar a cambio?

—Pregúntale a Oddity qué andaba buscando ella, o él, o lo que sea, en la recámara de Chrysalis anoche.

Maseryk miró con furia su comida mientras Brennan trinchaba un poco de cangrejo.

—¿Me haces el favor de decirme qué diablos está pasando? —preguntó por fin.

Brennan meneó la cabeza.

—Por ahora, no. No tengo nada aún digno de que me creas.

Se metió el cangrejo a la boca y se puso a masticar, con la mirada perdida en la distancia.

—Más vale que no quieras tomarme el pelo —dijo Maseryk frunciendo el ceño.

—Disfruta tu pescado —le recomendó Brennan.

Maseryk asintió y cortó otra rebanada.

—Ya lo creo. Está bueno de verdad. Exquisito.

Se concentraron en sus viandas, sin decir mucho. Ninguno tenía inclinación por la charla, así que comían absortos en sus pensamientos. Maseryk rechazó la oferta de postre y café que le hizo el mesero cuando terminaron. Brennan ordenó una taza de té.

—Estaré en contacto —le dijo Brennan a Maseryk cuando éste se levantó de la mesa.

—No hagas ninguna tontería —le aconsejó Maseryk.

Brennan asintió. El mesero puso frente a él una taza de té y se fue. Brennan llevó la taza a los labios. Frunció el ceño cuando vio una nota en el plato de la taza, escrita en un trocito de papel mal cortado en letra infantil muy pequeña.

«Si quiere saber lo que ocultan los Puños de Sombra —decía— vaya a Stone Brooks, camino de Glenhollow 8800. ¡Pero mucho cuidado!».

Brennan echó un rápido vistazo al restaurante en torno suyo, y de inmediato advirtió la estupidez de su reacción. Alguien lo venía siguiendo, o leía su mente. Alguien que sabía tanto como él del asunto al que se dedicaba. Le sobrevino una sensación incómoda, helada, de encontrarse perseguido en vez de perseguidor.

Volvió a examinar la nota. Desde luego, sin firma. Parecía habérsela enviado alguien en actitud amistosa, y parecía inocua e infantil con su caligrafía apenas legible y sus faltas de ortografía. Brennan resolvió investigar la pista que le sugería, pero también aceptar el consejo final y tener mucho mucho cuidado.

2:00 p.m.

KANT NO EXPRESÓ NINGÚN AGRADO AL VERLO.

—¡Pensé que nos habíamos librado ayer de tu presencia! —espetó.

—Estaba cerrado el serpentario, así que se me ocurrió venir aquí —dijo Jay—. ¿Dónde está tu pareja?

—Salió a comer —le ladró Kant—, igual que tú. Sólo que contigo es una condición permanente.

Le mostró los dientes, que seguían afilados.

—¿Es un chiste? —preguntó Jay.

¡Debía de serlo!, estaba casi seguro. Volteó a ver a alguien con uniforme que iba pasando.

—Kant acaba de contar un chiste —le dijo, pero el policía no le hizo caso.

—¡Vaya! —continuó Jay—. Creo que no le hizo gracia.

—Sigue jugando conmigo y te vas a arrepentir de verdad —prometió Kant.

Resultaba obvio que el momento de humorismo había pasado.

—¿Qué carajos quieres? —preguntó en tono irritado, mientras se rascaba una costra verde en el cuello, lo que hizo pensar a Jay que el almidón sin duda le rozaba las escamas.

—Quiero hablar con Elmo —declaró Jay.

La sorpresa de Kant fue tanta que se dejó de rascar la costra.

—¡Lárgate de aquí antes de que te eche!

—¿Tú de nuevo? —dijo Maseryk acercándose al escritorio.

Llevaba un palillo en la boca y parecía haber comido un buen almuerzo.

—Quiere ver a Elmo —dijo su pareja.

Su tono de voz insinuaba que la petición era algo en extremo cómico, pero Maseryk no se rió.

—¿Por qué?

Jay se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No sé bailar.

—Elmo no está hablando —dijo Maseryk—. Le dijimos que tenía derecho de permanecer en silencio, y nos tomó la palabra, maldita sea.

—Conmigo sí hablará —afirmó Jay.

Kant y Maseryk intercambiaron miradas.

—¿Y tú nos vas a contar lo que él te diga? —sugirió Maseryk.

—Faltaría al espíritu deportivo —objetó Jay.

Kant parpadeó de soslayo en su dirección.

—Más vale que te largues antes de que pierda yo los estribos. No me gustaría que salieras lastimado.

—Oh, ah —dijo Jay—. ¿Has oído eso, Maseryk? Tu pareja me está amenazando con usar brutalidad policiaca. ¿Es por el temperamento común a todos los lagartos, o es cosa de él?

Kant se levantó y dio la vuelta a su escritorio. Se puso junto a Jay, mucho más alto que él, lleno de escamas y dientes.

—Eso es, cabrón. Vamos. Te haré bailar.

Jay no le hizo caso.

—Tengo una proposición que hacerte —le dijo a Maseryk—. ¿Por qué no le dices a tu pareja que vaya a una roca a tomar el sol un poco mientras tú y yo hablamos en privado?

Maseryk miró a Kant.

—Déjanos solos un momento, Harv.

—¿Vas a creerle sus patrañas? —masculló Kant.

Maseryk se encogió de hombros.

—Tal vez sirva de algo lo que tiene.

Se fueron los dos a una sala de interrogatorios desocupada. Maseryk cerró la puerta. Hizo girar una silla y se sentó a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo. Miraba a Jay con sus penetrantes ojos violeta.

—Más te vale que sea bueno —lo previno.

—Es poca cosa, pero creo que te parecerá divertido el resultado —le explicó Jay—. Dame diez minutos con Elmo, y yo te daré el nombre del asesino del as de espadas.

Stony Brook, o Stoney, como decía la nota, era un pueblito suburbano de Suffolk County en Long Island. Brennan se detuvo en una gasolinera en su Toyota alquilado para preguntar por el camino de Glenhollow; gracias al cielo, su informante había escrito bien ese nombre. Corría casi en paralelo a la Sonda de Long Island, y a poco de avanzar el camino terminó por convertirse en una carretera vecinal que cruzaba un territorio poco poblado, en medio de bosques densos. Unas cuantas casas eran visibles, pero la mayoría se ocultaba tras prados con senderos de tierra.

El número que buscaba Brennan era 8800, pero se pasó de largo la primera vez. Se detuvo al ver el número 8880 en un buzón junto a una vereda de tierra. Después de verificar que el tránsito era inexistente, dio la vuelta y regresó por la carretera, conduciendo más despacio. Llegó al número 8700 sin encontrar la dirección que buscaba, pero recordó haber pasado frente a un sendero sin número que podría ser el 8800 faltante.

Brennan detuvo el automóvil a un lado en una sección más amplia de la vereda. Lo estacionó, salió del coche y fue a la cajuela, donde tenía guardado el estuche del arco. Se irguió para mirar el camino en todas las direcciones. Seguía sin haber tránsito. Abrió el estuche y con movimientos experimentados y fáciles ensambló su arco. Pasó la cuerda con suavidad. Aún tenía algo de ardor en el hombro, pero determinó que podía soportarlo. Se cubrió la cabeza con la capucha y a continuación desapareció en el follaje de los árboles que crecían junto a la vereda; el cazador de

regreso en el bosque.

La prisión de Fort Freak contaba con celdas especiales para clientes especiales. La de Elmo consistía en un cubículo sin ventanas dotado de una puerta de acero reforzado, en cuyo metal algún inquilino anterior había dejado abolladuras impresionantes al tratar de salir a puñetazos.

Cuando entraron, vieron a Elmo sentado en el catre estrecho, con los pies colgando a treinta centímetros del suelo. Tenía los brazos sujetos por las esposas más enormes que Jay hubiera visto en su vida.

—Diseñadas a la medida —le informó Maseryk—. Para perpetradores con más músculos de lo que dispuso la madre naturaleza.

Su voz era la del policía perverso, con filos duros y mala voluntad. Quizá Kant y él en realidad intercambiasen papeles con los jokers.

—Quítaselas —demando Jay.

—Eso no es parte del trato —dijo Maseryk—. Tienes diez minutos.

Salió y cerró la puerta tras él. Oyeron alejarse sus pasos por el corredor.

Por primera vez, Elmo alzó la cara.

—Popinjay —dijo el enano.

Medía un metro veinte de altura, y era casi igual de ancho. Tenía los brazos y las piernas cortos, pero enormes y marcados por músculos.

—Me dicen que no quieres hablar.

—No tengo nada que decir. Todavía tengo derecho a una llamada. ¿Conoces a algún abogado?

—Puedes intentar con el doctor Pretorius —recomendó Jay.

—¿Es bueno?

—Es una pesadilla, pero sí, es bueno. Y tiene mucha práctica en defender chivos expiatorios.

—¿Tú no crees que fui yo?

Jay se sentó en el retrete.

—Ella estaba asustada. No te ofendas, Elmo, pero no puedo imaginar que estuviera asustada de ti. Quiso contratarme para reforzar su seguridad y me dijo que comenzara al día siguiente. ¿Tiene eso algún sentido si el tipo al que le tienes miedo vive en el piso de abajo?

Los rasgos casi estólidos del enano se torcieron en un gesto de dolor.

—Yo fui su guardaespaldas —dijo—. Durante muchos años. Nunca permití que le pasara nada. Esto fue mi culpa. Debí haber estado allí.

—¿Por qué no estabas?

Elmo se miró las manos. Los dedos eran romos y gruesos, surcados por callos.

—Me encargó hacer un mandado.

—Entonces la culpa no es tuya. ¿Qué clase de mandado?

Elmo meneó la cabeza.

—No lo puedo decir. Eso es asunto de ella.

—Ella ha muerto —le indicó Jay— y te van a culpar a ti de su muerte. ¿Crees que Jokertown está mal? ¡Ya verás cómo tratan a los jokers en la prisión de Attica! Háblame, Elmo, dame algo con qué trabajar.

Elmo echó un vistazo en torno suyo.

—Tenía que entregar un sobre sellado y un boleto de avión a un hombre en una bodega —dijo, después de una pausa—. El encuentro sucedió sin sobresaltos, pero cuando regresé al Palacio vi automóviles de la policía. No me agradó el aspecto de la situación, así que pensé que me convendría tener un bajo perfil mientras me enteraba de lo sucedido. Cuando oí las noticias por la radio, creí que sería más saludable abandonar la ciudad. Ya nada me retenía aquí, de cualquier modo.

—¿Quién era ese hombre? —le preguntó Jay.

Elmo cerró la mano en un puño.

—No lo sé.

—¿Cómo se veía?

—Estaba oscuro, y tenía puesta una máscara. Una máscara de oso. Negra, con dientes grandes.

Jay frunció el ceño.

—¿Parecía fuerte?

Elmo se rió.

—No forcejeamos ni jugamos vencidas. Sólo le di el sobre, eso fue todo.

Volvió a quedar en silencio; se miraba abrir y cerrar la mano.

—¿Qué más? —lo instigó Jay—. Vamos, Elmo, sólo nos dieron diez minutos. Ayúdame.

La cara del enano se mantuvo sin ninguna expresión al mirar a Jay a los ojos. A continuación movió la cabeza afirmativamente, y desvió la mirada.

—Sí —admitió—. Está bien. Esto va a ser duro. Ella…

Elmo titubeó, buscando palabras.

—No me dijo que no hablara de esto, pero nunca fue necesario. Yo siempre supe cuándo debía callarme la boca. No podría permanecer por mucho tiempo en el Palacio quien no lo supiera. Pero ya ni importa, ¿no es así? Ella ya se fue.

—Cuéntame sobre la reunión.

—Aquel sobre estaba repleto de dinero. Mucho dinero. Era para comprar un asesinato. Yo lo supe. Ella sabía que yo estaba enterado. Pero no lo mencionamos. A ella le gustaba hacer las cosas de esa manera.

Alzó los ojos hacia Jay.

—El objetivo pegó antes, eso es todo lo que puedo suponer.

Chrysalis nunca fue una ciudadana ejemplar, eso ya lo sabía Jay. Se gobernaba por sus propias reglas. Asesinar… Eso no sonaba congruente con la mujer que él había conocido.

—¿A quién quería matar?

—En el sobre del dinero venía un papel doblado con un nombre escrito —le contó Elmo—. Yo no lo vi, pero cuando el tipo de la máscara de oso lo leyó, hizo un comentario sarcástico. Exclamó: «¡Mierda! *Nunca pidas poco*». Entonces lo supe. El dinero del sobre era mucho más que el precio normal por encargar un asesinato, y era solamente el anticipo. ¿Y el billete de avión? Un viaje redondo a Atlanta.

—¿Atlanta? —repitió Jay.

Por un momento se preguntó a quién conocía Chrysalis en Atlanta. Entonces entendió, y una sensación de frío y enfermedad se apoderó de él.

—¡Oh, mierda! —dijo.

—A ella nunca le interesó la política hasta el año pasado —le confió Elmo—. Pero a partir de ese momento, pareció apasionarse. Me figuré que sería por las cosas que había visto en la gira.

Elmo hizo una pausa y sentenció:

—Ella no era como Des o los demás políticos jokers, pero era joker.

—¿Leo Barnett? —dijo Jay.

—Tuvo que ser él —asintió Elmo.

—¡Genial! ¡No podía estar más del carajo! —dijo Jay que, de momento, no podía pensar—. Cuéntame sobre el asesino que contrató.

—Alto, flaco. Llevaba guantes. Un traje barato, que no le quedaba bien. El nombre del boleto decía George Kerby, pero supongo que ese nombre lo inventó Chrysalis.

—George Kerby —repitió Jay; el nombre le sonaba vagamente familiar—. ¿Para cuándo era el vuelo?

—Para hoy —dijo Elmo.

—¡Mierda! —volvió a exclamar Jay—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Miro el reloj. Casi se le había terminado el tiempo.

—Maseryk va a llegar en un minuto y me va a echar de aquí. Hay que darnos prisa. Cuéntame de Yeoman.

—¿Yeoman? Pertenece a la historia —dijo Elmo con brutalidad—. Se fue hace más de un año, ¿no es así? Nadie sabe adónde. Ni siquiera Chrysalis lo sabía. Hizo esfuerzos por encontrarlo. Creo que tenía miedo de que los Puños lo hubieran matado. Había mala sangre entre Yeoman y los Puños. Pero no pudo ser él. Es un norm.

—¿Oddity? —preguntó Jay.

Elmo se alzó de hombros.

—Si tuvo tratos con Oddity, ella nunca me lo mencionó.

—¿Quién más? —le pidió Jay—. ¿Enemigos, amantes rechazados, herederos envidiosos, cualquiera que tuviese motivos para mandarla matar?

—Tenía un socio capitalista —le dijo Elmo—. Un joker que se llama Charles Dutton. La ayudó a comprar el Palacio, en sus comienzos. Supongo que el edificio es

de su propiedad, ahora.

—Hablaré con él —prometió Jay—. ¿Qué más?

Elmo titubeaba.

—Vamos —lo urgió Jay—. Suéltalo.

—No sé lo que pueda significar —dijo Elmo—, pero la primavera pasada tuve que hacer desaparecer un cadáver.

—¿Un cadáver? —repitió Jay.

Elmo asintió.

—De una mujer. Joven, de piel morena, tal vez bonita antes, pero no cuando la vi. Aquello era una carnicería. Los pechos cercenados, la cara hecha jirones, un brazo desollado. Me puse enfermo. Nunca vi a Chrysalis tan asustada como aquella noche. Era mi noche libre, pero me encontró y me llamó. Cuando llegué, ahí estaba Digger Downs, tratando de vomitar en el baño, y Chrysalis se encontraba en su oficina, sentada, fumando y mirando aquel cuerpo. Le temblaba la mano, pero no podía apartar los ojos de la muerta hasta que la tapé con una sábana. Me mandó limpiar todo. La obedecí. No le pregunté nada, y ella nada me contó. Y nunca lo volvió a mencionar.

—¿Qué hiciste con el cadáver?

—Lo puse en una bolsa de basura y lo dejé en el sótano. A la mañana siguiente ya no estaba. Los vecinos…

Al mismo tiempo ambos oyeron los pasos en el corredor.

—¿Los vecinos? —insistió Jay.

—De al lado —empezó a decir Elmo al tiempo que la cerradura giraba—. Todos los cadáveres que les dejábamos. Eran buenos para eso.

Cerró la boca y miró huraño hacia el suelo.

Se abrió la puerta de la celda. Al lado de Maseryk estaba la capitana Ellis en persona, fumaba un cigarro y rebotaba de un pie a otro.

—Lárgate de aquí.

—Ya me iba —anunció Jay.

Al pasar junto a Elmo le dio unas palmaditas en el brazo. El enano ni siquiera alzó la mirada.

—Quiero que sepas que Maseryk arregló esto sin mi permiso —le ladró Ellis—. Pero ya que está consumado, más te vale decir el nombre, y más te vale que resulte, o tú y tu amigo Elmo van a compartir una celda.

Jay ni siquiera tenía suficiente energía para ser irónico con ella.

—Daniel Brennan —dijo.

Maseryk le echó una mirada como si le hubieran metido hielo en los pantalones. Ellis resopló y anotó el nombre.

—Que pasen un buen día —les dijo Jay, y se fue de ahí.

No había muros ni cercas, ni barrera alguna que impidiera a Brennan entrar en el terreno de Glenhollow 8800. En algunos árboles se veían letreros, que prohibían cazar, pescar o estar ahí sin autorización y amenazaban con aplicar la ley, pero Brennan no permitió que lo desalentaran. Se movió cauteloso entre los árboles, silencioso y atento, como si estuviera de vuelta en Vietnam, en la selva repleta de enemigos.

Por fin salió de la cubierta de árboles a un prado de césped, tan liso como un campo de prácticas de golf. Al otro lado del minucioso jardín se veía un extenso conjunto de flores que remataba en un seto alto. Al otro lado del seto se alzaba una casa de dos pisos. El primer piso quedaba oculto por el seto, pero cuatro ventanas del segundo daban directamente al jardín.

Brennan tomó aliento y se echó a correr por el prado abierto, sintiéndose desnudo y vulnerable a los ojos de cualquiera que mirara desde la casa. Saltó sobre el primer macizo de flores y cayó agazapado, recuperó el aliento mientras escuchaba. Nada. Miró en torno suyo, sin ver más que flores.

Avanzó en cuclillas por el jardín, se mantuvo fuera del alcance de las ventanas del segundo piso. Reconocía muchas flores al pasar entre las plantas. Rosas, crisantemos, bocas de dragón y girasoles, pero al lado de aquéllas había amapolas, como las que había visto crecer en plantaciones de Vietnam y Tailandia, y datura, que reconoció por los tiempos de su infancia en el suroeste; y en las sombras frescas y oscuras, hongos de docenas de formas y colores, ninguno con aspecto de poderse servir guisado junto a un bistec.

Brennan observó que ese inocente jardín de flores era el sueño de un químico fabricante de drogas, con suficiente materia prima para preparar cualquier tipo de estimulante, depresor o alucinógeno. También, notó Brennan con su mirada profesional de paisajista, era un lugar de hermosa serenidad, diseñado con un ojo sensible a la mezcla de los colores, formas y texturas. Hasta los ornamentos ocasionales que se veían entre las hileras de plantas eran agradables y armoniosos.

Como ese hongo de metro y veinte de altura, con la oruga fumando su narguile. No era el adorno típico para un jardín, pero sin duda guardaba una relación temática con el lugar.

Brennan sonrió, y en ese instante la oruga giró y lo encaró, mirándolo. Se le inflaron las mejillas y soltó una nube de humo que envolvió a Brennan antes de que pudiera cerrar la boca. Al girar y retroceder unos pasos ya había inhalado una bocanada de humo dulzón. La cabeza se le echó a nadar en círculos imposibles de detener, y sus ojos rodaron hacia la parte interior de su cabeza mientras caía pesadamente sobre el grueso césped. Percibió su frescura en la piel de la cara al tiempo que oía hablar a la oruga a través de labios mecánicos en una voz que le inquietaba por lo familiar.

—Bienvenido al reino de la magia —decía, mientras a Brennan se le cerraban los ojos.

8:00 p.m.

LA POLICÍA TENÍA LA FUNERARIA BAJO UNA CARGA INFERNAL DE vigilancia. Jay vio al primero de ellos que vendía salchichas en un carrito de la esquina, a dos más sentados en un automóvil estacionado al final de la cuadra, y al cuarto subido a un tejado enfrente. O bien no estaban del todo persuadidos de que Elmo era culpable, o esperaban que llegara Yeoman a ofrecer sus últimos respetos.

La Funeraria Cosgrove se ubicaba en una monstruosidad victoriana de tres pisos, con aspecto de los restos de algún histórico naufragio. En una esquina tenía una atalaya redonda, en la otra una alta torre gótica; un amplio porche de madera rodeaba el edificio por completo, con obra de carpintería decorativa por todas partes. A Chrysalis le habría encantado el lugar.

Subía los escalones cuando la puerta se abrió con violencia y salió Lupo taconeando.

—Una farsa inmunda, eso es —ladró furioso, con las orejas horizontales sobre el cráneo, cuando vio a Jay. ¿Quién se ha creído que es?

Se fue sin aguardar respuesta. Jay se alzó de hombros y entró en la funeraria.

La sala de recepción ostentaba tapices oscuros en las paredes y contenía muchas antigüedades. El directorio del día, en una vitrina montada en la pared, anunciaba tres velorios. En la Sala Este yacía el cuerpo de Wideman, mientras que Jory se encontraba en la Seda Oeste, y Moore arriba, en la Sala Redonda. Jay se dio cuenta de que no sabía el nombre verdadero de Chrysalis.

—¡Oh! —exclamó una voz a sus espaldas—, Mister Ackroyd, ha tenido usted la bondad de venir.

Waldo Cosgrove era un hombre rotundo y suave, de más de setenta años, calvo como un huevo, con manos pequeñitas siempre húmedas. La indumentaria de Waldo era tan impecable que ni siquiera Hiram le encontraría falta. Además olía como si se bañara en perfume y se veía como si después rodara en polvos de talco. El año anterior Jay lo había ayudado con el caso de un robo en la funeraria de un par de cadáveres de jokers particularmente grotescos. El suceso había perturbado mucho a Waldo, un hombre que nunca perdía la ecuanimidad. Lo que mejor hacía era lamentarse. Jay no conocía a nadie tan apto para la lamentación.

—Hola, Waldo —dijo Jay—. ¿Quién de ellos es Chrysalis?

—Miss Jory ha sido puesta en la Sala Oeste. Es el mejor de nuestros salones, por no decir el más amplio, y tenía muchos amigos. ¡Lo lamenté tanto al enterarme! ¡Qué

cosa más horrible!

Las palabras eran las adecuadas, pero Jay había oído tonos de lamentación mucho más intensos en boca de Waldo. Algo perturbaba al mayor de los Cosgrove.

—¿Qué pasa? —inquirió—. ¿Por qué se indignó Lupo a tal grado?

Waldo Cosgrove chasqueó la lengua.

—La culpa no es de nosotros. Mister Jory insistió mucho, y es su padre, después de todo, pero algunas personas se lo han tomado a mal. No sé qué esperan que hagamos. Le aseguro que no hemos parado en gastos.

—Sin duda, mister Jory se va a enterar cuando reciba la factura —comentó Jay—. ¿No me ha llamado nadie?

—¿Llamado? ¿A usted? ¿Aquí?

—He estado intentando localizar a Hiram Worchester en Atlanta —explicó Jay—. Le he dejado varios mensajes en el hotel. Por favor, avíseme si acaso llama.

—Oh, por supuesto —dijo Waldo Cosgrove.

Otro grupo de dolientes iba saliendo, entre los que Jay reconoció a una de las recepcionistas del Palacio de Cristal. Ella tampoco se veía nada bien. Jay resolvió entrar y ver lo que pasaba.

La Sala Oeste era un cuarto largo, sombrío, de techo muy alto, lleno de flores. Habían mandado tal cantidad de arreglos florales que muchos de ellos se desbordaban sobre el corredor. Había un libro de visitas junto a la puerta. Yin-Yang estaba de pie a un lado, expresando sus condolencias a un hombre corpulento, que pasaba de los sesenta años y sin duda sería el padre de Chrysalis. Mister Jory iba de camisa blanca y traje negro, y algo en su actitud daba a pensar que, en efecto, era un hombre en blanco y negro. En aquel instante lucía incómodo, quizá por el traje. O quizá por la ocasión. O tal vez la causa era Yin-Yang, que hablaba con sus dos cabezas al mismo tiempo, según era su costumbre.

Cuando el joker por fin ingresó al salón, Jay se acercó con la mano extendida.

—Mister Jory, cuánto lo siento. Su hija fue una mujer extraordinaria.

—Sí —replicó Jory.

Estrechó la mano de Jay con firmeza.

—Debra-Jo fue una buena chica. ¿Usted la conoció bien, mister…?

Hablaba con un tono nasal, sureño, del todo diferente al acento británico que Chrysalis cultivaba con tanto esmero. Jay no hizo caso de la pregunta. Sin duda Jory reconocería su nombre, y tendría que contarle toda la historia del descubrimiento del cuerpo, pero no quería abrir ese bote de gusanos.

—Mucho me temo que no la conocí lo suficiente para saber su nombre verdadero.

—Debra-Jo —afirmó Jory—. El mismo nombre de mi bisabuela. Ella perteneció a una raza de pioneros genuinos.

—¿Usted viene de Oklahoma?

Jory movió la cabeza afirmativamente.

—De Tulsa. Nueva York no es muy de mi agrado.

—Chrysalis amaba esta ciudad —dijo Jay, en voz serena—. La conocí lo suficiente para saber eso. Éste fue su hogar.

—Su hogar fue Tulsa —declaró Jory, tenso—, y no se ofenda usted, pero prefiero que no se refiera a mi hija con ese nombre.

Al oír pasos que se aproximaban, giró sobre sus talones, y Jay observó que los ojos de Jory se llenaban de repulsión al ver acercarse a Jube Benson con sus movimientos de pinnípedo y un paquete de periódicos bajo el brazo. Jory logró que sus modales vencieran su disgusto y, sonriendo, extendió la mano.

Jay aprovechó para entrar en el salón.

Se veían sillas suficientes para dar asiento a cien personas. La tercera parte de ellas estaban ocupadas, y una docena más de dolientes andaba por ahí, hablando en voz baja por los rincones de la sala. Ocho de cada diez rostros eran de jokers. Vio junto al ataúd a Yin-Yang, arrodillado al lado de Mona Sincara. Flotador andaba cerca del techo y hablaba en voz baja con Troll, cuyas manos rozaban los cristales del candelero al gesticular y los hacían tintinear como campanillas de viento. Hot Momma Miller lloraba con abundancia de lágrimas y también de humo que brotaba del pañuelo de encaje que aferraba con las manos, junto a su carita arrugada como una ciruela pasa. A su lado, el padre Calamar murmuraba, tratando de consolarla. Al lado de un cenicero, fumando un cigarro, tan discreto como una uva en una caja de pasas, había otro policía vestido de civil.

Oddity estaba sentado en la última fila.

A Jay ese detalle le pareció sumamente interesante. Fijó los ojos en él, vislumbrando movimientos bajo la capa oscura. Daba la impresión de que tras la tela había un animal salvaje, que luchaba por salir, pero no era más que el cuerpo del joker reformándose en una metamorfosis interminable. La cabeza encapuchada giró hacia él y Jay se encontró mirando de frente la malla de alambre de acero de una máscara de esgrima. Pudo sentir que unos ojos lo veían desde dentro de la malla.

Jay cruzó la habitación hacia el lugar donde Chrysalis yacía. Yin-Yang estaba por levantarse. Jay se paró en seco, en estado de shock. El ataúd estaba abierto.

Eso no era posible, pensó de manera absurda.

De pronto vio a Cosmo sentado en una de las sillas plegadizas, en las sombras del espacio donde se había colocado el ataúd, tan quieto y callado que resultaba casi invisible entre todas las ofrendas funerarias, y al instante Jay comprendió.

El negocio familiar de la funeraria lo habían heredado los tres hermanos Cosgrove. Waldo, el que se lamentaba por todo, era el que trataba con los deudos. Titus, a quien nadie veía jamás, se desempeñaba como embalsamador. Y Cosmo, el más joven, era el joker de la familia. Un hombre frágil y delgaducho, que pasaba de la cincuentena, igual de calvo que su hermano, pero con la piel cubierta por manchas fungoides de tono grisáceo, que se extendían a su ropa y a todo lo que tocaba. Aunque se cepillara diariamente, la capa de hongos volvía a crecer desenfrenada. Sin embargo, Cosmo tenía un poder concreto, una baraja que hacía de Cosgrove la

principal funeraria de la ciudad. Hacía que los muertos se viesen bien. Los hacía verse mejor que cuando estaban vivos. Jay se acercó al ataúd y la miró.

La bella durmiente, pensó, y supo por qué Lupo y los otros se habían molestado a tal extremo.

Llevaba un vestido oscuro sencillo, modesto pero elegante, con un broche antiguo prendido a la altura de la garganta. Las manos descansaban justo bajo sus pechos, plegadas sobre una Biblia. Se veía adorable. Sus largos cabellos dorados se extendían sobre una almohada de satén, los ojos parecían dormir en un sueño tranquilo, con las mejillas apenas sonrojadas. A Jay le constaba que Chrysalis pasaba de los treinta y cinco, pero ahí lucía diez años más joven. La piel parecía tan suave como el forro del ataúd, tan viva que daban ganas de tocarla, de acariciarla con la punta de los dedos para sentir la calidez que prometía estar ahí.

Sin embargo, habría sido imprudente tocarla. Cosmo podía engañar al ojo, mas no a la mano. Al tratar de tocarle una mejilla, sabe Dios lo que encontrarían los dedos. Ni siquiera los Cosgrove podían reconstituir una cabeza a partir de unos trocitos de cráneo y sesos.

—¡Qué día más triste! —declaró el padre Calamar acercándose a Jay.

El párroco de Nuestra Señora de la Perpetua Miseria hacía ruiditos de chapoteo al andar.

—Jokertown será diferente sin ella —continuó—. Me temo que más sombrío. ¿Te has dado cuenta de que hace justo un año murió Xavier Desmond?

—Casi el mismo día —asintió Jay—. Pero en el velorio de Des, la fila de dolientes daba la vuelta a la esquina.

—Chrysalis tenía el respeto de la comunidad —señaló el padre Calamar—. Incluso era temida. Pero a Des lo amaban. Llevaba el corazón en la mano. Ella, en cambio, guardaba el suyo con la mayor reserva.

Le puso una mano en el hombro.

—Dicen que andas buscando al asesino.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —admitió Jay—, no sé bailar. Dime, padre, ¿qué sabes de nuestro amigo Oddity, el que está sentado ahí?

—Tres almas torturadas que buscan salvación —repuso el sacerdote—. No andarás pensando que…

—No sé qué pensar —lo interrumpió Jay.

Waldo Cosgrove le hacía señas desde la puerta.

—Perdón, padre, pero me llaman por teléfono.

Waldo le permitió usar su oficina en la parte trasera de la funeraria, un lugar tranquilo, oscuro y privado. Esperó a que Waldo cerrara la puerta antes de tomar el auricular.

—¡Hola! ¿Hiram?

Al otro lado de la línea se oía mucho alboroto, pero Hiram Worchester era hombre de voz poderosa.

—¿Popinjay? ¡El hotel dice que me has llamado seis veces! ¿Puedo preguntar qué puede ser tan urgente?

—Hiram, tenemos problemas de la mayor gravedad. ¿Dónde estás? Suena como si hubiera una fiesta.

—Estoy en el tráiler de campaña del senador Hartmann —dijo Hiram—. La lucha por definir plataforma en la convención se está alargando. Lo menos que podrías hacer es seguir las noticias de la televisión. ¡Está en juego nada menos que el futuro del país!

—No me vengas con regaños —replicó Jay—. Estoy bien vestido, ¿qué más quieres? Escúchame, me dedico a averiguar quién mató a Chrysalis.

—Creí que era caso resuelto —interrumpió Hiram—. Fue el tipo del as de espadas, aquel psicópata que trató de robarse nuestra colección de sellos una noche en el Palacio de Cristal.

—Sí, ya sé. No creo que haya sido él.

Hiram se aclaró la garganta sin querer disentir, y enseguida comentó:

—Tú eres el detective, pero creo que estás perdiendo el tiempo.

—No sería la primera vez —admitió Jay—. Hiram, escúchame y ten cuidado con lo que digas. Los políticos chiquitos tienen orejas grandotas. Justo antes de morir, Chrysalis contrató a un asesino para que matara a Leo Barnett. Es probable que ya esté en Atlanta.

Por un momento no se oyó nada en el teléfono aparte del ruido de los empleados de Hartmann que gritaban estrategias en sus radios de mano. Por fin, con voz ronca, Hiram logró articular:

—¿Barnett? ¿Estás seguro?

—Es lo único que parece tener sentido —afirmó Jay—. Barnett es el candidato que quiere encerrar a los jokers en campos de concentración. Chrysalis era joker. Hasta donde yo sé, dos más dos siguen siendo cuatro.

¿Era así, sin embargo? Al asesinar a Barnett se podía estar asegurando el triunfo de sus ideas y proyectos.

¿Acaso no era Chrysalis lo bastante sutil para figurarse eso? Quizá dos más dos eran igual a… ¿qué?

Hiram estaba hablando.

—… Barnett hace todo lo posible por quitarle poder a la plataforma de los derechos de los jokers. Deploro todo lo que ese hombre representa, pero un asesinato no puede ser tolerado. Jay, debes acudir a las autoridades.

—Oh, eso sería estupendo —ironizó Jay—. ¡Decirles que dos jokers han conspirado para enviar a un asesino, que probablemente sea un as, a liquidar a Leo Barnett porque no aprueban sus ideas políticas! Una vez que la prensa se entere de eso, se le puede entregar la presidencia a ese cabrón y así ahorrarnos los comerciales de las campañas.

—Dios santo —juró Hiram, en voz muy baja—. Tienes razón, desde luego. Jay,

¿qué vamos a hacer?

—Hay que conservar vivo a Barnett sin que se destape esta historia. Los pormenores quedan en tus manos.

—Cómo te lo agradezco —le dijo Hiram con sequedad.

—Consigue quien te ayude —sugirió Jay—, alguien en que se pueda confiar. Por ejemplo, Tachyon. Tienes que ser sutil y andar con mucho cuidado. Ver qué se puede hacer para reforzar la seguridad en torno a Barnett.

—En torno a todos los candidatos —sugirió Hiram.

—Me parece bien —aceptó Jay—. Yo seguiré escarbando por aquí.

—Jay, escucha. Tiene más sentido que tú vengas aquí. Chrysalis está muerta y tu investigación quijotesca no le va a devolver la vida. Echa a andar el medidor y toma el próximo vuelo a Atlanta. Te contrato. Quiero que trabajes de guardaespaldas del senador Hartmann.

—Las últimas espaldas que debía guardar se quedaron sin cabeza —dijo Jay—. Además, ¿no tiene cada candidato un as para que lo cuide?

—Carnifex es un fanfarrón incompetente —dijo Hiram—. Nada más que un bravucón callejero, en realidad, y no muy brillante. Los del Servicio Secreto me inspiran más confianza, pero son solamente humanos. Por lo menos Barnett tiene asignada a Lady Black, pero Gregg ha quedado muy vulnerable. Necesitamos que nos ayudes, Jay.

—Bueno, pues ponte en fila y saca un número —dijo Jay—. Hiram, tengo que irme. Estaré en contacto. Ten mucho cuidado. Haz lo que puedas.

—Popinjay, ¿quieres ser razonable por una sola vez? —insistió Hiram.

—No —objetó Jay—. Podría adquirir el hábito.

En cuanto salió de la oficina, el teléfono comenzó a sonar tras él. Jay se apoyó en la puerta de la oficina y contó las llamadas. Hiram no se rendía con facilidad, había que conceder eso. Al noveno timbrazo suspiró, volvió a la oficina oscura y descolgó el teléfono.

—Mira, Hiram —dijo—, no voy a ir a Atlanta, maldita sea. Si el senador Gregg necesita otra nana, hazlo tú mismo, no puedes…

—Mi arquero necesita ayuda —lo interrumpió la voz de una mujer en su oído.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jay. Conocía esa voz. El timbre, la cadencia, el nítido acento británico.

—¿Chrysalis? —musitó, atónito.

—Tienes que ir con él —dijo Chrysalis—, antes de que se haga demasiado tarde.

—Estás muerta —dijo él, con la voz de pronto enronquecida.

De pie en la oscuridad, aferrando el teléfono con la mano sudorosa, Jay sintió que el mundo desaparecía bajo sus pies.

—El Esquimal… —empezó a decir Chrysalis.

—¿El *Esquimal*? —interrumpió Jay.

La situación cada vez se ponía más rara; se sentía caer en la madriguera del

conejo. Chrysalis yacía muerta en el ataúd en ese mismo edificio, y ahí estaba hablándole por teléfono, ¡sobre esquimales! De pronto, le entraron dudas.

—¿Quién diablos habla, en todo caso?

Hubo una larga pausa.

—Chrysalis —dijo por fin la voz.

De verdad sonaba a ella.

—Dios santo —barbotó Jay, con toda la reverencia que pudo reunir—. Estás viva… querida mía… mi amante… ¿eres tú de verdad, mi cielo?

Hubo otra pausa.

—Sí —dijo la voz al fin—. Soy yo, querido. Escucha. Tienes que salvar a mi arquero, él…

—Ya lo sé, lo secuestraron los esquimales —la cortó Jay—. Tal vez piensas que tu chiste tiene gracia, pero yo no. Tu imitación de voz es buena, pero no eres Chrysalis. Así que toma a tus esquimales, guarda al príncipe Alberto y vete al carajo, ¿de acuerdo?

Colgó el aparato con tanta violencia que sonó el timbre.

Se quedó ahí sentado un buen rato en la oscuridad, furioso, mientras miraba el teléfono y lo desafiaba a que volviera a sonar. Pero permaneció en silencio.

9:00 p.m.

ANN-MARIE ESTABA EN EL OCTAVO MES DEL EMBARAZO DEL NIÑO que ambos habían engendrado. Hicieron el amor despacio y con suavidad, Brennan hincado frente a ella y Ann-Marie sobre un costado, con una pierna estirada y la otra recogida hacia arriba. Era una mujer pequeña y esbelta, ahora hinchada en la mayor madurez del niño dentro de su vientre. Sus pequeños pechos se llenaban de leche, los pezones oscuros se erguían, exageradamente sensibles al más ligero contacto con la punta de los dedos o a la caricia de sus labios. En su rostro se manifestaba más su herencia vietnamita que la francesa, y era bella, muy bella, y tenía hambre de que Brennan la tocara.

Hacían el amor con movimientos lentos y lánguidos, en perfecta armonía de ritmos y cadencias, y mientras se amaban Ann-Marie cambió. Brennan vio cómo desaparecían la carne y la piel, hasta distinguir la red de vasos sanguíneos que le cubría el cuerpo como un velo, con los huesos y órganos bajo el niño en el vientre. De pronto el bebé se desvaneció y Ann-Marie se transformó. Se hacía más grande, más fuerte, con caderas más amplias y pechos más grandes, invisibles salvo por las venas que corrían por ellos y los pezones oscuros. Habían cambiado posiciones, y Brennan ahora estaba acostado de espaldas, con Chrysalis montada sobre él; el rostro enigmático derramaba una pasión soñadora, los pezones subían y bajaban sobre sus

invisibles cojines de carne al tiempo que frotaba su sexo con él, con movimientos pausados y duros que lo hacían gemir con cada impulso.

Extendió las manos para tocar sus pechos invisibles y sentir su calor y suavidad, que de pronto se desvanecieron como si fuesen humo. Chrysalis desaparecía poco a poco, aunque Brennan seguía sintiendo su calor y su humedad sobre la piel, y como si se tratara de un fantasma, volvió a tomar forma, pero su carne era opaca, sus pechos pequeños y duros, su cuerpo alargado, esbelto y musculoso.

—Jennifer —musitó Brennan, con los labios resecos y la garganta cerrada, tensa.

—Ya era hora de que despertaras —dijo la cara, en tono familiar—. Vamos a ver si podemos sacarte del todo.

Brennan no podía mover los brazos ni las piernas, pero conservaba sensaciones en ellos. Sintió que el hombre lo agarraba por la parte superior del brazo, y el dolor penetró en su carne como si le clavaran agujas en tres o cuatro lugares distintos. Quiso abrir la boca para protestar, pero no podía hacer funcionar sus labios ni su lengua. Masculló algo ininteligible, sin entender ni él mismo lo que trataba de decir. Pasaron un momento o dos, y de pronto Brennan percibió que su corazón latía cada vez más rápido. Su visión entraba y salía de un foco nítido a una niebla, pulsando como luz estroboscópica. Quería ponerse de pie, gritar y correr, pero enseguida se dio cuenta de que estaba sujeto a una silla con correas de cuero. Forcejeó contra las correas, pero eran más fuertes que él. Apretó los dientes y trató de sacudirse, pero la silla resistía y las correas le cortaban la carne. Aulló y jadeó con rabia salvaje e irracional. ¡Se tenía que levantar, y la maldita silla no lo dejaba! ¡Debía liberarse, lo haría! Concentró toda su energía en el brazo derecho y jaló repetidamente, tratando de soltarse. Sintió que la sangre le corría por el brazo, pero eso sólo tuvo el efecto de hacerle redoblar esfuerzos.

—Perdón —dijo alguien—. A veces es difícil juzgar la medida de la dosis.

Sonrió para tranquilizarlo, y de repente Brennan sintió que la calma y la paz fluían del contacto amistoso del hombre con su cuerpo. Brennan lo reconoció. Lo había visto el día anterior en Chickadee. Era Quincey, el químico de Kien. Quinn el Esquimal. Parecía ser un hombre amable. Cuando llega Quinn el Esquimal, todos saltan de alegría. Brennan se miró el brazo derecho, preguntándose por qué sangraba.

—Así está mejor —dijo Quincey, en tono de aprobación.

Volvió a sonreír y soltó la parte superior del brazo de Brennan. Al verse la mano, Brennan notó que le salían agujas de las puntas de tres de sus dedos. Mientras las miraba, se retrajeron y desaparecieron en su carne.

—Bienvenido a Xanadú, mister Yeoman.

Brennan enfocó la mirada en él.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

Quincey se alzó de hombros.

—Tú has de saber la respuesta mejor que yo. Uno de mis vigilantes mecánicos te captó rondando en el jardín.

—¡La oruga del hongo! —dijo Brennan, acordándose de repente.

—Sí —admitió Quincey—, es uno de mis favoritos. Me gasté una fortuna en contratar a los ingenieros animatrónicos de Disneylandia, pero si uno no puede darse el gusto de tener lo que desea en su propio jardín de los placeres, ¿de qué sirve todo?

Brennan meneó la cabeza. Sus recuerdos se aclararon. La extraña nota recibida en Aces High, el jardín, la oruga, su captura, el sueño. El sueño.

Cerró los ojos. Todo había sido tan real. Ann-Marie y la última vez que hicieron el amor antes de que los asesinos de Kien la mataran a ella y a su bebé nonato. Chrysalis, de nuevo viva. Jennifer.

—Entonces, ¿qué querías? —preguntó Quincey.

Brennan abrió los ojos.

—Al asesino de Chrysalis.

—¡Qué me dices! —replicó Quincey—. Aquí no podrás encontrar a esa persona. Éste es mi domo de placeres. La violencia no sucede más que raras veces.

Brennan miró a su alrededor. Eran las únicas personas en la habitación, que se parecía a algo salido de una fantasía de *Las mil y una noches*. Sobre el suelo había alfombras gruesas y coloridas, y en las paredes colgaban tapices de brocados de seda, una mitad con doncellas y la otra con efebos en atuendos griegos, o sin atuendos, retozando en parejas o en grupos. Por la habitación se veían numerosas esculturas en la misma vena, sobre muebles delicados y caros. La cama era de postes, con almohadones de seda y terciopelo y una abundancia de cojines.

—Sin embargo —dijo Quincey, asumiendo una actitud pensativa—, mucho me temo que ésta será una de esas ocasiones. Estoy dando los toques finales a un proyecto importante. No puedo tolerar que andes husmeando por aquí. Perdóname mientras hago una llamada.

Las agujas volvieron a brotar con suavidad de sus dedos, blancas como si fueran de hueso: Brennan se dio cuenta de que lo más probable era que fueran de hueso en realidad, y que estuvieran huecas. Tras un instante, un fluido claro salió de la punta de la aguja central, y Quincey las volvió a clavar en el brazo de Brennan.

—Sólo te dolerá un momento —le avisó.

El edificio estaba muy callado cuando Jay se encaminó de regreso a la sala del velorio. Le sorprendió ver que Jory había abandonado su puesto junto a la puerta. En cambio, ese lugar lo ocupaba Waldo Cosgrove, quien se retorcía las manos húmedas y se lamentaba de todo. Jay pasó a su lado y entró en la sala, sobre la que pesaba un silencio gélido y cargado de tensión. Los dolientes se habían alejado discretamente de los dos hombres que estaban en el centro de la habitación.

Jory estaba de pie en el centro del pasillo entre las hileras de sillas plegadizas, con el rostro oscurecido por la ira.

—¿Qué dijo usted, señor? —preguntó.

Un recién llegado estaba al lado del ataúd, con aspecto de una encarnación de la muerte. Flaco y alto, llevaba capa y capucha sobre un traje negro de lana. Al primer vistazo, Jay pensó que llevaba puesta una máscara; una máscara de mal gusto, dada la ocasión. Pero en ese momento habló, y Jay se dio cuenta de que la calavera —amarillenta y sin nariz, con los dientes descubiertos en una sonrisa permanente— era su cara real.

—Dije —repitió el joker con una voz profunda y fría— que ésta no es Chrysalis.

Hizo un ademán con la mano enguantada sobre el cuerpo de la mujer joven en el ataúd.

Sus palabras hicieron que a Jay el estómago le diera un vuelco súbito. Si no fuera Chrysalis la del ataúd, si se hubiese equivocado sobre el descubrimiento del cadáver, entonces tal vez ella estuviera viva en algún sitio, y la voz del teléfono…

—No creo haber solicitado su opinión —declaró Jory, y su acento se volvía más profundo por la tensión—. Señor, está perturbando, y le agradecería que se fuera de aquí.

—No estoy de acuerdo —dijo el hombre de la capa negra—. He venido aquí a ver a Chrysalis por última vez y a despedirme de ella. Y ¿qué me encuentro? Una fantasía de norm tendida en un ataúd, y una sala de gente a quienes se les prohíbe pronunciar su nombre.

—¡Su nombre es Debra-Jo Jory, y es mi hija!

Una vena palpitaba en el cuello de Jory.

—Su nombre —repuso el joker con la mayor frialdad— es Chrysalis.

El padre Calamar se puso a su lado.

—Charles, él viene de Oklahoma. No está al tanto de nada. Debemos respetar su dolor.

—Que él respete el nuestro, entonces.

—No ha querido ofendernos —explicó el cura.

—Eso no hace menos ofensiva su farsa.

Los ojos del joker, hundidos dentro de su rostro de calavera, no se habían quitado de encima de Jory.

Con los nervios de punta, Waldo Cosgrove se acercó a toda prisa.

—Caballeros, caballeros, por favor, no se peleen. Éste no es ni el momento ni el lugar apropiado. Nuestra querida Chrysalis, ah, oh, es decir, Debra-Jo, de seguro no desearía…

—Lo que yo quiero —dijo de pronto Jory—, Cosgrove, es que saque de aquí a este hijo de puta tan feo. ¿Me oye? O usted llama a lo que pasa por ley en este sitio, o lo haré yo, pero de una u otra manera este cabrón se va a la calle.

Waldo miró a su alrededor, en busca de alguna solución al lío en que estaba metido. A Jay le dio lástima. Por fin, con mansedumbre, el director de la funeraria se volvió al joker.

—Charles, por favor, la costumbre en estos casos es honrar los deseos de la

familia.

—Sí —dijo Charles, al tiempo que hacía un amplio ademán para incluir a todos los jokers de la sala—. Y nosotros somos su familia. Él no. Ni siquiera sabe cómo se llamaba.

Le dio la espalda a Jory y se acercó al lugar donde estaba Cosmo en su silla. Éste alzó los ojos y se ajustó sus gafas redondas con aros de alambre. Los hongos le crecían en el dorso de la mano y por debajo de la mandíbula. No dijo nada.

—Quiero verla, Cosmo —le dijo Charles—. Enséñamela. Enséñame tal y como era de verdad.

—¡No! —gritó Jory—. ¡Lo prohíbo!

Dio varios pasos apresurados al frente, apuntando a Cosmo con el dedo.

—¿Me oyes, muchacho?

Cosmo lo miró, sin decir nada. A continuación, volvió los ojos hacia Charles.

Alguien emitió un ruido ahogado. Todas las miradas convergieron sobre el ataúd.

El color empezaba a desaparecer de la suave piel de Debra-Jo.

—¡Maldito seas! —juró Jory, refiriéndose a Cosmo, y enseguida giró para encarar a Waldo—. ¡Usted, ahí! ¡Llame de inmediato a la policía! ¡*Ahora mismo*!

La barbilla de Waldo temblaba mientras su boca trataba de formar palabras en vano.

En el ataúd desaparecían los tonos rosados de la carne. Su piel era blanca como el hueso, pálida como la leche. En algunos lugares, tomaba un aspecto cerúleo y translúcido.

—Lo haré yo mismo, en tal caso —dijo Jory, haciendo un movimiento en dirección al teléfono.

De pronto se dejó oír un ruido como de una pila de vigas de madera que se rompen al mismo tiempo. Todo se detuvo. Jory alzó los ojos, y siguió alzándolos más y más. Allá arriba dos ojos enrojecidos lo miraban bajo un enorme arco ciliar. Desde su altura de tres metros, Troll miró a Jory, hizo tronar sus nudillos de nuevo y a continuación cerró su enorme mano verde para formar un puño del tamaño de un jamón curado.

—Creo que ésa no es buena idea —aconsejó Troll, con una voz que sonaba como si viniese de la más profunda fosa de grava del mundo.

Se oyeron murmullos de asentimiento por toda la sala.

La piel de ella tenía color de papel encerado, y podía verse el dibujo de las venas y las sombras oscuras de huesos y órganos al transparentarse la carne.

Jory giró hacia el ataúd y cerró la tapa de un golpe.

—¡Váyanse de aquí! —dijo, presa de un desconsuelo que sus palabras eran incapaces de expresar—. Todos ustedes, fuera de aquí. ¡Que Dios los maldiga!

Lleno de odio, miró en torno suyo a todas las caras de los jokers.

—Son ustedes —acusó—. ¡Todos se unen en mi contra! ¡Malditos! Ustedes le hicieron esto a ella, asquerosos…

Jay sacó la mano del bolsillo y apuntó hacia él. Jory desapareció. Cuando los dolientes se dieron cuenta de lo que había pasado, la tensión se esfumó de la sala en un instante. El padre Calamar meneó la cabeza, y sus tentáculos faciales rebotaron de un lado a otro de su cara.

—¿Adónde lo enviaste, hijo mío? —inquirió.

—A Aces High —respondió Jay—. Una buena comida y unos tragos tal vez le hagan sentirse mejor. Esto se estaba poniendo demasiado feo.

El joker llamado Charles se acercó al ataúd y abrió la tapa. La que yacía ahí sí era Chrysalis. La piel tan clara como el vidrio más fino, de transparencia perfecta, con insinuaciones leves de músculos y tendones por debajo, y aún más adentro huesos, órganos y la telaraña azul y roja de los vasos sanguíneos.

Esa visión no resultaba menos ilusoria que la otra, pero era la deseada. Ahí estaba Chrysalis, tal como fue en vida. Las últimas incertidumbres de Jay se disiparon, y con ellas todas sus esperanzas. Chrysalis estaba muerta; la voz del teléfono era la de una impostora.

Charles la miró un rato, y después se dio la vuelta, satisfecho. Le dio unas palmaditas a Cosmo en el hombro antes de alejarse caminando. Hot Momma cayó de rodillas, mientras agitaba un par de manos humeantes en el aire, y se echó a llorar de nuevo. Otros se agruparon en torno al ataúd, callados y reverentes. Oddity se quedó mirándolos desde un rincón.

Jay se aproximó al joker con rostro de calavera que iba saliendo.

—Charles Dutton, supongo.

La muerte se dio vuelta y lo encaró.

—Sí.

—Soy Jay Ackroyd —le dijo, extendiendo la mano—. Quisiera hacerle unas preguntas.

10:00 p.m.

—Me temo que no puedo decirle mucho, mister Ackroyd —declaró Charles Dutton.

Por el Bowery corría un viento caliente de julio, que alzaba la larga capa del joker mientras caminaban.

—Chrysalis y yo fuimos socios de negocios, pero no puedo afirmar que la conociera bien. A ella le gustaba tener sus pequeños secretos.

—Tú debías saberlo: eras uno de ellos —indicó Jay—. ¿Cómo puede ser que nadie supiera que Chrysalis tenía un socio?

Tenía que apresurar sus pasos para seguir el ritmo de las largas piernas de Dutton.

Pasaron junto al Club Caos, y Dutton saludó amablemente con la mano al portero.

—Los reflectores le gustaban a Chrysalis, y yo prefiero evitarlos —aclaró—. Lo de esta noche ha sido una excepción. Mi voluntad era expresar mi respeto con tranquilidad, pero al ver lo que hacía ese imbécil jactancioso no pude evitar perder los estribos.

—Jory era su padre —señaló Jay.

—Su amado padre —concurrió Dutton—, que la tuvo encerrada durante años en su propia casa, porque le daba demasiada vergüenza el aspecto de su hija. ¿Sabes?, sé un poco de su historia. No le agradaba hablar de eso, pero cuando llegó a Jokertown necesitaba de mi ayuda para abrir el Palacio de Cristal, y yo insisto en conocer el pasado de mis asociados en los negocios.

—¿Le prestaste dinero?

Dutton asintió.

—Ella llegó a la ciudad con una considerable fortuna en bonos al portador. Sin embargo, quería comprar media manzana, no solamente el edificio que se convirtió en el Palacio de Cristal, sino las propiedades que lo rodeaban, todos esos baldíos. Supongo que no es necesario aclararte que en Manhattan los inmuebles son muy caros, aun en Jokertown. Hubo costos adicionales, también. La renovación, los muebles y accesorios, la licencia para vender licores…

—Los sobornos —sugirió Jay.

Un automóvil pasó junto a ellos en dirección opuesta, subiendo por Bowery. Jay miró sus luces alejarse en el reflejo del escaparate de una lavandería.

—¡Los inspectores de edificios de la ciudad trabajan tanto! —dijo Dutton—. No menos que nuestros policías o bomberos. Dar muestras de aprecio siempre es política de sabios, en particular para un joker. Sin embargo, resulta costoso.

—Por eso le prestaste un montón de dólares —concluyó Jay.

Seguía mirando el reflejo sobre el vidrio de la lavandería. Agregó una pregunta:

—¿Qué proporción del negocio te pertenecía a ti?

—Una tercera parte. Ella era dueña del interés mayoritario.

—No te detengas ni mires hacia atrás —dijo Jay con voz serena—. Nos están siguiendo.

—¿Ah, sí?

Dutton se comportaba de modo excelente; ni siquiera alteró el ritmo de sus pasos.

—Viene al otro lado de la acera, a una media cuadra de distancia, trata de ocultarse en los quicios de las puertas —describió Jay—. Es la hora del aficionado. En la escuela de detectives ya lo habrían reprobado. Evita los faroles de la calle, pero cada vez que pasa un automóvil las luces le dan de lleno.

—¿Sabes quién es? —inquirió Dutton.

—Oddity —replico Jay—. ¿Es amigo tuyo?

—Me temo que no. No lo conozco más que por su… reputación.

—¿Tienes poderes de combate que no hayas mencionado, o depende de mí? —le

preguntó Jay.

Dutton se rió.

—¿La riqueza cuenta entre esos poderes?

—Quizá —dijo Jay—. Si nos ataca Oddity, podemos arrojarle unos cuantos cientos de dólares y ver qué efecto le hace.

—Tengo una idea mejor —dijo Dutton, y se detuvo de repente.

Estaban frente al Museo de la Fama Wild Card del Bowery. Dutton se acercó a la puerta.

—¿Qué diablos haces? —lo interrogó Jay—. Este lugar está cerrado.

—Yo tengo la llave —declaró Dutton.

Abrió una de las puertas e invitó a Jay a entrar.

—La administración no interpondrá objeciones.

—¿Esto es tuyo? —preguntó Jay, adivinando la respuesta mientras Dutton echaba el cerrojo por dentro.

—Eso me temo —admitió Dutton.

Presionó unos botones en un tablero de la pared. La luz roja que parpadeaba se apagó y se encendió una verde.

—Todo en orden —enunció Dutton—. Ven conmigo.

El interior del museo se sentía fresco en la penumbra. Pasaron por una puerta abatible a un corredor de servicio.

—¿Es buen negocio? —inquirió Jay.

—No va mal —repuso Dutton—. ¿Ya has estado aquí antes?

—Hace mucho tiempo —replicó Jay—. De niño. Sólo recuerdo los frascos, docenas de frascos grandes con bebés joker deformes que flotaban dentro. Me quedé espantado de verdad.

Aquel recuerdo llevaba muchos años enterrado, pero en cuanto habló de él se le materializó tan vívidamente que lo podía experimentar de nuevo: una colección interminable de pequeños cuerpos, terribles y retorcidos, que flotaban en formol tras paredes de vidrio. Uno de ellos, de mayor tamaño que los demás, era especialmente grotesco, montado en un pedestal rotatorio, y Jay se acordó de cuánto miedo sentía de verle la cara cuando giraba despacio hacia él. Creía que abriría los ojos para mirarlo; se puso a gritar y nada de lo que le decía su padre pudo tranquilizarlo.

—Me causaron pesadillas —comentó Jay, sorprendido del hallazgo de su memoria, sin poder reprimir un escalofrío—. ¡Santo Jesús! Ya no los tienen, ¿verdad?

—Es triste, pero debo decir que sí —confesó Dutton—. Los Monstruosos Bebés Joker fueron una de las exhibiciones originales. Los turistas esperan verlos. Pero desde que lo compré a los propietarios originales, he invertido esfuerzos considerables para convertir este lugar en un museo genuino, y las nuevas atracciones son del todo diferentes. Permite que te lo muestre.

Atravesaron, guiados por Dutton, una puerta.

—Aquí tienes —anunció el joker— nuestro diorama sirio.

A través del vidrio Jay contempló un dramático conjunto de figuras de cera. En primer plano, Carnifex le arrebata una Uzi a un terrorista, al que Peregrine, embarazada, le araña el rostro con garras de metal. Tachyon, vestido como un dandy árabe sin sentido del color, yace en el suelo, desmayado. En otra sección, Jack Braun corre hacia un pistolero, entre balas que le rozan el cuerpo. Uno de los rebotes dio sobre el senador Hartmann, y se ve la sangre que rezuma de su saco sport. Al fondo, Hiram Worchester alza la vista a un Rambo árabe tamaño familiar, mientras que una mujer vestida con chador negro alza un puñal ensangrentado sobre el cuerpo tendido de un profeta.

—No dudo que recuerdes el incidente —dijo Dutton.

—Sí, ya lo creo —repuso Jay—. De la gira. Esa herida de bala hizo maravillas para la campaña presidencial de Hartmann.

—Nunca hace daño ser un héroe —coincidió Dutton.

Jay indicó un panel de botones frente al diorama.

—Y éstos ¿para qué son?

—Nuestros nuevos espectáculos incorporan las tecnologías más novedosas —indicó Dutton—. Efectos de sonido, iluminación dramática, animatrónicos. Un botón hace que se encienda el campo de fuerza dorado de Braun y otro prende el brillo verde del Nur. El que está al extremo hace que se caiga Sayyid. Él es el gigante. Worchester lo hizo demasiado pesado y no soportó su propio peso.

—No sabía que las figuras de cera podían moverse.

—Nos hemos alejado de la cera para las exhibiciones en movimiento —reveló Dutton—. Tres cuartas partes de Sayyid son de plástico.

—¿No aplasta a las otras figuras?

—Es que nunca toca el suelo —dijo Dutton—. Los niños lo adoran. Todos aprietan los puños chiquitos, jugando a ser ases.

—Hiram se emocionará cuando lo sepa —dijo con sequedad Jay.

—Ven, te voy a dar el tour.

—Sólo si nos saltamos a los bebés en los frascos —advirtió Jay—. Ya tengo suficientes problemas sin tener que verlos de nuevo.

Dutton se rió y lo condujo por un laberinto de corredores en penumbra, donde héroes y villanos de años idos los contemplaban desde las sombras. Pasaron junto a Jetboy, los Cuatro Ases, el Rey Lagarto. Hardhat y Radical estaban trenzados en un combate eterno, mientras que el escuadrón de una brigada de jokers mantenía a raya al Vietcong en algún lugar perdido de Vietnam. En el Salón de la Infamia, el Astrónomo colgaba de una pared, incrustado en el muro de ladrillos de modo que sólo se veían su cara y sus manos, entre el cemento enrojecido con su sangre. Cerca de él, Gary Gilmore estaba de pie rodeado de pilares de sal y Gimli exhortaba a una multitud enloquecida con un puño en alto. Los ojos de vidrio del enano parecían seguir sus pasos.

—Qué buena figura de cera —elogió Jay—. Parece de verdad.

—Es de verdad —le informó Dutton—. La piel vacía de Gimli fue encontrada en un callejón, no lejos de aquí. No tenía familiares, así que nosotros, ejem, adquirimos los restos mortales.

Jay fijó los ojos sobre el joker.

—¡Lo disecaron!

Había oído esa historia en la calle, en algún sitio, pero se le había olvidado. Dutton se aclaró la garganta de nuevo.

—Sí. Bueno. Es una de las figuras más populares.

—Creo que he visto bastante —le dijo Jay.

—Como quieras.

Dutton lo condujo a través de un salón con aspecto de caverna en el que los antiguos caparazones de la Tortuga colgaban suspendidos del techo. La galería a un lado estaba bajo construcción. Dutton encaminó a Jay entre escaleras, lonas y caballetes a una cafetería que estaba en el centro del edificio.

—¿Prefieres café o un refresco? —ofreció Dutton.

Jay se dio cuenta de que hacía frío ahí dentro. Era probable que usaran aire acondicionado para proteger las figuras de cera.

—Un café me caería muy bien —admitió Jay.

Dutton echó unas monedas a la máquina de café y se acercó a una mesa con dos tazas de cartón, una se la dio a Jay. Se sentaron.

—¿Qué opinión te merece ahora mi pequeño museo?

—Los museos son como los cementerios —comentó Jay—. Están llenos de cosas muertas. Las cosas muertas me deprimen.

—El Museo de la Fama Wild Card del Bowery es una institución en Jokertown.

Jay sopló sobre su café.

—El Palacio de Cristal es también una institución.

—Sí —aceptó Dutton—, de especie diferente.

—Y ahora forma parte de tu propiedad.

—Bajo los términos del acuerdo de la sociedad, en efecto, el socio sobreviviente asume la propiedad absoluta del Palacio de Cristal, sí.

—¿Por eso la mandaste matar? —sugirió Jay, en tono despreocupado.

Los sueños de Brennan regresaron, pero sin forma, como objetos mal definidos que lo perseguían por una neblina empalagosa mientras se esforzaba por abrirse camino hacia un hogar que no existía. Era un paraje hundido en el silencio, salvo por los sonidos de ciertas cosas incognoscibles que lo perseguían cloqueando entre ellas. De pronto, oyó que alguien lo llamaba por su nombre, con suavidad e insistencia, una y otra vez: una voz de mujer. Era Jennifer.

Sintió la frescura de sus manos en el rostro y la vio arrodillada frente a él. Llevaba puesto un traje de baño y repetía su nombre suavemente. Trataba de tocarla,

pero tenía los brazos todavía amarrados a la silla. Élla tendió la mano hacia sus ligaduras, que se deshicieron al contacto de sus dedos. Él empezó a derrumbarse hacia el frente, pero ella interrumpió su caída, y acabaron los dos sobre el piso, Brennan encima.

¡Qué bella era! La besó por un momento interminable, pero al fin ella se desprendió.

—Tenemos que irnos de aquí, Daniel, debemos huir antes de que vuelvan.

Brennan asintió.

—Sí, eso, eso haremos —dijo, mientras trataba de volverla a besar.

Élla le propinó un empellón. Brennan cayó al suelo, mirándola con expresión dolida.

—Es igual que el otro sueño —dijo, y sintió deseos de llorar.

—No es un sueño —le conminó Jennifer—, esto es de verdad.

Aferró la mano de Brennan y no la soltó. Sus manos eran cálidas y firmes. Él extendió la otra mano y le tocó la cara.

—Eres real —afirmó, maravillado.

—Sí, lo soy.

Élla se puso de pie y jaló del brazo a Brennan para incorporarlo.

Trató de pararse, pero enseguida le sobrevino un fuerte ataque de vértigo. Se tuvo que apoyar en Jennifer, que trastabilló pero logró moverlo hacia la puerta.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó él.

—Rescatarte. No hay tiempo para hablar.

Encontraron el arco y las flechas de Brennan junto a la puerta, al lado de diversos cuchillos y otros artículos que Quincey le había quitado. Recogieron el arco y las flechas, pero no les daba tiempo para lo demás.

Afuera reinaba la oscuridad. Brennan se preguntó cuánto tiempo había pasado inconsciente. Apenas habían logrado cruzar a tropezones un seto alto y grueso cuando vieron a Fundido que entraba por la puerta principal, seguido de un grupo de Hombres Lobo. Brennan tomó una profunda bocanada de aire. El aire nocturno lo vivificaba, o quizás estaba eliminando las drogas de su sistema. Pudo seguir a Jennifer por sí mismo al atravesar el jardín. Ya estaban más allá del prado y entre los árboles cuando oyeron sonar la alarma desde la casa.

—Mi automóvil está por allá —dijo Brennan.

—Ya lo sé. Yo me estacioné a un lado.

—¿Cómo diste conmigo?

Jennifer le echó un vistazo sin dejar de avanzar en medio del bosque, iluminado por una luna casi llena.

—No fue nada fácil. Pasé buena parte del día de ayer y casi todo el día de hoy buscándote por todos tus lugares favoritos, y acabé por encontrar el hotel. Pero te habías ido, por supuesto, y nunca te hubiera localizado, pero ella me llamó por teléfono.

—¿Por teléfono?

—Sí. Me dijo que tú estabas aquí, y que te habían capturado.

Salieron de los árboles hacia el lado del camino. Brennan se había quedado sin llaves, así que se subieron en el auto de Jennifer y salieron, el motor rugía con ella al volante.

Brennan hizo ejercicios de respiración en un intento por aclararse la cabeza. Jennifer mantenía los ojos en el camino, pero lo miraba de cuando en cuando.

—Hubo algo de raro en esa llamada —dijo ella.

Hizo una pausa y volvió a mirar a Brennan.

—¿Sí? ¿Qué? —la animó él.

—Podría jurar que la persona al otro lado de la línea era Chrysalis.

Brennan se recostó encorvado en el asiento. Había mil cosas que quería decirle a Jennifer, pero le resultaba imposible hablar. La cabeza le daba vueltas con sus revelaciones y los efectos residuales de las drogas que Quincey le había inyectado en el cuerpo. Algo andaba mal en la situación, mal de verdad, y quizás hubiera una persona, una sola, capaz de aclarar las cosas y dilucidar sin lugar a dudas si el cuerpo destrozado en su oficina era, en efecto, el de Chrysalis.

El hombre que había encontrado el cadáver.

Dutton tomó varios sorbos de su taza con perfecta serenidad.

—¿Qué te resulta preferible? ¿Qué derrame mi café escandalizado o que palidezca de culpa?

—Lo que sea, mientras confieses —dijo Jay—. Los detalles son secundarios.

—Suponiendo que yo fuera culpable, ¿qué te hace pensar que lo admitiría en cuanto me acusaran?

—Hey, a Perry Masón le funciona siempre —se defendió Jay—. Sólo intento hacer lo mismo que él.

Dutton dejó su taza en la mesa, se quitó la capa y la puso sobre el respaldo de su silla. Bajo las luces fluorescentes, su piel mostraba un repulsivo tono amarillento, manchado aquí y allá con parches de color marrón, muertos y secos.

—Sucede que tengo la apariencia con la que se personifica a la muerte en las imágenes populares —declaró el joker—. Hay personas que ven en esto una razón para abrigar sospechas muy poco afortunadas sobre mi persona. Yo no maté a Chrysalis.

—En persona, no —le indicó Jay—. Pero tienes suficiente dinero para haber contratado al asesino. Y un motivo poderoso.

—¿Tú crees? —preguntó Dutton, a quien parecía divertirle la conversación—. El solar sobre el que está el Palacio vale bastante dinero, eso lo admito. El bar en sí me funciona para declarar pérdidas en mis impuestos. No sé si lo mantenga abierto o no, pero jamás habría matado por esa razón.

—Las otras actividades de Chrysalis eran muy redituables —insistió Jay, tomando un trago de café que le quemó al bajar por el esófago—. Y libres de impuestos, además. ¿También eras su socio en eso?

—No —declaró Dutton—. Oh, ella me compartía de buena gana algunos informes, cuando se enteraba de cualquier cosa que pudiera afectar mis intereses empresariales, y nunca me cobraba. Era parte del acuerdo. Por lo demás, sus entretenimientos eran asunto exclusivo de ella.

—Pero ahora es tuyo, por default —le sugirió Jay—. No querrás dejar ociosos todos esos chismes.

—Tal vez no —admitió Dutton—. No dudo que el contenido de sus archivos ofrezca piezas de considerable interés y otras de cuantioso valor. Aun así, no es algo por lo que yo me mancharía las manos de sangre. Yo podría haber comprado y vendido a Chrysalis diez veces. No me era necesario asesinarla.

—¿A quién le fue necesario, entonces?

—Me encuentro perplejo —confesó Dutton—. Élla poseía información peligrosa, claro, pero eso mismo la mantenía segura. Mientras estuviera viva, podían hacer tratos con ella. Al matarla, quién sabe cuántos trapos sucios vayan a salir del clóset.

—En el Palacio de Cristal hay muchos clósets —dijo Jay.

—Entonces entiendes lo que digo —afirmó Dutton, alzando los hombros—. Quisiera poder ofrecerte más con qué trabajar. Lo digo en serio.

—Qué le vamos a hacer —aceptó Jay.

Se tomó un último trago de café y se levantó.

—Bien, es hora de ir a casa y a la cama. ¿Tiene puerta trasera este lugar?

—Una puerta lateral, que da a un callejón —repuso Dutton, levantándose—. Ven, te llevo.

El joker lo volvió a guiar por el laberinto de cera silenciosa, con el ruido de sus pasos resonando por los largos corredores. Cruzaban por una pequeña rotonda cuando Jay oyó algo que se movía a sus espaldas.

Se detuvo y miró hacia atrás. No distinguió ningún movimiento.

—¿Estamos solos aquí?

—Desde luego —aseguró Dutton—. ¿Algo no anda bien?

—Oí algo —dijo Jay—. Y tengo una sensación rara de que alguien nos vigila.

Dutton sonrió.

—Eso sucede, por lo común. Son las figuras de cera. La gente dice que los siguen con los ojos.

Jay miró a su alrededor. Iban cruzando la Galería de la Belleza. En las sombras se vislumbraban Peregrine, Aurora, Circe.

—Los ojos de Peregrine me siguen a todas partes —bromeó, pero no creía que su sensación fuera motivada por eso.

—Por aquí —indicó Dutton.

Dieron vuelta a una esquina. Jay tomó por el brazo a Dutton con firmeza y sin

hacer ruido lo jaló hacia un pequeño rincón oscuro junto a un inmenso retrato de Detroit Steel hecho de metal y cera. Jay se puso un dedo en los labios. Dutton asintió con un breve y rápido movimiento.

En el silencio, Jay oyó pisadas suaves. Que se acercaban a ellos.

No podía ser Oddity. Lo que esto fuera, andaba como gato. Descalzo, a juzgar por el sonido.

Jay dio a su mano forma de pistola.

Una sombra pasó a gran velocidad junto a ellos, más rápido de lo que Jay creía posible. Era pequeña, no se alzaba a más altura que la rodilla, y antes de que Jay pudiera reaccionar se había perdido de vista. Salió de un salto del escondite, y entonces pudo verlo —una cosa que parecía un mono sin pelo, con demasiados brazos— y le apuntó. Pero el desconocido fue más rápido que él. Trepó por la parte delantera de un diorama y se deslizó sobre el vidrio con la velocidad de un lagarto, y Jay no logró más que enviar a un joker de cera, que abandonó su orgía para ir a dar al refrigerador de carne de Aces High.

—¡*Maldición*! —exclamó.

Volvió a apuntar, pero el bicho simiesco brincó antes de que pudiera tenerlo en la mira sobre una de las lámparas fluorescentes y ejecutó un salto mortal justo sobre la cabeza de Jay, quien al darse vuelta para emprender la persecución se topó con Dutton.

—¿Adónde se fue? —preguntó.

—A la rotonda —indicó el joker—, pero…

Jay corrió. Ya se había ido cuando llegó a la rotonda, aunque captó un indicio de movimiento al final de un corredor. Se echó a correr en esa dirección, y al doblar la esquina alcanzó a verlo colgarse de una tubería que corría a lo largo del techo. Hizo una pausa para bufar como gato salvaje, y entonces recorrió la tubería hacia un cuarto totalmente oscuro. Jay entró tras él. Iba mirando hacia arriba, buscando la tubería, mientras corría a toda velocidad. Nunca percibió el pedestal de exhibición.

Fue como si se impactara contra un poste de teléfonos. Jay se agarró el estómago y se sentó, ahogado por el dolor. El pedestal se tambaleó de un lado a otro, y acabó por desplomarse encima de él. Hubo vidrios rotos. Se empapó de líquido, y algo blando y pálido le cayó en el pecho, con el ruido de una esponja mojada. El olor a formol era abrumador. Cerró los ojos.

Se oyeron pasos tras él.

—¿Estás bien? —preguntó Dutton.

—¡No! —replicó Jay.

—Quise advertirte —dijo Dutton, y encendió la luz.

—¿Estoy dónde creo estar? —preguntó Jay, sin abrir los ojos.

Pensó que, considerando bien las cosas, se encontraba muy sereno.

—Mucho me temo que es así —repuso Dutton—. Bienvenido a los Monstruosos Bebés Joker. ¿Te puedo ayudar en algo?

—¡Sí! —declaró Jay—. ¡Puedes quitarme esto de encima!

Para cuando lo hizo, el mono llevaba un buen rato de haber desaparecido.

11:00 p.m.

BRENNAN OLIÓ A ACKROYD DESDE ANTES DE QUE ABRIERA LA puerta del departamento. Con movimientos seguros y rápidos, lo tomó por el brazo, lo hizo girar en semicírculo y lo estrelló contra la pared. Jennifer se materializó de la nada y cerró la puerta.

—Estate quieto y no te muevas —le ordenó Brennan.

Tenía sujeto a Ackroyd por la muñeca, que la torcía, e incrustaba la mano del detective en la región lumbar de su espalda.

—¡Santo Jesús! —masculló Ackroyd, con el rostro aplastado contra la pared—. ¡Creo que me has roto la maldita nariz!

Brennan sentía que su propia nariz se estremecía.

—¿Qué diablos has bebido? Hueles como si te hubieran metido a un barril de mal licor.

—Algo parecido —murmuró Ackroyd mientras Jennifer le ataba una cuerda a la muñeca libre y la torcía con suavidad hacia la espalda, para amarrarle ambas manos.

Brennan hizo girar a Ackroyd y lo echó sobre un elegante sofá de cuero y cromo que estaba totalmente fuera de lugar en el departamento mal amueblado de Ackroyd.

El detective privado cayó al sofá haciendo «Uuuf» y se movió incómodo sobre las manos. Se sorbió la nariz y echó la cabeza hacia atrás, tratando de que la sangre que le manaba no cayera sobre el pecho. Entrecerró los ojos mirando a Brennan.

—Tú has de ser Yeoman. Ya que somos todos tan buenos amigos, ¿me permites que te llame por tu nombre, Dan?

—Y ¿cómo sabes mi nombre? —inquirió Brennan con voz tranquila.

Ackroyd encogió los hombros, un movimiento difícil de lograr sin mancharse la camisa de sangre.

—En la escuela de detectives comenzaron por enseñarme a averiguar cosas. Como los nombres de los vigilantes enmascarados.

—¿Por qué no te limitas a responder mi pregunta?

—¿O qué? —replicó furioso Ackroyd.

Se removió con dificultad luchando por encontrar una posición más cómoda en el sofá. Quiso protestar:

—¿Crees que puedes entrar aquí así nada más y…?

—Mister Ackroyd, no creemos nada, ya lo *hicimos* —intervino Jennifer y se interpuso entre los dos hombres, con gran sentido práctico.

Encontró unos pañuelos desechables en su bolsa y paró el flujo de sangre que manaba por la nariz de Ackroyd. La tocó levemente, y él hizo un gesto de dolor.

—No parece haberse roto.

Con una mueca de desagrado, ella dio un paso atrás para ponerse fuera del alcance del olor.

—Gracias —masculló Ackroyd de mala gana.

Jennifer le lanzó a Brennan una mirada significativa. Él respiró hondo y volvió a empezar.

—La mención de mi nombre a ciertas personas me causaría problemas interminables…

—¡Problemas! —lo interrumpió Ackroyd—. ¿Qué me dices de los «problemas» que tú has causado a todos los que mataste? ¿Cuántos llevas? ¿Acaso te acuerdas?

—De cada una de sus caras —afirmó Brennan, con voz lenta y dura.

Se acuclilló, para quedar cara a cara con Ackroyd, y miró fijamente al detective.

—A ti no te agrada mi persona ni lo que yo hago, y me importa un pepino. Hago lo que tengo que hacer.

—Como poner una emboscada a un inocente…

—Yo no puedo hacer que la gente se esfume apuntándoles con el dedo —dijo Brennan, con la misma dureza en su voz—. Ninguna de las personas que he matado era inocente. Quizá no todos merecieran morir por sus crímenes, pero estaban metidos en el juego, de manera consciente y voluntaria. Yo no tengo la culpa de que fueran demasiado estúpidos para darse cuenta de las consecuencias de sus acciones.

—¿Juego? —inquirió Ackroyd—. ¿De qué diablos hablas?

Brennan hizo un ademán de enojo.

—No me voy a justificar contigo. Sólo te diré una cosa. Es…

Se detuvo y miró a Jennifer. Se corrigió.

—… Fue mi lucha personal contra los Puños de Sombra. Un hombre contra cientos. Hice lo que tenía que hacer. No me arrepiento de nada. Ni lo he olvidado.

—Lo que tú debiste…

—Basta —lo interrumpió Brennan con energía—. Tenemos que hablar de cosas más importantes. No existe razón alguna para ser amigos. No hay por qué que caernos bien uno al otro ni trabajar juntos, pero tenemos que hablar.

Ackroyd asintió, pero hizo un gesto insistente con las manos atadas.

—No voy a hablar mientras esté amarrado así.

—Está bien.

Brennan sacó un puñal de una funda en el tobillo y cortó las ligaduras de Ackroyd. Los dos hombres se miraron fijamente un buen rato, mientras Ackroyd se frotaba las muñecas, con gesto de enfado, y luego se tocaba delicadamente la nariz.

—Mi nombre —le recordó Brennan.

Ackroyd alzó los hombros.

—Está bien. Me lo dio Sascha. Dijo que lo había sacado de la mente de Chrysalis.

Afirmó que era probable que estuvieras involucrado en su asesinato, pero creo que mentía. Algo lo tiene de verdad aterrado. ¿Por qué tanto misterio respecto a tu identidad real? Aparte del hecho de que te buscan por múltiples homicidios, claro.

Brennan lo miró sereno.

—Estoy ilegalmente en el país. Tal vez te lo explique un día cuando tengamos un par de horas libres. Solamente Espectro —añadió, mirando a Jennifer— y mi enemigo conocen mi nombre. Por lo visto, también lo sabía Chrysalis.

—¿Te buscan los federales?

—Deserté del ejército. Es complicado y no tiene que ver nada con la muerte de Chrysalis. En caso de que en verdad esté muerta.

—¿En caso? —barbotó Ackroyd—. ¿Qué quiere decir eso? Yo fui quien encontró el cuerpo.

—¿Estás seguro de que era ella?

—¿Seguro? No sólo estaba muerta. Estaba sinceramente muerta.

Brennan suspiró, y se frotó el rostro, cansado.

—No sé… —murmuró suavemente.

—Mira, ¿estás más loco de lo que pienso o qué? Yo la vi.

—Y yo oí su voz. Ayer.

—¿Qué? —inquirió Ackroyd en voz baja.

—Y yo oí su voz hoy —añadió Jennifer.

Brennan lo miró con mucha atención.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Yo también la oí —admitió Ackroyd, mirando a Brennan y meneando la cabeza —. Pero no podía ser ella. Por Dios, fue mientras yo estaba en la funeraria donde yacía en su ataúd.

—Pero ¿estás seguro ciento por ciento de que era Chrysalis quién estaba en el ataúd?

—¿Conoces a alguien más con la piel invisible? —reviró Ackroyd—. Lo que yo encontré fue su cuerpo. Además, la persona que me llamó era una impostora. No estaba al tanto de la verdadera relación entre yo y Chrysalis, y me dijo toda clase de tonterías. Por ejemplo, que te habían capturado los esquimales.

Brennan suspiró y sacudió la cabeza.

—Bueno, en cuanto a eso, tenía razón.

Alzó una mano, para evitar que Ackroyd le hiciese preguntas.

—Bien, conforme —añadió—. Tú estás convencido de que está muerta. ¿Sospechas de alguien? ¿Tienes alguna idea sobre quién pudo haberla matado?

Ackroyd se le quedó mirando un lapso considerable antes de responder.

—Tengo sospechosos.

Extrajo una hoja de papel del bolsillo interior de su maltratado saco y se la dio a Brennan. Estaba mojada, y tenía el mismo olor espantoso que impregnaba a Ackroyd. Era una lista de nombres, donde la mayoría de ellos se había tachado.

—¿Son tus candidatos? —preguntó Brennan mientras Jennifer leía la lista sobre su hombro.

Ackroyd afirmó con la cabeza.

—Los que quedan. He tachado los demás gracias a los muchos años de experiencia acumulados como investigador privado y mi profundo conocimiento de la psique humana.

—Mmm —se limitó a comentar Brennan—. Bueno, pues elimina también a Bludgeon. Le di una paliza hoy en un lugar llamado el Sótano de Squisher.

—¿Tú?

—No te sorprendas —le dijo Brennan, formando algo semejante a una sonrisa con sus labios—. De hecho, algo anda mal con él. Es obvio que está enfermo. Afirmó que él había matado a Chrysalis, pero no conocía detalles para sustentar su declaración de modo convincente. No fue más que un esfuerzo patético por reconstruir su reputación mediante una mentira.

—Bueno —dijo Ackroyd, y sacó una pluma con la que cruzó el nombre de Bludgeon—. Acepto tu palabra. Eso nos deja aún cuatro sospechosos principales.

Brennan asintió.

—Yo conozco a Wyrm.

—¿Qué pasa con él? —inquirió Ackroyd.

Brennan y Jennifer se intercambiaron miradas.

—Nos hemos enfrentado mano a mano unas cuantas veces. Es fuerte, pero no sé si lo suficiente para hacerle a Chrysalis lo que hizo el asesino. Además, los golpes no son su modus operandi ordinario.

—Ya había pensado en eso —intercaló Ackroyd—. Él prefiere usar los colmillos, ¿no es así?

Brennan se frotó de modo inconsciente un lado del cuello.

—En efecto.

—Pero todos nosotros lo oímos amenazar a Chrysalis —señaló Jennifer.

—Cierto. Y él es uno de los principales mandos de Kien en la Sociedad de los Puños de Sombra.

—¿Kien? —preguntó Ackroyd.

—¿Por qué no me dejas lidiar con Wyrm? —sugirió Brennan.

Ackroyd lo miró y alzó los hombros.

—Me parece bien. Si quieres al lagarto, es todo tuyo.

—¿Qué te hace poner a Quasimán entre los sospechosos? —preguntó Jennifer.

—¿Aparte de que tiene más hoyos en el cerebro que un queso suizo? Bueno, Barnett le salvó la vida mediante una curación milagrosa. Lo arrancó de la muerte gracias al poder de la oración. Al menos es lo que alegan algunos de los allegados a Barnett.

—¿Y? —insistió Brennan.

—Y Chrysalis había contratado a alguien para que matara al tundebiblias.

Brennan frunció el ceño.
—¿Estás seguro de eso?
—Razonablemente seguro. Elmo le entregó a algún asesino mercenario una orden para matar a uno de los políticos de Atlanta.
—¿Por qué? —inquirió Jennifer.
Ackroyd se encogió de hombros.
—Eso no lo sé con seguridad. ¿Tendría miedo de que fuera presidente?
Brennan negó con la cabeza.
—Chrysalis no era estúpida. Se daría cuenta de que un acto de esa naturaleza no haría más que poner el país en manos de Barnett. Pero —añadió, con expresión pensativa— tal vez tú no seas el único que haya malinterpretado la misión de Elmo. Quizás alguno de los del campo de Barnett haya oído algo similar y se lo dijo a Quasimán. En todo caso, habrá que investigar.
Echó una mirada a Jennifer.
—Tal vez convenga pedir al padre Calamar que nos preste a Quasimán un rato.
—¿Con qué motivo? —inquirió Jennifer.
—En caso de que nos encontremos a Oddity de nuevo.
—¿Oddity? —preguntó Ackroyd como un eco.
—Lo encontré revolviendo todo en la recámara de Chrysalis… Dijo que buscaba algo que ella utilizaba para chantajearlo. Pero no le creí. Chrysalis jamás extorsionó a nadie por dinero.
—Tienes razón —acordó Ackroyd.
—Eso nos deja un solo nombre —apuntó Jennifer.
Brennan miró la lista.
—¿Quién diablos es Doug Morkle?
Ackroyd meneó la cabeza.
—No tengo ni idea. Si tú lo averiguas, dímelo.
—Bueno.
Brennan miró a Jennifer y después volvió los ojos a Ackroyd.
—¿Eso es todo lo que tienes?
—Es todo. Salvo algunas preguntas.
—¿Cómo cuáles?
—¿Tú sabías que Chrysalis se juntaba con Digger Downs?
—¿Quién es?
—Su fachada es de reportero de la revista ¡Ases!
—No lo sabía —repuso Brennan—. No he visto a Chrysalis ni he hablado con ella desde octubre del 86.
—Elmo me dijo que ella andaba buscando informes sobre ti con enorme interés —explicó Ackroyd.
Miró a Brennan con mucha atención antes de añadir:
—Muy bien. Es del conocimiento público que eres bueno para usar el arco, pero

¿qué tal manejando una motosierra?

—¿Se supone que es un chiste? —gruñó Brennan.

Ackroyd se alzó de hombros.

—No, en realidad no. Una cosa más. ¿Qué sabes sobre los vecinos del Palacio?

Brennan estaba harto de las preguntas raras de Ackroyd.

—El Palacio no tiene vecinos —declaró escuetamente—. Es la única vivienda en la cuadra.

—Eso es correcto —afirmó Ackroyd—. Del todo correcto.

Brennan tomó a Jennifer del brazo.

—Estamos a mano —dijo, dándose vuelta para salir.

—Para que lo sepas —le advirtió Ackroyd cuando llegaron a la puerta—. No te mandé a The Tombs en esta ocasión, pero la próxima vez será diferente.

—Espero esa próxima vez con ganas —dijo Brennan, sonriendo y afirmando con la cabeza.

—Adiós —se despidió Jennifer, mandándole un beso a Ackroyd antes de traspasar la puerta.

Brennan se detuvo para abrir la puerta y se volvió a mirar una vez más a Ackroyd.

—Sigue mi consejo —amonestó al investigador privado—. Bájale a la bebida o cambia a una marca mejor. Hueles como si te hubieras dado un baño de formol.

—¡Bravo! —replicó Ackroyd—. Casi podrías ser detective.

Miércoles 20 de julio 1988

♣ ♦ ♠ ♥

5:00 a.m.

El letrero frente a la desvencijada casa victoriana de tres pisos decía FUNERALES COSGROVE, COSMO, TITUS Y WALDO COSGROVE, PROPIETARIOS, en letras sombrías de rasgos góticos. El edificio oscuro como la tumba estaba en una calma mortal. Brennan entró subrepticiamente al porche de madera que rodeaba la casa, con movimientos lentos y cuidadosos para evitar que alguna de las antiguas duelas de madera lo delatara al rechinar en el silencio de la noche.

Brennan logró forzar una ventana y se introdujo por ella al recibidor. Hizo una breve pausa para examinar la pequeña habitación a la luz de su linterna de bolsillo. Las paredes estaban tapizadas en tono oscuro y había muebles y accesorios antiguos. A Chrysalis, pensó, eso sin duda la hubiera complacido.

El directorio colgado dentro de una vitrina en la pared anunciaba varios velorios. Él que quería —Jory— estaba en la Sala Oeste. Apagó la linterna y esperó unos segundos a que sus ojos se reajustaran a la oscuridad antes de meterse a las entrañas de la funeraria.

Un olor peculiar flotaba en el ambiente, una mezcla curiosa de muerte y sustancias químicas. El silencio resultaba opresivo, sin sonido alguno de vida o movimiento. Brennan tuvo que forzarse a caminar despacio, sin hacer el menor ruido. Era imperioso obtener la respuesta a una pregunta, y cuando la tuviese saldría de ahí al aire sucio pero vivo de la ciudad, como alma que lleva el diablo.

La Sala Oeste era un salón largo y de techos altos, que seguía inundado de arreglos florales. Las flores, como todo lo que había allí, estaban muertas y marchitas. El aroma lo mareaba en la oscuridad cerrada. Las habían puesto por todo el cuarto, pero sobre todo se amontonaban en torno al ataúd cerrado, que seguía en su sitio junto a una pared. Brennan soltó un profundo suspiro de alivio al ver la caja. ¡No era demasiado tarde, no se la habían llevado aún a la iglesia! Eso habría complicado las cosas.

Brennan se acercó al ataúd en silencio, se paró ante él y lo miró. Por unos momentos, no logró decidirse a abrir la tapa. Pero necesitaba saber si la persona de la caja era Chrysalis, tenía que verla con sus propios ojos.

Alzó la tapa y la sostuvo. En la oscuridad era imposible distinguir detalles, pero Brennan pensó que tal vez resultaba mejor no verlos. Dejó apagada la linterna.

El cadáver llevaba un vestido modesto que lo cubría del cuello a los tobillos. Más allá del cuello no había nada. La cabeza faltaba: por lo visto aniquilada al grado de volver imposible toda reconstrucción. Las manos, aunque sostenían una Biblia sobre el estómago hundido, eran de carne transparente, invisible, muerta. Eran sus manos. Las manos de Chrysalis, de eso Brennan se sintió seguro, aunque ya no se veía la sangre circular por sus arterias. El fluido que las llenaba era incoloro y no se movía.

—Fue un trabajo difícil —dijo una voz suave detrás de él.

Brennan, sobresaltado, estuvo a punto de soltar la tapa del ataúd. Se volvió, incómodo, encendiendo la linterna. Se oyó a alguien alejarse rápidamente del haz de la lámpara, y la voz volvió a hablar.

—Apague, se lo suplico. La luz me causa mucho dolor.

La voz expresaba una dulzura auténtica y triste, y Brennan se sintió obligado a conceder su pedido.

—Está bien —dijo, y apagó la linterna.

Él que había hablado salió de atrás del sofá de respaldo recto. En la oscuridad se veía como una mancha blancuzca, de elevada estatura y gran delgadez. Desprendía un olor fuerte a sustancias químicas potentes, pero su voz era tan dulce como la de un niño.

—¿Trabajas aquí? —le preguntó Brennan.

—Ya lo creo. Soy el embalsamador. La luz me hace daño, y por eso trabajo sobre todo de noche. Quise pasar a decirle adiós a Chrysalis; fue un trabajo difícil, pero hice todo lo que pude.

—Te quiero preguntar algo que tal vez te parezca raro —le dijo Brennan—. ¿Estás del todo seguro de que es Chrysalis la que está dentro de ese ataúd?

—Estoy seguro. ¿Por qué me lo preguntas?

Brennan meneó la cabeza.

—No importa. Sólo quiero cerciorarme.

El hombre pálido asintió.

—Te dejo para que te despidas en privado. Aunque hace horas que la casa está cerrada a las visitas.

Se dio vuelta para irse, pero de pronto volvió la cara para mirar a Brennan. El reflejo de la linterna permitía ver sus pequeños ojos color de rosa.

—Quise volver a armar su cabeza, ¿sabes?, pero el asesino trabajó a conciencia. No tenía suficientes piezas para darle forma. He reparado muchos cadáveres de asesinatos violentos, pero éste es uno de los más salvajes. Es menester capturar al asesino. Capturarlo y castigarlo, mister Yeoman.

—Ya sé —musitó Brennan, mirando lo que quedaba de Chrysalis—. Ya sé.

6:00 a.m.

LOS DEDOS DE LOS ÁRBOLES SE ALARGABAN HAMBRIENTOS HACIA ÉL mientras caminaba bajo la quietud enferma de la luz de la luna.

No alzó la vista al tenebroso cielo sin estrellas, donde la luna palpitaba pálida con todos los colores de la corrupción. Sabía que no era conveniente mirar ni escuchar los terribles secretos que los árboles le susurraban al mover sus ramas desnudas y finas como látigos. Pisaba una tierra negra y yerma, en la que hierbas muertas le agarraban los pies a medida que el miedo crecía dentro de su alma como un gusano negro.

En el aire sin vida aleteaban alas de piel seca y agrietada. Cazadores de ocho patas, flacos y crueles como sabuesos, se deslizaban de árbol en árbol fuera del alcance de sus ojos. El interminable ulular resonaba detrás de él con notas profundas, prometiéndole eones de terror, eternidades de dolor. El lugar le resultaba conocido, y por eso más funesto.

Cuando distinguió el quiosco del Metro delante de él, se echó a correr. Pero lo hacía con lentitud, cada paso tardaba una hora; por fin llegó y pudo dar comienzo a su descenso por las escaleras, aferrándose con fuerza al pasamanos. A lo largo de espacios incomprensibles le llegaba el rumor de trenes en movimiento, desde muy abajo. Siguió descendiendo por los escalones interminables en espiral hasta que vio al otro pasajero. Se lanzó tras él, y los escalones se volvieron estrechos y crueles, tan helados que la piel de sus pies descalzos se pegaba a ellos, y con cada paso se desgarraba más su carne ensangrentada.

Y ahí lo encontró de nuevo, sobre la plataforma que flotaba en la enorme oscuridad subterránea; frente a él estaba el hombre. Que no se dé vuelta, suplicó en silencio, farfullando por dentro, ¡por lo que más quieras, que no se dé vuelta!

Se dio vuelta, y Jay contempló el rostro sin rasgos que se iba estrechando hasta convertirse en un largo tentáculo rojo. Alzó la cabeza y se puso a aullar. Jay lanzó un grito…

… que se convirtió en un gruñido de dolor al caerse de la cama, y darse un fuerte golpe en el codo contra el piso de madera. Se dobló agarrándose el brazo, soltando de la profundidad de la garganta una sucesión de gemidos quedos. El dolor estaba del carajo, pero se sentía casi agradecido. Nada como un buen dolor agudo para despejar la pesadilla.

Se quedó tirado cinco minutos, hasta que al fin disminuyeron las punzadas en el codo. Haberse dado cuenta de que el origen de la pesadilla infantil se remontaba al Museo de Jokers no servía para curarlo de ella, por lo visto. En todo caso, había vuelto a mojar la cama. Por lo menos, estaba sin ropa; acostarse desnudo fue una medida preventiva adecuada.

Empezó a llenar la tina del baño, y enseguida fue a la cocina, echó café instantáneo en una taza y esperó a que hirviera el agua. Cuando el café quedó listo, se lo llevó de vuelta al baño. La tina estaba ya casi llena. Jay puso la taza en el borde, cerró los grifos y metió un pie. El agua se sentía tan caliente como su café, pero se

obligó a aguantar hasta que se le quitara la molestia. Estiró el cuerpo en el calor ardiente del agua y se bebió el café. Volvió a sentirse limpio.

Por lo demás, se encontraba del carajo. Le dolían los dos codos, uno por caerse de la cama y el otro donde el psicópata hijo de puta de Yeoman le había retorcido el brazo. Le dolía también la nariz por el golpe contra la pared. En el estómago, un amplio moretón señalaba el lugar donde se había golpeado contra el Bebé Joker Monstruoso.

Bebió el café y reflexionó sobre las posibilidades que ofrecía el día, que había comenzado tan temprano. La lista estaba reducida a cuatro nombres: Wyrm, Quasimán, Oddity y Doug Morkle. Tenía que ser uno de ellos. ¿Por qué, entonces, no creía eso?

La cuestión residía en que ninguno de esos cuatro ases finalistas mostraba vínculos creíbles con todo lo que venía pasando: asesinatos, esquimales, impostores y el ágil homúnculo que Jay había perseguido en vano por los corredores del Museo de Jokers.

Se fue bebiendo poco a poco el café hasta que el agua de la tina se puso tibia, pero por más que buscaba respuestas no lograba sino encontrar nuevas preguntas. Al parecer, se enfrentaba por lo menos a dos asesinos diferentes: uno de gran fuerza que habría matado a Chrysalis; otro, el psicópata de la motosierra que sería responsable de la matanza de los vecinos de Digger, al parecer sin otro motivo que un capricho. ¿Trabajaban juntos? Eso sugería una conspiración.

O podría ser el caso de un solo lunático con muchos poderes diferentes, como el difunto y extraordinario Astrónomo. Alguien debería excavar la tumba de aquel viejo y verificar que estuviera dentro. Pero no sería Jay; él había presenciado la noche en que el Astrónomo pasó por Aces High a tomar postre y de paso matar a unas cuantas personas; sería mejor que algún otro manejara la pala para exhumarlo.

Además, si uno empezaba a buscar sospechosos entre los muertos acabaría por investigar qué estaba haciendo Jetboy la noche del crimen.

Revisó los hechos. Chrysalis contrató a George Kerby para asesinar a Leo Barnett. Si el predicador se hubiera enterado de eso, era posible que los asesinos estuviesen a su servicio. Pero ¿qué as en sus cinco sentidos trabajaría para Leo Barnett? ¿Quasimán? ¡Era probable que ni siquiera lograra acordarse de que Barnett le había salvado la vida! Y, suponiendo que Quasimán mantuviera una mente racional el suficiente tiempo para atacar a Chrysalis, ¿cómo explicar el hombre de la motosierra y el cadáver en la bolsa de basura que Elmo había dejado a los vecinos el año anterior? ¿Quién era amigo de Quasimán? Jay intentó visualizar al padre Calamar sacando una motosierra de la sotana, pero la sola idea le daba dolor de cabeza.

La clave la tenía Digger Downs. Pero el reportero estaba desaparecido, quizá muerto. La ciudad era muy grande, y el país todavía más. Podría estar en cualquier sitio.

Por otra parte, era indudable que existía un lugar donde no estaba, a saber, el baño

de Jay. Se bebió el resto del café, ya frío, dejó la taza a un lado y salió de la tina para secarse con una toalla.

9:00 a.m.

AL DESPERTAR BRENNAN, JENNIFER SEGUÍA DORMIDA A SU LADO entre las sábanas revueltas. Su cansancio era tanto que le parecía no haber dormido nada, y le seguían doliendo el hombro y la espalda, debido a la paliza propinada por Oddity. Se preguntó si se habría vuelto demasiado viejo, o si sería que la ciudad le resultaba agotadora.

Se incorporó y puso los pies sobre la alfombra del cuartucho de hotel.

Nada de eso importaba. No podría irse sin antes encontrar al asesino de Chrysalis. No lo inculpaban ya del asesinato, pero tenían a Elmo como chivo expiatorio. No podía confiar en que la policía acertara. Y, por supuesto, Ackroyd estaba trabajando en el caso, pero Brennan nunca dejaba a otros las tareas que tenían que llevarse a cabo.

Sintió unas manos frescas acariciar sus hombros, y miró atrás. Jennifer se había despertado. Lo miraba con expresión grave al tiempo que le sobaba la dolorida espalda, aún cubierta de moretones. Sus cabellos estaban mojados por el sudor. La humedad relucía en los pechos pequeños y la piel de la caja torácica. La noche anterior había querido acompañarlo a la funeraria, pero Brennan sintió que aquello le correspondía hacerlo a él solo. Al volver al hotel, la encontró durmiendo, y había tenido cuidado de que no se despertara.

—¿Qué tal la espalda? —le preguntó ella.

Hizo el experimento de alzar los hombros y un gesto de dolor apareció en su rostro.

—Duele, pero podré soportarlo. ¿Cómo amaneces tú?

—Duele —repuso ella—, pero trato de soportarlo.

Se apartó de él y volvió a acostarse en la cama.

—Te eché de menos —le dijo él.

—Yo también te extrañé —afirmó Jennifer—. Por lo menos, lo suficiente para venir a encontrarte. Me pudiste dar un poco más de tiempo para pensar las cosas.

—Tienes razón.

Jennifer asintió, como si estuviera casi satisfecha.

—Bien. Entonces, ¿qué averiguaste de Chrysalis? ¿Es verdad que está muerta?

—Es verdad que está en un ataúd en Funerales Cosgrove.

—Entonces las voces que escuchamos tú y yo ¿qué eran? ¿Imitaciones? ¿Su fantasma?

—Podría ser… —dijo Brennan en voz baja, sin concluir su idea.

—Entonces, ¿qué haremos el día de hoy? —preguntó Jennifer, al tiempo que lo tocaba con suavidad en el hombro.

Él la miró en la cama.

—El entierro es esta tarde. Pensé que debíamos ir.

Jennifer asintió de nuevo.

—¿Y ahora?

—¿Ahora?

Jennifer lo jaló hacia ella. Su piel resbalaba sobre el cuerpo de Brennan, empapada de sudor y deseo. Sus pechos sabían a sal, y su lengua a dulce.

11:00 a.m.

JAY ACKROYD SE DIO CUENTA DE QUE HABÍA DESPERDICIADO TODA la mañana. Colgó una vez más el teléfono y contempló su triste despacho de dos habitaciones. El aire acondicionado estaba descompuesto, la ventana no se podía abrir y hacía un calor infernal. Tenía hambre, sudaba y sabía más sobre Digger Downs de lo que ningún ser humano querría saber.

—Sé todo, menos en dónde está —le dijo a su secretaria.

La secretaria lo miró con la boca abierta en forma de o y cara de sorpresa. Se llamaba Oral Amy, y siempre tenía la boca así y la misma expresión sorprendida.

El gerente de Boytoys la había cedido a Jay cuando éste determinó quién entre sus empleados se dedicaba a hacer agujeritos con un alfiler en los condones texturizados, y la había instalado en el escritorio de la recepción junto a la máquina contestadora. No sabía tomar dictado, pero al menos era rubia.

—Tengo un dolor de cabeza del carajo —le dijo a Oral Amy, que lo miró con arrugas de compasión en la cara. Si no era compasión, entonces tenía una pequeña fuga.

¡Una mañana dedicada a llamar por teléfono, pedir favores y localizar a viejos contactos, todo el tiempo diciendo mentiras y fingiendo ser otra persona para vencer suspicacias al otro lado de la línea, y tratar de que le dijeran aquello que necesitaba averiguar!

La buena noticia era que en las morgues de los hospitales de la ciudad no había nadie con la descripción de Digger. Las demás noticias eran todas malas.

Digger no había reservado vuelo en ninguna de las aerolíneas con las que Jay pudo hablar. Tampoco en el tren Amtrack ni en el autobús Greyhound. Poseía una tarjeta MasterCard, dos Visas y una Discover, pero la última operación registrada en cualquiera de ellas fue una cena el viernes por la noche en un restaurante italiano, a

dos calles de su departamento en la calle Horatio. La cuenta ascendió a $63.19 y no había dejado propina al mesero. Si Digger se había lanzado al camino, tenía la prudencia de no pagar sus casetas con plástico.

Por supuesto, era posible que usara un nombre falso para adquirir un viaje en avión en efectivo. O tomar el Metroliner a Washington D. C., y comprar el boleto a un revisor. O pudo escaparse a la selva de Nueva Jersey en el autobús suburbano que sale de Port Authority, en el que hay que pagar la tarifa exacta en efectivo. O cruzar a pie el maldito puente de Brooklyn. Existían ocho millones de formas de salir de la ciudad desnuda, muchas de ellas imposibles de investigar.

Y también ocho millones de lugares donde ocultarse en la ciudad desnuda. Jay hizo otra serie de llamadas a una selección entre aleatoria e instintiva de moteles y hoteles que Digger pudiera estar usando. Incluso trató en unos cuantos establecimientos que no correspondían en absoluto a las posibles preferencias de Digger, en caso de que quisiera pasarse de listo. En ninguno de esos lugares se había registrado.

Localizó a la anciana madre de Digger en Oakland, quien le dijo que las últimas noticias que tuvo de Tommy fueron sus flores del Día de la Madre, y que se sentía llena de orgullo por su muchacho, el periodista. Tenía álbumes de todas las palabras que Tommy había escrito, incluyendo pequeños artículos compuestos para el periódico de la escuela, e invitó a Jay a que la visitara para mostrárselos cuando fuera a California. Jay le dio las gracias y le dejó su número de teléfono en caso de que ella supiera algo de Tommy. La señora Downs repitió el número con mucho cuidado, y le sugirió que llamara a Peregrine, ya que era la novia de Tommy. Jay le dijo que eso era noticia nueva para él. La señora Downs le explicó que lo mantenían en secreto para cuidar la imagen de Peregrine.

La hermana en Salt Lake City tampoco sabía dónde estaba. Llegó al mismo resultado con las dos exesposas. La primera le preguntó a Jay si Digger andaba metido en problemas, y cuando él admitió que era el caso, dijo: «¡Qué bueno!». La segunda quiso contratar los servicios de Jay para obligar al exmarido a pagar la pensión. Jay le dijo que lo pensaría.

Su compañero de cuarto en la universidad no se acordaba de él.

El profesor de periodismo que había dado como referencia en su solicitud de empleo era por completo ficticio.

La compañía de teléfonos no tenía registro de ninguna llamada hecha desde su número el día anterior.

Jay llamó a Crash en la revista ¡*Ases*!, pero no; no había noticias de Digger. Mister Lowboy seguía sin preocuparse. Decía al personal de la revista que guardaran espacio en el número de agosto para algún reportaje sensacional de Digger Downs.

—¡Qué bien! —comentó Jay, al tiempo que se preguntaba si sería sensacional para Lowboy la noticia de una muerte espantosa de Digger.

Tal vez Digger se había vuelto de verdad subterráneo. Crash le preguntó si había

tenido suerte.

—Mucha —replicó Jay— y toda mala. ¿Supongo que no tiene amigos entre los empleados de la revista? ¿Alguien con quién juegue poker, o con quién le guste irse de copas, o que fuera su padrino de una boda, o algo por el estilo? ¿Alguien que le deje dormir en un sofá mientras se tranquiliza el ambiente?

—No —repuso Crash—. Era demasiado bueno. Los demás reporteros resentían que siempre le dieran a él los reportajes importantes y la portada de la revista. Había que oírlos gruñir cuando Lowboy lo mandó a la gira mundial. Digger sabe ser encantador cuando quiere, pero es un competidor incansable cuando anda tras un reportaje.

—¡Maldita sea! —exclamó Jay—. ¿No tenía *ningún* amigo este hombre?

—Bueno —dijo Crash—. Debe haber tenido a alguien.

—Famosas últimas palabras —sentenció Jay.

—Sé que mucha gente pensaba que Digger era una peste. Podía mostrarse muy áspero, pero también tiene su lado dulce. Te sorprendería. Muchas de las personas sobre las cuales escribía lo querían mucho.

Hizo una pausa, pensando.

—Bueno, al menos hasta que se publicaban los reportajes —corrigió.

—Excelente —dijo Jay sin ningún entusiasmo.

De pronto, se le ocurrió algo.

—Oye —le dijo—, tal vez tú podrías…

Sus pensamientos se fueron por la tangente.

—¿Jay? —preguntó Crash después de varios segundos de silencio—. ¿Estás bien?

—Todo bien —replicó él—. Pero he tenido una idea de verdad rara.

Mediodía

EL SOL BRILLABA COMO MONEDA PULIDA EN LAS ALTURAS DEL CIELO, opacado por una niebla de contaminación y capas de nubes iracundas que permanecían inmóviles en el espeso aire. En el calor y la humedad Brennan y Jennifer encontraban difícil respirar mientras esperaban pacientes en la fila que iba avanzando hacia Nuestra Señora de la Perpetua Miseria. Jokertown siempre cuidaba de los suyos, y a Chrysalis la iban a despedir en gran forma.

Las personas caminaban, se arrastraban, brincaban y se retorcían en su camino a la iglesia, para después pasar frente a una pareja de policías aburridos en la puerta. Al menos habían tenido el acierto de enviar a Kant, el policía joker domesticado, a cubrir la plaza, aunque Brennan se preguntaba qué podría detectar la policía en una

reunión en la que lo común era llevar máscara. Apenas se fijaron en Brennan, que llevaba una máscara completa, y sus miradas se detuvieron más en Jennifer, que lucía mucho mejor que él con su vestido negro.

La iglesia estaba abarrotada. No quedaba ni un lugar en las bancas, de modo que tuvieron que hallar acomodo de pie, junto al zumbido de unos ventiladores que trataban de empujar el aire atosigante. La caja de Chrysalis estaba junto al altar, cubierta por una alfombra de flores. Se oía el murmullo vasto y apresurado de la Sociedad del Rosario Viviente, que pasaba sus cuentas orando por el reposo del alma de Chrysalis.

La procesión dio arranque al terminar el último padrenuestro. Un monaguillo joker iba al frente, con una hélice de bronce de la que colgaba Jesús Joker. Iba seguido por otros dos: un monaguillo sin boca visible y una monaguilla que tenía demasiadas. Iban meciendo los incensarios que despedían nubes de incienso dulzón al aire de por sí cargado. Detrás iban otros, incluidos los sacerdotes que participarían en la misa de difuntos. Al final de todos cerraba el padre Calamar, con la más fina de sus estolas, en la que estaba bordada una Madonna norm que volvía la espalda a Jesús Joker, mientras que una pareja de jokers y un hombre pequeño y delicado con ropa blanca de laboratorio lo bajaban de la cruz y lo envolvían en un sudario.

Pasaron la banca frontal, donde estaban sentados los deudos principales. Tachyon, vestido de escarlata brillante y un chaleco dorado, se encontraba sentado junto a un hombre moreno, de traje negro, que parecía sentirse incómodo. Junto a ellos estaba otro con rostro de calavera. Brennan reconoció a Charles Dutton, el socio capitalista de Chrysalis en el Palacio. Detrás de ellos se veían diversos empleados del Palacio, aunque faltaban Elmo y Sascha.

El padre Calamar llegó al altar, puso el misal en su sitio, se volvió a la congregación alzando los brazos y dijo en voz suave y triste:

—Oremos.

Dio comienzo la misa. Se asemejaba a las pocas misas católicas a las que Brennan había asistido de niño, pero con algunos cambios en el simbolismo y el ritual. Con la primera oración, todos se quitaron las máscaras. Aprensivo, Brennan buscó con la mirada a los policías, pero por lo visto no habían entrado a la iglesia, o estaban en otra parte de la congregación. Él y Jennifer se quitaron las suyas, y no llamaron la atención de nadie.

En la misa no se hicieron más que unas cuantas referencias veladas en un simbolismo extraño a la Madre, lo que reflejaba el papel ambiguo que le otorgaba la Iglesia de Jesucristo Joker y su teología. Las alabanzas al Padre eran efusivas, pero centradas en pedir clemencia, como si fuera el Dios vengador del Viejo Testamento, el que salva con una mano y condena con la otra.

Para la comunión, monaguillos y monaguillas recorrieron la congregación con pequeñas cestas bendecidas por el padre Calamar. En las cestas había hogazas de pan que daban a quienes se sentaban al extremo de las bancas, cada uno de los cuales

partía un trozo antes de pasar el pan a los demás.

Terminada la comunión, el padre Calamar llamó a Tachyon al altar para la elegía. Al ver a Tachyon acercarse a los escalones, Brennan se dio cuenta de repente del enorme parecido entre el padre de la iglesia, un hombre pequeño y de facciones delicadas, y Tachyon. Eso, pensó, debía producir sensaciones extrañas en cualquier hombre, pero el ego gigantesco del interplanetario tenía capacidad para asimilarlo.

El único elemento sombrío en el atuendo de Tachyon era una cinta negra atada al brazo derecho. Su saco escarlata, con trenzas doradas y lentejuelas, le daba un aire a árbol de navidad que no armonizaba con el ambiente funerario. Pero Tachyon, recordó Brennan, venía de una cultura alienígena en la que había sensibilidades extrañas.

Tachyon se instaló de pie tras el facistol y, con un pañuelo, se secó los ojos. Hacía calor en la iglesia, y el saco de terciopelo de Tachyon debía resultarle agobiante. Tenía el rostro enrojecido, y sus rizos color cobre se le pegaban a la piel, mojados de sudor. Tenía los ojos enrojecidos también, y Brennan se dio cuenta de que lloraba. Las expresiones emocionales de Tachyon eran causa de desprecio para algunos, mas no para Brennan. Más de una vez había presenciado el alma de hierro que cubría su exterior ornamentado, y en realidad le envidiaba su facilidad para mostrar sus emociones.

Tachyon echó una mirada a la congregación. Con expresión solemne y voz muy suave, tanto que el ruido de los ventiladores dificultaba la comprensión, se puso a hablar.

—Hace exactamente un año, el 20 de julio de 1987, nos congregamos en esta iglesia para enterrar a Xavier Desmond. Yo pronuncié la elegía en aquella ocasión, así como lo haré hoy por Chrysalis. Es un honor para mí, pero la triste verdad es que estoy fatigado de enterrar a mis amigos. Jokertown queda empobrecido por sus ausencias, y mi vida, igual que las de todos ustedes, ha disminuido con sus pérdidas.

Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos.

—Una elegía es un discurso en que se elogia a una persona, pero me resulta muy difícil en esta ocasión. Siempre me consideré amigo de Chrysalis. La vi con mucha frecuencia. Llegué a viajar por el mundo en su compañía. Pero ahora me doy cuenta de que *no la conocí de verdad*. Sé que se hacía llamar Chrysalis y que vivía en Jokertown, pero nunca supe su nombre de nacimiento ni de dónde era. Sabía que jugaba a ser británica, pero desconozco por qué lo hacía. Le gustaba beber amaretto, sí, pero ignoro qué cosas la hacían reír. Le apasionaban los secretos, quería tener el control, aparentaba frialdad y distancia, pero quisiera saber por qué hacía todo eso.

Tomó aire antes de continuar.

—En mi vuelo desde Atlanta pensé en esas cosas, y resolví que, no siendo capaz de hacer una verdadera apología de ella, al menos puedo elogiar sus hechos. Hace un año, cuando hubo guerra en las calles y nuestros niños estaban en riesgo, Chrysalis ofreció sus lugares, su Palacio, como refugio y fortaleza. Al obrar ella así se ponía en

peligro, pero los riesgos personales nunca le preocuparon.

Hizo una pausa, reflexionando.

—Fue una joker que se rehusó a actuar como joker. La dama de cristal nunca usó máscara. Era menester aceptarla como era, o resignarse a quedar excluido. Al actuar de esa manera, enseñaba tolerancia a las personas normales y confería valor a algunos jokers.

Tachyon hubo de parar para enjugarse las lágrimas que corrían por sus mejillas, pero enseguida se rehízo y prosiguió con voz más brillante, que aumentó de fuerza a medida que hablaba.

—Debido a que rendimos culto a los ancestros, los funerales taquisianos son aún más importantes que los nacimientos. Creemos que los muertos permanecen cerca para guiar a su descendencia y salvarla de cometer acciones estúpidas, y es una fe que puede ser aterradora o dar consuelo, según sean las personalidades de los ancestros. La presencia de Chrysalis, pienso yo, está más en la línea del terror que del consuelo, pues ella requiere de nosotros muchas cosas.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Alguien la asesinó. Este crimen no puede quedar sin castigo. En este país el odio inunda y ahoga a la gente. Tenemos que resistirnos.

Esperó de nuevo un momento, para dar mayor peso a sus palabras.

—Nuestros vecinos son pobres, tienen hambre y miedo y sufren abandono. Es necesario alimentarlos, ampararlos, aliviarlos y ayudarlos. *Ella* espera que nosotros hagamos todas esas cosas.

Con los ojos arrasados en lágrimas, se quedó callado mirando a toda la congregación, pero Brennan creyó percibir en él la misma fuerza y esperanza que impartía a quienes se habían reunido para llorar el fallecimiento de Chrysalis. Cerca del facistol ardía un grupo de velas votivas. Tachyon se acercó a ellas y volvió a hablar a la congregación.

—En un año, Jokertown ha perdido a dos de sus líderes más importantes. Estas pérdidas nos atemorizan, nos entristecen, nos confunden. Pero afirmo que ellos siguen aquí, con nosotros. Debemos ser dignos de su presencia. Honremos su memoria. *Nunca* olvidaremos.

Tachyon extendió la mano derecha y se hizo un corte en la yema del dedo índice con un cuchillo que sacó de la bota. Puso el dedo sobre la llama de una de las velas, y la extinguió con una gota de sangre.

—Chrysalis: ¡adiós!

Tachyon se alejó del podio y volvió a su sitio en la primera banca. Brennan se dio cuenta de que por su propio rostro, como en el del alienígena, corrían las lágrimas.

1:00 p.m.

El timbre de la puerta tocó las notas de «Old Macdonald Had a Farm», y Jay supo que estaba en el lugar correcto.

Un ama de llaves abrió la puerta.

—¿Sí? —inquirió.

Jay le ofreció su sonrisa más encantadora.

—Bob Lowboy, de la revista ¡*Ases*!

—No hay nadie en casa —aclaró ella—. Jessica está en la escuela, y mister Von der Stadt no vuelve del trabajo hasta las siete.

—Eso no es problema —le dijo Jay, enseñándole la cámara fotográfica que le habían prestado en su casa de empeño predilecta—. Necesito tomar unas cuantas fotos más de la granja para el reportaje sobre miss Jessica y sus animalitos.

—El otro reportero, mister Downs, sacó muchas fotos.

Los ojos del ama de llaves expresaban suspicacia.

—Se arruinaron —le notificó Jay—. Un pequeño accidente en el laboratorio. Esas cosas suceden a veces.

Echó un vistazo a su reloj.

—Mire, no me tardo más de diez minutos, pero es urgente.

Ella arrugó el entrecejo.

—Quizá deba llamar a mister Von der Stadt a su oficina —dudó.

—Me parece bien —dijo Jay—. Pero tengo que estar haciendo una sesión de fotos dentro de treinta minutos, y ya sabe cómo se pone el tráfico a esta hora del día. Tendremos que sacar el reportaje sin ilustraciones.

El ceño del ama de llaves se hizo más profundo.

—¡Bueno! —aceptó—. Quizá sea mejor que pase, pero sólo por un minuto.

—Excelente —dijo Jay, entrando en la casa.

Lo llevó al piso de arriba. La granja estaba ahí. Mejor dicho, la granja ocupaba todo el piso superior.

—Tenga cuidado de no salirse del camino —le advirtió el ama de llaves—. Mister Downs casi pisó uno de los caballos.

—¡Ay, ese Digger! —comentó Jay.

Abrió la puerta, y Jay se quedó boquiabierto mirando a su alrededor. Digger no exageraba. Aquello era Iowa en el ático. A la derecha, un rebaño de vaquitas pastaba en torno a un montón de hierba fresca amontonada en medio de un campo de hierba falsa. A la izquierda, solo tras una reja de gallinero, un toro del tamaño de un ratón corpulento soltó un bufido amenazador. Más allá se veían otros animales y otros campos.

—Eso es un elefante —indicó Jay.

—Fue el regalo de navidad de miss Jessica —le informó el ama de llaves—. ¿Por qué no está tomando fotos?

Jay se volvió a verla.

—La fotografía es un arte, ¿sabe? No creerá que pueda trabajar si está mirando usted todo por encima de mi hombro, ¿verdad?

El truco funcionó.

—Bueno, está bien —dijo la vieja mujer—. Pero no más de diez minutos, le advierto.

Salió, y cerró la puerta tras de sí.

Jay siguió el camino que atravesaba los campos en dirección al conjunto de edificios bajo las ventanas, más allá de un rebaño de ovejas y unos perros pastores muy pequeños, una pocilga repleta de cerdos, tractores de juguete, muñequitos de campesinos de plástico y un gallinero improvisado. Las gallinas, del tamaño de canicas, cacarearon al verlo acercarse. Los tamaños de las diferentes especies no estaban a escala, pero le pareció que tampoco se podía poner uno demasiado exigente.

La casita estaba rodeada de montones de heno, junto al tradicional granero rojo y un alto silo de cereales. Constituía una réplica minuciosa de una antigua vivienda de granjeros, con detalles impecables de casa de muñecas. Tenía contraventanas pintadas, una veleta de bronce que giró al tocarla él y auténticas cortinas de tela en las ventanas. En la mecedora del porche, un joven trabajador de plástico de la granja se encontraba sentado pasándole el brazo sobre los hombros a una hija de plástico del granjero. Junto a ellos, en una mesita, había una pequeña jarra de limonada.

Jay se arrodilló y empujó la puerta principal con un dedo. Se asomó y pudo distinguir una sala diminuta llena de miniaturas antiguas antes de que apareciera una perra collie muy pequeña, corriendo y ladrando sin cesar.

—¡Hijo de puta! —exclamó Jay.

La perra le lanzó un mordisco a la nariz.

—Perrita buena —dijo, echando la cabeza hacia atrás—. Cállate, perrita del carajo.

La collie ladraba sin cesar. ¡Si tan sólo hubiese traído un hueso!

—¡Digger! —musitó, en tono de urgencia—. ¿Estás ahí dentro?

Creyó oír algún movimiento en el piso de arriba, pero no podía cerciorarse por el escándalo que armaba la perra. Jay se asomó por una de las ventanas del tercer piso. Vio una recámara de mujer, llena de encajes y volantes, con las paredes azul pálido cubiertas por mariposas y una cama con dosel de cuatro postes. No se movía nada. Había un poco de polvo. En todo caso, ¿cómo puede limpiarse el interior de una casa de muñecas?

Jay consideró eso durante un momento mientras Lassie danzaba en torno a él con sus frenéticos ladridos. Pensó en hasta dónde podría enviar a la perra si le diera con el dedo un golpe, pero se contuvo. En cambio, alzó el techo de la casa de muñecas y se inclinó sobre ella.

Digger Downs, de siete centímetros y medio de estatura, se acurrucaba en el piso de un minúsculo clóset sin ventanas, tratando de ocultarse bajo una pila de ropa de

muñeca. Cuando vio que Jay lo observaba, gritó, se levantó de un brinco y quiso correr a las escaleras. Jay lo agarró en el tercer escalón y lo alzó por el cuello de la camisa.

—¡No! ¡Por favor! —gritaba Digger con una voz chiquita y aguda, mientras agitaba los brazos al tiempo que colgaba de los dedos de Jay—. ¡Por Dios, *no me mates*!

—Yo sólo peleo con los de mi tamaño —le dijo Jay—. Nadie te va a matar. Nos vamos de aquí. Silencio.

Metió a Digger al bolsillo de su saco en el instante en que volvió el ama de llaves.

—Mister Lowboy —anunció en tono de desaprobación—. Tengo a mister Von der Stadt en la línea, y quiere hablar con usted.

—Imposible —repuso Jay—. Voy de prisa.

La perra collie ladraba sin parar, dando vueltas a su zapato y saltando para trepar por la pierna del bolsillo donde estaba escondido Digger.

—¡Parece como si quisiera decirnos algo! —comentó con voz inocente Jay.

El ataúd de Chrysalis lo cargaba un joker verde de tres metros de altura, que lo alzó con la mayor facilidad y lo acunaba en sus brazos, como si fuese una caja de zapatos, al frente del cortejo que se dirigía al patio de la iglesia.

Para cuando Brennan y Jennifer, que seguían la nutrida procesión de dolientes, entraron al minúsculo cementerio, el joker verde y Quasimán hacían descender el ataúd a la fosa.

El padre Calamar bendijo la tumba con incienso y agua bendita, rezó las oraciones finales del oficio de difuntos y dio un paso atrás para concluir el ritual con que Jokertown daba sepultura a otro de los suyos. Alrededor de la fosa se formó una larga fila. Cada persona echaba un poco de tierra con su mano, su garra o su zarpa, y daba sus condolencias al padre Calamar, a Tachyon y al hombre de aspecto incómodo que antes estaba junto a éste en la primera banca de la iglesia, un hombre de cuerpo grande, con el rostro marcado por una vida a la intemperie, que debajo de la piel tostada se veía floreciente. Sudaba con el calor y hacía movimientos espasmódicos provocados por la tormenta privada de emociones que rugía en su interior y apenas lograba disimular.

—Hola, padre —saludó Brennan, tomando al sacerdote de la mano.

—Qué gusto verte de nuevo, Daniel —replicó el padre Calamar, quien estrechó con firmeza la mano que se le ofrecía.

Tachyon, con sus emociones al desnudo, se abalanzó hacia Brennan para abrazarlo, y este último pudo tolerarlo sin perder la compostura. Después de unos largos segundos, el interplanetario se apartó de él, sujetándolo por los brazos y mirándolo con ojo crítico.

—Tenemos que hablar. Ven conmigo.

Tachyon se llevó a Brennan al interior del cementerio, en busca de un lugar donde no hubiese más testigos que los ángeles labrados en piedra. El extraterrestre lanzó una mirada a Jennifer, que desde lejos, junto a la tumba de Chrysalis, los observaba con curiosidad.

—Esa hermosa rubia ha de ser Jennifer —adivinó Tachyon.

—Sí.

—Quisiera decirte que eres un hombre de buena suerte, pero no suena muy apropiado cuando tratan de inculparte de un crimen. ¿Eso fue lo que te trajo de regreso?

—En parte —aceptó Brennan—. Sobre todo he venido para averiguar quién la mató.

—¿Has hecho algunos progresos?

—No muchos —admitió Brennan.

—¿Tienes alguna teoría?

—Pensé en la posibilidad de que tal vez Kien fuera el responsable —dijo Brennan, pero su tono era dubitativo.

A Tachyon esa idea pareció agradarle todavía menos que a Brennan.

—Eso no tiene sentido. Hicimos un trato en que tú te alejabas de la ciudad para poner fin a la guerra. ¿Por qué iba a arriesgarse a reiniciar un nuevo ciclo de matanzas?

—¡Quién sabe! —replicó Brennan, alzando los hombros—. Pero voy a seguir husmeando hasta que algo salte.

—Ten cuidado de que no salte encima —le advirtió Tachyon—. Quisiera poder ayudarte, pero tengo que regresar a Atlanta. ¿Estarás en contacto?

—No —meneó la cabeza Brennan—. Una vez que concluyamos con esto, Jennifer y yo nos iremos de Nueva York, y será para siempre.

—Pues si no te comunicas, cuídate mucho, al menos.

—Eso sí te lo puedo garantizar.

Se dieron un apretón de manos y volvieron hacia la fosa. El hombre que estaba en la línea de recepción junto al padre Calamar se aclaró la garganta, y el sacerdote se volvió a mirarlo.

—Ah, sí —dijo el cura—. Mister Jory, quiero presentarle a, a…

—Archer —dijo Brennan en voz baja.

—Eso es, Daniel Archer y Jennifer Maloy. Daniel fue un, hum, buen amigo de su hija. Daniel, Jennifer, les presento a Joe Jory. El padre de Chrysalis.

Jory miró con expresión dolida al padre Calamar antes de encarar a Brennan y ofrecer una mano grande y carnosa.

—Gusto en conocerlo, mister Archer. Me agrada saber que mi pequeña Debra-Jo tenía amigos de aspecto normal.

La expresión de Brennan se enfrió hasta no dejar una brizna de compasión. El padre Calamar y Tachyon fingieron poner su atención en otra parte.

—Chrysalis fue una mujer extraordinaria, que tuvo muchos amigos —dijo por fin Brennan con voz dura y firme.

—Su nombre era Debra-Jo… —empezó a decir Jory, pero el padre Calamar lo interrumpió al interponerse entre los dos, y tomó a Brennan del brazo.

—Como albacea testamentario —dijo el sacerdote—, voy a leer el testamento esta noche en la iglesia. En mi opinión, deberías asistir.

Brennan apartó los ojos de Jory y los puso sobre el padre Calamar.

—Ahí estaré —dijo, manteniendo un tono estable de voz—. Mis disculpas, pero tenemos un poco de prisa.

Volvió a mirar a Jory.

—Le comenté hace un momento que Chrysalis fue una mujer extraordinaria. Como dijo el doctor Tachyon, nadie sabía mucho sobre ella, aunque yo tuve la fortuna de conocerla mejor que otros, y algo sé de la historia de su amorosa familia. Una cosa le prometo, mister Jory. Quien la haya matado, será sometido a juicio. Y no lo digo por usted, sino por ella.

Brennan giró sobre los talones y Jennifer lo siguió al salir del cementerio. Un gato negro con ojos de jade verde los esperaba en la calle. Maulló cuando Jennifer y Brennan se le aproximaron, se paró sobre los cuartos traseros y le ofreció un sobre a Brennan.

Los ojos de Jennifer se quedaron fijos sobre Brennan, que se fue agachando hasta poner la cara al mismo nivel que la del gato. Brennan tomó el sobre.

—Hola, Lazy Dragón —dijo—. ¿Cómo te ha ido?

—¡Mmmien! —dijo el gato, y enseguida se lamió el hombro, se dio vuelta y se echó a correr por la calle.

—¿Conoces a ese gato? —le preguntó Jennifer.

—En otra ocasión trabajé con él, pero era ratón.

Brennan desdobló la hoja de papel que venía dentro del sobre, examinó el mensaje y se lo pasó a Jennifer.

Era breve y sucinto. «Hola, Cowboy», decía. «Hablemos».

Estaba firmado por Fundido, y junto al nombre aparecía un número de teléfono.

2:00 p.m.

—EN SU MOMENTO, LA IDEA ME PARECIÓ BASTANTE BUENA EXPLICÓ Digger.

Se encontraba sentado sobre una engrapadora, junto a una lata de Coca-Cola que era más alta que él. Una caja de pizza ocupaba la mayor parte de la superficie del escritorio.

Jay no pudo comer más de tres rebanadas. Digger seguía mordisqueando una

rodaja de pepperoni, que en sus manos asemejaba una tapa de coladera grasosa.

—Todavía no entregaba el reportaje —prosiguió Digger—. Yo era el único que conocía la historia de Jessica, y esa casa de granjero lucía tan acogedora, ¿sabes? Yo sabía que la niña quería hacer un granjero pequeñito, pero su padre no le daba permiso, así que pensé, ¡qué diantre!, nadie se iba a enterar aparte de Jessica y de mí, y ella no diría nada. Me pareció un escondite perfecto.

—Pero ¿por qué diablos no te fuiste de la ciudad?

Digger meneó la cabeza con expresión taciturna.

—Eso hubiera querido, hombre, pero no me pareció seguro. ¿Y si estaban vigilando el aeropuerto, esperando a que yo tratara de huir?

Hizo un gesto de horror.

—Hay tres aeropuertos —le señaló Jay—. Por no mencionar Penn Station, Grand Central o Port Authority. ¿Cuántos andaban atrás de ti?

—¿Quién diablos sabe? —dijo Digger, con voz tenebrosa—. Es difícil determinar quiénes pueden estar involucrados: la policía, el FBI, la CÍA, tal vez todos ellos. No quisiera pensar que es nada más uno. ¿Qué tal si me equivoco?

Se estremeció de un escalofrío.

—Decidí ir a ver a Jessica al jardín de su escuela, y le encantó la idea. Me encogió allí mismo, y me llevó a su casa en su lonchera de los Picapiedra. Para entonces yo ya me quería arrepentir, pero era demasiado tarde: ella estaba determinada a quedarse conmigo. ¡La mocosa incluso me pedía que hiciera labores domésticas! Y la casa aquella… tal vez parezca cómoda, pero todo está hecho de plástico. ¡No hay agua corriente!

—Hay cosas peores.

Jay le contó sobre la carnicería en el edificio de su departamento. Digger se quedó en silencio, escuchando.

—¡Mierda bendita! —exclamó el reportero al concluir Jay su relato—. ¡Jonesy! ¡La señora Rosenstein! ¡Santo Jesús! Pero ¿por qué? ¡Éllos no sabían nada!

—Estaban ahí —puntualizó Jay—, y tú no.

Digger dejó la rodaja de pepperoni a medio comer y se limpió en el pantalón la grasa de las manos.

—Me tienes que creer, yo no tenía ni idea. Sabía que él está loco, pero nunca pensé…

—¿Quién sabías que está loco?

Digger miró a su alrededor en la oficina. Nadie los observaba más que Oral Amy, que parecía aún más sorprendida que de costumbre.

—Mack el Cuchillo —musitó, con la voz reducida a un graznido por el miedo—. Mackie Messer. ¿Te pareció feo lo que viste en las escaleras? ¡No sabes *nada*! ¡Yo lo he visto matar! Se despachó a la mujer siria frente a nosotros, nos obligó a presenciarlo todo.

—¿La mujer *siria*? —preguntó Jay, confundido.

—Misha —le informó Digger—. Kahina. Ya sabes, la hermana de Nur al-Allah, la misma que lo degolló.

Sus manecitas se habían puesto a temblar. Se las miró y fue presa de un ataque de risa. Sus risas sonaban flacas y amargas, casi histéricas.

—A Mackie también le tiemblan las manos —dijo—, ¡hombre! Le tiemblan tanto que ni se ven, y cortan tu cuerpo de lado a lado. La tocaba, ¿sabes?, como si fuera a jugar con una teta, pero sus dedos se hundían y empezó a salir sangre. Y se la cortó, frente a nosotros, le cortó la teta, y a continuación me la echó a mí, entre risas. Eso me hizo vomitar. Chrysalis se quedó sentada, mirando, ya sabes cómo era. Le afectó mucho, pero no quiso mostrarse débil. Esto es culpa suya, lo sé. Hizo alguna tontería, ¿verdad? No me decía mucho estas últimas semanas, pero yo sé leer a la gente. ¿Qué hizo?

—Envió un asesino a Atlanta, contratado —dijo Jay.

—¡Maldición! —exclamó Digger—. ¡Qué maldición! Sí, eso tiene sentido. Conocía los riesgos, pero supongo que ya no pudo soportarlo más. Si lo denunciábamos, nos iba a matar de inmediato, ya nos lo había advertido. Debió tomar la determinación de matarlo primero.

—A lo mejor lo que no soportaba era la idea de que Leo Barnett fuera presidente.

Digger lo miró con expresión rara.

—¿Barnett? ¿Qué tiene que ver él con esto?

Jay se le quedó mirando.

—No a Barnett —aclaró Digger en voz baja—. A Gregg Hartmann.

—¿*Hartmann*? —preguntó Jay, incrédulo.

Digger asintió.

Hacía calor en la oficina, pero Jay sintió unos dedos fríos subir por su columna.

—Será mejor que me lo cuentes todo desde el principio —dijo.

—Fundido —dijo Brennan al teléfono.

Hubo un breve silencio. Enseguida, una voz que Brennan conocía bien sonó, con tono precavido:

—Al habla.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Brennan.

Se produjo un nuevo silencio, y enseguida Fundido volvió a hablar.

—Qué bueno saber de ti tan rápido, Cowboy. ¿O debo llamarte Yeoman?

—Lo que tú quieras. Pero dime cómo me encontraste.

—Un pajarito me dijo que estabas en la iglesia.

—¿Lazy Dragón?

—Exacto. Le pedí que vigilara el entierro sólo por si sucedía algo interesante. Cuando me avisó que estabas ahí, pensé que me convenía tu ofrecimiento de hablar sobre estas cosas, y lo envié a entregar el mensaje.

—Me alegro —dijo Brennan—. No pensé que todo un capitán de los Puños de Sombra quisiera hablar conmigo.

Brennan se había infiltrado en los Puños de Sombra a fin de reunir suficiente evidencia para entregar a Kien a la justicia. Era probable que su plan hubiera funcionado, pero se vio obligado a descubrirse cuando los Puños tomaron la clínica del doctor y amenazaron acabar con su vida.

—Yo no soy una persona que vive en el pasado —declaró Fundido, de buen humor—. Me causaste algunos problemas, pero, como dije, creo que podemos sernos útiles mutuamente.

—¿Tú crees? ¿Qué diría Kien de todo esto?

—Bueno… —titubeó la voz de Fundido, y Brennan pudo visualizar una sonrisa insincera—. Él no está al tanto de los detalles de todo lo que hago. Y conviene que hablemos de esos detalles. Mas no por teléfono. De hecho, ayer perdimos una ocasión de intercambiar puntos de vista sobre el tema. Eras tú quien estaba en casa de Quinn, ¿verdad?

—Sí. Mis disculpas por no haberme quedado, pero me nacieron dudas sobre la recepción que me brindarían.

—Oh, vaya, en lo que a mí respecta no tienes de qué preocuparte. Creo que es muy posible que podamos ayudarnos uno al otro.

—Ya veo.

Estaba claro que Fundido era un hombre ambicioso. Podría usarlo como aliado, aunque no fuera digno de mucha confianza. Brennan consultó su reloj. Necesitaba con urgencia dormir un poco, y luego asistir a la lectura del testamento en unas horas más.

—Te llamaré a medianoche para decirte dónde podemos encontrarnos.

Se produjo una pausa larga mientras Fundido pensaba en la propuesta.

—De acuerdo —dijo al fin.

Brennan colgó el teléfono y soltó un suspiro de cansancio. Se recostó en la cama desvencijada del hotel y se frotó los ojos.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó Jennifer.

—No mucho. Suena como si deseara escalar jerarquías en su organización, y por lo visto cree que puedo ayudarle. Eso nos da una especie de base para trabajar juntos. Él no sabe todo lo que hacen los Puños, pero tiene suficiente importancia en la organización para saber de algo tan importante como el asesinato de Chrysalis.

Jennifer asintió:

—Puede ayudarnos con información sobre Wyrm. Bludgeon ha sido eliminado como sospechoso, pero quedan todavía Quasimán y Oddity.

—Tengo una idea sobre cómo abordar a Quasimán —observó Brennan, metido en sus pensamientos—, pero Oddity sigue siendo un problema. No tiene ninguna relación con Chrysalis, a no ser porque lo sorprendí en el Palacio después del asesinato.

—Revolviendo en el clóset.

Brennan meneó la cabeza.

—No creo que Chrysalis escondiera algo importante en un lugar tan obvio. Y se nos olvida uno. Doug Morkle, quienquiera que sea.

Jennifer se puso a dar masaje a los músculos anudados en el cuello y los hombros de Brennan.

—No se está aclarando nada, ¿verdad?

—No. Mucho me temo que si no atrapamos pronto al criminal, se nos va a escabullir y se pondrá fuera del alcance de la justicia terrenal.

—Hartmann es un as —inició Digger su relato—. Lo supe en cuanto lo conocí, en la conferencia de prensa antes de que saliera la gira de la OMS.

—¿Cómo lo supiste?

Downs se tocó el lado de la nariz con su dedo grueso.

—El olor —dijo—. Yo tengo esta virtud, mi propio as en la manga. Puedo oler el wild card. Ases, jokers, latentes, no importa, todos huelen igual. Un aroma dulce pero picante. Los norms no huelen así. Nunca me he equivocado. La nariz sabe, y me ha dado grandes reportajes. De cualquier modo, en cuanto pude olfatear al senador Gregg, hombre, ¡ay, hombre! Pensé que tenía en el anzuelo a la madre de todos los reportajes. ¡Un as secretó en el Senado de Estados Unidos, con aspiraciones presidenciales!

El reportero hizo una pausa para tomar aliento antes de proseguir.

—Me puse a hacer preguntas. Chrysalis se enteró, y antes de que pasara mucho tiempo nos pusimos a trabajar juntos. Logramos desenterrar algunos rumores interesantes, pero nada que se pudiera publicar en la prensa. Hasta que Gimli nos puso en las manos la historia completa.

—¿Gimli? —interpuso Jay—. No es una fuente demasiado confiable con respecto a Hartmann.

Era de sobra conocido que el joker terrorista aborrecía al senador.

—Ya sé, ya sé. Escucha, ya verás cómo todo tiene sentido. Sucedió el año pasado, unas cuantas semanas después de que la gira volviera a casa. Gimli se reunió en secreto con Chrysalis. En Siria, cuando la hermana de Nur le cortó la garganta, volaron toda clase de balas. Una de ellas rebotó en la Salchicha de Oro y le dio a Gregg en el hombro. Se lo atravesó, dejando una herida limpia, pero tuvieron que quitarle el saco para ver si no se trataba de algo más grave. Al salir de ahí, dejaron olvidado el saco. Bien, eso fue lo que Gimli le llevó a Chrysalis, esa prenda, rasgada en el hombro por la bala y empapada en la sangre de Hartmann.

—Pero Gimli ni siquiera estaba cerca de Siria —objetó Jay—. Se encontraba en Berlín, conspirando para secuestrar a Hartmann cuando pasara por la ciudad. ¿Cómo diablos iba a echarle el guante al saco de Hartmann?

—Por mediación de Misha —explicó Digger—. Después de abrirle con el cuchillo una segunda sonrisa a su hermano, no podía creer lo que había hecho. Se adueñó del saco y mandó analizar una muestra de sangre. Le dijeron lo que yo ya sabía. El senador Gregg es un as. La mujer vino de incógnito a Estados Unidos, con la evidencia. Estaba trabajando con Gimli.

Jay lanzó una mirada dubitativa al reportero de siete centímetros de estatura.

—¿Con Gimli? —interrogó Jay—. ¿Estamos hablando del mismo Gimli? ¿Cuyo nombre real fue Tom Miller? ¿Un enano joker con actitud hostil y boca grande? Creí que todos los partidarios del Nur odiaban a los jokers.

—Sí, por ser abominaciones de Alá; no me preguntes por qué trabajaban juntos. Pero colaboraban. Querían vengarse de Hartmann, pero sabían que nadie iba a creerles. Por eso Gimli le dio el saco a Chrysalis. Quería que ella hiciera las pruebas para luego publicarlas, pues tenía mucha más credibilidad que los otros dos, ¿cierto?

—Te voy siguiendo.

—Bueno, a Gimli lo mataron justo después. Encontraron su piel en un callejón, y acabó disecado y exhibido en el Museo de los Jokers. Entretanto, Chrysalis mandó discretamente hacer pruebas sanguíneas, que confirmaron todo lo que aquel enano cabrón nos había dicho. El tipo de sangre coincide con el de Gregg, el saco es de su talla y las pruebas indican la presencia de wild card en la sangre. Lo teníamos encajonado.

—Entonces, ¿por qué no lo publicaste?

Downs asumió una expresión de mucha infelicidad. Se levantó de la engrapadora, se metió las manos a los bolsillos del pantalón, paseó inquieto en torno a la pizza y por fin alzó los ojos hacia Jay.

—Bueno, bueno, nos pasamos de listos. Gimli nunca pensó que Chrysalis tendría sus prioridades. No deseaba destruir a Hartmann, sólo le agradaba la idea de gozar de ciertas influencias sobre el próximo presidente. En cuanto a mí, también me puse a pensar. A lo que voy es que podía escribir el reportaje, causar sensación y hasta ganar el Premio Pulitzer, y después de un año ¿quién se iba acordar? Tal vez podría aprovechar la ocasión y hacer mejor las cosas. Los presidentes necesitan secretarios de prensa, ¿verdad? Eso no me vendría mal, ¿sabes?, gozar de un poco de respeto. Para que Tachyon ya no me echara una copa en la cabeza o los novios furiosos no me anduvieran pegando en la boca. Incluso, que me dieran una mesa decente en Aces High.

Dejó escapar un suspiro.

—Ten en cuenta que nuestros conocimientos se limitaban a que Hartmann era un as y que su poder consistía en una forma extraña de control mental, pero hasta ahí llegábamos. Quizás él fuese responsable de que Kahina degollara a su hermano de oreja a oreja aquel día en Siria. ¿Y qué? Mejor él que nosotros, ¿no? Nur iba a matarnos a todos.

—Así que pensaste que Hartmann era uno de los buenos —anticipó Jay.

Downs asintió.

—Lo convocamos a una reunión —relató el reportero en tono fúnebre, con la vista perdida en la distancia, en dirección de Oral Amy, mientras reunía sus recuerdos —. Creíamos tener controlada la situación. Pero estábamos en un error.

Su voz se llenó de una emoción sombría.

—¡Un error gigantesco! —prosiguió—. Fue entonces que Gregg y Mackie Messer presentaron su espectáculo. Hartmann lo sabía todo, no me preguntes por qué. El jorobado traía a Kahina envuelta en una lona, desnuda, cubierta de sangre. Nos dijo que la había violado por el ano, y se puso a trabajar sobre ella, canturreando «Mack the Knife» todo el tiempo. Al terminar, salió atravesando la pared.

Hablar del asunto era suficiente para que Downs se pusiera a temblar de nuevo.

—Pero si Hartmann es todo eso que dices tú, ¿por qué no los hizo matar allí mismo a ti y a Chrysalis?

—No quería tener que explicar otras dos muertes. En cambio, nos ordenó que nos encargáramos de borrar las pistas. Le dijo a Chrysalis que se deshiciera del cadáver, y a mí me advirtió que si algo salía en la prensa sobre él como as, aunque fuera sólo una *sugerencia*, Mackie vendría por mí.

—¿Y aceptaron esa mierda?

Jay podía creer eso respecto a Digger, pero Chrysalis detestaba que alguien le dijera qué hacer. Era difícil imaginar que Hartmann la hubiera intimidado con tanta facilidad.

—¡Tú no estuviste ahí! —ladró Digger—. Se trata de un asesino que *atraviesa las paredes*, ¡hombre! Lo investigué después. Es alemán, parte del grupo que secuestró a Hartmann en Berlín, donde por lo visto Gregg lo hizo cambiar de opinión y lo convirtió en su mascota preferida. Te apuesto lo que quieras que él fue quien convirtió a los otros secuestradores en sushi. A ese cabrón degenerado la Interpol lo busca todavía.

—Entonces, ¿por qué no acudieron a la policía?

Digger soltó una risa amarga.

—¡Claro! Para decirles que el exconsejero presidente de SCARE dirige el grupo de terroristas que ayudó a secuestrarlo, ¿no? Eso y rezarle a Dios todo el tiempo para que nadie fuera con el chisme a Gregg. Pero esas filtraciones siempre ocurren. O bien es capaz de leer las mentes, o bien tiene a alguien a su servicio con ese poder, no sé. La cosa es que no podíamos confiar en nadie. Chrysalis andaba jugando con la idea de pedirle a Yeoman que nos ayudara, pero no sabía cómo ponerse en contacto con él. Así que no tuvimos más remedio que seguirle el juego para no perder la vida.

—Hasta que llegó el lunes pasado —acotó Jay—. ¿Qué significa para ti el nombre de George Kerby?

Downs negó con la cabeza.

—Hacia el final, ella no hablaba ya con nadie. Creo que no confiaba ni siquiera en *mí*.

Jay pensó que eso tenía sentido. Mientras menos personas estuvieran enteradas, disminuían las posibilidades de sufrir una traición. Pero si lo que Digger decía era cierto, alguien la había traicionado, a pesar de todo. Y muy rápido: tan pronto como ella echó a andar su plan, la dejaron muerta sobre el piso de su oficina. Hartmann, en caso de que fuera él, no perdía el tiempo.

—¿Qué pasó con el saco? —inquirió Jay.

—El saco —repitió Digger y chasqueó los dedos—. Élla lo guardó. Lo escondió en algún sitio. Dijo que ahí teníamos nuestra última línea de defensa. Era como el mate ahogado del ajedrez. Si publicábamos todo lo que habíamos descubierto, nos mataría. Pero Hartmann también debía andarse con cuidado. Si nos dejaba sin nada que perder, podíamos usar el saco y hacerlo caer.

—Genial —comentó Jay—. En todo caso, ¿dónde está el saco?

—En un lugar seguro —dijo Downs, encogiéndose de hombros para expresar su ignorancia—. Eso fue todo lo que ella me contó. Ya te dije que no confiaba en nadie. ¿Has buscado en su clóset?

—No —admitió Jay, recordando lo que Brennan le había contado—, pero sé que alguien lo ha estado haciendo. ¿Qué sabes tú sobre Oddity?

7:00 p.m.

El padre Calamar estaba de pie frente a la iglesia de Nuestra Señora de la Perpetua Miseria cuando llegaron Brennan y Jennifer.

—Son los últimos en llegar —les dijo el sacerdote—. Si vienen conmigo, podemos empezar a leer mientras Quasimán se encarga de que nadie nos interrumpa.

—Muy bien —aceptó Brennan—, pero antes de entrar tengo que pedirle un favor a Quasimán. ¿Dónde está?

El padre Calamar lo señaló.

El joker contrahecho estaba parado encima del campanario, apoyado con actitud desenfadada en la espiral de metal que se proyectaba desde la base de la cúspide. Miraba a lo lejos cosas que no podían ver Brennan, Jennifer o el padre Calamar.

—¿Puedes pedirle que baje? —preguntó Brennan.

El padre Calamar alzó sus enormes hombros.

—Puedo hacer la prueba.

Elevó la vista, puso las manos a los lados de la boca y gritó:

—¡Quasimán!

El joker no dio señales de haber oído al padre Calamar, quien lanzó un suspiro y volvió a gritar, con mayor fuerza. Quasimán oyó el segundo llamado, y miró hacia abajo. Se soltó de la espiral, agitó la mano y empezó a descender deslizándose por la

superficie inclinada del campanario.

Jennifer ahogó un grito, pero Quasimán se esfumó cuando iba a caer al espacio vacío. Se oyó con claridad el ruido de un pop, y el joker apareció de pie junto a Brennan y Jennifer, sobre la acera frente a la iglesia.

—¿Sí? —preguntó.

Brennan se le quedó mirando unos segundos.

—Quiero pedirte un favor —anunció por fin.

—¿Un favor? —repitió Quasimán.

—Sí. Ya sabes que estoy tratando de averiguar quién mató a Chrysalis. Bueno, pues tengo un problema con un as. Un as de fuerza extraordinaria. Tal vez necesite que me ayudes cuando lo atrape.

Quasimán echó un vistazo al padre Calamar, que respondió con un movimiento de cabeza imperceptible.

—Bueno.

—Gracias.

Brennan sacó una pequeña unidad electrónica, no mayor que una cartera doblada.

—En caso de que te necesitemos, te llamaremos con esto.

Quasimán tomó el receptor sin saber qué hacer con él.

—Bueno.

Miró el aparato, pero sus ojos se desplazaron con su mente a otros ámbitos, aquéllos en donde se encontraba cada vez que se salía de fase.

—Ya sabes —advirtió el padre Calamar— que Quasimán no es el más confiable de los hombres.

—Tiene que poder hacerlo. No hay nadie más a quien acudir.

Brennan no mencionó por qué otra razón quería que Quasimán tuviera el receptor en su poder. La máquina funcionaba también como transmisor de alta sensibilidad. Serviría para vigilar los movimientos de Quasimán en caso de que hiciera contacto con personas a quienes les parecía deseable la muerte de Chrysalis.

—Muy bien —dijo el padre Calamar cuando Quasimán de repente volvió a la normalidad—. Pero ahora pasemos a leer el testamento.

Entraron a la iglesia y dejaron a Quasimán en la acera.

Las primeras cuatro filas de bancas estaban ocupadas por personas que trabajaban en el Palacio de Cristal, desde Jo-jo, el joker microcéfalo que hacía la limpieza del lugar, hasta Charles Dutton, el socio capitalista de Chrysalis con rostro de calavera. Sólo faltaban Elmo y Sascha, el primero por seguir detenido en la estación de policía. Joe Jory estaba presente también. Al aproximarse a la banca en que Jory se encontraba solo, lo vieron tomar un trago de una anforita metálica que llevaba en el bolsillo. Brennan no podía decidir si lo que le hacía beber era su duelo o sentirse en la proximidad de tantos jokers. En cualquiera de los casos, Brennan encontraba muy difícil sentir compasión por él.

El padre Calamar acomodó su enorme masa corporal tras una mesa colocada al

otro lado del barandal y miró a la concurrencia hasta que se apagaron todas las conversaciones y murmullos.

—Me alegra que hayan venido todos ustedes a escuchar la última voluntad y el testamento de Chrysalis. El texto al que daré lectura no es para la gente de fuera. Los abogados no han sido informados ni tampoco la policía. Esas formalidades se han dejado para después. Esta noche está dedicada a la familia de Chrysalis.

El padre Calamar hizo aparecer un sobre de manila del cual extrajo un fajo de papeles, que agrupó dando golpecitos en los bordes hasta formar un montón de aspecto ordenado.

—En cumplimiento de mi deber —advirtió—, he leído en privado el testamento de Chrysalis, una sola vez. Ahora paso a leerlo ante todos ustedes.

Se aclaró la garganta y dio principio a la lectura.

—Yo, Chrysalis, gozando de salud mental y tanta salud corporal como he tenido desde que el wild card me transformó, manifiesto mi última voluntad y testamento. Tengo numerosos legatarios, padre, y te suplico que reúnas a todos aquéllos relacionados con el Palacio de Cristal, junto con otros más a quienes sé que conoces, pero que no serán nombrados aquí.

»En primer lugar, dejo al padre Calamar y a la Iglesia de Jesucristo Joker el contenido del depósito de equipaje que corresponde a la llave que encontrarás dentro del presente sobre. Sé que le darás buen uso.

El padre Calamar alzó la vista.

—Eso ha sido cumplido ya.

»En segundo lugar, a ti, Elmo Schaeffer, que has sido mi mano derecha desde que llegué sola a la ciudad, quiero entregarte lo que no fui capaz de darte en vida: mi amor. Si hubo un hombre que mereció ser amado por mí, ése fuiste tú.

El sacerdote suspiró, se aclaró la garganta y continuó.

—En tercer lugar, a Charles Dutton cedo mi parte en la sociedad propietaria del Palacio de Cristal…

Se oyó a la concurrencia tomar aliento colectivamente, y enseguida se iniciaron varias conversaciones que la voz potente del padre Calamar logró apagar.

—… sujeto a los siguientes términos: todo ha de seguir tal como está el día de hoy, y cada empleado conservará su trabajo por el resto de su vida.

Dutton inclinó la cabeza, y una ola de alivio pasó sobre los presentes.

—En cuarto lugar, dejo el saco a Digger Downs. Úsalo con buena salud o como tú quieras.

Quizá, pensó Brennan, eso era lo que Oddity andaba buscando en el clóset de Chrysalis. Aunque no entendía en absoluto qué importancia podría tener un saco en el asesinato.

—En quinto lugar, a mi amoroso padre, en caso de que se haya tomado la molestia de asistir a la presente lectura…

El padre Calamar se interrumpió y le pasó un sobre manila grande a Jory. Él lo

recibió con manos temblorosas, rompió el sello y sacó una hoja de papel pesado, tamaño carta. Desde donde estaba, Brennan pudo ver que era la célebre fotografía que Annie Leibowitz le había tomado a Chrysalis. Estaba desnuda de la cintura para arriba, y casi se podía ver correr la sangre por sus venas, los pulmones henchirse y el corazón palpitar con el ritmo de la vida.

—… para que mientras vivas —continuó el sacerdote, implacable— recuerdes todos los días a tu niña querida.

Era un legado con filo, pero justo. Una vez, cuando se encontraba sumida en un estado de ánimo que probablemente fue el más vulnerable que Brennan le conoció, Chrysalis le contó que el virus se le había manifestado en la pubertad. La reacción de su familia consistió en encerrarla en un ala de la mansión. La habían mantenido oculta, avergonzados y repelidos, hasta que ella logró escapar seis años después.

El padre Calamar volvió a sentarse detrás de la mesa. La iglesia quedó en silencio, sólo puntuado por los sollozos que Jory intentaba ahogar cubriéndose la cara con las manos convulsionadas.

—En sexto lugar, a ti, mi arquero, si acaso te has enterado de mi muerte y te importó lo suficiente para asistir a esta reunión, quiero darte dos cosas. La primera…

Brennan se levantó para recibir de la mano del cura el pequeño sobre que éste le ofrecía. Lo abrió. Dentro había un trozo pequeño de papel laminado en plástico, de seis por siete y medio centímetros, un as de espadas nuevo y reluciente.

—… para que la pongas sobre el cadáver de mi asesino. La segunda consiste en reconocer y celebrar ciertos ofrecimientos tuyos que debí haber aceptado, ciertas promesas mías que debí haber hecho.

El padre Calamar recogió una caja del suelo y la puso sobre la mesa.

—¡Esto es lamentable! —expuso, con su voz suave—. Al parecer algún vándalo entró en la recámara de Chrysalis y destrozó casi todo, incluyendo esto. Si tú no lo deseas, yo me encargo de tirarlo.

Era el escanciador, la botella que solía tener a un lado de la cama, llena del whisky irlandés que Brennan prefería.

—Gracias, padre, me lo quedo.

Hubo más legatarios. A casi todos se les dio algo que necesitaban, o que quizá sólo deseaban, pero que nunca podrían haberse permitido. A todos impresionó la profundidad de sentimiento de aquella mujer que todo lo sabía y nunca mostraba nada. Brennan volvió a preguntarse para sus adentros, sintiendo el alivio de la mano de Jennifer en su antebrazo derecho, qué habría sucedido en caso de que Chrysalis hubiese aceptado la protección ofrecida por él, y ella prometiera amarlo. Miró a Jennifer, quería averiguar si ella leía la pregunta expresada en sus ojos.

Al concluir la lectura, hubo lágrimas de tristeza y duelo genuino, mientras el padre Calamar avanzaba entre las filas de los empleados del Palacio, y ofrecía el consuelo de su dulce y estólida presencia.

Jory había dejado de sollozar, y se había desplomado, borracho. El padre Calamar

le solicitó a Lupo que lo llevara a su cuarto de hotel.

Al tiempo que los ahí reunidos formaban grupos de conversación, Brennan creyó sentir que unos ojos lo miraban, como si alguien aguardara emboscado para atacarlo al fondo de la iglesia. Miró hacia atrás y vio salir del entrepiso del coro una figura enorme y abultada, cubierta por una capa que llegaba al suelo. Le entregó la caja con la botella rota a Jennifer.

—Lleva esto al cuarto y espérame ahí. Necesito ver a alguien en este momento.

Élla asintió y recibió de sus manos el paquete.

—Ten cuidado —le aconsejó, pero él ya había salido a la oscuridad de la noche, tras los pasos de Oddity, para seguir las misteriosas rondas de aquel misterioso personaje.

9:00 p.m.

ODDITY NO SE ENCONTRABA REGISTRADO EN LA GUÍA TELEFÓNICA. Al menos no bajo tal nombre.

El joker tenía otros nombres: Evan, Patti, John. Eso era lo que Digger recordaba de aquel reportaje que mister Lowboy se rehusó a publicar. Oddity no era una sola persona, sino tres, dos hombres y una mujer. Habían sido amantes y vivían juntos, le contó Digger a Jay, formando un *ménage à trois*, hasta que el wild card los había fundido en una sola criatura de pesadilla, tres mentes metidas en un solo cuerpo enorme, una carne que vivía sujeta a la constante agonía de una transformación perpetua. Sus nombres de pila eran Evan, Patti, John; pero desconocía los apellidos.

En cuanto a su domicilio, Digger sólo se acordaba de que estaba situado en Jokertown. Pero eso Jay lo podía adivinar sin su ayuda.

Tomó un taxi a Jokertown y salió a las calles, que recorrió hasta que le dolieron los pies. Sus soplones de Freakers le dieron algunas pistas, después de soltarles unos cuantos billetes, pero ninguna de ellas condujo a nada. Oddity no frecuentaba los bares conocidos ni comía en las fondas de la localidad, ni recurría a los burdeles habituales para satisfacer sus variados impulsos. Jay terminó por recurrir a la delegación de policía; entró por la puerta del costado a fin de evitar encontrarse con sus amiguitos Maseryk y Kant. El sargento Topo le dijo que se oían rumores sobre Oddity, pero nada más: ni denuncias ni arrestos, ni siquiera datos de su domicilio.

Después de eso se echó a caminar aleatoriamente por las calles, con la esperanza medio ingenua de toparse con el joker que buscaba. Antes de que Jay deseara localizarlo, aquel cabrón se le aparecía a cada momento, pero bastó con querer verlo para no encontrarlo ni rezando.

Alguna vieja costumbre hizo que Jay se diera vuelta en la calle Henry, hacia el

Palacio de Cristal. A media cuadra de distancia se acordó de que el Palacio estaba cerrado.

Sin embargo, al aproximarse vio que tal información resultaba incorrecta.

Jay entró por la puerta principal, tras un par de yuppies que buscaban emociones fuertes. El salón de la cervecería se hallaba más abarrotado que nunca. Todas las mesas y reservados se encontraban ocupados, y a lo largo de la barra había una doble fila de parroquianos, clamando para que se les sirviera. Jay se movió a través de la multitud y, tras hacer algunas fintas y usar el codo con habilidad, logró acomodarse en la barra. El único cantinero era Lupo. Tenía la piel brillante de sudor y se le veía atosigado.

—¡Aquí tengo su *café poisse*! —le ladraba a una mesera, agarrándose los genitales.

Accionó la palanca de la cerveza y le puso el tarro lleno en la bandeja.

—Mira, llévale esto, y si no le gusta dile que se vaya a Squisher, que allá en su Sótano prepara el mejor *café poisse* de la ciudad.

De reojo, el cantinero notó la presencia de Jay. Preparó un escocés con soda y lo llevó hacia él, sin hacer ningún caso de las caras de varios parroquianos norms que trataban de conseguir su atención.

—¡Jodidos hijos de puta! —se quejó al poner el vaso frente a Jay sobre la barra mojada.

—Cuánta clientela esta noche —comentó Jay.

—¡Y que me lo digas! —exclamó Lupo—. No hay como un crimen para que se anime el negocio. Tres cuartas partes de todos estos cretinos no habían venido nunca antes. Y puedo decirte que no saben dar propinas, además.

—¡*Hey*! —gritó uno de los norms a tres bancos de distancia—. ¡Hey, cara peluda! ¡Quiero *servicio*, carajo!

Lupo dio vuelta a la cabeza y le gruñó, dejando ver sus dientes largos y amarillos. El norm se encogió y estuvo a punto de caerse de la banca. Por un par de segundos se hizo silencio en la barra. Lupo se volvió a Jay.

—Me decías.

—¿Dónde está Sascha?

—Buena pregunta —dijo Lupo—. Éste es su turno, carajo, y nadie puede encontrarlo. Si yo fuera telépata, tal vez también sabría cuándo conviene ausentarse.

—¿Está el nuevo jefe aquí en el negocio?

Lupo asintió, mientras iba a atender a una mesera que lo llamaba desde el otro lado del bar.

—Búscalo en el salón rojo —sugirió.

El salón rojo era algo menos ruidoso que el salón principal, pero todos los reservados tenían clientes, con sus cortinas carmesí corridas para tener privacidad. Jay detuvo a una mesera y le preguntó por Dutton. Élla le señaló un reservado al extremo del salón.

Tomó su vaso de escocés, fue al reservado y metió la cabeza por las cortinas.

—¡Buh! —exclamó—. ¡Los encontré!

Jube pegó un brinco como si alguien le hubiera puesto un cerillo encendido en el pie, y sus nervios se agitaron hasta que se dio cuenta de quién se trataba. Charles Dutton permaneció imperturbable.

—Tome usted asiento, mister Ackroyd —dijo con toda calma.

Jay se metió al reservado y la cortina se cerró tras él, para dejarlos encerrados en un suave útero rojo. Se sentía bien estar sentado.

Dutton estaba tomando un coñac a sorbitos. La Morsa tenía una enorme piña colada con una flotante rodaja de piña, pero la apartó y logró maniobrar su corpachón para hacerlo salir del reservado.

—Me voy a vender periódicos —anunció—. Los veré luego.

Jay esperó a que se fuera.

—¿Recogiendo los pedazos?

Los ojos hundidos en sus órbitas lo miraron con sinceridad.

—Digamos que he decidido mantener en funcionamiento el negocio.

—Magnífico —comentó Jay—. Quiero ser tu primer cliente.

—¿Qué desea usted saber? Si el precio está bien, no dudo que haremos negocios.

—Con un descuento generoso, ¿verdad?, como de costumbre —añadió Jay, y antes de que Dutton pudiera decir que no, prosiguió—. Estoy buscando a Oddity. ¿No sabes dónde vive?

—No —repuso Dutton.

Jay hizo un sonido chasqueando la lengua.

—Chrysalis lo sabría —dijo—. Mira, si te vas a meter al negocio del comercio de información, necesitas saber estas cosas.

—Necesito tiempo para consultar a mis informantes —protestó Dutton.

—Sascha podría saber —le sugirió Jay—. Cuando se leen mentes uno se entera de muchas cosas. En todo caso, ¿dónde está Sascha?

—Eso es algo que me gustaría saber. No ha vuelto a su cuarto desde el crimen. Su madre tampoco lo ha visto. Y está muy preocupada.

—Es probable que ande con su novia —opinó Jay—. No es la clase de chica que uno le presenta a su mamá.

Se terminó su bebida.

—Supongo que todavía no encuentras aquellos archivos secretos —añadió.

—No. ¡Qué lástima! Lo cierto es que no están dentro de este edificio.

Dutton bajó la capucha sobre su rostro y se levantó.

—No me digas que ya te aburriste de mi presencia —dijo Jay.

—Me temo que tengo asuntos pendientes.

—Yo también.

Jay se levantó. Pensaba en Sascha. La última vez que había ido a visitarlo, terminó cogiéndose a su novia y oyendo una sarta de mentiras. Quizá fuese hora de

volver a hablar con él.

10:00 p.m.

LA TAREA DE SEGUIR A ODDITY ERA FÁCIL, TANTO POR LAS CALLES llenas de gente como por las menos transitadas. El joker no se movía con rapidez, y por añadidura tenía una silueta sobresaliente.

Las cosas se complicaron un poco cuando Oddity se metió por algunos callejones tras los edificios, donde no había transeúntes con quienes mezclarse. Pero allí, a diferencia de las calles, la poca iluminación permitía a Brennan moverse de sombra en sombra, silencioso como un gato al acecho.

Oddity por fin se detuvo frente a una entrada de servicio atrás de un edificio oscuro de ladrillos, abrió la puerta con una llave y entró. Brennan se acercó y se detuvo frente a la puerta para leer el letrero:

ENTRADA DE SERVICIO
EL MUSEO DE LA FAMA WILD CARD DEL BOWER

Y Brennan frunció el ceño, pensando qué relación podría haber entre Oddity y el Museo Wild Card. Se puso a trabajar sobre la cerradura, sabiendo que la respuesta no la encontraría en el callejón.

El interior del museo estaba apenas iluminado por luces de seguridad que arrojaban relieves de sombras sobre las instalaciones. Brennan se sintió en un mundo raro al caminar entre réplicas oscuras y silenciosas de ases, jokers y extraterrestres. Fue un alivio por fin oír los sonoros pasos de Oddity, que lo hicieron volver sobre la pista.

Alcanzó a ver al joker en el momento en que desaparecía por un tramo de escaleras para bajar hacia las entrañas del museo. Brennan lo siguió por las escaleras y alcanzó a verlo meterse en lo que parecía ser un taller en el sótano. El joker encendió todas las luces y Brennan tuvo que esconderse detrás de un objeto grande cubierto por una lona que estaba almacenado en el amplio corredor. Desde donde se encontraba, junto al marco de la puerta, podía asomarse para ver la mayor parte del taller, poblado principalmente por figuras de cera sin terminar.

Oddity se paseaba frente a una de las réplicas de cera. Brennan se asomó un poco más y vio que se trataba de una escultura de Chrysalis desnuda. Lo más acabado era el torso, que mostraba huesos y órganos debajo de una musculatura translúcida. La cabeza seguía siendo una masa sin forma.

De pronto, Oddity se quitó la careta de esgrima y con un aullido de angustia la arrojó al otro extremo del cuarto, haciendo mucho alboroto al ir a dar contra una pila

de botes y recipientes que estaba junto a la pared. El joker, cuyo rostro se había transformado al asumir los rasgos delicados de un apuesto hombre negro, expresaba una emoción de gran intensidad mientras seguía yendo y viniendo frente a la escultura.

Brennan, absorto en contemplar los movimientos de Oddity, estuvo a punto de no oír los pasos que se aproximaban bajando las escaleras. Logró ocultarse entre las sombras justo cuando Charles Dutton apareció en el corredor y se dirigió hacia el cuarto donde el triple joker seguía dando vueltas.

—Pensé que se trataba de ti —se oyó decir a la voz de Dutton.

Hubo un largo silencio antes de que Dutton volviera a hablar.

—No tiene caso que le des más vueltas al asunto, Evan.

Brennan oyó que Oddity tomaba aliento entrecortadamente.

—Está muerta, Charles, hecha papilla a golpes por algún as. Ya no podré terminarla nunca.

Se volvieron a escuchar sus pasos rabiosos, y enseguida la voz de Oddity —que por el momento era la de Evan— volvió a sonar.

—Quisiera ponerle las manos al cuello al hijo de puta que la mató. ¡Eso de verdad me gustaría!

—¡Vamos, Evan! —dijo Dutton en tono tranquilizador—. Tú no eres así. Eso suena más a las cosas que diría John. Tenemos nuestras propias preocupaciones. La policía trabaja en encontrar al asesino; también Ackroyd. Alguien lo encontrará. Hay que concentrarnos en los archivos.

—Ya lo sé, Charles —reconoció Evan, al tiempo que Brennan retrocedía por el corredor—. Ya lo sé, Pero ¿por qué Chrysalis? ¿Quién pudo hacerle algo así?

Brennan subía ya por las escaleras. Cruzó el museo y volvió a salir por la puerta trasera al callejón.

Conforme a lo visto y oído por Brennan, el dolor y la angustia en la voz de Oddity eran emociones auténticas, aunque más que la muerte de Chrysalis parecía afectarle el hecho de no poder terminar su escultura de cera. En cualquier caso, a menos que el joker estuviera mucho más esquizofrénico de lo que Brennan creía, resultaba obvio que no había matado a Chrysalis, Era preciso concluir que Oddity era inocente. Igual que Bludgeon. Los Puños de Sombra tomaban cada vez un cariz más sospechoso, por un proceso de eliminación. Miró su reloj de pulsera mientras avanzaba en medio de la noche.

Llegaba la hora de llamar a un hombre para concertar cita en un cementerio.

En su segunda visita, Jay decidió no llamar al timbre. La sola imagen de Ezili le producía una erección, pero la vez anterior las cosas se habían complicado mucho más de lo que él consideraba aceptable. Empujó un contenedor vacío por el callejón y se trepó encima. Desde ahí podía alcanzar el travesaño más bajo de una antigua

escalera de hierro fundido que bajaba de la salida para incendios. Se estiró, alcanzó el travesaño de metal con una mano y trató de hacerlo bajar. La escalera se resistía. Pero el contenedor se deslizó bajo sus pies y se quedó colgado de una mano. Jay gruñó, se aferró al travesaño con la otra mano e impulsó su cuerpo hacia arriba y comenzó a subir. En momentos así, deseaba tener el poder de teletransportarse a sí mismo con igual facilidad que lo hacía con otros. Pero no; él estaba obligado a subir por el camino áspero. Una vez arriba, se acuclilló en la salida para incendios, mientras recuperaba el aliento. Olfateó el aire: algo olía mal.

La ventana daba a una recámara. Jay echó un vistazo y no vio a nadie dentro. Tomó un cortavidrios, retiró con cuidado una sección de la ventana superior y metió el brazo para abrir la cerradura. Al retirar el vidrio, el olor se volvió mucho más intenso. Abrió la ventana y entró, evitando una maceta en donde algunas plantas y flores de aspecto desconocido luchaban contra las malas hierbas. Una pestilencia flotaba en la atmósfera del cuarto.

A esas alturas Jay se sintió seguro de que no iba a encontrar a Sascha ni a Ezili en casa. Al menos, no vivos. Se movió en silencio por la recámara, abrió la puerta una rendija y, después de no escuchar ningún ruido, pasó al corredor.

El loft subdividido era bastante más amplio de lo que Jay hubiera pensado. Además de la sala y la lujosa cocina, había dos baños y seis recámaras. Cuando se acercó a la parte posterior, la peste se volvió peor. Al abrir la puerta del baño, su estómago tuvo un espasmo y se echó hacia atrás.

En la mesa de la recámara contigua había una docena de diversos perfumes. Jay encontró un pañuelo de encaje, lo empapó generosamente y se lo puso sobre la boca y la nariz. Entonces volvió al cuarto de baño para averiguar quién había muerto. La luz de la calle entraba tenuemente por una pequeña ventana de vidrio esmerilado y caía sobre el piso de mosaico. Jay podía ver las pequeñas formas pálidas de los gusanos que cubrían el cadáver. Aun a través del pañuelo, el olor era insoportable. Jay se forzó a encender la luz.

Era un niño. Al menos parecía ser del sexo masculino, aunque quedaba poco de su cuerpo para determinarlo. Mayor de tamaño que el simio pequeño al que había dado persecución en el Museo Wild Card, pero demasiado chico para ser Sascha o Ezili. Jay recordó haber visto a alguien pequeño y algo contrahecho correr a la recámara cuando Sascha lo sorprendió con Ezili. Quizá fuera su hijo… Pero ¿sería capaz una madre de irse y abandonar el cadáver de su niño para que se pudriera sobre el piso del baño?

El cuerpo se hallaba en un estado de descomposición demasiado avanzado para hacer una inspección detallada, y los gusanos le evocaban la imagen de aquella cosa con cabeza de cono de su sueño. Pero se obligó a examinar la carne descompuesta. Sin duda, un joker. Estaba desnudo, y al principio parecía tener demasiados miembros, pero Jay acabó por determinar que la cosa larga que le salía entre las piernas era una cola. El cuerpo estaba boca abajo, y Jay no podía ver sus rasgos

faciales, pero a un lado del cuello se abría una herida grande, hirviendo de gusanera.

Jay consideró que había visto suficiente. Apagó la luz, cerró la puerta y se quedó de pie en el pasillo oscuro, mientras reflexionaba sobre diversas posibilidades de acción. Podía llamar a la policía. Pero no había entrado al loft por invitación, sino forzando una ventana. Decidió que por una vez le dejaría la gloria a alguien más. Se metió el pañuelo al bolsillo y se puso a examinar el contenido del departamento.

La casa estaba desierta. Se veía que llevaba algún tiempo sin que nadie estuviese allí, salvo el niño muerto en el baño. Los inquilinos se habían largado a toda prisa. Jay encontró cajones abiertos de los que la ropa había sido sacada para meterla con mucha precipitación en maletas. Habían dejado los muebles y los extraños objetos haitianos que notó la vez anterior, pero faltaba la mayor parte de los efectos personales.

No todos, sin embargo. Quedaban suficientes indicios de que Ezili, Sascha y el niño muerto no vivían ahí solos. En una recámara encontró una pila de revistas de halterofilia junto a un colchón desnudo sobre el piso, y un juego de pesas que mostraba señales de mucho uso. No podía imaginarse a Sascha alzando pesas.

Otra habitación estaba sellada, con las ventanas cegadas por medio de tabiques, y amueblada como para sugerir una cámara de tortura medieval. De paredes a prueba de sonido colgaban cadenas con grilletes, y al centro del cuarto se encontraba una mesa de disección acanalada para dejar correr la sangre. Tras las puertas cerradas, Jay encontró un carrito de instrumentos, donde se veían dispuestos en orden preciso cuchillos, pinzas, prensas y otros juguetes, incluido un antiguo taladro de dentista, con la fresa cubierta con rastros de sangre.

En el piso de la tercera recámara vio jeringas y píldoras tiradas por todas partes, entre cojines y sillones suaves, y se acordó de los departamentos de los hippies en los años sesenta. El clóset para la ropa de cama estaba convertido en una bodega de vino. Aún alguien como Jay sabía lo suficiente de vino para reconocer que una botella de Château Lafite Rothschild costaba no pocos dólares. Varias etiquetas más también indicaban precios altos.

En el refrigerador, Jay encontró botellas de Dom Perignon, una lata de caviar beluga y otros bocados finos de importación. Todo tenía aspecto suntuoso, pero por alguna razón se le había estropeado el apetito.

El clóset de la entrada contenía mucha ropa de invierno abandonada por los inquilinos en su huida precipitada. Un saco de lino colgaba de un gancho por dentro de la puerta, y el área de colgar estaba retacada de prendas. Abrigos de visón y de marta rusa para mujer, y uno de piel con motas que sin duda pertenecía a una especie en peligro de extinción, así como una chamarra de cuero de aviador y diversas prendas de aspecto muy exclusivo en casimir, gamuza y pelo de camello, revueltas entre cosas de mezclilla y poliéster, ropa de hombre y mujer entremezclada, en una variedad de tamaños que abarcaba todos los extremos. Aunque Jay la buscó, no vio ningún saco sport a cuadros grises con un hoyo de bala en el hombro. Mientras

contemplaba la colección de abrigos, el teléfono sonó.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se acordó de la empresa de pompas fúnebres y de la extraña llamada de una mujer que hablaba con la voz de Chrysalis. No puede ser, pensó. Nadie sabe que estoy aquí. Se envolvió la mano en el pañuelo mojado de perfume, tomó el auricular y se lo puso al oído.

—Te he estado llamando todo el día. ¿Dónde diablos has estado? —reclamó la voz de un hombre—. Me es preciso tener el beso, ¿me entiendes? *Lo necesito*. No sabes qué presiones estoy sufriendo aquí.

Todo salió de un solo tirón, antes de que el hombre se diera cuenta de que no sonaba ninguna voz al otro lado de la línea.

—Ezili, ¿estás ahí?

A través del pañuelo, Jay intentó disfrazar su voz.

—Élla no está —repuso—. ¿Quién habla?

Se produjo una pausa breve.

—¿Con quién hablo? —preguntó la voz, que le sonaba cada vez más conocida a Jay.

—Sascha —dijo Jay, tratando de hablar como Sascha.

—No eres Sascha —declaró el hombre.

Su plan fracasaba. Jay resolvió que la mejor política consistía en callarse la boca y escuchar.

—¿Quién habla? Si pretendes jugar conmigo, te has metido en graves dificultades.

Eso fue suficiente. Reconoció la voz. Y de pronto Jay sintió una inmensa gratitud por no haber llamado a la policía. Colgó el teléfono y se levantó rápidamente.

Kant podría enviar un vehículo en unos cuantos minutos. Jay debía moverse. Había dado dos pasos cuando vio el bloc de recados junto al teléfono. Se volvió atrás. La hoja superior estaba *arrancada*, pero se notaban huellas en el papel. Huellas de dos columnas paralelas de números alineados sobre el papel. Horarios.

Jay se guardó el bloc en el bolsillo y regresó a la salida de incendios. No se necesitaba el diploma de honor de la escuela de detectives para deducir lo que estaba escrito ahí. Horas de vuelos. Sascha no volvería al trabajo por algún tiempo, y una corazonada le dijo al detective a qué ciudad había viajado el cantinero.

Jueves 21 de julio 1988

♣ ♦ ♠ ♥

1:00 a.m.

—ESTÁS MÁS ALTO —LE DIJO JAY A DIGGER.

No era mucho, pero habiendo arrancado de siete centímetros y medio, cada milímetro contaba.

—Sí, sí —dijo Downs—. Esa malcriada venía cada mañana para volver a encoger a quienes más lo necesitaban. Sin eso, uno crece.

—Pero poco a poco —comentó Jay, cerrando con llave la puerta.

—Sí, poco a poco —admitió Digger, pesaroso, sentado en el regazo de Oral Amy —. ¿Dónde diablos andabas? Pensé que con seguridad Hartmann te habría pescado.

—Hartmann está en Atlanta —indicó Jay—. Dudo que sepa de mi existencia.

—Yo no contaría con eso —objetó el reportero, con voz de tristeza—. ¿Qué pasa? ¿Has dado la alarma?

—No —repuso Jay.

Entró en el cuarto de atrás, encendió la luz, puso en marcha el ventilador y se sentó frente al escritorio.

Digger saltó de las piernas de Oral Amy y fue tras él trotando y hablando a gritos, con los piecitos repiqueteando en el suelo de madera.

—¿Pues qué carajos esperas, una invitación grabada de la Casa Blanca? —argumentó, en tono ofendido—. Ya dieron comienzo las votaciones en Atlanta. Hartmann puede ganar la nominación en cualquier momento, mientras tú andas por ahí hurgándote la nariz. ¿Vas a permitir que el tipo que mandó asesinar a Chrysalis llegue a la presidencia?

Jay alzó al reportero por el cuello de la camisa.

—Hazme el favor, Downs, cállate y no me jodas —dijo, y dejó caer al hombrecito al cesto de los papeles.

Downs aterrizó entre los restos de la pizza y protestó con voz chillona:

—¿Qué diablos te pasa, Popinjay?

—Encontré otro cadáver —le contó Jay.

—¡Santo Jesús! —exclamó Digger—. ¿Quién?

—No tengo ni maldita idea.

—¿No fue de los de Mackie? —inquirió Downs.

—No lo creo —replicó Jay—. Estaba ya bastante putrefacto, pero las piezas seguían ahí.

Downs trepó por la caja de la pizza, osciló un momento al borde de la cesta de papeles y saltó al suelo, donde aterrizó soltando un gruñido.

—Tenemos que atacar a Hartmann antes de que él nos encuentre —insistió—. ¡Ya te expliqué cómo trabajan ellos…!

—Sí, ya me explicaste —admitió Jay—. Tu historia es muy buena. Más vale que lo sea, porque no tenemos nada más. Será tu palabra contra la de él. Un candidato presidencial versus el hombre que descubrió que el Aullador tenía una hija secreta con su amante. ¿A quién creerán? Claro, tienes testigos. Chrysalis, Kahina, Gimli, carajo, sí. Lo malo es que todos están muertos.

—¡El saco! —insistió de nuevo Digger—. ¡Ahí tienes la prueba!

—Pudiera ser —reconoció Jay—, si la tuviéramos en nuestras manos. Tú no sabes dónde guardaba Chrysalis sus secretos, ¿verdad?

Downs sacudió la cabeza.

—Qué mal —sentenció Jay—. ¿Y qué me dices de Sascha?

—¿Sascha? —repitió Digger con expresión pensativa—. Bueno, es telépata. ¿Ayuda eso? No puede más que leer pensamientos superficiales. Pero si él dijera las cosas que ha ido pescando por ahí… ¡Santo Dios! ¡No pensarás que Sascha está ligado a Hartmann!

—Me cruzó por la mente —confesó Jay.

—¡Santo Dios! —repitió Digger—. Nunca le presté mucha atención a Sascha. A lo que me refiero es que él se limitaba a estar ahí, ¿entiendes? Pero pasaba mucho tiempo cerca de ella… si acaso le estaba pasando informes a Hartmann… ella confiaba en él, maldición. En él y en Elmo, contaba con los dos. Sascha era capaz de detectar problemas antes de que estallaran, y Elmo se encargaba de solucionarlos.

—A menos que parte del problema fuera el mismo Sascha —puntualizó Jay—. ¿Dijo algo Chrysalis sobre la novia de Sascha?

—¿Qué novia?

Jay suspiró.

—No importa —dijo, y se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó Digger.

—Afuera —replicó Jay.

—¿Cuándo vuelves?

—Más tarde —respondió Jay mientras quitaba el cerrojo de la puerta.

Necesitaba tomarse un trago en calma. Y no le vendría mal algo de comer. Por no mencionar varias horas de sueño, pero tenía la impresión de que el programa de aquella noche no incluiría dormir.

En un duermevela atormentado por sueños que no lograba separar de la realidad,

Brennan daba vueltas y más vueltas sobre el colchón aborujado. Se quitó de encima las sábanas empapadas en sudor que lo confinaban y echó un vistazo a Jennifer, que seguía durmiendo. El reloj del buró le informó que le quedaban unas dos horas antes de reunirse con Fundido. Necesitaba dormir más, pero le pareció dudoso lograrlo.

El recuerdo de Chrysalis cubría dolorosamente su mente. Para usar las palabras de Tachyon, se trataba de un fantasma exigente. Visualizó la fantasía de poner la baraja que ella le había heredado sobre el cuerpo del asesino, bien fuera hombre o mujer, as o joker. El único problema consistía en que no servía de mucho visualizar a un criminal cuya identidad era un espacio en blanco.

No era Bludgeon; tampoco Oddity. No lograba representarse a Quasimán en el papel de un asesino a sangre fría. De la lista de Ackroyd, sólo quedaban Wyrm y Doug Morkle. Wyrm era una posibilidad. Respecto a Doug Morkle, ¿quién diablos sabría de él?

Inquieto, se dio vuelta hacia la ventana y se quedó helado. Se preguntó si seguiría soñando, o si sólo se trataba de una alucinación.

La ventana pareció crecer a proporciones gigantescas, lo cual apoyaba la versión de que tan sólo soñaba estar despierto. En su marco vio el rostro de Chrysalis, del cuello hacia arriba. La hubiese reconocido en cualquier sitio: su cráneo reluciente, sus ojos azules, sus labios rojos haciendo un mohín.

Se le quedó mirando unos cinco segundos, tras lo cual cerró los ojos y se los frotó. Al volverlos a abrir había desaparecido. Se quedó acostado mirando la ventana vacía, diciéndose que debía levantarse a examinarla, pero sintió miedo.

Se quedó acostado donde estaba, repitiéndose que no había sido sino un sueño, y después de un rato casi se convenció de que era cierto.

3:00 a.m.

—¿Café, Jay? —le preguntó Vi.

Se había sentado en el reservado junto a la ventana. En las altas horas de la noche la barra se encontraba poblada por mucha gente rara, y Jay no se sentía muy sociable.

—Sí, por favor —aceptó—. Y tráeme también una hamburguesa con queso. Cebollas extra y papas fritas.

—Enseguida —le comunicó Vi, le sirvió café y se fue a encargar su orden. Alguien había dejado un ejemplar arrugado del Daily News en el reservado. Jay lo alisó y leyó el reportaje principal. Habían dado comienzo las votaciones de los demócratas en Atlanta. Hartmann iba a la cabeza, y con cada votación ganaba más fuerza. Leo Barnett iba algunos centenares de votos detrás, seguido de Jackson, Dukakis y Core. Aunque odiaba admitirlo, Digger tenía razón. Era menester hacer

algo. Pero ¿qué?

Hizo a un lado el periódico, sacó la lista del bolsillo y volvió a examinar los nombres. Wyrm, Quasimán, Bludgeon, Oddity y Doug Morkle. Yeoman juraba que no era Bludgeon. Si el personaje misterioso era en realidad Hartmann y no Barnett, eso hundía el motivo de Quasimán a las profundidades. Jay no había logrado detectar ninguna pista que sugiriera la participación de los Puños de Sombra, y el modus operandi en todo caso no coincidía con Wyrm. Seguía sin saber quién carajos era Doug Morkle, pero a esas alturas ya no le importaba. Tenía que ser Oddity. ¿O no?

Jay sacó la lista de los horarios de vuelo que se había encontrado junto al teléfono de Ezili. Tomó un sorbo de café.

—¡Joder! —exclamó.

No tenía por qué limitarse a Oddity. Atlanta estaba demasiado cerca. Al parecer, el tiempo de vuelo sin escalas era de unas dos horas. La primera salida era a las 6:55 de la mañana, y llegaba a Atlanta a las 9:07. El asesino pudo tomar el último avión saliendo de Atlanta el domingo por la noche, llegar al Palacio de Cristal en las primeras horas de la madrugada, asesinar a Chrysalis y regresar a Atlanta a tiempo para asistir a la apertura de la convención. Por tanto, varios de los eliminados de la lista merecían ser considerados de nuevo.

Si Downs decía la verdad, Chrysalis habría mandado a su asesino tras Gregg Hartmann. No se lo había dicho a nadie, y sin embargo Hartmann se había enterado. La filtración *tenía* que haberla hecho Sascha. Elmo se había ido a contratar al asesino más o menos al mismo tiempo que mataban a Chrysalis, y eso significaba que su homicida sabía lo que ella se proponía llevar a cabo *desde antes* de que lo hiciese. Había demasiados jodidos telépatas en Nueva York para el gusto de Jay, pero el único cercano a Chrysalis era Sascha.

Jay le dio un trago al café, hizo una mueca y maldijo su falta de inteligencia. Eso debió poder deducirlo mucho antes. Sascha estaba ahí cuando Jay encontró el cadáver, A pesar de no tener ojos, se había dado cuenta de la presencia de un intruso en el edificio. En ese caso, ¿por qué no había percibido la del asesino?

¿Acaso no resultaba más lógico pensar que sí la había sentido?

Si es que Sascha leyera en la mente de Chrysalis sus proyectos de asesinato, tuvo que mandar esa información a Hartmann, quien a su vez habría encomendado a Mackie Messer la tarea de hacer sushi de Digger Downs, y a alguien de fuerza sobrehumana la misión de sacar del juego a Chrysalis. ¿Oddity? Tal vez…

Sin embargo, Jack Braun apoyaba a Hartmann, y Billy Ray era el guardaespaldas del senador. La brutalidad del asesinato no iba con el carácter de Braun. Carnifex, en cambio, tenía reputación de violento… Quizás esas cosas no importaban. Según Downs, la joven siria afirmaba que fue Hartmann quien la hizo degollar a su hermano; de ser eso cierto, él también podría obligar a Braun a cometer cualquier cosa.

La amable Vi se aproximó con su hamburguesa en una mano y una cafetera recién

preparada en la otra. Colocó el plato frente a Jay y le volvió a llenar la taza de café, mientras el detective doblaba sus papeles y se los guardaba.

—Dime, Vi, ¿a ti quién te gusta para presidente? —le preguntó a la mesera.

—Todos son gente de mal —resopló ella, y dio vuelta para alejarse—. Yo no votaría por ninguno de ellos.

Jay contempló su hamburguesa. Las cebollas estaban casi negras, tal como le gustaban. Probó una papa. Necesitaba cátsup.

—Hey, Vi —llamó, pero para entonces la mesera ya estaba de vuelta tras la barra, en donde tomaba la orden a un par de prostitutas que acababan de entrar de la calle Cuarenta y dos.

Jay decidió que Oddity ofrecía mejor perfil de culpable que Golden Boy o Carnifex. Hartmann tendría que haberse enterado de los planes de asesinarlo la noche anterior, a fin de dar tiempo a que Braun o Ray tomaran el avión, pero en caso de ser así, ¿por qué tardó tanto en enviar a Mackie tras Digger Downs? ¿Y por qué no encargar de una vez a Mackie el asesinato de Chrysalis? ¿Para qué usar a dos asesinos, que además podían relacionarlo con él? ¿Qué sentido tenía despachar a sus matones desde Atlanta, si podía recurrir al talento local? Eso suponiendo que Mackie anduviera en la ciudad. Tal vez también estaba en Atlanta, y ésa era la razón por la cual había tardado tanto en salir en busca de Downs.

En caso de que Hartmann fuese un as, la situación era infernal, y había que reconsiderar todos los nombres de la lista: Troll, Ernie el Lagarto, Doughboy, qué diablos, todos ellos eran admiradores de Hartmann. Ninguno necesitaba un motivo personal para matar a Chrysalis, pues Hartmann los utilizaba como títeres para que hiciesen cualquier cosa en contra de su voluntad, igual que a Kahina. Eso ¿adónde carajos lo llevaba? Jay le dio un bocado a su hamburguesa y masticó mientras reflexionaba.

¿Sería Hartmann un as secreto? Digger lo afirmaba, gracias a su condenada nariz. ¡Qué especie de evidencia constituía eso! ¡Un olor que nadie más podía oler! A la policía eso le iba a encantar. La única manera de probar la versión de Digger era encontrar el saco. Jay quiso pensar dónde se escondería él si fuese un saco, pero no se le ocurría más que algún clóset, y ya había investigado a conciencia los más obvios.

Además, la hamburguesa necesitaba cátsup.

—¡Vi! —llamó Jay en voz alta.

La mesera acudió con la cafetera en la mano y se detuvo al ver que la taza seguía llena.

—¿Qué necesitas, cariño?

—Cátsup.

Vi puso cara de enfado.

—Por Dios del cielo —le dijo—, ¿tú qué crees que es eso?

Apuntó con el dedo.

Jay parpadeó. La botella de cátsup estaba ahí en la mesa, al lado de la ventana,

entre el servilletero y la sal y la pimienta. Agraviada, Vi soltó un suspiro y se alejó. Jay agarró la botella, desenroscó la tapa y se puso en el plato una cantidad considerable. ¡Qué estúpido! Tenía frente a las narices la maldita botella todo el tiempo.

Y de pronto, en ese momento, se le aclaró todo.

4:00 a.m.

EL CEMENTERIO OLVIDADO, TRAS VARIAS DÉCADAS DE ABANDONO, se había convertido en una selva en miniatura dentro de la ciudad. Los años de negligencia se manifestaban en la cantidad de tumbas derruidas. Las lápidas gastadas por la intemperie ostentaban nombres no menos olvidados que el mismo cementerio, y se asomaban con diversas inclinaciones entre la maleza. El cementerio tenía un aire de melancolía decadente, pero a Brennan no le importaba. Le agradaban la oscuridad y el silencio del lugar. Podía sentirse casi la misma paz que en el campo.

Llevaba ropa oscura y cargaba su arco compuesto, ya ensamblado y listo para usarse, un arma idónea para esa localidad. Negro como la oscura noche que lo ocultaba y callado como los silenciosos cadáveres que le hacían compañía, se puso a esperar.

El silencio por fin fue interrumpido por el motor de un auto que se aproximaba, pero Brennan no lo pudo ver desde su escondite entre los arbustos. Oyó al conductor estacionarse afuera del muro de ladrillos caído que rodeaba el cementerio y apagar el motor. Se abrieron y cerraron portezuelas, y todo volvió a quedar en silencio.

De pronto Brennan escuchó que algo pesado se movía a través de los arbustos.

Se quedó inmóvil. Por el ruido, aquello era voluminoso. Tomó aliento, sin oler nada más que los desagradables tufos de la ciudad que penetraban aun ahí. Permaneció quieto, sin respirar, en un silencio tan completo que oía su sangre circular por los vasos capilares de las orejas. De pronto, lo escuchó de nuevo, moviéndose entre las plantas y las hierbas altas, buscándolo.

Corrió por la maleza, alejándose de aquella cosa con el menor ruido posible. Se dio cuenta de que se había parado a olfatear sus huellas, resoplaba y buscaba su sabor en el aire.

Brennan se siguió moviendo en círculos alrededor del deteriorado mausoleo donde en otra ocasión había sometido en una emboscada a un grupo de Garzas Inmaculadas que utilizaban un aparato extraterrestre de telequinesia para introducir heroína en la ciudad. Hizo una pausa breve cuando oyó un bufido vasto y satisfecho, como un alegre estallido simultáneo de una docena de tuberías de vapor. Aquello que lo perseguía andaba tras su pista.

Con movimientos más veloces, ya sin cuidarse de hacer ruido, Brennan saltó sobre las lápidas quebradas y por unas zarzas de lilas y rosas silvestres, discerniendo su camino a la luz de una luna a la que le faltaba poco para llegar a llena. Se abrió paso entre la maleza, sin hacer caso de las espinas que lo arañaban, hasta alcanzar la base del muro de ladrillos medio derruido que rodeaba el cementerio.

Se oyó el estruendo de un golpe a sus espaldas, al tiempo que algo largo y sinuoso irrumpía entre las lilas y las rosas silvestres para erguirse bajo la luz de la luna reflejada en sus escamas de oro y plata en medio de la noche.

Se trataba de un dragón de siete metros de largo, tan esbelto como una serpiente. Las cuatro patas tenían garras afiladas como navajas; su rostro era una complicada máscara oriental con dientes de cuchillo, ojos saltones de color rojo y fosas nasales que expulsaban nubes de vapor.

Tenía que ser Lazy Dragón. Fundido lo había enviado a la reunión bajo una forma muy distinta a la de un ratón o un gatito. De modo automático, Brennan echó mano a la flecha que llevaba ajustada con velero al cinturón, aunque dudaba que incluso su flecha explosiva de mayor potencia pudiera dañar a una bestia tan tremenda.

Las cerraduras no tenían nada de especial. Por precaución tardó tres veces más de lo que el trabajo merecía, pero al fin pudo quitar el cerrojo. Jay abrió una rendija de la puerta y entró en el interior fresco y oscuro del Museo de la Fama Wild Card del Bowery.

En el tablero montado en la pared parpadeaba una luz roja. Jay se acercó a él y marcó la misma secuencia de números que había observado a Dutton presionar el martes por la noche. Para esas cosas tenía buena memoria; la luz roja parpadeante fue sustituida por una luz verde fija.

El interior del museo le pareció todavía más lóbrego al recorrerlo él solo, sin contar con Dutton como guía. Las figuras de cera lo miraban pasar por los corredores, y se imaginó que los Monstruosos Bebés Joker lo acechaban desde cada sombra. Se perdió dos veces antes de encontrar al fin el diorama sirio.

Todas las luces estaban apagadas. Jay apenas lograba distinguir las siluetas de las figuras de cera tras el vidrio, cada una de ellas congelada en su momento del relato; Sayyid en el instante justo antes de su caída, Hiram con un puño apretado, la pobre Kahina, como alma perdida, aferrando un cuchillo ensangrentado. Por ahí en medio de todo eso andaría la figura de Hartmann.

Estaba demasiado oscuro para distinguir al senador con claridad. El diorama debía tener acceso por algún sitio. Miró la fila de botones para efectos especiales y eligió uno, que pulsó. Dentro del diorama, unos reflectores ocultos bañaron de luz dorada a Jack Braun. De las figuras de cera se proyectaron sombras largas. La media luz manchaba de amarillo el traje blanco de Carnifex y brillaba en las garras metálicas de Peregrine. A un lado, apenas visible en el telón de fondo, Jay distinguió

la vaga silueta de una puerta.

Soltó el botón y miró a su alrededor hasta encontrar la puerta con el signo EXCLUSIVAMENTE EMPLEADOS. La vía de acceso estaba hundida en una oscuridad total, sin aire y muy estrecha. Jay encendió un cerillo y avanzó lo mejor que pudo tanteando la pared. La puerta que daba al diorama sirio no estaba cerrada con llave.

Jay tiró al suelo el cerillo quemado y encendió otro. La imagen gemela se reflejó en el vidrio oscuro y las figuras de cera parecieron retorcerse. Jay pasó cuidadosamente sobre el doctor Tachyon, que estaba tirado inconsciente en el suelo, vestido con su elegante atuendo de árabe, avanzó entre Golden Boy y Oddity bajo la abrumadora presencia de Sayyid hasta el lugar donde se hallaba Gregg Hartmann.

La corbata de Hartmann tenía el nudo bien hecho; llevaba la camisa almidonada y planchada. Pero estaba en mangas de camisa. Jay parpadeó, confundido. Al mismo tiempo, oyó suaves pisadas tras él.

Se volvió justo a tiempo para ver la enorme figura encapuchada que se cernía sobre él y distinguir un puño que se disparaba desde la sombra. El primer impacto casi le arrancó la cabeza. El segundo fue en el pecho, y dejó de respirar. En medio de todo eso, perdió su cerillo. Un puñetazo duro como pedrada se estrelló a un lado de su cabeza y lo hizo caer de lado, derrumbándose pesadamente sobre un terrorista de cera.

Tirado se acordó de que Oddity no había sido parte de la gira de la OMS.

No necesitó pensar en ello demasiado tiempo. Jay sintió que unas manos lo agarraban y unos dedos de acero se le clavaban en la carne. Lo pusieron de pie, y un segundo después se encontró volando. El vidrio se hizo añicos en torno a él, y algo duro y frío subió para golpearlo. Pensó que sería el suelo.

A Brennan se le ocurrió de súbito que su objetivo de ataque era otro. Se dio vuelta, se aferró al borde del muro desmoronado y se alzó por encima de él.

Fundido estaba apoyado en el cofre de un auto estacionado frente a la puerta del cementerio; fumaba un cigarro. Brennan gruñó, tomó una flecha, alzó el arcó y disparó. Fundido miró asombrado la flecha clavada en el cofre del auto, que había penetrado las profundidades del motor.

—¡Santo Jesús! —exclamó al mirar la vara de la flecha unos segundos.

Enseguida se dio vuelta y alzó la mirada hacia la noche.

—¿Yeoman?

—Llama de inmediato a Dragón —ordenó Brennan—, o la próxima flecha se clavará en tu ojo.

Fundido titubeó.

—¡Va en serio! —gritó Brennan, mientras calculaba las posibilidades de disparar la flecha que tenía en la cuerda del arco, encontrar otra flecha explosiva, encordarla y darle al dragón antes de que esa bestia lo hiciera papilla.

Sus dedos se tensaron, listos para soltar la flecha que apuntaba a Fundido, pero el capitán de los Puños de Sombra alzó la voz.

—¡Está bien, está bien! Sólo le pedí que revisara el cementerio. ¡Dragón, vuelve a tu cuerpo! ¡Ahora!

Brennan fijó los ojos en la criatura, que le devolvió la mirada, impasible, al tiempo que se encogía y retorcía hasta reducirse a un trocito de papel con muchos dobleces intrincados, que el viento de la noche se llevó. Un momento después, Lazy Dragón salió de la parte trasera del automóvil y se puso a un lado de Fundido. Brennan redujo la tensión del arco.

—¡Entren por la puerta! —les ordenó—. Es decir, si están listos para hablar y dejarse de jueguitos.

Fundido y Lazy Dragón intercambiaron una mirada. Fundido, mayor en años y más alto que el otro, era un hombre de buen aspecto, vestido con elegancia. Dragón, un joven asiático de poca estatura y apariencia frágil, era el más fuerte de los dos como as. Sin embargo, por ser el jefe, Fundido daba las órdenes y Dragón las obedecía.

—No me culparás por tomar mis precauciones —dijo Fundido al entrar por las desvencijadas puertas de hierro del cementerio—. Mataste a muchos Puños en la clínica de Tachyon.

Brennan saltó con agilidad del muro.

—¿No me digas que te afectó eso? —le preguntó.

—La verdad es que no —admitió Fundido, que contuvo un estremecimiento mirando a su alrededor—. Pero me preocupaba acudir a una cita en este lugar abandonado por Dios. Me da mala espina.

—A mí me agrada. Está oscuro. Es callado. Con posibilidades de ponerse a cubierta —expuso Brennan, que comenzaba a sentirse harto de la charla—. Hablemos sobre Chrysalis.

Fundido miró a Lazy Dragón, que los observaba sin ninguna expresión, y se explicó:

—Sé que buscas al asesino de Chrysalis. Montaste una escena muy aparatosa en el Sótano de Squisher. Me temo que acabaste de arruinar la reputación de Bludgeon.

—No fue difícil. No es el Bludgeon de antes.

Fundido asintió.

—Se muere de sida. No es un destino que le deseo a nadie, pero no puedo decir que en su caso haya nada que lamentar. Ese hombre ha sido una bestia repulsiva. Ahora es repulsivo pero patético.

—No te hice venir para discutir la salud de Bludgeon.

—De acuerdo. Yo quiero ayudar.

—¿Ayudar?

—Sí. Quiero ayudarte a encontrar al asesino de Chrysalis.

—Ya veo —dijo Brennan, alisándose el bigote con un dedo—. ¿A cambio de qué?

Fundido se alzó de hombros.

—No quiero más que lo que tú quieres. Deseo deshacerme de Kien.

En la cara de Brennan se dibujó una lenta sonrisa.

—Yo no sé lo que tengas en contra de él —prosiguió Fundido—, pero sé que le traes muchas ganas. En lo que a mí se refiere, pues, bueno, digamos que puedo visualizar a los Puños de Sombra funcionando muy bien bajo nuevo liderazgo.

Brennan le echó un vistazo a Lazy Dragón.

—¿Y un nuevo subalterno en jefe?

—Yo soy muy generoso con quienes me ayudan —admitió Fundido—, Lazy Dragón conoce mi generosidad. En el pasado fui generoso contigo, y podré volver a serlo.

—Lo único que necesito es información —declaró Brennan.

—Pregunta.

—¿Fue Wyrm quién mató a Chrysalis?

—Veo que entras de lleno en materia, ¿verdad? —comentó Fundido, al tiempo que meneaba la cabeza.

—Así es.

—Bueno —dijo Fundido, escogiendo con cuidado sus palabras—, todos sabemos que Wyrm es de temperamento violento, y que le tiene una fuerte devoción a Kien. Chrysalis, por supuesto, sabía que Kien es la cabeza de los Puños de Sombra, pero mantuvo silencio al respecto. Sin embargo, en caso de que ella hubiese descubierto algo que amenazara a Kien, es posible que Wyrm tomara alguna iniciativa por su cuenta.

—¿Algo como la nueva droga de diseño de Kien?

—¿Embeleso? —preguntó Fundido—. Veo que te has enterado del nuevo caramelo, ¿verdad?

—Estoy al tanto.

—Entonces es posible que Chrysalis lo supiera también.

—¿Y que Wyrm la haya matado por eso?

Fundido volvió a encogerse de hombros.

—No estoy haciendo acusaciones. Sin embargo, hay que tomarlo en cuenta. Puedo hacer algunas preguntas discretas a ver qué averiguo.

—Me parece bien —asintió Brennan—. Estaré en contacto.

—Una sugerencia —ofreció Fundido al ver que Brennan se daba vuelta—, abre bien los ojos a ver si das con los archivos secretos de Chrysalis.

—¿Archivos secretos?

—Su acervo de información. Se dice que ella llevaba un archivo con los pormenores de todo lo que descubría sobre cada persona en la ciudad, y esos expedientes no aparecieron cuando la policía los buscó en el Palacio. Y puedes apostar que la policía tenía órdenes de hacer un registro a conciencia.

—¿A ti qué te importan esos archivos?

Fundido sonrió.

—Alguien ha de ocupar el lugar que ha dejado vacío Chrysalis.

Brennan sacudió la cabeza.

—¡Qué ambicioso eres! Primero quieres reemplazar a Kien. Ahora a Chrysalis.

Fundido se encogió nuevamente de hombros.

—Un hombre ha de mantenerse ocupado.

—Conforme —dijo Brennan—. Tendré los ojos abiertos. Si los veo, puede que yo mismo quiera echarles un vistazo.

—Bueno —dijo Fundido, con una sonrisa—. Que te diviertas cazando al asesino de Chrysalis. Cuando lo hayas hecho, puedes venir por Kien. Te estaré esperando.

—Ya veremos.

Brennan se dio vuelta para irse, pero se contuvo y volvió a encarar a Fundido y Lazy Dragón.

—Una cosa más: ¿han oído hablar de un as que se llama Doug Morkle?

Fundido y Lazy Dragón se miraron.

—No. ¿Debía conocerlo?

—No lo sé —admitió Brennan—. Está en la lista de sospechosos, pero nadie ha oído hablar de ese hijo de puta.

—Morkle. ¡Qué nombre más raro! Preguntaré por ahí.

Brennan asintió, giró una vez más sobre los talones y se desvaneció en la noche, dejando que Fundido y Lazy Dragón trataran de solucionar el problema de un automóvil que había vaciado todo su líquido de radiador en un charco verde sobre la calle.

6:00 a.m.

JAY ABRIÓ LOS OJOS Y TUVO QUE CERRARLOS DE VUELTA. LA LUZ volvía insoportable su dolor de cabeza. Tras sus párpados las pulsaciones parecían truenos, el lado izquierdo de la cara era una masa indistinta de dolor y sentía el sabor de la sangre en la boca. Alguien le había atado las manos a la espalda.

Cuando trató de incorporarse, tuvo la sensación de que dentro del pecho algo se trituraba con un dolor extremo. Un débil quejido se le escapó de los labios. Volvió a recostarse y se quedó muy quieto. Quizá fuera mejor dormirse de nuevo.

—Lo he oído —murmuró una voz profunda, que sonaba lejana—. Se queja. Está despertando.

—Tráelo aquí, John —replicó otra voz, vagamente familiar.

Con la misma facilidad que un adulto levanta del suelo a un niño, unas manos grandes lo alzaron, lo llevaron al otro lado de la habitación y lo sentaron en una silla.

Esas manos no lo trataban con gentileza. Jay tuvo que ahogar un grito de dolor.

—Abra los ojos, mister Ackroyd —dijo la segunda de las voces.

De mala gana, Jay hizo el intento. Tenía el ojo izquierdo cerrado por la hinchazón.

Al otro lado de un escritorio antiguo lo contemplaba la figura de la muerte.

—Dutton —logró articular Jay a través de sus labios partidos y ensangrentados.

La muerte asintió. Una sombra descendió sobre Jay. Se forzó a volver la cabeza. Sólo estando muy cerca de Oddity se daba cuenta uno de sus extraordinarias dimensiones. Tras la máscara de esgrima se le oía respirar con dificultad y se percibía el peso de su mirada implacable.

—Me dijiste que no conocías a Oddity —le reclamó Jay a Dutton.

—Fue mentira —repuso Dutton.

Jay trató de encontrar una respuesta ingeniosa, pero no lograba hacer que su mente funcionara. Volvió a cerrar los ojos y se obligó a abrirlos de nuevo. Sintió que la cabeza estaba a punto de explotarle.

—Supongo… —dijo—, ¿no tendrán una aspirina?

—John —dijo Dutton—, hay un frasco de aspirinas en el baño. Ten la bondad de traerlo.

—¡Qué le duela! —masculló Oddity—. A él no le importa hacernos daño, ¿no es así? Que sufra un poco.

—Comprendo tus sentimientos —persistió Dutton—, pero es deseable tener su cooperación, después de todo. Por favor.

Entre gruñidos, Oddity se dirigió hacia la puerta del baño en la parte trasera de la oficina. Jay oyó que se abría de un golpe el gabinete de medicinas, y corría el agua en el lavabo.

—Mis disculpas —ofreció Dutton—. El temperamento de John a menudo es más fuerte que él, y me temo que no eres persona grata para él.

Oddity volvió con un puñado de aspirinas en una mano y un vaso de agua en la otra. Con las manos todavía atadas a la espalda, Jay no pudo más que abrir la boca. Oddity le metió en la boca media docena de aspirinas y le puso el vaso en los labios. Jay bebió hasta atragantarse.

Oddity gruñó y se levantó para mirar cómo Jay recuperaba el aliento entre toses. La mano derecha del joker, la que sostenía el vaso de agua, era grande y ruda, con vello negro y áspero que le cubría los nudillos. La izquierda era mucho más pequeña y delicada, mano de mujer, con uñas largas y en punta. Bajo la tela gruesa y oscura, Jay podía ver la curva de los senos.

—Gracias —pudo articular.

—Jódete —le ladró Oddity.

Jay se volvió a Dutton.

—Tú sabías que iba a venir —le dijo, y no era una pregunta.

—Tú o alguien como tú —replicó Dutton—. ¿Cuánto te paga Barnett para

traicionar a tu propia gente?

Por un momento Jay pensó que no había oído bien.

—¿Barnett? —dijo, aún mareado—. ¿De qué carajos estás hablando?

—No pongas a prueba mi paciencia, mister Ackroyd —dijo Dutton con fatiga en la voz—. ¿Por qué será que los ases siempre insisten en tratarnos a los jokers como si fuéramos retrasados mentales? No he llegado a donde estoy por ser estúpido.

—Me da lo mismo que seas el tipo más listo del mundo —dijo Jay—, pero te equivocas.

—¿Ah, sí? —replicó Dutton—. En tal caso, ¿qué haces aquí?

Jay titubeó.

—¿Ustedes saben que ese saco es el auténtico?

—Sí —aceptó Dutton, mirándolo con los ojos hundidos en su terrible rostro amarillento—. Eso me dio a entender Chrysalis cuando me lo entregó para incorporarlo al diorama.

—¡La carta robada! —refirió Jay—. Esconder el botín a la vista, donde cientos de turistas lo ven a diario, y todos suponen que es una réplica. Nada mal. Pero no te dijo por qué quería esconderlo, ¿verdad?

—No —admitió Dutton—. Me provocó curiosidad, pero sabía que era inútil presionarla. Después de su muerte, me enteré de la historia.

—Nosotros se lo contamos aquella noche —intervino Oddity—. Después de que tú nos condujiste hasta aquí. Ustedes los ases creen que los jokers tenemos mierda en lugar de cerebro, pero en este caso el que cayó fuiste tú.

—Entonces ¿ustedes saben lo de Hartmann? —le preguntó Jay a Dutton.

—¿Qué tiene el wild card? —reviró Dutton—. ¿Y qué? De cualquier manera él es la única esperanza que tenemos los jokers. Claro que necesita ocultar su condición. En el clima político actual, a un hombre cuerdo no le queda otro camino. El público no votará nunca por un wild card, ni siquiera en estado latente, como Hartmann, por el riesgo de que se manifieste el virus y lo convierta en uno de nosotros. Por eso Leo Barnett quiere el saco.

—Yo no trabajo para Leo Barnett… —empezó a decir Jay.

—¡Mentiroso! —ladró Oddity—. A cambio de su asqueroso dinero de norm lo estás ayudando a acabar con Gregg.

—Se equivocan —dijo Jay—, Hartmann es un as mortífero, él…

Oddity se movió a mayor velocidad de lo que Jay lo habría considerado capaz, lo agarró del cabello y le estrelló la cabeza contra la silla, luego lo abofeteó con suficiente fuerza para aflojarle los dientes.

—¡Cállate! ¡Gregg es el único amigo que tenemos los jokers!

Jay tenía la boca llena de sangre del labio roto. Escupió con debilidad hacia la máscara de esgrima y clamó a Dutton.

—¿Te vas a quedar ahí sentado viendo cómo esta Santísima Trinidad me muele a golpes, o estás dispuesto a escucharme?

—Déjalo, John —indicó Dutton—. Quiero oír lo que tenga que decir.

De mala gana, Oddity soltó el cabello de Jay y dio un paso atrás alejándose de la silla. El enorme cuerpo del joker se estremecía. Los dedos de la mano izquierda se volvían más gruesos mientras que los pechos desaparecían.

—Ni siquiera conozco a Leo Barnett —comenzó Jay.

—Eres un as que vende sus servicios por dinero. Dudo mucho que Barnett te haya contratado personalmente. De cualquier modo, trabajas para favorecer sus intereses. De no ser así, ¿para qué ibas a andar buscando ese saco?

—El saco es el motivo por el que asesinaron a Chrysalis —dijo Jay—. Y aunque no me guste tener que mencionarlo ahora que estoy amarrado como ganso de navidad, este heroico joker tuyo se perfila cada vez más como presunto autor material del crimen.

—Eso no es cierto —intervino Oddity.

Su voz era mucho más suave, sin duda una voz femenina. En cambio, la mano izquierda se presentaba ruda y callosa. Los dedos de la mano derecha se alargaban y perdían el vello que las cubría, al tiempo que la piel asumía un color chocolate oscuro.

—¿Por qué íbamos a querer hacerle daño a Chrysalis?

—Porque te dijo Gregg Hartmann que lo hicieras, y tú adoras al senador Gregg, ¿no?

—Gregg es un buen hombre —objetó Oddity, en un tono de voz que a Jay le pareció un poco defensivo.

—Es imposible que Oddity haya matado a Chrysalis —observó Dutton, ejerciendo su paciencia—. Si tú fueses amante de las bellas artes, Ackroyd, sabrías que Evan es escultor. Antes trabajaba con barro, bronce y mármol. Hoy en día se dedica a la escultura en cera. Como Patti y John no tienen su talento, Evan solamente puede trabajar durante los breves periodos en que su mente y al menos una de sus manos emergen en Oddity. Estos momentos los aprovecha cuando llegan, de día o de noche.

Dutton sonó casi triste al dejar caer el otro zapato.

—Evan estuvo aquí mismo la noche del asesinato, trabajando sobre una nueva imagen de Mistral para la Galería de la Belleza. ¿Qué queda de tu teoría después de oír esto?

De repente, Jay no supo nada más que le dolía mucho detrás de los ojos, y sólo quería irse a su casa y poder sentirse mal más a su gusto.

—¡Mierda! —logró exclamar—. Entonces Hartmann debe de haber mandado a otro. Tal vez Carnifex, o Braun. O Doug Morkle, no lo sé.

—Especulas, Ackroyd —comentó Dutton, y miró a Oddity—. ¿Por qué no le cuentas lo que en realidad sucedió, Patti?

Oddity se dio vuelta hacia Jay. Aun en el modo de moverse, más femenino, se notaba una diferencia.

—Ningún joker le habría hecho daño a Chrysalis. Élla era de los nuestros. El asesino tenía que estar trabajando para Barnett, en busca del saco. Tal vez quiso arrancarle el secreto a Chrysalis y se le pasó la mano.

Oddity expresaba completa sinceridad.

—¿Eso crees? Entonces ¿no te importaría decirme de quién se trata?

—No es posible saberlo con certeza —repuso el joker, y el sonido de una voz de mujer emanado del enorme y contrahecho cuerpo tenía algo terrible, que daba miedo —. Pudo ser Quasimán. Es un pobre ser de mente simple, que hace lo que le dicen y le debe la vida al reverendo Barnett.

La mano de Oddity hizo un ademán en el aire lleno de delicadeza. Pero la mano era de hombre, con las uñas mordidas.

—O tal vez un as que se vende por dinero, como lo haces tú —añadió.

—Ustedes dicen que Chrysalis murió para proteger a Hartmann, porque él es el amigo de los jokers, ¿no?

Jay miró a Dutton primero y después a Oddity antes de proseguir:

—Entonces ¿cómo contestarían esta pregunta? Si Chrysalis deseaba mantener los secretos de Hartmann a salvo*, ¿por qué no destruyó ese saco hace un año*?

La sonrisa perpetua en el rostro de Dutton se transformó por un momento en una mueca de disgusto.

—Esa pregunta también me la he planteado yo —admitió—, pero mi socia tenía planes sutiles, y sus motivos a menudo quedaban en la oscuridad. Sin duda creyó poder armar cierto tipo de jugada.

—Ese saco era su seguro de vida —declaró Jay—. Ahora que ella ha muerto, es preciso cobrar la póliza.

—Pero ¿acaso no tienes idea de lo que está pasando en Atlanta? —le preguntó Dutton, haciendo gala de paciencia—. Miles de jokers han ido a aquella ciudad para manifestar por medios pacíficos su apoyo a Hartmann. Fueron recibidos con arrestos, actos de violencia callejera y ataques del Ku Klux Klan. Ayer casi estallaron disturbios cuando cien hombres con uniformes confederados dispararon sobre la multitud. Barnett ha logrado quitar el filo a la plataforma de derechos de los jokers y, si sale electo, el buen reverendo nos va a internar a todos en campos de concentración. La mayoría de la gente piensa que Gregg Hartmann es lo único que separa a este país de un genocidio de jokers.

—Muchas personas creyeron también en Hitler —observó Jay.

Dutton suspiró.

—Mucho me temo que esta conversación sea igual de inútil que tus indagaciones. En realidad, mister Ackroyd, no importa para quién trabajes. Es demasiado tarde. Aunque tengo la mayor aversión a dañar un artefacto histórico genuino, me pareció demasiado riesgoso conservar éste. Ve con quienes te contrataron y diles que se acabó. Hemos quemado el saco.

—Se ha vuelto cenizas —confirmó Oddity—. Ya no pueden hacerle daño a

Gregg.

—La sangre manchada ha desaparecido —le ratificó Dutton a Jay—. Si Dios tiene misericordia, Gregg Hartmann será el próximo presidente de Estados Unidos.

5:00 a.m.

El sótano de Squisher estaba igual de atiborrado, oscuro y maloliente que la primera vez que Brennan había entrado en él unos días antes. El mismo cantinero se hallaba detrás de la barra, y en el salón se apreciaba a muchos de los parroquianos de la ocasión anterior, aunque Bludgeon no se incluía entre ellos. Un par de clientes regulares saludaron a Brennan con jovialidad, y uno de ellos le preguntó si venía a apalear a otro as.

—Hoy no —replicó Brennan con una sonrisa—. Sólo he venido a beber algo y cambiar unas palabras con mi amigo.

Trípode se hallaba en una banca al final de la barra y, debido a la estructura de su pelvis, no lograba sentarse debidamente.

—¿Qué le sirvo? —preguntó el cantinero sin boca.

La voz emanaba de un pequeño orificio cortado en la base de la garganta.

—Whisky irlandés. Tullamore.

El cantinero siguió limpiando vasos con un trapo que Brennan no usaría ni para sonarse la nariz.

Brennan suspiró.

—Está bien —corrigió—. Un escocés.

—Escocés sí tenemos —dijo el cantinero, que tomó una botella de ImporterTs y sirvió una copa.

Squisher se asomó precavido por el borde del acuario.

—¿Cómo va todo, grandulón?

—Todo bien —replicó Brennan al tiempo que sacaba del bolsillo un rollo de billetes del cual desprendió uno de cinco.

—Eh —dijo Squisher—, ese dinero aquí no sirve. Los amigos de Squisher beben gratis.

Brennan se guardó el dinero, asintiendo.

—Lo recordaré. Muchas gracias.

Brennan tomó su vaso y se fue a sentar al lado de Trípode, al extremo de la barra donde bebía un tarro de cerveza con popote. Con su cortesía habitual, el joker preguntó:

—¿Cómo van las cosas, mister Y?

—¿Alguna novedad? —reviró Brennan en voz baja.

Trípode frunció los labios.

—Nada, mister Y. Me he gastado las suelas de los zapatos, pero ¡hombre! Sascha se ha esfumado. Debe andar escondido en algún sitio y no logro dar con él.

Brennan afirmó con la cabeza y le dio un sorbo a su vaso.

—Hay un elemento nuevo. Podría estar relacionado con el asesinato, pero no estoy seguro. ¿Qué sabes de una nueva droga que se llama embeleso?

—Ah, sí —afirmó Trípode—. La última novedad. Muy exclusiva. Dicen que tiene el efecto de que todo parezca maravilloso, mejor que nunca. La comida, el sexo, otras drogas. Hasta el dolor.

—¿El dolor?

—Sí. Algún estúpido puede cortarse con una navaja, porque esa sensación también es deliciosa. Pero no se siente nada delicioso cuando se pasan los efectos.

Brennan asintió.

—Es posible que Chrysalis descubriera algo sobre esa droga y que la hayan matado por tal motivo. Pero tendría que ser una información importante, y de carácter muy grave, no sólo el dato de que embeleso existe.

—¿Sabes? —dijo Trípode, pensativo—. La novia de Sascha es adicta al embeleso. Al menos la he visto varias veces con los labios azules.

—¿Novia? —inquirió Brennan—. ¿Sascha tiene novia?

—Sí. ¿No lo sabías? Una chica muy candente que se llama Ezili Rouge. Pero no es que tenga una verdadera relación con el chico ciego. Élla tiene muchos novios. Y también novias. Dicen que le gustan hasta los cachorritos de perro y cosas similares.

—¿Es prostituta? —preguntó Brennan, frunciendo el ceño.

—Es probable. Tiene dinero y ha de sacarlo de alguna parte.

—¿No sabes dónde vive?

—Hey, ella no forma parte de mi mundo. La he visto por ahí. Tiene la cara de un ángel que se volvió malo. Ojos rojos extraños y un cuerpo que llevaría a pecar al más santo. Yo daría una pierna por tener un poco de eso. De cualquier modo, no sé qué hacer con tantas piernas.

—¿Y la policía? ¿No ha tenido líos con ellos?

—Pudiera ser. Gasta mucho en drogas. Hay que pensar que la policía por lo menos tendría cierto interés en sus actividades.

—¿Qué clase de drogas?

—Todas. Menciona la que quieras y te aseguro que ella la ha comprado. Heroína, crack, cocaína, anfetas, ludes, marihuana, PKD, polvo de ángel y drogas de diseño, como el embeleso. Si lo que se rumora es cierto, por Dios que ha comprado suficientes drogas para enviar a un ejército invasor por una supercarretera al paraíso.

Brennan frunció el entrecejo. Pudiera ser que Sascha se enganchara a algo que lo había puesto bajo el control de Ezili. Tal vez le hubiese contado algo a Ezili, quien a su vez le habría dicho a Quincey y éste hubiese hablado con Wyrm. Tal vez, tal vez, tal vez.

—¿Dónde suele andar ella?

—Sobre todo en un par de sitios.

Trípode le dio el nombre de varios centros nocturnos, todos de mala reputación.

Brennan terminó su trago, puso el vaso sobre la barra y con disimulo dejó caer dos billetes de veinte dólares al suelo.

—Gracias —se dio vuelta para salir, pero se detuvo y giró la cabeza para mirar a Trípode, que se metía los billetes en la bolsa del tobillo usando los dedos de raras articulaciones que salían de su pie central—. Una cosa más. ¿No has oído hablar de un as llamado Doug Morkle?

—¿Morkle? ¿Qué clase de nombre es ése para un as?

Brennan meneó la cabeza.

—No tengo idea.

* * *

La mitad posterior del cuerpo del doctor Finn era de un pony palomino; la mitad anterior parecía demasiado joven para ser médico.

—¿Qué le pasó? —preguntó Finn mientras ponía vendajes sobre las costillas de Jay.

—Andaba buscando un saco sport —dijo Jay, en tono de lamento.

—Recuérdeme no acudir nunca a su sastre —comentó Finn al terminar sus curaciones—. ¡Listo! ¿Cómo se siente?

—Me aprieta —se quejó Jay, intentado doblar el brazo y haciendo gestos de dolor —. Se me dificulta el movimiento.

—Qué bueno —aprobó Finn—. No quiero que se mueva mucho hasta que vuelva a pegarse la costilla. ¡Tiene usted suerte, mister Ackroyd! Unos centímetros más y el hueso le habría perforado el pulmón.

—¿Cómo está mi cabeza?

—Los rayos x no indican más que una contusión bastante pequeña —le informó Finn—. Nada de que preocuparse si se lo toma con calma.

—¡¿Qué voy a hacer?! —exclamó Jay—. No sé bailar.

—¡Qué lástima! —comentó Finn, sonriendo y ejecutando pasitos de soft-shoe a cuatro patas—. Yo sé lucirme en la pista de baile.

—Apuesto a que sí. ¿No me va a dar nada para el dolor? La cabeza me está matando y no tengo otra distracción que el dolor en las costillas.

Finn se sacó un cuadernito de la bolsa y garrapateó una receta.

—Tenga —dijo, después de arrancar la hoja y dársela a Jay—. Eso lo ayudará.

—Gracias.

Jay bajó de un salto de la camilla. Fue un error, y la costilla rota se lo replicó al

instante.

—Ay, mierda —se quejó, haciendo crujir los dientes.

—No haga esos movimientos bruscos —le aconsejó Finn, en un tono demasiado despreocupado para el gusto de Jay—. Tampoco debe manejar un automóvil en su estado. ¿Tiene quién lo lleve a su casa?

—Tomaré un taxi —repuso Jay.

Charles Dutton lo había llevado a la clínica, una vez que se aseguró de que Jay no tenía nada valioso que decirle, pero supuso que el joker no se había quedado en la sala de espera. Y en caso contrario, ya tenía bastante de Dutton y Oddity por un día.

—Usted hizo la autopsia de Chrysalis, ¿no es cierto?

—Sí —replicó Finn—. La policía siempre nos llama para las autopsias de jokers. El forense no se siente capacitado para entender la fisiología peculiar del joker.

El pequeño centauro desvió la mirada y movió las patas con incomodidad.

—Fue algo terrible. Aquí en la clínica vemos muchas víctimas de asesinatos, y nunca son bonitas, pero el modo en que mutilaron su cuerpo…

Finn meneó la cabeza.

—Sí —dijo Jay, tocándose la cara inflamada por los golpes, pensando que sabía cómo se habría sentido ella.

5:00 p.m.

EMPAPADO EN SUDOR, BRENNAN DESPERTÓ DE UN SUEÑO QUE recordaba a medias en el que todos sus amigos y amantes morían de forma lenta y espantosa a manos de una agencia invisible que él no tenía poder de parar. Se reorientó al mirar a Jennifer sentada en el único sillón del cuarto, oyendo distraída el transmisor plantado en Quasimán. Al escuchar que Brennan se movía, giró para verlo sentarse y pasarse la mano por los cabellos.

—Ya era hora de que te despertaras —dijo ella—. Sufro de aburrimiento terminal oyendo a Quasimán tropezar a lo largo del día.

—¿No has escuchado nada que pueda asociarlo con el asesinato?

Élla meneó la cabeza.

—O bien es muy listo, lo cual francamente dudo, o bien no tiene ningún contacto con la gente de Barnett.

—¿Qué hizo hoy? —preguntó Brennan.

—Se levantó temprano. Le llevó un buen rato entender cómo se usa el trapeador, después de lo cual lavó los pisos de la iglesia. Se subió a la azotea para tomar un café y se le olvidó bajar. El padre Calamar lo llamó para recordarle que cortara la hierba en el cementerio. Eso fue difícil. Para cuando logró entender la podadora ya era hora

de comer. Se pasó la tarde cortando hierba. Una vez el transmisor dejó de enviar la señal durante cuarenta y cinco minutos. Creo que acompañó a Quasimán a alguna otra de las dimensiones en que se mete. Si me pides mi opinión, él es sólo lo que aparenta: un conserje de iglesia de carácter dulce que sufre de un terrible padecimiento.

—Es probable —coincidió Brennan y recogió sus pantalones del suelo para ponérselos. A continuación buscó una camiseta limpia en la cómoda.

—Hoy obtuve una pista sobre Sascha. Trípode me contó que, por lo visto, tiene novia.

Se interrumpió para mirar el sobre blanco que se encontraba sobre el tapete desgastado, justo al lado de la puerta que daba al corredor de afuera.

—¿Cuánto hace que está ahí eso? —le preguntó a Jennifer.

Élla se dio vuelta, miró el sobre y frunció el ceño.

—No lo sé. No me había dado cuenta.

Brennan cruzó el cuarto y recogió el sobre. No estaba cerrado ni dirigido a ningún destinatario. Lo abrió y sacó un pedazo de papel, en el que había un mensaje escrito en la caligrafía infantil que ya le era familiar.

«Perdón por lo mal que salió antes», decía. «Sólo quiero ayudar. Quieres encontrar a un adicto verdadero ve a Chickadee».

—¡Maldita sea! —masculló Brennan para sí—. ¿Qué diablos pasa aquí?

6:00 p.m.

—¡SANTO JESÚS! ¿QUÉ TE PASÓ EN LA CARA? —GRITÓ DIGGER.

Jay cerró la puerta de la oficina y bajó los ojos para mirar al reportero. Digger tenía ya casi veinte centímetros de estatura. En un par de días más podría pasar por un enano.

—Estoy disfrazado de un pobre diablo al que han molido a pellos —declaró.

Con movimientos pausados atravesó la oficina y se sentó. La radio mascullaba cosas de la convención, y eso le agudizaba el dolor de cabeza. La apagó.

—¡Por Dios que me duele con sólo mirarte! —comentó Digger—. ¿Te das cuenta de que tienes púrpura la mitad de la cara?

—Lo bueno es que no uso corbata. El color podría no combinar.

—No te apures, en un par de días se te baja la hinchazón y los moretones se ponen verdes.

Downs hablaba con la autoridad de un conocedor del tema, pues a veces el público había manifestado poco aprecio por su pasión periodística.

—Pero ¿dónde has estado?

—Durmiendo —replicó Jay, con dificultad porque los analgésicos lo tenían mareado.

—¿*Durmiendo*? ¡Santo Jesús, Ackroyd! ¡En Atlanta todos los demonios andan sueltos! Hartmann está a sólo trescientos votos de la nominación ¿y tú decides tomar una siesta?

—Downs —advirtió Jay—, me acabo de despertar, siento como si tuviera la cabeza llena de algodones, estoy conmocionado y tengo rota una costilla, pero no me atrevo a tomar más analgésicos porque no me dejarían pensar como es debido, y hemos perdido el jodido saco, y si no cierras la boca ahora mismo te voy a mandar a la mitad del túnel Holland para que te entretengas un rato con el tránsito, ¿entendido?

Digger hizo un ruido como alguien que ha visto a su anciana abuela ser atropellada por un semirremolque.

—¡Perdiste el saco!

Jay suspiró.

—Dutton lo destruyó antes de que le pusiera las mimos encima —relató, fatigado.

—¡Dios! —dijo Digger, con su vocecilla irritante, vibrando de pánico—. ¡Diosdiosdios! ¿Qué vamos a *hacer*?

—Pues se nos agotan las opciones —admitió Jay—. Y se acaba el tiempo.

Intentaba pensar. No era fácil, con las punzadas que le daba la cabeza.

—Mira, tal vez Kahina tenía algo además del saco. Análisis de sangre. Cartas. Lo que sea. No es mucho, pero ¿qué más tenemos? ¿Qué sabes tú de ella?

—Investigué un poco después de que… después de que murió —dijo Digger—. Con la mayor discreción, ¿sabes? Sin agitar las cosas. Entró ilegalmente al país, de eso tuve informes confiables. Siendo quien era, no me parece posible que ella misma se haya encargado de entrar, sino que alguien la ayudó, un verdadero profesional, porque lo hizo sin dejar ningún rastro.

—¿Y al llegar aquí?

Digger se alzó de hombros.

—Vivía en Jokertown con un nombre falso. ¡Si vieras en dónde se quedaba! Un verdadero tugurio. A esa chica no le faltaban agallas, hay que concedérselo, pero no tenía ni idea de en lo que se estaba metiendo. No habría sido más conspicua si se hubiese propuesto llamar la atención. El día en que llegó, iba con una de esas cosas musulmanas, ¿cómo se llama?, el *chador* puesto. No tardó en cambiarse a ropas norteamericanas, pero eso no la ayudaba mucho. Era la única persona normal en el hotel, y manifestaba su *odio* a los jokers.

—Entonces, ¿qué diablos hacía trabajando con Chrysalis y con Gimli? —preguntó Jay de modo abrupto.

—No con Chrysalis —aclaró Digger—. Esa idea fue de Gimli, y Kahina siempre estuvo en contra. Hubo una gran pelea sobre aquel asunto. Se peleaban todo el tiempo. Religión, política, estrategia, esos dos no estaban de acuerdo en nada.

El pequeño reportero se alzó de hombros.

—Pero ¿qué decir? —agregó—. Las alianzas políticas conducen a casamientos increíbles, ¿no te parece?

Jay frunció el ceño.

—¿Cómo es que sabes todas estas cosas?

—Chrysalis me las contó —admitió Digger—. Entre los conspiradores de Gimli existía una filtración, y ya sabes cómo era: si algo se filtraba en Jokertown podías apostar el culito a que Chrysalis estaba al tanto.

—Sí —dijo Jay, meditabundo. Se puso de pie con lentitud.

—¿Adónde vas ahora? —preguntó Digger.

—A Jokertown —dijo Jay—. Tengo ganas de ver con mis propios ojos el último domicilio conocido de Kahina.

7:00 p.m.

UNA VEZ ADENTRO ÉL SOLO, BRENNAN MIRÓ A SU ALREDEDOR EN la sala de Chickadee sin saber qué hacer. Jennifer lo esperaba afuera, pues aquel club no era el tipo de lugar donde ella podría entrar sin llamar la atención. Se acercó al bar y pidió un Tullamore. Se lo bebía a sorbos, dejando que sus pensamientos se arrastraran con pereza pero sin frutos por su mente, cuando oyó una voz que hablaba con la torpeza de una fenomenal borrachera.

—¡Tú eres el amigo de mi niñita!

Se volvió a mirar, molesto, pero sus ojos se quedaron fijos. Él que hablaba se parecía a Joe Jory, pero estaba transformado. Su quijada ya no existía, para efectos prácticos. La nariz se había convertido en un hocico de cerdo y de su boca, que sonreía sin poderlo evitar, asomaban dientes incisivos de cinco centímetros de largo. Tenía los ojos enrojecidos e inflamados, como si llevara horas de beber o de llorar.

—¿Qué pasó? —le preguntó Brennan.

Jory se encogió de hombros, como si ya nada importara.

—No lo sé. Anoche fui a un bar. En un callejón, con un portero vestido de negro. Tenía una sonrisa rara y me dejó entrar sin cobrarme, dijo: «No es nada». Dentro estuve hablando de mi niñita, de lo bonita que fue y lo que el virus le había hecho, y me trajeron de beber y me decían que qué pena que mi niña era joker, y me dijeron que se lo contara a todos. Me subí al escenario y les dije a todos los presentes qué terrible era lo que me pasaba, que en Oklahoma no tenemos jokers y *se echaron a reír*. Se reían de mí. Se reían sin parar, y alguien gritó: «¡Ahora ya tienen!», y un cadenero muy feo me sacó del bar. Me fui a otro lugar, pero la gente se seguía riendo de mí, y fue cuando me di cuenta de que algo horrible me estaba pasando, como si me hubieran puesto una máscara que no podía quitarme. Bebí hasta caerme, y por la

mañana quise regresar al bar para que me devolvieran mi cara y volver a ser persona normal, pero *el bar había desaparecido*. ¡Ya no estaba allí…!

Su voz se iba disipando entre sollozos y, a pesar de sí mismo, Brennan se conmovió por ese hombre desorientado que se hundía en aguas demasiado profundas para él. Había entrado en un lugar del cual Brennan sólo había oído rumores, el Jokers Wild en el Callejón de las Ratas, donde los muertos pierden los huesos, donde nadie que entra está a salvo y donde el solo acto de entrar cambia a la gente, nunca para bien.

—¡Ayúdame! —sollozó Jory.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó Brennan en voz baja.

—Quiero tener mi cara de nuevo —pidió Jory, pero Brennan meneó la cabeza.

—Eso no te lo puedo dar —dijo en el mismo tono de voz.

—Entonces invítame a una botella. Anoche me dejaron sin dinero. Me despojaron de mi dinero y me quitaron la cara.

Brennan lo miró un momento más, hizo una seña al cantinero y puso veinte dólares sobre la barra. Cuando llegó la botella, Jory se aferró a ella, se la puso junto al pecho y se escurrió a otro lugar. Brennan lo miró desaparecer en la sala llena de gente. Fue en ese momento que vio a la chica con la boca azul.

Estaba con un hombre en el bar, bebiendo con él y riéndose cada vez que él hablaba, a carcajadas fuertes. Se acercaba tanto al hombre que sus rodillas desnudas lo presionaban en los muslos y jugaba con su pelo, que enroscaba en su dedo cordial. A Brennan le pareció conocida, y de pronto se dio cuenta de que se trataba de Lori, la recepcionista que lo llevó a la suite de Quinn la noche en que el Esquimal daba su fiesta para presentar el embeleso. Élla era una de las que hacía demostraciones para que se viera que era una droga fácil y segura de consumir.

Brennan se llevó su Tullamore hacia ese lado del bar. Se puso frente al hombre, casi tocándolo, de modo que el asediado tuvo que alzar la mirada.

—Deseo hablar con la dama aquí presente —sonrió Brennan.

El hombre reaccionó al principio como si quisiera disputar sus derechos, pero cambió de opinión.

—Claro, compañero —concedió—. Sobran nenas en este lugar.

Se quitó del banco y Brennan ocupó su sitio. Élla sonrió. Las encías y la lengua azules daban a su sonrisa un matiz siniestro entre sus dientes blancos y labios rojos.

—Pareces ser un hombre amigo de divertirse —le dijo la mujer, que veía crecer sus esperanzas.

Era obvio que no reconocía a Brennan, que además cuando la había visto la vez anterior llevaba una máscara de Mae West.

—Ése soy yo.

—Qué bueno —dijo ella, y sus ojos brillaron con su sonrisa—. Vamos arriba, cariño. Yo puedo enseñarte algo que nunca has visto.

—¿Tú?

—Ya lo creo. Confía en mí.

Tiró de Brennan para que se bajara del banco. Le sudaban las palmas de las manos y de su cuerpo emanaba un aroma agrio, de transpiración ahogada en perfume barato.

Su cuarto era un cubículo pequeño con la cama revuelta. Cerró la puerta después de entrar y le sonrió a Brennan con coquetería fingida.

—Primero atendamos los negocios, cariño. Después podemos ser amiguitos —anunció, y viendo que Brennan asentía, prosiguió—. Te va a costar cien. Pero por sólo ciento cincuenta te puedo dar algo de veras especial. Es diferente a todo.

—¿Qué es eso?

Estaba abriendo ya el cajón de su maltrecha cómoda.

—Se llama embeleso, cariño, y es como irse al cielo.

Alzó un frasco pequeño de polvo azul, parecido al visto por Brennan la noche de aquella fiesta. Tan pronto lo sacó, se quedó con la vista fija en los polvos. Los miraba con ojos vacíos, y se le pusieron a temblar las manos. Quitó la tapa al frasco y lo contempló como si fuese la llave del reino.

—¿Qué te hace? —le preguntó Brennan, observándola con atención.

—¿Hace?

Como si no pudiera resistir más su apetito, metió un dedo al frasco y se lo llevó a la boca, pasándolo por sus encías manchadas. Sonrió y enseguida se chupó el dedo con la punta azul, como si lo hubiera remojado en una salsa exquisita.

—Hace que todo sea fresco y sabroso y se sienta rico. Deja que te ponga un poco en la verga, cariño, y verás que no hay nada igual en el mundo.

—¿No es peligroso?

Lori se rió, meneando la cabeza.

—Para nada. Yo llevo varias semanas tomándolo.

Se le acercó; sonreía con expresión de complicidad.

—Yo y el tipo que la fabricó somos así —le confió, mientras cruzaba dos dedos.

—No lo dudo —Brennan se acercó mientras ella sonreía en un éxtasis desenfocado y extendía la mano para tocar su sexo bajo el pantalón.

Él le devolvió la sonrisa.

—No, gracias —rehusó, y con un movimiento rápido le quitó el frasco de embeleso.

—¡Hey! —protestó ella.

—¿Por qué no podemos hacerlo sin embeleso? —le preguntó.

—Porque es más rico si lo usamos.

—A mí me gusta sin aditivos.

—Pero es mejor, de verdad mejor —insistió ella, cada vez más frenética.

Se acordó de lo que Quincey había dicho un par de días antes: una droga tan buena que hacía que a las putas les gustara el sexo.

—¿Cómo es hacerlo sin embeleso? —le preguntó, al tiempo que alejaba el frasco

que ella quería arrancarle de la mano.

—Como siempre —espetó ella—. Aburrido. Muerto. Sin sensación.

—¿Y la comida? ¿Cómo es sin la dosis?

Élla hizo un mohín.

—Cartón y pegamento. Composta podrida.

—¿Él vino? ¿La champaña?

—Agua tibia con mierda. ¡Dame eso!

Brennan lo alzó a una altura fuera de su alcance, meneando la cabeza.

—Lo necesito. Tengo un amigo que tal vez quiera echarle una mirada a estos polvos.

—Voy a gritar —dijo ella.

—Claro que no —le indicó Brennan, y volvió a sacudir la cabeza—. Te daré una dosis y enseguida te voy a amarrar y puedes decirle a todo el mundo que te he robado.

—Dame dos dosis. Otra para después —jadeó ella.

—Claro.

Lori asintió, frenética, y se volvió a la cómoda. Le dio a Brennan una cajita de lata en la que él vació una dosis del polvo, y enseguida le pasó un espejo pequeño. Él preparó una línea, y ella encontró un popote en algún sitio y lo inhaló todo por la nariz de una sola vez. Se reclinó sonriente.

—¿Qué se siente cuando te lo metes así? —le preguntó él con curiosidad.

—Buenos pensamientos —dijo Lori con expresión soñadora—. Sólo buenos pensamientos.

Mientras asentía, Brennan la llevó a la cama. Élla se sentó obediente, y se dejó atar y amordazar con tiras desgarradas de las sábanas. La dejó, preguntándose cómo serían sus pensamientos cuando se le pasaran los efectos del embeleso.

10:00 p.m.

EN UNA COSA DIGGER DOWNS NO SE HABÍA EQUIVOCADO: EL HOTEL donde Kahina había pasado sus últimas semanas era en verdad un tugurio.

Media docena de jokers ancianos se hallaban sentados en el vestíbulo, viendo un antiguo televisor Philco en blanco y negro en lo que les llegaba la hora de morir. Al entrar Jay todos lo miraron con ojos ausentes de curiosidad. Nadie habló. Los jokers, al igual que el vestíbulo, olían a decadencia.

La encargada de noche era una mujer corpulenta de más de sesenta años, con el pelo recogido en un chongo. El aliento le apestaba a ginebra, y declaró que no sabía nada de ninguna mujer árabe, pero después de que Jay le pasó un billete de diez

dólares consintió de buena gana en que el detective examinara sus registros.

Los registros se encontraban en un estado no menos lamentable que el resto del edificio, pero después de media hora de examinar tarjetas de recepción y blocs de recibos de los meses de mayo y junio de 1987, Jay encontró lo que estaba buscando. Élla había pagado en efectivo un anticipo de dos meses de alquiler de una habitación en el tercer piso. Menos de tres semanas después, el mismo cuarto se lo habían vuelto a rentar a alguien registrado sólo como Stig.

Jay le mostró esas tarjetas y el bloc de recibos a la encargada.

—Élla —le dijo, apuntando al nombre con el dedo.

La esquina de otro billete de diez dólares se asomaba justo por debajo de la tarjeta, y produjo efectos salutíferos sobre la memoria de la vieja.

—Ah, sí, una mujer bonita. Sólo la vi una o dos veces. Me pareció que tenía aspecto de judía. ¿Entonces era árabe?

—Siria —repuso Jay—. ¿Qué fue de ella?

La mujer se alzó de hombros.

—Van y vienen.

—¿Quién es este Stig? —inquirió Jay.

—Estigmato —repuso la vieja, haciendo una mueca de desagrado—. Repulsivo. Me pongo enferma de tan sólo verlo, pero Joe, bueno, él dice que hasta los jokers necesitan un lugar donde quedarse. Pero si de mí dependiera… Se lo aseguro, esta gente es como animal. En todo caso, Stig no podía pagar la renta y Joe lo echó del cuarto; nos libramos de aquella porquería de huésped y se lo alquilamos a esa chica árabe. Pero unas semanas después Stig logró reunir el dinero de su deuda, y nos dijo que quería su cuarto de nuevo. No habíamos visto a aquella chica por una semana, así que dejamos que lo volviera a ocupar.

—¿Tenía efectos personales aquella mujer?

—¿Que si tenía *qué* personales?

—Cosas —aclaró Jay con impaciencia—. Cartas, papeles, pasaporte. Equipaje. Ropa. Un día se esfumó, ¿no es así? ¿Qué encontraron al limpiar el cuarto?

—Sí, ahora que me acuerdo, creo que dejó algunas cosas.

Le echó una mirada codiciosa.

—¿Es usted de la familia? No creo que pueda entregarle nada si no es pariente de ella. Eso no estaría bien.

—Claro que no —admitió Jay—. Pero mister Jackson es un pariente muy cercano de ella.

—¿Uh? —barbotó la vieja, con la mirada confundida.

Jay soltó un suspiro, como si rogara paciencia al cielo.

—¿Qué le parece si le doy veinte dólares por sus cosas?

Eso lo entendió al instante. Agarró una de las llaves colgadas en un tablero tras ella y llevó a Jay a un sótano húmedo y frío. Bajo el calentador de agua se amontonaban varias cajas de cartón, marcadas con los números de los cuartos

respectivos. Las cajas inferiores estaban verdes de moho y medio desechas y los números eran ilegibles, pero el legado de Kahina estaba encima de todo.

Examinó los contenidos de la caja en un rincón desocupado del vestíbulo. No había mucho: una edición del Corán en inglés, un plano de las calles de Manhattan, una edición barata de *La invención de un presidente, 1976*, con las hojas sobadas y partes subrayadas en los capítulos que hablaban de Gregg Hartmann, unas cuantas piezas de ropa, una caja de Tampax. Jay hizo un examen rápido de todo y se llevó la caja de regreso al escritorio.

—¿Dónde está lo demás?

—Eso es todo. No hay más.

Jay azotó la caja sobre el escritorio. La mujer pegó un brinco y Jay hizo una mueca de dolor, pues la costilla quebrada enseguida le hizo pagar el precio de su impulsividad.

—Mire: le he entregado cuarenta dólares de mi dinero, y todo lo que usted me da es una caja de basura. ¡Cómo voy a creer que esta mujer haya venido desde Siria sin nada más que unos tampones en un contenedor! ¡Con un carajo! ¿Dónde está su equipaje? ¿Qué fue de sus ropas? ¿No tenía dinero, joyería, cartera, pasaporte… algo?

—¡Nada! —persistió la mujer—. No encontramos más que lo que está en esa caja. Estos jokers no cuidan sus cosas como usted o como yo. Da asco el modo en que viven.

—¡Muéstreme su cuarto!

La vieja entrecerró los ojos.

—¿Cuánto me va a dar?

Fue la gota que derramó el vaso. Jay dio forma de pistola a sus dedos y apuntó.

—¡Hasta la vista! —dijo, y la mandó a la pista de modelaje de Freakers.

El jueves por la noche Freakers lo tenía dedicado a las luchas de lodo de mujeres desnudas. Jay esperó que la vieja estuviera en mejor condición física de lo que aparentaba.

El suave *pop* que acompañó su desaparición hizo que algunos de los huéspedes sentados al otro lado del vestíbulo alzaran la mirada. Si acaso se preguntaban qué hacía Jay tras el escritorio, rebuscando entre las llaves, su curiosidad no era suficiente para provocar ninguna reacción.

Como era de suponer, el edificio no tenía ascensor. Jay trepó al tercer piso por las escaleras, dando gracias de que no necesitaba subir hasta el quinto, y recorrió el pasillo mal iluminado hasta dar con la puerta indicada. La cabeza le daba punzadas fuertes y el costado le dolía como mil demonios. Por la claraboya de la puerta vio la luz encendida y oyó el sonido de un televisor. A esas alturas, el estado de ánimo de Jay era mezquino. No se molestó en llamar a la puerta.

Cuando abrió de un empujón, el único habitante del cuarto saltó de la cama, alarmado.

—¿Qué quiere?

Hacía un calor sofocante, y por la ventana abierta el aire parecía rehusarse a entrar. El joker huesudo y de mal aspecto estaba vestido con unos calzones bóxer grises, que tal vez en otra ocasión hubieran sido blancos. Se había envuelto la cabeza con un trapo negro a modo de vendaje tosco. Las palmas de las manos también estaban vendadas de negro, al igual que las plantas de los pies. A la altura del abdomen llevaba bandas más anchas de la misma tela que le daban varias vueltas. En todos los vendajes se observaban manchas de sangre seca. Tenía más costras en el cráneo medio calvo, y en los calzones, al frente, se había formado un manchón grande de color rojo.

Jay sintió que se le evaporaba el enfado.

—Necesito hacerte unas preguntas, Stig —dijo.

Estigmato lo miró con cautela.

—¿Preguntas? ¿Eso es todo?

Cuando Jay asintió, el joker pareció tranquilizarse un poco. Se acercó a su aparato de televisión, que era un Sony a color de tamaño grande. Estigmato apagó el sonido, pero dejó la imagen encendida. En la pantalla se veía la caída de un hombre, con los brazos y piernas girando mientras se desplomaba piso tras piso por el enorme atrio interior de algún edificio. Mientras iba cayendo una luz dorada danzaba en torno a él.

Jay se quedó mirando la imagen.

—Ése es Jack Braun.

Se sentó en el borde de la cama, aunque no lo había invitado nadie.

—¡Fue un asesino! —le informó Estigmato, casi con ansias—. ¿No se ha enterado usted? Está en todos los canales. Un as. Tiró al muchacho desde los balcones.

Jay se quedó helado. Golden Boy era lo más parecido que existía a un as invencible, pero una carda desde semejante altura…

—¿Muerto?

—Dan Rather dijo que ese gordo lo salvó. Lo hizo ligero.

—Hiram —pronunció Jay, con un suspiro de alivio.

Hiram podía dominar la gravedad. Jay había estado presente aquella noche en que el Astrónomo arrojó a Water Lily desde el Empire State Building. Hiram la había salvado al hacer su cuerpo más liviano que el aire. Por lo visto, había vuelto a hacer lo mismo.

—El asesino… —empezó Jay.

—Un tipo como una sierra a motor. Apuesto a que iba por Hartmann.

La voz del joker se llenó de amargura.

—No lo dejarán ganar —continuó—. Ya lo verá. Será Barnett o alguno de esos otros cabrones. ¡Ojalá coman mierda todos y se mueran! No les importamos un comino.

Al hablar del tema, su humor se iba poniendo más violento.

—¿Y qué quiere usted, en todo caso? —protestó—. No tiene derecho a entrar aquí. Ustedes los norms creen que pueden entrar en cualquier sitio. Este cuarto es mío.

—Ya lo sé —dijo Jay, queriendo tranquilizarlo—. Mira, sólo necesito saber algunas cosas sobre la mujer que alquiló este cuarto antes de ti…

Estigmato no lo dejó seguir.

—¡Era mío el cuarto, antes de ella! —interrumpió—. Me echaron porque me atrasé unos meses con el alquiler. Nueve años de vivir aquí, y me sacan de una patada para darle mi cuarto a otra persona. Fue culpa de Seguridad Social, no tuvo nada que ver conmigo que me faltara el dinero. Me sacaron de mi cuarto y pusieron mis cosas bajo llave. ¿Adónde iba yo a ir?

—La mujer —le dijo Jay, tratando de evitar el tema de la injusticia del mundo y volver a Kahina—. ¿No sabes quién era ella?

Estigmato se volvió a sentar en la cama y se examinó una de las manos, mientras pellizcaba la tela negra empapada de sangre.

—Esa mujer era de los nuestros. No tenía facha de joker, pero le daban ataques. Yo presencié uno —le confió a Jay y se le quedó mirando—. ¿Qué fue de ella?

—La asesinaron —dijo Jay.

Estigmato apartó la mirada.

—Otro joker muerto —declaró.

Sus dedos flacos se metían a los vendajes de la mano, rascándose la sangre seca.

—¿A quién le importa que maten a otro joker? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Qué fue de sus cosas? —inquirió Jay.

Los ojos del joker se movieron, nerviosos, echando miradas a Jay y desviándolas enseguida.

—Pregunte abajo. Apuesto a que ellos se las quedaron. Mis cosas las guardaron bajo llave. Nueve años, y me ponen de patitas en la calle y me quitan mis cosas. Eso no estuvo bien.

Mientras hablaba, sus dedos no dejaban de tocarse las costras.

—Te has puesto nervioso, ¿verdad? —intimó Jay.

Estigmato se levantó de un salto.

—¡No estoy nervioso! —declaró—. No tengo por qué responder a estas preguntas. ¿Quién se cree usted? Esto es Jokertown, y ustedes los norms asquerosos no tienen nada que hacer aquí.

Jay le miraba las manos. Los vendajes. Eran de algodón simple, teñido de negro, desgarrado en tiras para desenvolverse las heridas.

—No soy norm —le comunicó, poniendo algo de hielo en la voz—. Soy un as, Stiggy.

Dio a su mano forma de pistola.

Por la frente de Estigmato corrían gotas color de rosa, pues la sangre se mezclaba

con el sudor.

—Yo no hice nada —trató de argumentar el joker, pero la voz se le quebró a media oración.

—Qué bonito televisor —dijo Jay.

En la pantalla tenían un retrato compuesto del presunto asesino que la policía había armado, un jorobado adolescente flaco y menudo, vestido de cuero.

—¿Cómo pudiste comprarte esa televisión, Stig?

El joker guardó silencio.

—Veo que es de las caras. ¿Quién te dio el dinero para pagar tus rentas atrasadas, Stig?

Estigmato abría y cerraba la boca.

—Los propietarios de este lugar son unos tacaños que nunca cambian las cerraduras, ¿no es así? —sugirió en voz baja Jay.

La expresión de los ojos de Estigmato fue todo lo que Jay necesitó para confirmar sus sospechas. El joker se alejó de él. Algunos ases podían disparar fuego con los dedos, lanzar relámpagos, soltar chorros de ácido.

—Élla ya *no estaba* —argumentó—. Nunca le hice daño. Por favor, señor, ésa es la verdad.

—No —concedió Jay—, no le hiciste daño. Sólo le robaste sus cosas. Conservabas tu llave. Cuando murió, entraste al cuarto y agarraste todo lo que quisiste. Debe de haber tenido bastante dinero guardado. Por lo menos lo suficiente para pagar tus rentas atrasadas y comprarte un televisor nuevo. ¿Qué otras cosas tenía? ¿Equipaje, joyas, qué?

Estigmato no quería contestar.

Jay sonrió, apuntó con el dedo y echó atrás el pulgar como si fuese un gatillo.

—Nada de joyas —dijo Estigmato mientras las gotas de sangre le iban dejando caminitos rojos en la frente—. Sólo las maletas y un montón de ropa. Es la verdad. Por favor.

—¿Dónde está todo? —demandó Jay.

—Lo vendí —dijo Estigmato—. Era ropa de mujer, no me servía de nada. Vendí la ropa, y también las maletas.

Esa respuesta era la que se esperaba Jay.

—Sí —aceptó, con desagrado—. Vendiste las cosas. Menos los chadores. No hay mercado para chadores usados en Jokertown, ¿o sí? Así que te quedaste con ellos.

Señaló las manos del joker.

—Debe de haber tenido varios —indicó—, porque de ahí sigues sacando tus vendajes, después de un año.

Estigmato asintió en silencio, con rostro culpable.

Jay suspiró y se metió las manos en los bolsillos.

—¿No me va a hacer daño? —le preguntó Estigmato.

—No podría hacerte nada peor de lo que te ha hecho el wild card —repuso Jay—.

¡Pobre, triste y jodido diablo!

Se dio vuelta para salir.

Tenía ya la mano sobre la manija cuando el joker, tal vez impulsado por sentimientos de gratitud y alivio, añadió algo.

—Queda una cosa. Si la quiere, se la doy. En la tienda no quisieron darme nada a cambio.

Jay regresó sus pasos.

—¿Qué? —dijo con impaciencia.

—Un saco sport —dijo Estigmato—, pero no es de su talla. En todo caso, ya no sirve. Tiene una rasgadura en el hombro y está manchado de sangre.

—¿Sangre? —repitió Jay.

Estigmato pensó que Jay estaría enfadado.

—¡No fui yo! —se apresuró a declarar.

Jay pudo haberle dado un beso.

11:00 p.m.

MASERYK HIZO UNA PAUSA A MEDIO CAMINO DE CRUZAR LA PUERTA de su departamento, dejó la mano puesta sobre el interruptor eléctrico sin accionarlo y miró alrededor de la habitación oscura, con los instintos afinados de un cazador.

—Espero que no te moleste que te haya visitado sin invitación previa —se disculpó Brennan desde el sofá—, pero de nuevo es hora de intercambiar información.

Maseryk encendió la luz y soltó un bufido.

—Quince años sin verte, y ahora no me puedo librar de ti.

—Te garantizo que sí deseas oír lo que te voy a contar.

Maseryk suspiró, y meneó la cabeza. Cerró tras él la puerta y se apoyó sobre ella.

—Muerdo el anzuelo —dijo.

Brennan lo miró con atención. El policía manifestaba un humor oscuro y sombrío, aún tratándose de Maseryk. Tenía hundidos los ojos, y bajo ellos se marcaban sombras profundas. Brennan conjeturó que la investigación del asesinato de Chrysalis no marchaba bien.

—¿Conoces a una mujer llamada Ezili Rouge?

—¿Ezili Rouge? ¿Qué tiene ella que ver?

—Has oído hablar de ella, entonces. ¿Sabes su dirección?

—¿Qué crees que soy, una guía telefónica?

—Bien. ¿Qué sabes de ella? ¿Está limpia?

—¿Limpia? Santo Jesús, supongo que sí. Aparte del hecho de que todos los

hombres que la ven quieren montarla, y la mayoría lo hace, por lo que sé es pura como la maldita nieve.

—¿Estás seguro? —verificó Brennan.

—Sí, estoy seguro —farfulló Maseryk—. La verificamos cuando apareció en escena; los chicos echaron suertes para determinar quién se encargaría. No se le encontró ningún antecedente.

—¿Lo hizo alguien confiable?

—Claro que sí. Mi compañero, Kant.

¿Pura como la nieve? Brennan reflexionó. Eso no era lo que decía Trípode. Algo no casaba. Quizá Kant no fuera tan buen policía como pensaba Maseryk, al menos no tan confiable.

—Está bien —gruñó Maseryk—. ¿Qué es lo que tienes para mí que según tú me va a emocionar tanto?

Brennan metió la mano en el bolsillo de su chamarra de mezclilla y le arrojó a Maseryk el frasco de embeleso tomado de Lori.

—¿Sabes qué es?

Maseryk soltó un gruñido.

—Por su bonito color azul, diría que es la nueva droga de diseño que salió esta semana a la calle. Casi todas las muestras que hemos logrado recoger resultaron impuras. Mezcladas con todo, desde leche en polvo hasta estricnina.

—Ya sabes que aumenta las sensaciones: comida, bebida, sexo. Se supone que todo se convierte en una experiencia de éxtasis.

—Sí, ya sabemos todo eso.

—Lo que no saben son los efectos colaterales —le indicó Brennan—. Después de usar esta sustancia un par de semanas, se vuelve necesaria. De veras necesaria. Sin ella, se pierde la sensación y el sabor de todo lo que haces, ya sea comida, sexo o cualquier otra cosa, o peor, se vuelve repugnante.

Maseryk suspiró y se hundió en un sillón.

—Entonces, ¿resulta adictiva en muy poco tiempo?

—Terriblemente adictiva. Puedes confirmarlo con una mujer de Chickadee que se llama Lori. Es fácil de reconocer. Tiene la boca azul por haber estado tomando esta mierda. Por lo visto, fue uno de los conejillos de Indias de Quincey, así que lleva más tiempo de uso que otras personas.

—¿Cuánto tiempo pasa antes de que la adicción enganche al usuario?

Brennan se alzó de hombros.

—Eso no lo sé. Unas cuantas semanas, tal vez.

—Bueno. Son noticias útiles. Pero me complican el trabajo.

Maseryk y Brennan se miraron a los ojos. El segundo frunció el ceño.

—¿Qué dices, Maseryk?

El policía suspiró, meneando la cabeza.

—No podías dejar las cosas en paz. No fuiste capaz de permanecer en tu retiro,

¿verdad? Tenías que regresar para jugar al justiciero.

Brennan tuvo una inspiración súbita.

—Ackroyd te dijo que yo soy Yeoman.

—Pude adivinarlo después de la primera conversación que tuvimos —le confió Maseryk mientras asentía—, pero me resistí a seguir esa línea de pensamiento. Entonces aparece ese jodido detective privado y me hace meter la nariz en este asunto. Y ahora tengo que llevarte detenido.

—Claro que no —objetó Brennan en voz baja.

—Es mi trabajo —explico Maseryk—. Espero que puedas comprender eso.

Brennan asintió.

—Comprendo que tienes deberes que cumplir. Espero que tú entiendas que yo también los tengo.

Maseryk se levantó, apartándose de la puerta.

—No hablemos de ese tema —propuso.

Callada como el humo, Jennifer se apareció atravesando la pared, y puso el cañón de una pistola sólida contra la cabeza de Maseryk. El policía se quedó inmóvil, al tiempo que la miraba de soslayo.

—¿Tu cómplice? —preguntó, apartando las manos de sus costados.

Brennan se incorporó del sofá.

—Aprendí en Vietnam sobre la importancia de contar con un respaldo adecuado —le dijo a Maseryk, mientras pasaba a su lado y abría la puerta.

—Te estaremos buscando, a partir de ahora.

—Emplearías mejor el tiempo si te dedicaras a encontrar al asesino de Chrysalis y a detener el tráfico de embeleso —replicó Brennan, y salió.

Al cerrarse la puerta, Maseryk giró y agarró el cañón de la pistola. Espectro la dejó en sus manos, riéndose. Trató de asirla también a ella, pero se había vuelto de humo y se filtraba por la pared como si la arrastrara un viento invisible e insensible.

Viernes 22 de julio 1988

♣ ♦ ♠ ♥

6:00 a.m.

BRENNAN YA ESTABA DESPIERTO Y SE ENCONTRABA SENTADO en el sillón junto a la cama cuando Jennifer se dio vuelta, y al ver que no estaba a su lado, se incorporó. Bostezó y murmuró algo ininteligible con voz soñolienta.

—Buenos días —le dijo Brennan, y se inclinó para darle un beso en la frente al tiempo que ella se frotaba los ojos.

—¿Ya es de día?

—Casi.

—Necesito bañarme —dijo Jennifer, mientras se sentaba medio envuelta en una sábana—. ¿Quieres bañarte conmigo?

—Claro que sí.

Brennan también estaba fatigado, y ya sudaba, a pesar de ser tan temprano.

—Empieza tú —le pidió a la mujer—. Tengo que hacer una llamada rápida por teléfono.

—Me parece bien —se levantó y dejó caer la sábana.

—Date prisa en alcanzarme para que te enjabone ahí donde más te gusta.

Brennan sonrió, tomó el teléfono y marcó el número que le había dado un gato, al tiempo que Jennifer, desnuda, iba hacia el cuarto de baño. El teléfono sonó tres veces antes de que sonara una voz irritada.

—¡Sí!

—Habla Yeoman.

—¡Santo Dios! ¿No sabes qué hora es?

—Temprano —dijo Brennan, interrumpiendo las protestas de Fundido—. Dijiste que me ibas a ayudar, y yo necesito información.

—Está bien, está bien.

Fundido seguía de mal humor, pero añadió:

—¿De qué se trata?

—¿Qué sabes de un policía joker que se llama Kant?

—Ah, él. El gemelo malvado de Wyrm.

—¿Qué dices?

—Nada. Un chiste. Los dos parecen fugados del serpentario. ¿Qué quieres saber de él?

—¿Es honesto?

—Bueno, tanto como honesto… Solía ser uno de los chicos de E. X. Black. Le gustaba usar un poco de violencia en los interrogatorios, pero nada en verdad grave hasta hace poco. Se ha enredado con una puta extranjera, y se le ha visto probar delicias no exactamente legales en algunos de los centros nocturnos más perversos. Se rumora que él le pasa drogas a ella.

—Esa mujer ¿se llama Ezili Rouge?

—Algo así —repuso Fundido.

—¿Qué sabes de ella?

—No mucho. Es negra, pero de piel clara. Le gustan las drogas. Le gustan los hombres. Kant no es más que uno de sus asiduos.

—¿Tienes su domicilio?

—No. Pero si la buscas, será fácil de encontrar.

—Eso he estado haciendo.

—Bueno, siento no poderte ayudar —se disculpó Fundido—. Pero te voy a pedir que me des su número de teléfono cuando lo tengas. Me gustaría investigarla por mi parte también.

—Cuenta con ello. ¿Tienes algo más para mí?

—Encontré algo sobre el tal Morkle, a través de nuestros contactos en el medio sindical. Es estibador, opera equipo pesado de carga y descarga. Cubre el primer turno de la mañana en los muelles de la calle Fulton. Pero la noticia importante se refiere a Wyrm.

—¿De qué se trata?

—Bueno, nadie dice nada en concreto, ¿sabes?, pero hay rumores de que hace un par de días Wyrm hizo un trabajo importante para Kien, algo que nadie más quiso tocar.

Después de unos segundos de silencio, Fundido preguntó:

—¿Ahí sigues, Yeoman? ¿Hola?

—Aquí estoy.

—Si deseas comentar el asunto en persona con él, va a estar en el Imperio de Curiosidades de Lin esta mañana, alrededor de las once.

—¿La galería de arte chino en Mulberry?

—Esa misma. ¿Sabes de ella?

Brennan respondió con un sonido ambiguo. Lin gozaba de fama en el medio del arte por sus colecciones de antigüedades, pero en el mundo de los traficantes se le identificaba como un lugar de comercio en donde clientes de alto estatus podían conseguir ilegalmente cualquier compuesto farmacéutico.

—Oye, ¿por qué tanta curiosidad por esa chica, Ezili? —preguntó Fundido.

—Estaremos en comunicación —fue toda la respuesta de Brennan, que enseguida colgó el aparato.

¡Wyrm! Tenía que ser Wyrm. Pero desde el arranque de la investigación, el

nombre de Morkle había estado ahí como una espina en el costado. Si Morkle trabajaba en el turno de la madrugada, era el momento de ir en su busca. Wyrm podía quedarse para después.

No había mucho lugar en el pequeño cubo de la regadera cuando Brennan entró. Sintió la frescura del agua sobre la piel. De pronto, se le pasó el cansancio al sentir las manos de Jennifer que le daban un masaje de manos enjabonadas.

Las tensiones y los sentimientos de frustración se enjuagaron con el sudor y la mugre que se acumulaban en el cuerpo. Primero atendería al misterioso Doug Morkle, después a Wyrm. Pero en ese instante, se trataba de él y Jennifer, juntos. Se besaron, y unieron sus cuerpos enjabonados mientras hacían el amor con sensualidad lánguida bajo el rocío fresco y tranquilizante de la regadera.

—Puede llevar a bordo su bolsa de trajes —le dijo a Jay la mujer tras el mostrador de documentación de Delta—, pero me temo que su mascota tiene que documentarse con el equipaje.

—Sí, claro —dijo, con voz cansada.

Alzó el contenedor para gatos y lo puso en la báscula de equipaje, demasiado fatigado para discutir. Se había pasado media noche en vela, buscando la dichosa caja.

La agente de Delta engrapó la contraseña de equipaje al sobre de su boleto y se lo dio, alargando el brazo sobre el mostrador.

—Tenga —dijo—. Asiento de no fumar, ventanilla. Ya están abordando.

—Gracias —replicó Jay.

La vio atar la etiqueta de equipaje a la agarradera de la caja gris de plástico y colocarla sobre la banda móvil detrás de ella. Jay había forrado de modo minucioso el interior con viejos periódicos, y nadie podía ver a través de los agujeros de ventilación. No pareció tener sentido hacerle un ademán de despedida. Cuando el contenedor de mascotas desapareció en las entrañas del aeropuerto de LaGuardia, Jay se apresuró a recorrer los pasillos hacia su puerta de abordaje. Aun a esa temprana hora de la mañana el aeropuerto estaba lleno de gente, y tuvo que formarse en fila para pasar el control de seguridad. Una señal de buen tamaño junto a la máquina de rayos x advertía que las armas y las bombas no eran cuestión de chiste; Jay decidió que no les haría gracia si les mencionaba que su guardapolvo para trajes contenía dinamita.

El vuelo, programado para las 6:55, salió cuarenta y cinco minutos tarde. Jay se durmió hasta aterrizar en Atlanta.

9:00 a.m.

EN LOS MUELLES DE LA CALLE FULTON, BORDEADOS POR PLANTAS de tratamiento de pescado y bodegas, se desplegaba un enjambre de actividades en el que cualquier hombre podría ocultarse hasta el día del juicio final.

—¿Dijo Fundido qué trazas tiene el tal Morkle? —le preguntó Jennifer a Brennan.

—Sólo que es operador de equipos pesados —repuso Brennan, mirando alrededor de él con cara de frustración—. Debe conducir un montacargas o algo parecido. Podemos localizarlo a través de las conexiones sindicales de Fundido, pero esperaba encontrarlo hoy. ¡Qué esperanza!

—Hay que intentarlo.

Buscaron en los muelles a lo largo de una hora hasta que un hombre, que llevaba una gorra azul tejida, bigotes caídos y bíceps tatuados del tamaño de balones, asintió cuando Brennan mencionó el nombre.

—¿Morkle? Sí, creo que lo conozco. Un tipo raro. Trabaja en el embarcadero 47.

—¿Cree que estará ahí ahora?

—Pudiera ser —dijo el estibador alzando los hombros—. Me parece que labora en el turno de la noche.

—Gracias —expresó Brennan—. Otra cosa. ¿Cómo puedo reconocerlo?

—Es muy fácil. Él que no usa montacargas.

—No usa montacargas —repitió Brennan mientras el cargador se alejaba con su carrito de mano por la calle, y volviéndose a Jennifer se encogió de hombros.

El barco que estaban descargando en el embarcadero 47 era más grande que la mayoría. Un río constante de grandes cajas de madera bajaba por planchas de descarga y se dirigía a las áreas de procesamiento y puestos de mercado al otro lado de los muelles. El estibador tenía razón. Era fácil distinguir a Doug Morkle.

Tenía un metro y medio de altura, pero era igual de ancho, con un pecho gigantesco y extremidades gruesas y cortas. La cara, pensó Brennan, no guardaba proporción con el cuerpo. Era larga y estrecha, con rasgos delicados, casi femeninos. Pasaron varios segundos antes de que Brennan se diese cuenta de que el estibador guardaba cierto parecido con Tachyon, entre toda la gente que conocía.

Llevaba una de las cajas más grandes sin hacer esfuerzo, balanceada sobre la cabeza y sostenida con una mano. En esa postura, se asemejaba a las fotos que Brennan había visto de mujeres africanas que llevan jarrones de agua, pero un jarrón no pesa cerca de media tonelada. Caminaba sin dificultad, por lo visto sin que le estorbara la enorme carga que portaba con paso firme.

—¿Doug Morkle? —inquirió Brennan.

El cargador le echó una mirada y siguió caminando.

—No. Mi nombre es Doug Morkle —farfulló, con la voz agobiada por el peso.

—Ah, ya veo. ¿Su nombre no es Morkle?

—No. Es Morkle. *Morkle*.

Brennan miró a Jennifer, sin saber qué decir. Élla hizo el intento.

—¿No nos hace el favor de deletrear su nombre, mister, uh, Morkle?

El aludido miró a Jennifer con enfado, se detuvo y azotó su carga sobre el muelle.

—¿Qué es lo que quieren ustedes? Mis papeles están en orden. Tengo mi tarjeta de residencia.

Buscó con gestos de enojo en los bolsillos de sus overoles. Hablaba un inglés perfecto, pero con un acento que Brennan no había oído antes.

Le puso frente a la cara un trozo de papel, con su foto y su nombre, «Durg at'Morakh bo Zabb Vayawandsa», nacido en Takis. El nombre en su credencial del sindicato, que también le presentó a Brennan, se había americanizado como Doug Morkle.

—Todo está en orden, como pueden ver —dijo, con el enojo convertido en displicencia.

—Ya veo —comentó Brennan, siguiéndole la corriente.

Esto era algo del todo inesperado. Brennan recordó haber oído mencionar alguna vez a Tachyon el caso de un taquisiano náufrago en la Tierra en los tiempos de la invasión del Enjambre. Un experto en artes marciales, mataba con desenfado y era muy capaz de haber asesinado a Chrysalis. Pero ¿qué motivo podría tener para cometer ese crimen?

—Uh, dice aquí en su credencial que usted es operador de equipo pesado.

Morkle lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Vienen del sindicato?

—Así es —afirmó Brennan.

—Mi exención está en regla —declaró Morkle, con un tono de triunfo en su voz —. No hay nada fuera de orden en mis documentos. Pueden ver que el cuadrito apropiado tiene una marca.

—Ajá —repuso Brennan, mirando de nuevo la credencial con mayor detenimiento.

Era verdad. El cuadrito especial con el letrero «exención de as» tenía una marca: «se da al portador el derecho de trabajar como operador de equipo pesado de carga con o sin la presencia física de dicho equipo, siempre y cuando al trabajador se le remunere con las tarifas adecuadas de compensación».

—Por supuesto —aprobó Brennan.

—Necesito volver a mi trabajo. Mi turno está a punto de terminar —anunció Morkle, y extendió una mano del tamaño de una pala—. Mis papeles, por favor.

—¿Siempre cubre el turno de medianoche a las ocho de la mañana?

El taquisiano asintió con impaciencia, y volvió a echarse la carga encima.

—¿También el lunes pasado?

Volvió a asentir, pero se notaba que se estaba enojando de nuevo.

—Bien, pues muchas gracias, mister… Morkle.

—¡Es Morkle!

Lo pronunciaba haciendo un leve sonido líquido al final de la palabra.

—¡Por el Ideal! —añadió—. ¿Cuándo aprenderán a hablar correctamente ustedes los terrícolas?

—¿Le creemos? —preguntó Jennifer mientras el estibador taquisiano se alejaba bajo su carga.

—Parece una coartada a prueba de todo.

—¿Otro callejón sin salida?

Brennan suspiró.

—Eso me temo.

Sin embargo, las posibilidades de que Wyrm estuviera implicado aumentaban. Llegaba el momento de entrevistarse con él en persona. Brennan consideró que sería conveniente volver al cuarto del hotel y recoger armamento. No iba a entrar al Imperio de Curiosidades con las manos vacías.

10:00 a.m.

—¿QUÉ DIABLOS ES ESO DE QUE NO FUE SUBIDO AL AVIÓN?

—Lo lamento mucho, señor.

La empleada de equipajes de Delta distaba mucho de saberse lamentar como Waldo Cosgrove.

—El siguiente vuelo de LaGuardia llegará en unos veinte minutos. Sin duda su equipaje viene a bordo.

Detrás de ella había un cartel grande en que se mostraban dibujos de diversas maletas.

—Si usted pudiera indicarme qué tipo de maleta es —añadió—, eso nos ayudará a localizar sus piezas.

—No es una maleta —explicó Jay—. Es un contenedor de mascotas. Gris, de plástico, nuevo. Acabo de comprarlo. ¡No tiene idea de lo difícil que puede ser encontrar una tienda de mascotas abierta las veinticuatro horas, aún en Manhattan!

Dejó escapar un suspiro.

—Mi… uh, gato va a estar furioso.

—Oh, pobrecito —se conmiseró la mujer—. Yo tengo cinco gatos. Y entiendo cómo se siente. Lo encontraremos, no se apure. Si me da su dirección en Atlanta, haré que le envíen el gato.

—Muy bien —dijo Jay, y se quedó pensando—. Pero no sé en dónde me vaya a quedar. Todos los grandes hoteles están repletos, por lo que oigo, a causa de la convención. Mire, haga que me lo lleven al Marriot Marquis. A nombre de Hiram Worchester.

Le tuvo que deletrear el nombre.

—Con mucho gusto —dijo ella, mientras completaba la forma de reclamación de equipajes extraviados, que extendió para que Jay la firmara—. ¿Cómo se llama su gatito?

—Digger —replicó Jay.

¡Menos mal que no había documentado la bolsa de ropa! Se la colgó del hombro y salió a buscar un taxi.

—Hay un sobre encima del estuche del arco —dijo Jennifer, que miraba el objeto aludido como si se tratara de un bicho venenoso.

—¿Otro mensaje?

—Eso parece.

Brennan salió del baño, secándose las manos con una toalla. Llegó al lado de Jennifer, que seguía con la vista fija en el estuche del arco y el pequeño sobre blanco.

—Esto se está poniendo raro —comentó Brennan.

—¿Se está poniendo?

Brennan gruñó y recogió el sobre. Dentro había una sola hoja de papel con un mensaje escrito en la ya familiar caligrafía infantil y diminuta, con los habituales errores de ortografía.

«Por zu propia seguridad», leyó, «no vayan al Palacio de Cristal».

—¿Por qué? —preguntó Jennifer.

Él hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Cualquier conjetura es buena. Hasta ahora, nuestro informante secreto no ha mentido. Me hiela de espanto y me mete en problemas, pero siempre dice la verdad.

—¿Pensabas ir al Palacio? —le preguntó Jennifer.

—No. Planeaba perfeccionar mi apreciación por el arte chino.

Dobló la nota y se la guardó en el bolsillo. Enseguida alzó el estuche del arco.

—Vámonos.

En el instante de cruzar las puertas del Marriot Marquis lo hicieron detenerse.

—¿Me permite ver su llave, señor? —le preguntó un hombre de piel negra con un saco de personal de seguridad, sin la menor cortesía.

Jay ofreció una sonrisa a modo de disculpa.

—Todavía no tengo llave —explicó—. He venido a registrarme.

Hizo un intento de dar un rodeo, todavía cargando la bolsa colgada del hombro, pero vio su camino bloqueado por el guardia de nuevo.

—El hotel está lleno —anunció—. No estamos autorizados a permitir el paso más que a los huéspedes. ¿Puedo ver su identificación?

—Necesito ver a uno de los huéspedes —le dijo Jay—. Es Hiram Worchester, con

la delegación de Nueva York.

—¿Tiene una cita?

—Bueno —admitió Jay—, no es exactamente una cita.

—Le sugiero telefonear a recepción, y ellos se encargarán de darle su mensaje. Si él desea verlo, le daremos un pase.

Jay se dio una palmada en la frente y abrió la boca.

—¿Un pase? Caray, Hiram me dio un pase, ¿cómo se me pudo olvidar? ¡Dios, tiene gracia! ¡Usted pensaba que yo me quería meter sin pase y aquí lo traigo!

Jay se buscó en el bolsillo un momento y sacó la mano, con los dedos ya en forma de pistola.

—Aquí tiene mi pase —anunció en tono alegre, alzando la mirada.

Dos hombres altos de traje negro se habían puesto junto al guardia, con los ojos cubiertos por gafas oscuras. Ninguno de los dos sonreía.

—No veo ningún pase —dijo el guardia—. Sólo el dedo de un idiota que me apunta.

Jay se miró el dedo. A continuación, contempló a los hombres. Eran tres. Los dos a los lados tenían bultos bajo los sacos. Se metió la mano al bolsillo y dio un paso hacia atrás. Los hombres vestidos de negro avanzaron, empujándolo hacia la pared.

—En serio, hace un momento tenía mi pase —quiso explicar Jay—, pero con tanta gente se me ha de haber caído…

—¿Ah, sí? —lo interrumpió el hombre, mientras hacía un gesto desagradable a su compañero.

—¿Saben qué? —exclamó Jay, chasqueando los dedos—. Me acabo de acordar de que mi amigo está en el Hyatt, no en el Marriot. ¡Qué tonto!

Caminando como cangrejo, con una sonrisa estúpida en el rostro, logró salir al calor de la calle por las puertas giratorias mientras los policías federales observaban con atención cada uno de sus pasos.

11:00 a.m.

EL IMPERIO DE LAS CURIOSIDADES DE LIN SE SITUABA CERCA DE las fronteras nebulosas entre Jokertown y Chinatown, rodeado por otras tiendas de calidad y restaurantes caros. Por fuera no tenía aspecto llamativo; por dentro, todo era elegancia discreta. El rojo profundo e intenso de la alfombra estaba suavemente iluminado por luces que creaban una atmósfera de intimidad. Las vitrinas de curiosidades dispersas por la habitación eran también antigüedades. Los biombos, las sedas y las estatuas exhibidas junto a los muros formaban una serie de obras supremas del arte oriental que se remontaban hasta la dinastía Shang, más de mil años antes de Cristo.

Brennan se sintió tan impresionado por los objetos exhibidos como por la empleada de piso, no menos hermosa que los artefactos que la rodeaban. Desde que Brennan había entrado a la tienda, ella lo observaba con discreción.

La colección de arte de Lin estaba compuesta por piezas extraordinarias. Brennan casi se había perdido en la contemplación de unos incensarios de jade exquisitamente labrados cuando, al alzar la mirada, vio a Jennifer detrás de la empleada, que le hacía señas de urgencia en dirección a la parte trasera del edificio. Sonaba la hora de trabajar.

Se acercó a la empleada, que le preguntó en voz cantarina:

—¿Puedo servirle en algo, señor?

Brennan puso el estuche encima de una vitrina que le llegaba a la cintura y le sonrió.

—Creo que sí —dijo, abriendo el estuche y metiendo una mano—. Quisiera que me dieran una evaluación de esta pintura de seda.

—Ah, sí —dijo ella, y se inclinó hacia delante, pero sus hermosos rasgos mostraron su desagrado al ver que Brennan le apuntaba con un arma.

—Tendrá que disculparme —dijo Brennan.

La empleada lo miró desconcertada, al tiempo que Jennifer se materializaba tras ella y le aplicaba un golpe en la nuca con el canto de la mano. Brennan tendió los brazos y la detuvo antes de que se cayera al suelo, desvanecida.

—Nada de flirtear con el personal —le advirtió Jennifer, mientras Brennan la ponía en el suelo detrás del mostrador.

—¿Qué pasa? —preguntó Brennan a Jennifer, sin hacer caso de sus comentarios.

—Wyrm está en la oficina de atrás, hablando con una mujer china de edad madura y talla pequeña.

—Siu Ma —dijo Brennan.

—¿Quién…?

—La hermana de Kien.

Pasó al lado de Jennifer y le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Cierra la puerta de la calle. Podría ser penoso que alguien entrara y nos interrumpiese.

Brennan tomó el arco y lo armó al tiempo que Jennifer echaba el cerrojo a la puerta de la calle y ponía el cartel de CERRADO. Pasó por la cortina de cuentas que separaba el salón principal del resto del edificio y avanzó por un corredor. El ambiente de elegancia desapareció al entrar a lo que, por el aspecto del lugar, sería el área de carga y descarga. Se hallaba desierta, aunque docenas de cajas aguardaban a ser desempacadas o empacadas.

En una esquina de la zona de carga se veía una pequeña oficina con paredes de vidrio. Siu Ma estaba sentada tras un escritorio en la oficina, y Wyrm se encontraba de pie frente a ella, empacando una maleta pequeña.

Fundido no había mencionado a Siu Ma, pensó Brennan. Era la hermana de Kien

y dirigía a las Garzas Inmaculadas, la pandilla callejera de Chinatown que se encargaba de las operaciones de tráfico de drogas de los Puños. Tenía un aspecto común e inocuo, pero en astucia se equiparaba a su hermano.

Brennan avanzó en silencio por el área de carga, y se acercó a la oficina hasta oír lo que decía Wyrm.

—… con ella muerta, el sssecreto está a sssalvo.

La mente de Brennan no dudó ni un instante a quién se refería Wyrm. La furia se encendió en él, y en un instante estaba de pie en la entrada de la oficina, con la flecha preparada y dirigida a la parte posterior de la cabeza de Wyrm.

Fue una entrada sorprendente. Siu Ma se le quedó mirando atónita, y entonces Wyrm giró la cabeza para ver de qué se trataba. Brennan notó que Wyrm empacaba bolsas de plástico llenas de polvo azul en el doble fondo de la maleta. Sobre el escritorio, al lado de la maleta, se amontonaban unas ropas, encima de las que se balanceaba lo que parecía ser el pasaporte de Wyrm.

—¡Yeoman! —gritó Siu Ma.

No gastó tiempo en interjecciones, sino que fue directamente al grano:

—¡Pensé que tú y mi hermano habían acordado una tregua!

—La tregua cesó cuando Wyrm mató a Chrysalis —replicó Brennan.

—¿Qué?

La pregunta brotó al mismo tiempo de Siu Ma y Wyrm. Su ignorancia fingida resultaba muy convincente.

—¿Quién te ha dicho que Wyrm mató a Chrysalis?

—Tengo mis fuentes. Además, ¿de qué hablaban justo antes de que entrara yo? ¿Qué muerta, qué secretos?

Siu Ma se echó a reír.

—*¡Vivir para el mañana!*

Confundido, Brennan bajó un poco el arco.

—¿Qué?

—*Vivir para el mañana* —repitió Siu Ma—. Es una telenovela.

Brennan tuvo un fuerte sentimiento de confusión.

—¿Una telenovela?

—Sí. ¿Sabes?, Janice se mató en un accidente de automóvil en el episodio de ayer, así que el secreto de que Jason es hijo de ella y su amante está a salvo, y podrá casarse con Verónica.

—¿Una telenovela?

—Sí. Wyrm se ha perdido algunos episodios. Lo estaba poniendo al día mientras empaca su, uh, maleta.

—Claro —dijo Brennan, en tono de burla y se volvió a Wyrm—. ¿Así que tú ves las telenovelas?

En los ojos de Wyrm se veía el odio de siempre, pero mezclado con una expresión de vergüenza, como si se acabara de revelar que era un pervertido repugnante.

—A vecesss —replicó, en tono defensivo.

Brennan aumentó la tensión de la cuerda del arco y apuntó la flecha al entrecejo de Wyrm.

—Es posible que ésa sea la mentira más estúpida que haya oído en mi vida. Más vale que te pongas a hablar, o eres reptil muerto. Ahora mismo.

—¿Hablar de qué? —bufó furioso Wyrm.

—¡Sobre Chrysalis! —gritó Brennan—. Dime por qué la mataste.

Wyrm estaba a punto de dar una réplica rabiosa cuando de repente Jennifer, que acababa de entrar atravesando la pared de la oficina, lo interrumpió, hablándole a Brennan.

—Espera —dijo—. Más vale verificar esta historia de la telenovela.

Se dio vuelta hacia Wyrm al tiempo que Brennan volvía a bajar un poco el arco. Wyrm puso los ojos sobre Jennifer con la misma carga de odio que reservaba para el arquero.

—¿Así que tú ves *Vivir para el mañana*? —preguntó ella.

—Asssí esss —espetó Wyrm.

—¿Con quién está casada Erica?

Wyrm le echó una mirada gélida.

—El mes pasado se acababa de casssar con Colby —relató—, pero ella no sabe que Ralph, sssu primer marido, no ha muerto. Sssufre amnesssia, y está sssiendo explotado por terrorissstas, quienes lo han convencido de que esss el príncipe Ruperto, un aristócrata taquisssiano, que ha venido a la Tierra a curar el virusss, pero que en realidad esss…

—Está bien —interrumpió Brennan, y se volvió a Jennifer—. ¿Es cierto todo eso?

Jennifer asintió en silencio.

—¡Santo Jesús! —exclamó Brennan, y bajó su arco.

Con sentimientos redoblados de frustración, miró la valija que empacaba Wyrm.

—¿Adónde te llevas eso?

—A La Habana —dijo Wyrm con acritud.

—Apártate del escritorio.

Wyrm obedeció y Brennan avanzó con cautela. Aflojó la tensión del arco para poder sostener la flecha en la cuerda con una sola mano, y recogió el pasaporte de Wyrm que estaba sobre la ropa en el escritorio. Miró la última página sellada. Por lo visto, no era el primer viaje que Wyrm hacía a la isla con una carga de embeleso. Ahí estaba el día en que mataron a Chrysalis.

—¡Maldita sea! —exclamó Brennan, y arrojó el pasaporte sobre el escritorio.

La rabia de Brennan alcanzaba niveles incontrolables. Volvió a tensar el arco con la flecha que tenía preparada. Wyrm bufó al pasar la flecha junto a él, pero al girar se dio cuenta de que iba dirigida a una rata que observaba atentamente la confrontación desde la pared. Cuando Wyrm se volvió de nuevo a mirar a Brennan, éste tenía ya otra flecha preparada y lista para disparar.

—Por lo que veo —dijo Brennan, con enojo—, he recibido mala información. La tregua sigue vigente.

Wyrm resopló de rabia mientras Brennan salía retrocediendo de la oficina. Jennifer lo siguió, mirando a la rata de Lazy Dragón encogerse y convertirse en un pedazo de jabón clavado en la pared por la flecha de Brennan.

Mediodía

—¿QUÉ PASA? —PREGUNTÓ JAY CUANDO LOS JOKERS LO ALCANZARON.

Nadie le respondió. Ni siquiera parecían oírlo. Era una docena o más, con expresión de severa sobriedad, y avanzaban en silencio. Un viejo sollozaba casi sin hacer ruido. Jay giró la cabeza y vio que los seguían muchos más jokers. Todos parecían ir en la misma dirección.

La bolsa de ropa le estorbaba. Jay se la pasó al otro hombro, hizo una pausa y se echó a caminar junto a un joker de tamaño grande, cuya carne translúcida y de color verde temblaba como gelatina al andar.

—¿Adónde van todos? —le preguntó Jay.

—Al Omni —respondió el hombre gelatina.

Por el aire, encima de ellos, volaba una mujer sin piernas ni brazos. Flotaba como un globo de helio, con el rostro enrojecido por el llanto.

—¡Élla perdió a su bebé! —le dijo a Jay, y enseguida remontó el vuelo.

Jay se dejó llevar por la marea humana que fluía por las calles de Atlanta, millares de pies que convergían sobre el Centro de Convenciones Omni. Poco a poco, pieza por pieza, pudo armar la historia de lo sucedido mientras hablaba con los jokers que iban a su lado. Más temprano, esa mañana, Ellen Hartmann, la esposa del senador, había sufrido una trágica caída por unas escaleras. Estaba embarazada del niño de Hartmann. El bebé murió a causa del percance.

—¿Se va a retirar Hartmann? —le preguntó Jay a un hombre que iba en una silla de ruedas motorizada, cubriendo con harapos sus deformidades.

—Él continúa —dijo el joker, desafiante—. Élla se lo pidió. A pesar de esto, va a continuar. ¡Es por el amor que nos tiene!

Jay no supo qué responder.

En cuanto llegaron las noticias a sus campamentos en el parque Piedmont, los jokers se pusieron en marcha hacia el edificio de convenciones. La policía de Atlanta y las fuerzas de seguridad de la convención miraban con inquietud creciente la multitud, pero sin hacer ningún movimiento por dispersarlos. Los recuerdos de los disturbios en las convenciones de Nueva York en el 76 y en Chicago en el 68 seguían frescos en la memoria de muchas personas. Para cuando Jay llegó, los jokers habían

cerrado todas las calles que rodeaban el Centro de Convenciones. Estaban sentados en las aceras, apoyados en las salpicaderas de los autos estacionados y acuclillados sobre cada trocito de hierba. Permanecían en paz, sin una palabra, bajo el sol implacable de Georgia, con los rostros vueltos hacia el Omni. No se oían gritos ni cánticos, ni oraciones. Nadie hablaba. El silencio en torno al edificio de convenciones era muy profundo.

Once mil jokers sentados en el pavimento ardiente, un mar de cuerpos torturados hombro a hombro, en vigilia silenciosa por Gregg Hartmann y su duelo.

Jay Ackroyd se movía en medio de ellos con precaución. Se sentía exhausto y confundido. Sus dolores se tornaron insoportables bajo una temperatura de casi cuarenta grados a la sombra, en condiciones de humedad similares a las de una axila, con el sol cayendo a plomo sobre su cabeza. Su determinación se aflojaba, y aunque se había tragado un par de analgésicos no tenían mayor efecto que amortiguar un poco las punzadas en el costado y el taladro detrás de los ojos.

Nada podía remediar la sensación de enfermedad en sus entrañas. A su alrededor, los jokers aguardaban sentados en silencio, observando. Algunos lloraban abiertamente, pero trataban de ahogar el sonido de sus sollozos. Otros ocultaban el rostro bajo máscaras baratas de plástico, pero de cualquier modo podía sentirse su dolor. Jay apenas soportaba mirarlos. Nadie sabía quién era él, ni qué hacía en ese lugar. Nadie sabía lo que llevaba en su bolsa de la ropa que le colgaba del hombro, ni el efecto que iba a tener sobre sus esperanzas y sus sueños. Pero Jay sí lo sabía, y ese conocimiento lo ponía enfermo.

Terminó por ubicarse frente a las puertas principales del Omni, desde donde podía ver a los delegados y periodistas ir y venir bajo la mirada vigilante de los guardias de seguridad. El tiempo parecía pasar con mucha lentitud. Cada vez hacía más calor. Los equipos de los noticieros de televisión hacían panorámicas contínuas de aquel mar de rostros. Los helicópteros de los canales de noticias sobrevolaban, y en algún momento la Tortuga cruzó el cielo, en silencio, igual de callado que la multitud, mientras proyectaba la sombra de su caparazón para dar alivio momentáneo al azote del sol. Después de un tiempo, una mujer pequeña vestida con un frac de satén y sombrero de copa salió un momento del Centro de Convenciones y miró a la multitud, con la cara tapada con una máscara de dominó. Jay la reconoció por las noticias: Topper, una mujer as del gobierno, asignada como guardaespaldas a Gore pero que seguramente ya tendría una nueva misión, pues el hombre a su cuidado había abandonado sus proyectos de candidatura. Pensó en llamar su atención, darle a ella el saco manchado de sangre, librarse de su problema endosándoselo a alguien más. Sin embargo, el recuerdo de que ella tenía un colega llamado Carnifex lo hizo reconsiderar.

Cuando Topper volvió a entrar, un grupo de delegados emergió del edificio por las puertas abiertas. Uno de ellos era un hombre muy grande, con barba en forma de pala, que se movía con ligereza a pesar de su tamaño. El traje impecable de lino que

vestía le daba aspecto de frescura, aún bajo un calor tan terrible.

Jay se puso en pie.

—¡Hiram! —gritó sobre las cabezas de los jokers y agitó su brazo con violencia a pesar del dolor en el costado.

En el silencio de la vigilia, el grito de Jay sonó como una obscena profanación. Pero Hiram Worchester alzó la mirada, lo vio y se movió a través de la multitud, con la majestuosidad de un trasatlántico blanco en medio de un mar de barcas de remos.

—Popinjay —dijo cuando llegó a su lado—. ¡Santo Dios, eres tú! ¿Qué te pasó en la cara?

—Eso no importa ahora —dijo Jay—. Hiram, tenemos que hablar.

—¿Qué fue toda esa escena? —preguntó Jennifer.

Brennan seguía hirviendo de furia.

—Un acto de manipulación.

—¿Qué?

Brennan miró a Jennifer.

—No en contra nuestra. Fue en contra de Wyrm y Siu Ma.

—Creo que te entiendo.

—Hay que encontrar un teléfono.

Hallaron uno en la esquina. Brennan marcó y Fundido contestó a la segunda llamada.

—Hola.

—No me agrada que me mientan —dijo Brennan en voz baja.

—Bueno, Cowboy, qué gusto que me llames a horas decentes.

—¿No oíste lo que te dije?

—Sí, claro. ¿A qué te refieres? No me equivoqué respecto a Morkle, ¿o sí?

—Eso estuvo bien —dijo Brennan—. En cambio, respecto a Wyrm no fuiste igual de preciso.

—¿No?

—Él no tuvo nada que ver con la muerte de Chrysalis. Estaba en La Habana cuando la mataron.

—Ya veo. Lo siento.

Rata grasienta, pensó Brennan.

—No soy tu verdugo privado —declaró Brennan en tono grave.

—Fue una equivocación honesta.

—No elabores más tus mentiras —dijo Brennan—: es peor. Seguiré en contacto.

—¡Espera! —dijo Fundido antes de que Brennan pudiera colgar—. ¿Qué has averiguado sobre los archivos de Chrysalis?

Brennan colgó el auricular sin responder.

1:00 p.m.

—SENCILLAMENTE NO PUEDE SER POSIBLE —OBJETÓ HIRAM, UNA vez que Jay terminó de contar su historia—. No.

Jay abrió el cierre del guardapolvo para trajes, apartó el saco y lo tendió sobre la mesa.

—Sí —afirmó.

El bar del vestíbulo era uno de esos lugares igual de oscuros a mediodía que a medianoche. Quedaba lejos de la convención, y estaba vacío, lo suficiente para tener un poco de privacidad.

El termostato del aire acondicionado estaba apenas por encima del clima ártico, y sin embargo por la amplia frente de Hiram rodaban algunas gotas de sudor que bajaban hasta la bien recortada barba. El reservado ofrecía poco lugar para la corpulencia del as, cuyo estómago se presionaba contra el borde de la mesa, pero al poner Jay el saco encima, Hiram pareció echarse atrás, como si le diese miedo tocarlo.

—Aquí hay algún grotesco malentendido. Gregg es un hombre bueno. Llevo años de conocerlo, Jay. ¡*Años*!

Jay tocó el saco.

—Tú estuviste en Siria con Hartmann. ¿Es o no es éste el saco que llevaba?

Hiram se forzó a mirar el saco.

—Parece ser el mismo —dijo—. Pero, Jay, se trata de un saco comprado en una tienda. Los fabrican por millares. Esto es un fraude, *tiene que* serlo.

—No lo creo —repuso Jay—. Estigmato no tenía el menor motivo para mentir. Ni siquiera sabía lo que tenía. El fraude fue el otro saco. Kahina nunca confió en Gimli y le dio una réplica, y es probable que haya usado su propia sangre para que los análisis dieran positivo a la presencia del virus. Eso es lo que Gimli le entregó a Chrysalis. El saco auténtico se lo guardó ella. Debe de haber tenido sus propios planes, pero Hartmann y Mackie Messer no le dieron tiempo de llevarlos a efecto.

—Entonces —dijo Hiram, titubeando—, Chrysalis…

—Murió en vano. Por un saco falso.

—El asesino al que contrató ¿no era falso?

—No —admitió Jay—. George Kerby es real. Lo diabólico del asunto es que ahora mismo no sé si estoy o no de su lado.

—¡No puedes hablar en serio! —interpuso Hiram, horrorizado—. Lo que hizo Chrysalis es como lo que hizo Nur: matar es matar. No me importa lo que supiera ni lo que creyera saber. Si tenía acusaciones que presentar, su deber era exponerlas. ¿Acaso no merece Gregg una oportunidad de defenderse? Jay, te lo aseguro, todo esto está mal. Si conociereis a Gregg Hartmann igual que yo… Es un hombre tan

bondadoso… tan valiente… En Siria, hubieras visto cómo se le enfrentó a Nur al-Allah, ¡te daría orgullo! Acusarlo de crímenes tan… monstruosos… y ¿en qué se basa la acusación? ¿En *qué*? ¿El testimonio de Digger Downs? ¡Ese hombre es un mentiroso profesional, Jay! ¿Cuántas veces he tenido que echarlo del Aces High?

Hiram se enfadaba a medida que hablaba.

—No se trata de eso, Hiram —observó Jay.

Hiram Worchester frunció el ceño. Una de sus manos se cerró en un puño impotente sobre la mesa.

—¿Dónde está Downs? —demandó—. Quiero mirarlo a los ojos mientras oigo de su boca esta historia. Yo sabré si acaso miente, y si es así…

—Lo ha perdido la aerolínea —dijo Jay en tono de amargura.

El contenedor de mascotas no había aparecido en el vuelo posterior al de Jay ni tampoco en el siguiente. Delta aseguraba que estaría sin falta en el próximo avión.

Hiram Worchester se veía confundido. Vació la mitad de su PimmTs Cup de varios tragos largos. Le temblaba la mano al poner el vaso sobre la mesa.

—No has dicho nada sobre quién piensas tú… que cometió materialmente… lo de Chrysalis, ¿sabes?

—Digamos que me interesa mucho saber qué andaba haciendo Billy Ray la noche del domingo y la mañana del lunes.

—¿Billy Ray? —repitió Hiram—. ¡Santo Dios, eso sí es absurdo! ¡Es un agente del Departamento de Justicia! ¡No vas a pensar que todo el gobierno federal está metido en la conspiración!

Jay se alzó de hombros.

—Mientras no se demuestre lo contrario, no tengo por qué confiar en nadie.

Hiram se terminó su bebida. Miró el vaso vacío, pero sus ojos estaban absortos en sus sensaciones internas.

—¡El trabajo de toda esa gente! Todos hemos hecho… tanto. Ya viste esas pobres almas en la calle. Su única esperanza es Gregg. ¿Qué harán si todo esto es cierto?

—¿Votar por el Partido Republicano?

La broma salió a medias, y tan pronto la hizo se arrepintió. Era demasiado frívolo para las circunstancias, y para el genuino estado de duelo de Hiram.

Sin embargo, Hiram no parecía haberlo oído. Sacó un pañuelo negro de seda del bolsillo, que utilizó para secarse la frente. Aquel hombretón parecía perdido y confundido, demasiado débil para contener tanta carne.

—Hay una reportera —dijo, hablando lentamente—, Sara Morgenstern, que ha estado diciendo a todo el mundo que Gregg es un as criminal. Nadie le ha creído. Es un poco… inestable, ¿sabes? Pero anoche alguien, un as, atentó contra su vida. La salvó Jack Braun, y habría muerto en el intento si yo no le echo la mano.

—Vi algo en la televisión —indicó Jay—. El hombre contra quien luchó Braun corresponde a la descripción de Mackie Messer.

—Parece tratarse del mismo individuo —admitió Hiram—, pero eso no prueba

que haya estado al servicio de Gregg, aunque supongo que…

Soltó un profundo suspiro de resignación, como un hombre al que se le ha hecho aceptar algo insufrible.

—Supongo que he de tomarme en serio todo esto. ¡Muy bien!

Por un instante, su voz sonaba al Hiram de siempre, un hombre determinado, lleno de resolución.

—Te llevaré con el doctor Tachyon. Él puede realizar los análisis de sangre requeridos y, si es preciso, entrará en la mente de Hartmann para descubrir la verdad. La verdad, ¡y que sea lo que tenga que ser!

Sobre la mesa, la mano de Hiram se abría y cerraba una y otra vez. El corpulento delegado se miró los dedos, hizo una mueca y se forzó a relajarlos.

—¡Hay tanto en juego! —exclamó—. Jay, si esto es un error, piensa en cuántas personas van a salir dañadas.

—¿Y si es cierto? —le preguntó Jay en voz callada.

Hiram parecía encogerse.

—Si es cierto —musitó Hiram—, ¡Dios nos ampare a todos!

—¿Has visto antes algo parecido a esto? —le preguntó Brennan a Trípode, mientras ponía la carta misteriosa sobre la barra, cuidando de no mojarla con el charquito de cerveza en torno al tarro del joker.

Trípode acercó la cara para examinar la nota y sacudió la cabeza.

—No, nunca —replicó.

—Genial.

El Sótano de Squisher estaba lleno de parroquianos para la hora del almuerzo. Squisher en persona flotaba en su acuario de lo más alegre. Agitó saludando un largo brazo sin huesos en dirección a Brennan, y haciendo sonar su voz que parecía un silbido.

—Hey, grandulón, tanto tiempo sin verte. ¿Quién es la nena?

—Mi amiga —replicó Brennan, mirando a Jennifer.

—¡Hey! —exclamó Squisher—. Qué hombre más afortunado.

Guiñó su ojo enorme y sonrió con malicia.

—Copas de cortesía para mis amigos —ordenó al cantinero.

—Una cerveza —le dijo al cantinero sin boca, que los miraba fijamente.

—Vino blanco —pidió ella, y el cantinero siguió mirándola—. Oh, bueno, una cerveza también.

—Enseguida —se oyó decir a una voz rasposa que le salía por un agujero pequeño en la base de la garganta.

—Encuentren una mesa —dijo Brennan a Jennifer y Trípode— para poder hablar en calma.

Los dos se abrieron paso entre la abundante clientela. Brennan esperó a que

sirvieran los vasos, agradeció con un movimiento de cabeza al cantinero y los llevó hasta una mesa pequeña y aislada en un rincón. Trípode bebía su cerveza con un popote.

—¿Cómo te llegó esa nota, mister Y? —le preguntó.

Entre tragos de cerveza, Brennan le contó la historia. Al terminar, Trípode meneó la cabeza.

—Me parece muy extraño.

—También a mí —admitió Brennan—. Es obvio que nos vigila alguien. Pero ¿quién?

—¿Además de Lazy Dragón? —inquirió Trípode.

Brennan asintió.

—Pero él no ha estado dejando cartas. Nos vigila por orden de Fundido.

—Bueno —dijo Trípode—. Estaré atento. ¿Alguna otra pista?

—Hemos eliminado de la lista a Bludgeon, Oddity y Wyrm —afirmó Brennan—. Doug Morkle y Quasimán se ven muy poco probables. Pero hay todavía dos inconsistencias. Dos cosas que siguen sin encajar.

—Kant —propuso Jennifer—. Investigó a Ezili Rouge y dijo que estaba limpia. Eso no es exactamente lo que tú nos contaste.

—Ésa es una —aceptó Brennan—. La otra es Sascha. Sigue desaparecido. Sabe más sobre el asesinato de lo que me dijo en casa de su madre.

—Y él también está conectado con Ezili —añadió Jennifer.

—Es verdad —dijo Brennan.

—Kant ha de ser fácil de localizar —señaló Jennifer—. Voy a checar con Fort Freak para ver dónde está.

Volvió del teléfono en menos de un minuto, y se sentó meneando la cabeza.

—No llegó a su trabajo por la mañana. Nadie sabe dónde está.

—¡Bingo! —comentó Trípode.

Brennan se levantó, con una sonrisa sarcástica.

—Sólo espero que podamos verlo antes de que él también desaparezca.

—Hay que buscarlo en Freakers —sugirió Trípode—. Es su bar favorito. Yo circularé, y alguien ha de saber en dónde anda.

—Muy bien —aceptó Brennan, y se volvió a Jennifer—. Tú espéralo en Freakers. No te le acerques si lo ves, pero vigílalo. Voy a casa de la madre de Sascha, a ver si sabe dónde está su hijo. Si no quiere decirme, trataré de persuadir al padre Calamar para que hable con ella. No es precisamente un sacerdote del rito ortodoxo, pero es un cura.

Los tres se dirigieron hacia la salida. Squisher se alzó del acuario y los detuvo con su voz chillona.

—¡Oye, amigo! —llamó—. ¿No tienes alguna cosita que pueda poner en nuestra pared de celebridades?

Hizo un gesto a un tramo de muro cercano al acuario que Brennan no había visto

antes. Sobre su superficie habían colgado toda clase de cosas, desde una foto autografiada de Tachyon, sonriente e incómodo junto al acuario de Squisher con uno de los brazos deshuesados del joker sobre sus hombros, hasta un pañuelo de encaje manchado de bilis y un par de calzones de mujer con dos aberturas para un pubis doble.

Brennan se buscó un as de espadas en el bolsillo.

—¿Te sirve esto?

—¡Claro! —replicó Squisher—. Oye, ¿puedes dedicarlo «A mi buen amigo Squisher»?

3:00 p.m.

JAY OYÓ VOCES QUE GRITABAN AL OTRO LADO DE LA PUERTA.

—Tal vez sea mejor volver más tarde —propuso Hiram, con voz débil—. Creo que no es buen momento.

—Ningún momento va a ser bueno para mierda como ésta —declaró Jay.

Dio varios golpes fuertes. Se produjo un súbito silencio. Enseguida se abrió la puerta de golpe. El doctor Tachyon los miró como si fuesen las dos últimas personas que deseaba ver en el mundo en aquel preciso instante. El pequeño extraterrestre se veía agotado y con signos de maltrato. Se le veían rasguños en la cara y tenía el labio partido e inflamado. Sin decir una palabra, los miró durante varios largos segundos, y por fin dio un paso atrás para dejarlos entrar.

Hiram se movió con todo su peso a través de la habitación, hizo a un lado las cortinas y dejó entrar el cegador calor de Atlanta y reveló a un chico adolescente con pelo de color rojo violento, que miraba a Jay con curiosidad. Ackroyd se sentó en el sofá, con el guardapolvo para trajes sobre las rodillas. Nadie se mostraba dispuesto a hablar, así que Jay fue quien rompió el silencio.

—Deshazte del chico —le indicó a Tachyon.

El muchacho protestó:

—¡Hey!

—Blaise, vete —dijo Tachyon en un tono que no admitía réplica.

—Pero me has castigado y no tengo permiso de salir.

—¡Maldita sea, vete!

—¡Qué mierda! Justo cuando se ponía más interesante —declaró Blaise, alzando las manos con las palmas por delante—. Hey, no hay problema, ya me fui.

Cuando se cerró la puerta, volvió a hacerse el silencio. Tachyon hizo un gesto de exasperación.

—Hiram, ¿de qué diablos se trata esto?

—Doctor —replicó Jay—, tienes que hacer un análisis de sangre ahora mismo.

Tachyon miró a su alrededor.

—¿Qué? ¿Aquí?

—No pongas dificultades ni te hagas el gracioso —le advirtió Jay—. Traigo un agotamiento del carajo, y todo me duele demasiado para soportarlo.

Abrió el cierre de la bolsa de trajes y sacó los trapos por los cuales se había derramado tanta sangre, además de la que los manchaba.

—Éste es el saco que el senador Hartmann llevaba puesto en Siria.

Tachyon se le quedó mirando como si la mancha de sangre estuviera a punto de brincar desde la tela para devorarlo.

—¿Cómo ha llegado esto a tu poder? —preguntó, con una voz en la que se oía el miedo.

Jay suspiró.

—Es una historia muy larga, y no tenemos tiempo. Digamos que viene de Chrysalis. Una especie de… legado.

Nervioso, el doctor se aclaró la garganta.

—¿Y qué es lo que piensas que voy a encontrar?

—La presencia del xenovirus Takis-A —dijo Jay.

El interplanetario cruzó la habitación tropezando como un zombi y se preparó un trago. Jay también hubiese querido tomar algo, pero no se lo ofreció.

—Veo un saco —dijo Tachyon, una vez fortificado—. Cualquiera puede comprar un saco y mancharlo con sangre infectada por el virus…

Por fin, Hiram se decidió a hablar.

—Eso lo pensé también yo. Pero han pasado demasiadas cosas. El vínculo entre Siria y lo que hay en esta habitación es indudable. Es sangre del senador… Es el saco de Hartmann.

Tachyon se volvió a Hiram.

—¿Quieres que haga el análisis?

—¿Acaso tenemos otra opción?

—No —dijo Tachyon, con un cansancio inmenso—. Supongo que no la tenemos.

4:00 p.m.

LA SEÑORA STARFIN LO RECIBIÓ CON FRÍA AMABILIDAD. LE OFRECIÓ té, pero no tenía ninguna información sobre su hijo ausente. Justo cuando Brennan estaba a punto de irse, sonó el teléfono. La señora Starfin lo contestó e hizo un gesto a Brennan.

—Es para usted —anunció.

Lo tomó, un poco sorprendido. Tenía que ser Jennifer, o quizá Trípode, pues eran

los únicos que sabían dónde se encontraba.

Era Trípode.

—Yeoman —dijo—. Tengo algo para ti.

—¿De qué se trata?

La voz de Trípode sonaba más áspera de lo habitual.

—No puedo hablar por teléfono. Estaré en los muelles junto a Beaumont, en la orilla sur de la bahía Sheepshead.

—Está bien. Ahí nos vemos.

Brennan colgó y se despidió de la señora Starfin, que lo vio partir sin la menor pena. No podía sacarse de la cabeza el tono de voz de Trípode. Sonaba como si hubiera descubierto algo malo. ¿Quizás el cadáver de Sascha?, pensó Brennan. Eso explicaría su resistencia a hablar del asunto por teléfono.

El embarcadero de la marina de Beaumont era nuevo, de alto estatus. Los yates anclados pertenecían a gente rica, y no había los modestos veleros del marinero de fin de semana.

Brennan anduvo entre los yates varios minutos antes de notar a Trípode, de pie al extremo del muelle, que miraba hacia la bahía. Brennan se apresuró a ir adonde estaba.

—¿De qué se trata? —le preguntó.

Trípode giró hacia él. Tenía la cara golpeada con moretones.

—Perdón, mister Y —se disculpó—. Me obligaron a hacer la llamada.

Indicó con la cabeza el barco anclado al último lugar del muelle. Era un yate esbelto de dos motores, con el nombre *Asian Princess* en el costado. Wyrm se hallaba de pie en cubierta, con una sonrisa en el rostro de reptil, enseñando muchos dientes. Lo acompañaban dos Garzas Inmaculadas y un joker gigantesco. El joker tenía piernas normales, aunque eran muy gruesas, pero de la cintura para arriba se bifurcaba en dos torsos, dos pares de hombros y brazos y dos cabezas.

El joker le parecía a Brennan más o menos conocido, y se acordó de haberlo visto entre los parroquianos de Squisher. Debía de haber ido a informar a Wyrm sobre Trípode.

—Ahí está —dijo una de las cabezas, con satisfacción—. Te dije que iba a venir.

—Tenías razón, Rick —dijo Wyrm, todavía sonriendo.

—Yo soy Mick —dijo la cabeza, y señaló con su dedo pulgar a la otra—. Él es Rick, y no quería hacer esto.

—¡Yo sí quería! —replicó la otra cabeza.

—No, no querías porque te daba miedo.

—No me daba.

—Sí te daba.

—¡Está bien! —gritó Wyrm, interrumpiendo el pleito entre las cabezas—. Tengan.

Ofreció un rollo de billetes, que la mano de Mick arrebató antes de que Rick

pudiera tomarlo.

—¡Eso es mío! —protestó Rick.

—¡También mío! —objetó Mick—. ¡Yo ayudé a golpear al tipo sin brazos!

—¡Basta! —intervino Wyrm.

Su buen humor no tardó en convertirse en exasperación. Le dijo a Brennan:

—Me pusssiste en vergüenza delante de Sssiu Ma —declaró—. Ahora me toca a mí. Te invito a sssubir a cubierta con nosssotros. Tú también.

Eso último fue dicho a Trípode. Las Garzas habían sacado sus armas, así que Brennan no consideró prudente discutir con Wyrm. Ayudó a equilibrar a Trípode cuando el joker se subió al barco mecido por el oleaje, y avanzaron sobre la cubierta.

—¿Qué quieres? —preguntó Brennan a su viejo enemigo.

Los ojos de Wyrm brillaron. Había recuperado el buen humor.

—Sólo un concurssso de natación. Vamos a ver si puedes nadar en la Bahía de Sssheepsssshead cargado con ésssas.

Señaló un par de cadenas con pesos de plomo ajustados a ellas.

—Amárrenlos —dijo a las Garzas.

Las Garzas cumplieron sus órdenes con prontitud y eficiencia. Wyrm los cubría con un arma y Rick y Mick charlaban de bobadas. Cuando quedaron atados a satisfacción de Wyrm, ordenó a las Garzas que los bajaran al camarote para guardarlos ahí mientras Wyrm pilotaba la nave hacia aguas profundas. Rick y Mick bajaron al muelle para soltar las amarras.

—Lo siento mucho —se volvió a disculpar Trípode mientras los hacían avanzar a tropezones hacia el camarote.

Las piernas y los brazos de Brennan, al igual que las piernas de Trípode, estaban atadas con cuerdas, pero aún no habían añadido las cadenas con los pesos.

Brennan se encogió de hombros.

—No podías hacer nada.

El camarote era elegante, con accesorios caros, completo con un sofá lujoso, alfombras gruesas y un bar con agua corriente.

—¿No nos ofrecen un trago? —sugirió Brennan después de que Wyrm encendió los motores y el Princess empezó a alejarse del atracadero.

Una de las Garzas se rió.

—No quieres un trago antes de que te echen al agua —aconsejó—. Podrían darte calambres en el estómago. Pero yo no voy a nadar esta tarde.

Brennan se volvió a Trípode.

—Es probable que tenga razón —comentó—. No se puede tener suficiente cuidado a bordo de un barco.

Giró sobre la cintura y con las manos atadas dio un golpe justo en la garganta de la Garza más próxima, aplastó sus vías respiratorias y lo hizo caer, ahogándose. El otro se dio vuelta, queriendo alcanzar la pistola que había dejado para servirse un vaso de escocés.

Brennan logró arrastrarse hacia delante y se estrelló contra él, adelantando el hombro, y ambos cayeron al suelo. La garza abrió la boca para gritar, pero Trípode se arrojó sobre su cabeza y sofocó sus gritos.

Brennan alzó la pistola hacia la Garza torpemente, con las dos manos, y la puso contra el pecho del pistolero. Jaló el gatillo, la Garza dio una sacudida y se quedó quieto.

El otro se arrastraba por el camarote, gimiendo, mientras trataba de respirar. Brennan lo alcanzó y le dio un golpe en la cabeza con el cañón de la pistola, para no alarmar a los que estaban en cubierta con otro disparo. Trípode aspiró profundamente.

—Siempre supe que tú nos sacarías de esto —afirmó, en tono de alivio.

—No hemos salido aún —lo conminó Brennan.

Trípode se acercó rodando hasta donde Brennan estaba sentado en el suelo, apoyado contra el sofá acolchonado del camarote.

—En un minuto, sí —dijo el joker.

Su hábil tercer pie ya estaba libre. Desató con velocidad las ataduras de Brennan, que enseguida le devolvió el favor.

—Y ahora ¿qué hacemos? —inquirió Trípode.

—¿Qué te parece un intento de piratería?

Subieron subrepticiamente hasta la cubierta. Wyrm estaba al timón. Rick y Mick se hallaban discutiendo. Exasperado, Wyrm habló:

—Bueno, si Rick creyó oír un ruido allá abajo, vayan a ver cómo está todo.

—No hace falta —anunció Brennan.

Sorprendidos, se dieron vuelta para ver a Brennan de pie, apuntándoles con una pistola. Wyrm bufó de frustración, irradiando odio. Rick y Mick se miraron uno al otro.

—Te dije que no nos debíamos meter —le dijo Mick a la otra cabeza.

Por una vez, Rick se quedó callado.

Brennan miró la posición del barco. Habían llegado casi a la mitad de la bahía y no se apreciaban otras embarcaciones en las cercanías.

—¡Hora del concurso de natación! —declaró.

Con el arma, le indicó a Wyrm que se apartara del timón. Por un momento, el joker titubeó, pero acabó por obedecer.

—Tienen mucha suerte —dijo Brennan, con voz dura—. Yo no voy a usar las cadenas. ¡Al agua!

Wyrm intentó decir algo, pero lo pensó mejor y se tragó su despedida. Saltó por la borda sin decir una palabra.

Brennan se dirigió a Rick y Mick.

—Hey —dijo Mick—. Yo no quise que nos mezcláramos en esto.

—Son las malas compañías, ya sé, no eres más que una víctima —le sugirió Brennan.

—Es cierto. Rick es muy mala influencia.

—Salta o te mueres —ordenó Brennan—. A mí me da lo mismo.

Rick y Mick se miraron, asintieron y saltaron al agua desde el barco, en un enorme chapuzón.

Trípode soltó un profundo suspiro de alivio.

—Sabes, mister Y, creo que necesito tomarme algo de tiempo libre.

—Unas vacaciones te vendrán bien —accedió Brennan, mientras tomaba el timón —. ¿No sabes de alguien que quiera comprar un yate?

El rostro de Trípode se iluminó.

—Hay un tipo en Jersey…

6:00 p.m.

ERA CIEN VECES MÁS COMPLEJO QUE UN COPO DE NIEVE, DELICADO como el más fino encaje, una flor de hielo. Jay contempló la imagen en la pantalla del microscopio electrónico durante un buen rato.

—¡Santo Jesús! —exclamó al fin, soltando el aliento que retenía sin darse cuenta —. ¡Qué hermoso es!

Tachyon se mesó los cabellos rojos.

—Sí, supongo que se ve hermoso. Puedes confiar en que los taquisianos diseñaríamos un virus a la altura de nuestros valores estéticos.

Dio vuelta en la silla giratoria del laboratorio y de pronto gritó:

—*¡Ackroyd!*

Jay giró justo en el momento en que Hiram empezaba a caer desvanecido. Lo tomó por un brazo y Tachyon agarró el otro. El peso considerable de Hiram hizo que los tres cayeran al suelo. Ya en el suelo, el enorme as se pasó una mano por la cara y ofreció una disculpa:

—¡Cómo lo siento! Debe de haber sido un desmayo momentáneo.

Tach le dio algo de beber de un frasco que llevaba en el bolsillo, e Hiram tragó con ansias. De pronto, Jay se dio cuenta de la sed que tenía.

—¿Puedes darme un trago de eso? Llevo una semana endemoniada.

Tach le pasó el frasco sin decir una palabra, y Jay tomó un trago. Brandy. ¡Peores nada!

—¿No puede haber duda? —preguntó Hiram.

—En absoluto.

—Pero sólo por ser as… bueno, eso no prueba nada. Sería una locura si admitiera que tiene el virus. Puede que sea latente.

Tachyon miró al techo. Se veía perdido. Jay rompió el silencio.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Muy buena pregunta. ¿Quieres decir que no lo sabes?

—En contra de las creencias populares, no tengo la solución a todos los problemas.

Hiram se levantó con dificultades del suelo.

—Necesitamos más pruebas, además de esto.

Jay apuntó con el pulgar al microscopio.

—¿Qué más prueba quieres?

—¡No sabemos que haya hecho nada malo!

—¡Hizo *matar* a Chrysalis! —dijo Jay, levantándose para encararlo.

—Exijo ver pruebas de sus malos actos.

Hiram se dio un puñetazo sobre la palma de la mano.

Jay volvió a apuntar a la pantalla.

—Ésa es la prueba.

—¡Paren¡¡Paren! —gritó Tachyon.

Hiram tomó al extraterrestre por los hombros.

—Ve tú con él. ¡Háblale! Tal vez exista una explicación lógica. Piensa en todo el bien que ha hecho…

—Oh, sí —ironizó Jay, con todo el sarcasmo que logró reunir.

Le ponía enfermo oír las alabanzas de san Gregg. Se tomó otro trago de brandy.

—¡Piensa en todo lo que arriesgamos! —gritó Hiram.

A veces, la inocencia de Hiram era insufrible.

—Le mentirá a Tachyon —dijo Jay—, ¿adónde nos lleva eso?

—No puede mentirme a mí —anunció Tachyon, portentoso.

Hiram quitó las manos de sus hombros, y Tachyon se enderezó como un hombre que quiere parecer más alto. No funcionó demasiado bien.

—Si voy con él, ya sabes lo que haré —le dijo a Hiram—. ¿Aceptarás la verdad de lo que yo lea en su mente?

—Sí —concedió Worchester.

—¿Aunque sea inadmisible en un juicio legal?

—Sí.

—En lo que a ti respecta, mister Ackroyd, llévate ese saco. Destrúyelo.

Visiones volátiles de las cantidades de mierda que había sufrido para encontrar el saco pasaron por la mente de Jay.

—¡Hey, es nuestra única prueba!

—¿Prueba? ¿Acaso sugieres que hagamos esto público? Piensa. Lo que tenemos en las manos podría significar la ruina de todos los wild card en Estados Unidos.

Jay persistió, testarudo.

—Pero él mató a Chrysalis, y si no lo probamos, Elmo pagará por el crimen.

Eso resultó demasiado para el extraterrestre. De pronto, Tachyon se puso a tirarse del pelo con gestos que parecían el frenesí de un lunático.

—*¡Maldito, maldito, maldito seas!*

—Oye, no es culpa mía —interpuso Jay, temiendo que Tachyon se echara a llorar —. Pero maldito seré si permito que el asesino de Chrysalis quede impune gracias a algún asqueroso arreglo.

—Yo te juro por mi honor y por mi sangre que no permitiré que Elmo sufra.

—¿Sí? ¿Qué harás?

—¡Aún no lo sé! —exclamó Tachyon, mientras apagaba el microscopio electrónico, quitaba el portaobjetos y lavaba los restos de tela en el fregadero. Hiram se movió para seguir al alienígena que iba hacia la puerta. Pero éste se volvió para detenerlo.

—No, Hiram. Esto lo debo hacer yo solo.

Jay quiso indicar la objeción evidente.

—¿Y si tiene al niño motosierra esperándote?

—Es el riesgo que debo correr.

7:00 p.m.

—TODO ES —LE EXPLICÓ BRENNAN A JENNIFER CON SEVERIDAD— cuestión de paciencia.

Por lo que sería la décima vez en la última hora, uno de los parroquianos habituales de Freakers pasó al lado de su mesa, mirando a Brennan y Jennifer con expresión especulativa. Y por décima vez en la misma hora, Brennan le lanzó una mirada gélida que lo hizo alejarse sin demora.

—Sin embargo —admitió, apretando los dientes—, no puedo aguantar mucho más.

Había llegado a Freakers una hora antes, y le había contado a Jennifer sus aventuras náuticas y sobre la sabia decisión que había tomado Trípode de irse a Florida de vacaciones hasta que las cosas se calmaran. Obtuvo recursos abundantes para financiar su viaje, pues el *Asian Princess* de Kien había sido vendido al amigo comerciante de barcos de Trípode por una bonita suma, que habían dividido a partes iguales.

Una mesera con cabeza de Medusa en la que se movía una multitud de lombrices se acercó a la mesa.

—Esperamos a alguien —le comunicó Brennan.

Élla sonrió.

—¿Es alguien en especial —preguntó— o puede ser cualquiera?

Brennan hizo crujir los dientes. Estaba a punto de responder, pero de pronto cambió de opinión, tomó a Jennifer por el brazo y movió la cabeza en dirección al bar.

—Toma —le dijo a la mesera dándole un billete de veinte dólares sin mirarla—.

Vete.

Élla recogió el dinero, lo metió entre sus amplios pechos y siguió en sus rondas.

—Es él —musitó Jennifer, y Brennan asintió.

—Espérame aquí.

Kant estaba en el bar. A la distancia, Brennan notó que se encontraba en un estado de gran agitación. Interrogaba a uno de los cantineros cuando Brennan se aproximó calladamente por detrás. El cantinero meneaba la cabeza.

—No ha venido desde hace un par de días.

Kant se veía muy astroso, y emanaba un olor rancio de serpentario.

—No entiendes —le dijo al cantinero—. La necesito. ¡Necesito el beso!

Una mujer sentada a la barra giró hacia él, con la cara cubierta por una máscara barata y brillosa.

—Por lo que oigo, estás muy necesitado, guapo.

Kant se volvió a mirarla, con los ojos inyectados de sangre, respirando con dificultad.

—Yo te daré besos, cariño —le dijo la mujer—, en todas las partes que quieras.

Kant gruñó sin palabras y le dio un bofetón con el dorso de la mano en plena cara, que la derribó del banco del bar. Élla lo miró aterrada mientras el policía se erguía junto a ella y la amenazaba con expresión de loco.

—¡No quiero a una puta sucia! —gritó.

Pegó un puñetazo en la barra, y enseguida se estremeció todo su cuerpo, como un perro mojado se sacude el agua. Recuperó el control con gran esfuerzo y bufó:

—¡Necesito el beso!

Se dio vuelta y casi atropelló a Brennan al lanzarse hacia la puerta. Nadie intentó detenerlo. Brennan quiso hacerle una señal a Jennifer, pero vio que ella estaba ya a su lado. Tomó de su mano el estuche del arco y le habló en voz baja:

—Vámonos.

Seguir a Kant fue el trabajo más fácil de ese tipo que Brennan hubiera realizado jamás. El policía iba dejando una pista de peatones agredidos, pues se abría paso chocando con ellos. Lo más difícil era mantener el paso. Kant no iba corriendo, pero se movía tan presuroso como un hombre al que le urge entrar en un baño.

Lo siguieron en un recorrido de unas seis cuadras hasta llegar a un poco agraciado edificio de departamentos de cinco pisos. Tenía aspecto sólido y funcional, sin pretensión alguna de elegancia o seguridad. Kant entró al recibidor y tras un momento Brennan y Jennifer fueron tras él. Lo oyeron ascender ruidosamente por las escaleras, y lo siguieron a un paso más tranquilo hasta arriba, sin encontrarse a nadie por el camino.

Brennan y Jennifer llegaron justo a tiempo para asomarse por el pozo de la escalera y ver a Kant sacarse un llavero de aro del bolsillo y abrir una puerta. Entró al departamento y cerró de un portazo tan fuerte que hizo temblar el quicio.

—Es un caso perdido —susurró Brennan.

Jennifer asintió.

—Habría que averiguar por qué.

Brennan abrió el estuche del arco y sacó de ahí una pistola de aire que se hallaba acomodada a un lado del arco. Estaba cargada de dardos tranquilizantes. No deseaba hacerle daño a Kant, pero quería que el joker fuese capaz de responder a sus preguntas.

Avanzaron por el corredor y se detuvieron frente a la puerta. Al azotarla Kant, había rebotado del pestillo y se encontraba un poco abierta. Brennan inclinó la cabeza hacia Jennifer, quien le envió un beso, y enseguida entró, rápido y por abajo, dejando caer el estuche y rodando hasta quedar agazapado.

La sala ostentaba decorados costosos, pero no del gusto de Brennan. La deslumbrante luz provenía de lámparas de riel en el techo y, aunque era verano, la calefacción estaba al máximo. Los muebles eran todos de cuero brillante y cromo pulido. Por la mente de Brennan pasó la imagen de un lagarto tomando el sol sobre una roca suave.

La habitación estaba vacía. Brennan cerró la puerta al tiempo que Jennifer atravesaba la pared fantasmalmente y se ponía a su lado. Todo estaba en una tensa calma, como si una bestia rabiosa los esperara oculta en algún rincón del departamento.

Brennan hizo una señal en dirección al corredor que llevaba al interior del departamento, y Jennifer asintió. Él fue por delante, pasó por una cocinita que estaba también vacía, luego un clóset sobre el corredor, que tenía una de las puertas corredizas abierta a medias. Brennan echó un vistazo dentro para verificar que no hubiera un policía joker enloquecido. Siguió adelante, hacia la puerta de la recámara, escuchó un momento y enseguida se asomó con la mayor cautela.

El cuarto estaba dominado por una gran cama de agua con cuatro postes, que tenía espejos en el dosel y en la cabecera. En la pared de enfrente estaba una gran pantalla de televisión.

Junto al televisor, Brennan vio lo que parecía un chapoteadero infantil lleno de arena. Sobre el arenero había un par de lámparas solares encendidas y Kant estaba acostado ahí, desnudo, con los ojos cerrados. Se frotaba con la arena, murmurando en voz alta al arrastrarse, como si tratara de limpiarse la piel.

—Kant —dijo Brennan en voz baja.

Poco a poco el joker giró sobre sí mismo. Su rostro era una máscara de locura congelada. En el cuello tenía una herida fea, que le supuraba. Miró a Brennan, con la boca tratando de formar palabras que no lograba pronunciar, y de pronto lanzó un grito y se arrojó sobre el intruso, con las manos extendidas y los dedos flexionados como garras.

Con la mayor calma, Brennan le disparó.

La pistola lanzó un dardo emplumado, dio sobre el pecho desnudo de Kant y rebotó en la piel dura y escamosa.

¡Mierda!, pensó Brennan. Enseguida el loco cayó sobre él.

—¡Estamos tan cerca! —dijo Hiram.

Soltó un inmenso suspiro, se levantó del sofá y se acercó al bar para prepararse algo de beber. Estaban en la suite de Tachyon del Marriot, esperando su regreso y viendo el transcurrir de la convención en el televisor.

—Demasiado cerca, a mi modo de ver —comentó Jay.

En el salón de convenciones del Omni acababa de terminar otra votación no definitiva. Una ola de sufragios por compasión había empujado a Gregg Hartmann a 1,956 votos de los 2,082 requeridos para obtener la nominación. Jackson y Dukakis habían perdido apoyo, y el pequeño movimiento Cuomo Candidato se había desbaratado del todo. Sólo se mantenían firmes las fuerzas de Barnett.

Centenares de partidarios de Hartmann sentían muy próximo el sabor de la victoria, bailaban por los pasillos, agitando sus pancartas verdes y doradas, y coreaban: «Hartmann, Hartmann», mientras que la presidencia pedía orden golpeando el martillo sobre la mesa. El piso de la convención era un mar verde y dorado, que rodeaba algunas islas persistentes del rojo de Jackson, el azul de Dukakis y el blanco de Barnett.

David Brinkley acababa de lanzar la predicción de que en la siguiente ronda de votaciones Hartmann sobrepasaría el mínimo indispensable para ser nominado, cuando uno de los delegados de Leo Barnett se levantó con una moción de suspender los procedimientos «para permitir que el reverendo Leo Barnett se dirija a la convención». De pronto, la mitad de la gente se puso de pie, gritando al podio. El sofá protestó cuando Hiram dejó caer su peso sobre él.

—Maldito sea —exclamó Hiram—, pero es una medida inteligente. Barnett no podrá llegar al piso de la convención, pero será necesario votar en contra de la moción y eso consumirá tiempo. Puede disminuir nuestro impulso.

—¿Nuestro? —preguntó Jay, echándole una mirada de reojo.

Hiram puso cara de ferocidad, mientras se frotaba la nuca bajo el cuello de la camisa.

—Mientras no vea pruebas de que Gregg es el monstruo que tú afirmas, sigo siendo un delegado por Hartmann. Podría estar ahí abajo votando ahora mismo.

Miró su reloj con signos de impaciencia.

—¿Por qué tarda tanto Tachyon?

Quizá porque Mackie Messer le está rebanando el hígado, pensó Jay, pero no lo dijo. Jay trataba de imaginar cuáles serían los siguientes movimientos en caso de que Tachyon no regresara de su enfrentamiento con Hartmann. ¿Y si al volver declaraba que Greggie era inocente? Eso bastaría para Hiram, pero Jay tenía un carácter más suspicaz. ¿Sería suficiente la potencia del as de Hartmann para someter a su voluntad a Tachyon? Jay no creía que eso fuese posible, pero se había equivocado en otras

ocasiones. Estaba satisfecho por haberse resistido al consejo de Tachyon sobre el saco, que estaba colgado en el clóset dentro del guardapolvo para trajes.

En el televisor, los delegados de Hartmann pidieron una votación a viva voz sobre la moción de suspender las reglas. Los partidarios de Barnett objetaban, con la demanda de una votación pasando lista a todos los delegados. Un delegado de Hartmann pidió a continuación una votación a viva voz sobre la propuesta de una votación pasando lista. La presidencia se detuvo para consultar con los parlamentarios.

Jay se levantó y cambió de canal. En los demás programas se veían los mismos contenidos, y también en CNN, pero pudo encontrar una vieja película en la superestación de Ted Turner. Por desgracia, era una película «colorizada», y Cary Grant tenía una piel extraña color de rosa. Jay la dejó en el aparato. Hiram se molestó.

—Maldita sea, Popinjay —protestó—. Pon la convención de nuevo.

—Por favor, Hiram —suplicó Jay—. Están discutiendo sobre votar para decidir cómo van votar para ver si autorizan a un tipo a pronunciar un discurso.

—Sí —ladró Hiram—, y puede ser un tema crucial. Si tienes tantas ganas de ver *Topper*, no tienes más que decirlo y te compro un video-casete. George Kerby nunca fue de ese color, vivo o muerto.

Jay lo miró, súbitamente alarmado.

—¿Qué es lo que acabas de decir?

—Dije que George Kerby nunca…

—¡Mierda! —interrumpió Jay—. ¡Qué maldición!

—¿Qué te pasa? —preguntó Hiram, levantándose—. ¿Te encuentras bien, Jay?

—No —replicó Jay—. Soy más tonto que una tabla. George Kerby. George Jodido Kerby. ¡El asesino, Hiram! ¡Chrysalis y sus astucias! El boleto de avión estaba a nombre de George Kerby.

La mente de Hiram Worchester nunca había sido lenta.

—¡Un boleto a nombre de un fantasma! —comentó.

—Sí —dijo Jay—. Un fantasma. Un espectro.

—¡James Spector! —dijo Hiram.

—Y ambos Georges Kerby volvieron de entre los muertos —concluyó Jay—. Élla contrató al hijo de puta de Deceso.

Hiram sabía lo que Deceso era capaz de hacer.

—Tenemos que avisarles —decidió.

Atravesó la habitación, tomó el teléfono y marcó a la operadora.

—Por favor, comuníqueme con el Servicio Secreto.

Se abrió la puerta. El doctor Tachyon entró en el cuarto en silencio, con la cabeza baja. Hiram lo miró con miedo, y olvidó por el momento el teléfono que aún tenía en la mano.

—No es… No es verdad, ¿sí? —dijo, desesperado—. Dime que es un error, que

Gregg no…

Tachyon alzó los ojos color lila llenos de lástima.

—Hiram —dijo el alienígena en voz queda—, mi pobre, pobre Hiram. He visto su mente. He visto al Titiritero.

Un estremecimiento pasó por su cuerpo.

—Es mil veces peor de lo que podíamos imaginar —agregó y, sentándose sobre la alfombra, se echó a llorar tapándose la cara con las manos.

Hiram se quedó de pie, con la boca abierta. Jay no lo había visto nunca así de exhausto, tan derrotado, tan gordo. Con el rostro del color de las cenizas, se quitó el auricular de la oreja y lo contempló como si fuera un objeto incomprensible.

—Que Dios me perdone —musitó, en voz casi inaudible, y colgó el teléfono.

Por lo visto, era el día de Brennan para pelearse con los reptiles. Kant era fuerte, pero en su frenesí olvidaba las técnicas de combate que conocía. Brennan aferró la mano del joker semejante a una garra cuando lanzó un zarpazo contra sus ojos, agarró por la muñeca su otra mano y lo lanzó violentamente contra la cabecera de la cama. Kant se agazapó, jadeante, y al tiempo que Brennan saltaba sobre él, abrió una navaja de resorte que había agarrado de entre las ropas apiladas junto a su arenero. Brennan cambió de dirección a medio salto, pero no con suficiente rapidez. La hoja del cuchillo le rasgó la camiseta y la piel, y trazó sobre el torso de Brennan una línea de sangre desde el ombligo hasta el pezón.

Espectro salió caminando de la pared al tiempo que Brennan se arrojaba al otro lado de la cama. Kant la vio y sus ojos parecieron querer saltar de sus órbitas. Giraba en su frenesí de un lado a otro, tratando de atacar al mismo tiempo a Jennifer y a Brennan.

—No te vamos a hacer daño —le dijo Jennifer con su tono de voz más suave—. Queremos ayudarte.

—¿Ayudarme? —preguntó Kant, en un tono de voz histérico y lleno de maldad —. ¡Si me quieren ayudar, tráiganme el maldito beso!

Brennan se lanzó sobre la cama, agarró a Kant por la muñeca de la mano que sostenía el cuchillo y tiró con toda su fuerza, lo jaló hacia abajo y clavó la navaja en el colchón. Kant se retorcía con furia y su cuchillo destrozaba la cama de agua.

Los chorros brotaron como si se hubiese reventado una presa. Brennan y Kant cayeron separándose, y el policía, arrastrado por el agua, acabó a un lado de Jennifer, mojado como una rata en el mar, escupiendo. Sujetó a Jennifer y alzó su cuchillo con el propósito de apuñalarla. Élla se afantasmó. El golpe descendió a través de ella y el joker perdió el equilibrio con el impulso. Brennan aprovechó para agarrarlo por atrás, y enseguida lo estrelló contra la pantalla del televisor, que explotó ruidosamente. Kant se quedó suspendido dentro de ella, atontado, hasta que Brennan lo sacó. El policía estaba desorientado y sangraba de una docena de heridas en la cara y el pecho.

—¿Qué es esa historia del beso? —lo interrogó Brennan.

Kant gimió, mientras lamía la sangre que manaba de sus labios y su nariz.

—¿Es Ezili? ¿La quieres a ella?

Kant sacudió la cabeza con énfasis de un lado a otro. A pesar de tener los ojos vidriosos y desenfocados, se seguía percibiendo la sensación de necesidad en ellos.

—¡No, no! —aulló—. ¡No a esa puta!

—Entonces ¿qué es? —insistió Brennan; tenía agarrado a Kant por los hombros y le dio una sacudida.

—El amo. Ti Malice. Su beso, tan dulce, dulcísimo.

Brennan y Jennifer intercambiaron miradas de desconcierto.

—¿Quién es Malice?

—Es mi amo.

Brennan recordó haber visto antes una herida como la que Kant tenía en el cuello.

—¿Es también el amo de Sascha?

Kant meneó la cabeza, todavía atontado, y Brennan le dio una bofetada para conseguir que le prestara atención.

—Sascha, el cantinero del Palacio de Cristal. ¿Es Malice su amo también?

—Sí.

—¿Dónde están?

—¡Carajo, no lo sé! Se han ido. Me dejaron atrás.

—¿A quién se llevó tu amo?

—Algunas de sus monturas —murmuró Kant—. No conozco a todos.

—¿Se llevó a Sascha?

Kant prorrumpió en sollozos, sin poder controlarse.

—¡Santo Cristo! —exclamó Brennan.

Se puso de pie y arrastró a Kant a la cama. Agarró un par de esposas que encontró entre las ropas que el joker tenía apiladas en el piso y encadenó al policía a uno de los postes. Kant se quedó agazapado en un charco sobre el suelo, llorando y rascándose la costra del cuello.

Brennan tomó el teléfono que estaba en el buró al lado de la cama y marcó el número de Fort Freak.

—Maseryk —pidió—. Esto es una emergencia. Cuestión de vida o muerte.

Le tomó al detective un momento nada más para contestar la llamada.

—Más te vale que esto valga la pena —dijo, con voz dura y plana.

—Tu compañero —declaró Brennan—. Está sufriendo un síndrome de abstinencia.

Hubo un silencio por el efecto de choque de sus palabras.

—¿Drogas? —preguntó Maseryk tras una pausa.

—No lo creo —replicó Brennan, queriendo poner fin a las preguntas del policía —. Mira, creo que debes venir al departamento de Kant lo más rápido que puedas. Necesita ayuda. Y otra cosa, Maseryk… Me quedas debiendo.

Colgó el teléfono y se volvió a Espectro.

—Hay que largarnos de aquí.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Hiram, cuando los sollozos de Tachyon se calmaron un poco.

—Dar el pitazo —dijo Jay.

El doctor Tachyon se puso de pie de un salto.

—¡No! —gritó—. ¿Te has vuelto loco, Ackroyd? El público no debe enterarse de la verdad.

—Pero Hartmann es un monstruo —objetó Jay.

—Nadie lo sabe mejor que yo —afirmó Tachyon—. He nadado en las cloacas de su mente. He sentido la vileza que habita en su interior, eso que él nombra Titiritero. Llegó a tocarme. No puedes imaginar lo que fue eso.

—No soy telépata —reconoció Jay—. ¡Qué le vamos a hacer! Pero no te voy a ayudar a lavar la imagen de Hartmann.

—No entiendes —objetó Tachyon—. Durante dos años, Leo Barnett ha llenado la mente del público con advertencias sobre la violencia del wild card, inflamando su miedo, aprovechándose de la desconfianza hacia los ases. ¿Propones que les digamos que tenían razón, que un monstruoso as secreto ha logrado subvertir el gobierno? ¿Cómo crees que van a reaccionar?

Jay se encogió de hombros. Estaba demasiado agotado para discusiones de tipo intelectual.

—Bien, entonces que elijan a Barnett, no es tan tremendo. Tendremos a un idiota derechista en la Casa Blanca durante cuatro años. Logramos sobrevivir a ocho de Reagan.

El doctor Tachyon no quería admitir ninguno de esos argumentos.

—No sabes ni la mitad de lo que he encontrado en la mente de Hartmann. Los asesinatos, las violaciones, las atrocidades, y él siempre al centro de la red, el Titiritero que jala las cuerdas. Te advierto que si se da a conocer la historia completa, la repugnancia de la gente va a desencadenar el reino del terror, al grado que las persecuciones de los años cincuenta no parecerán nada.

El alienígena se puso a hacer ademanes salvajes.

—Mató a su propio hijo antes de que naciera, y se dio un banquete con el dolor y el miedo de esa criatura. Y sus títeres… ases, jokers, políticos, líderes religiosos, policías, cualquiera que cometa la tontería de tocarlo. Si se dieran a conocer sus nombres…

—Tachyon —interrumpió Hiram Worchester.

Hablaba en voz baja, pero con una angustia tan visible con un clavo en una tabla. El doctor Tachyon miró a Hiram con expresión de culpa. Era difícil determinar quién de los dos se veía más aterrado.

—Éstos… títeres. ¿Fui… fui yo… uno de…?

No pudo terminar, pues se ahogaba con las palabras. Tachyon asintió, con un gesto breve, casi furtivo. Por su mejilla rodó una sola lágrima. A continuación se dio vuelta. Hiram reflexionó en lo que acababa de oír, con gran pesadumbre en el rostro. Entonces habló:

—De un modo grotesco, resulta casi gracioso.

Pero no se reía. Prosiguió:

—Jay, Tach tiene razón. Es preciso guardar este secreto.

Jay desplazó la mirada del hombre pequeño al grandote, sintiéndose en minoría.

—Hagan ustedes lo que quieran —anunció—, pero no esperen que yo vote por ese cabrón. Aunque estuviera registrado como votante.

—Tenemos que hacer un pacto solemne —propuso Tachyon—. Un pacto solemne de hacer todo lo que podamos para detener a Hartmann y llevarnos el secreto a la tumba.

—¡Oh, no empieces! —se quejó Jay.

Lo último que deseaba era oír patrañas taquisianas.

—Hiram, ese vaso —ordenó el extraterrestre.

Hiram le alcanzó un vaso que estaba a medias, y Tachyon vació el contenido sobre la alfombra. Se inclinó, sacó un cuchillo largo de la funda de la bota y lo alzó frente a los otros dos.

—Hagamos el juramento por la sangre y por el hueso —anunció, y antes de que nadie pudiese pararlo, el taquisiano tomó el cuchillo con la mano derecha y se hizo una cortada sobre la muñeca izquierda.

Puso la herida sobre el vaso hasta reunir un par de centímetros de su sangre al fondo, y enseguida se vendó la herida con un pañuelo y le pasó el cuchillo a Jay. El detective se limitó a mirar el acero.

—Esto tiene que ser una broma.

—No —dijo Tachyon, con expresión de solemnidad.

—¿Y si en cambio orino en el vaso? —sugirió Jay.

—El vínculo está en la sangre —insistió Tachyon.

Hiram dio un paso al frente.

—Yo sí juro —manifestó, agarrando el cuchillo.

Se quitó el saco blanco de lino, se alzó la manga, la enrolló e hizo el corte. El dolor lo hizo inhalar de pronto, pero su mano no titubeó.

—¡Qué profundo! —murmuró Tachyon al tiempo que la sangre caliente y brillante manaba de la herida de la muñeca de Hiram. Éste hizo un gesto, y puso la cortada sobre el vaso. La línea roja subió unos centímetros más.

Y, a continuación, los dos miraron al detective.

Jay soltó un hondo suspiro.

—Ya que ustedes dos son Huck y Tom, yo he de ser el Negro Jim —comentó—. No se olviden de recordarme que tengo que hacerme examinar la cabeza cuando esto

haya pasado.

Agarró el cuchillo. Le dolió como la puta madre.

Cuando hubo terminado, el doctor Tachyon agitó el vaso para mezclar la sangre, y lo alzó sobre sus cabezas, cantando una oración rítmica en voz aguda en un idioma que Jay supuso que sería taquisiano.

—Por la sangre y por el hueso hago el juramento —concluyó, y enseguida echó la cabeza hacia atrás y se bebió un tercio del contenido del vaso de un solo trago.

Jay creyó que iba a vomitar. Incluso Hiram se veía algo abrumado cuando Tachyon le pasó el vaso.

—Por la sangre y por el hueso —entonó Hiram y se tomó el trago ritual.

—¿No podría ponerle salsa tabasco, con un poco de vodka? —inquirió Jay cuando Hiram le pasó el vaso con lo que quedaba.

—No es admisible —objetó Tachyon, tieso.

—¡Qué pena! —lamentó Jay—. Siempre me ha gustado el Bloody Mary.

Alzó el vaso y murmuró:

—Por la sangre y por el hueso.

Se bebió el resto de la sangre, sintiéndose como un idiota.

—¡Yum! —exclamó al terminar.

—Hecho está —proclamó Tachyon—. Es preciso que ahora nos pongamos a hacer planes.

—Voy a regresar al Omni —anunció Hiram—. Fui uno de los primeros partidarios de Gregg, y me atrevo a decir que gozo de influencia entre los delegados de Nueva York. Podría tener algo de impacto. Tenemos que bloquear esa nominación a como dé lugar.

—De acuerdo —declaró Tachyon.

—Me gustaría estar mejor informado sobre Dukakis… —comenzó a decir Hiram.

—Dukakis no —interpuso Tachyon—. Jesse Jackson. Nos ha estado cortejando todo el tiempo. Yo hablaré con él.

Tomó de las dos manos a Hiram, ofreciendo una visión un poco absurda, con sus pañuelos ensangrentados colgando de sus muñecas.

—¡Podremos hacerlo, amigo mío!

—¡Huy, qué bien! —intervino Jay—. Así que Greggie ya no será presidente. ¿Qué vamos a hacer con sus víctimas? ¿Kahina, Chrysalis, todos los demás?

El doctor Tachyon alzó la mirada.

—Chrysalis no.

—¿Qué? —barbotó Jay.

—Amenazó a Chrysalis, eso es cierto —dijo el alienígena—. La obligó a ella, junto con Digger, a mirar cómo su criatura torturaba y mataba a Kahina, pero nunca llevó a cabo dicha amenaza. Cuando se enteró el lunes por la mañana de que había muerto, fue una sorpresa para él, igual que para todos los demás.

—¡Eso no puede ser, con un carajo! —objetó Jay—. Estás equivocado.

El hombrecito se irguió a toda su estatura.

—Soy un maestro psi de Takis, adiestrado por los mejores mentats de la casa de Ilkazam —declaró—. Su mente ha sido mía. No estoy equivocado.

—¡Pero envió a Mackie tras Digger! —argumentó Jay.

—Y manipuló a Oddity para que recuperase el saco comprometedor y lo destruyera. Eso te lo aseguro. Después de enterarse de que habían matado a Chrysalis, tomó medidas para protegerse. Pero no intervino en su muerte.

Tachyon le puso a Jay una mano en el hombro.

—Lo siento mucho, amigo.

—Pero entonces, ¿quién carajos la mató?

—Ahora no tenemos tiempo de discutir sobre eso —dijo Hiram, impaciente—. La mujer ha muerto; nada podrá…

—Silencio —interrumpió Jay.

Un boletín de noticias había desterrado a Cary Grant de la pantalla de televisión:

—… Una nueva tragedia golpea la convención —decía un locutor en tono ceremonioso—. El senador Hartmann está ileso, repito, ileso, pero tenemos reportes confiables de que el as criminal acabó con la vida de otros dos hombres al intentar llegar hasta el senador. Seguimos a la espera de una confirmación definitiva, pero fuentes extraoficiales indican que las víctimas del asesino son Alex James, un agente del Servicio Secreto asignado a la protección del senador Hartmann…

Apareció una foto del hombre muerto en la pantalla, por encima del hombro del locutor.

—… y el presidente de la delegación californiana de Hartmann, el as Jack Braun. Un personaje controvertido, Braun, estrella del cine y de la serie de televisión Tarzán, era sobre todo conocido como Golden Boy. Algunas personas lo consideraban el hombre más fuerte del mundo. Braun inicialmente llamó la atención del público…

La foto de Braun apareció en la pantalla mientras el locutor seguía hablando. Ahí estaba, con su uniforme de campaña dorado, con su sonrisa oblicua, rodeado por un halo dorado. Se veía joven, vivo, invencible.

—Oh, Jack —se lamentó Tachyon, con trazas de estar a punto del llanto otra vez.

—No *puede* haberse muerto —negó Hiram, furioso—. ¡Apenas anoche le salvé la maldita vida!

El televisor se elevó de la alfombra, flotando como un globo hacia el techo. De soslayo, Jay observó que Hiram había cerrado la mano en un puño.

—¡No puede haberse muerto! —insistió Hiram, y de repente el televisor se vino abajo. Golpeó el suelo como si cayera desde seis pisos en lugar de dos metros, y explotó el tubo de video.

—¡No murió en vano! —declaró insensato Tachyon, tomando a Hiram del brazo —. Ven, vamos.

Después de que se fueron, Jay se sentó en el sofá. Le dolían las costillas, le dolía la cara y ahora también le dolía la cortada en la muñeca. En la boca sentía aún el

sabor de la sangre, y ya no tenía la menor idea de quién podría haber matado a Chrysalis. Estaba demasiado agotado para poder pensar bien.

Buscó en el frasco de analgésicos que llevaba en el bolsillo, se puso cuatro pastillas en la boca, y las tragó con el auxilio de un largo trago del mejor brandy del doctor Tachyon. ¡Qué bien sabía! El segundo trago le supo mejor y el tercero era ya una delicia. Después de eso perdió la cuenta. Cuando la botella quedó vacía, a Jay le nadaba la cabeza. Se acostó en el sofá. Le era imposible quedarse dormido, con todo lo que pasaba. Pero podía cerrar los ojos nada más unos minutos…

8:00 p.m.

DESPUÉS DE UN LARGO Y DURO DÍA, JENNIFER SE DURMIÓ, PERO Brennan no lograba conciliar el sueño.

Estaba al límite del agotamiento, pero sentía la cabeza ligera y llena de claridad. El cerebro se negaba a apagarse y permitirle el reposo que tanto necesitaba. En silencio, se levantó de la cama, se vistió y salió a la noche.

Hacía un calor pegajoso. La onda cálida asfixiaba a la ciudad también de noche. Las calles estaban llenas de gente que vagabundeaba, pensó Brennan, buscando en vano respuestas a sus propios problemas particulares, no menos elusivas que aquellas que le preocupaban a él.

En la ecuación del asesinato de Chrysalis se introducía una nueva variable para complicar todavía más las cosas: el misterioso amo, Ti Malice, y su presunta cómplice, Ezili Rouge. Sascha era uno de sus sirvientes, al igual que Kant. El policía había empleado un término peculiar para denotar a aquéllos enganchados al dominio de Malice. Los llamaba «monturas». Brennan ni siquiera lograba conjeturar en principio lo que eso podía significar.

A unas cuadras del hotel se había reunido un grupo de gente frente a una farmacia abierta toda la noche, y Brennan se les aproximó para ver qué causaba su silenciosa expectación: un aparato de televisión en el aparador, sintonizado a un canal de noticias que recapitulaba los caóticos eventos del día en Atlanta.

Jack Braun había sido asesinado, decía el locutor. Brennan no podía creerlo. De jovencito, Brennan había sido un gran admirador de Golden Boy; lo veneraba porque era guapo, fuerte y temerario, todos los atributos de un héroe. Amparo para el débil y protección al indefenso, una encarnación del ideal heroico. Al paso de los años, se fue haciendo mayor y Brennan se dio cuenta de que un héroe podía estar hueco, como Golden Boy cuando traicionó a sus amigos en un momento de debilidad y cobardía. Sin embargo, esa creencia en el ideal heroico permaneció en él, y había sido parte de sus motivaciones para ingresar a las fuerzas militares.

Ahí aprendió Brennan qué difícil resulta para los ideales florecer en un mundo imperfecto. Fue enviado para auxiliar a Vietnam. En cambio, por ineficiencia, ineptitud, avaricia y estupidez, había contribuido a su devastación. Y de pronto, los que eran responsables de aquel desastre habían decidido largarse, dejando al pueblo vietnamita a merced de los matones contra quienes habían jurado defenderlo.

Lastimado por el dolor de aquella lección, Brennan también se había ido, queriendo aislarse del resto de la humanidad. Pero aprendió que los viejos lazos siempre recordados resultan imposibles de olvidar, y que los nuevos, una vez formados, no se pueden ignorar.

Ya podían Barnett y Hartmann hacer sus jueguitos en Atlanta, pensó Brennan. Que alzaran pancartas, se pusieran sombreros graciosos y pronunciaran discursos plagados de promesas imposibles, huecas. A fin de cuentas, era poco lo que podían hacer en realidad. A pesar de sus buenas intenciones y promesas nobles, Hartmann se iba a ver constreñido por un sistema tullido por la incompetencia, la inercia y la injusticia. También Barnett se enfrentaría a los mismos obstáculos si intentase poner en práctica sus despreciables proyectos.

A fin de cuentas, concluyó Brennan en sus reflexiones, todo quedaba en proteger a los camaradas, a los amigos, a la familia. Brennan sabía que para eso siempre estaría dispuesto. Y si acaso llegaba demasiado tarde para protegerlos, como había sucedido con Chrysalis, él se encargaría de que cualquiera que hubiese hecho daño a su gente no volviera a hacerlo nunca más.

Una sonrisa sesgada apareció en el rostro de Brennan. ¡Qué nobles sentimientos! Pero la verdad era que no avanzaba mucho en sus intentos de retribución. Sin ver en realidad, Brennan se quedó con la mirada fija en la pantalla del televisor. Precisaba más información, pero todas sus fuentes estaban secas. En la calle no había nada. Sascha desaparecido, quizá bajo las órdenes del misterioso Malice. Era evidente que a Fundido le interesaba más utilizar a Brennan para librarse de Kien y conseguir los archivos secretos de Chrysalis…

Quizá la respuesta se encontrara ahí. Chrysalis sabía todo lo que pasaba en Jokertown. Tal vez entre sus tesoros estuviesen todas las soluciones que necesitaba Brennan. Pero sus archivos estaban bien escondidos. Sabiendo cuánto amaba ella los secretos, Brennan dudaba que hubiese confiado a nadie el dato de su escondite.

Excepto por un hombre. Un hombre que en cierta medida había sido su confidente. Un hombre cuyos labios estaban sellados por un voto de silencio inviolable. Un hombre que había recibido un extraño legado de ella.

Era el momento, decidió Brennan, de exigir el cumplimiento de todas las deudas.

Una vez tomada su decisión, volvió a su cuarto de hotel para dormir unas cuantas horas. Se sonrió al ver que el gato que lo seguía se daba vuelta también, corriendo entre las sombras. Consideró detenerse y ofrecer llevarlo, pero comprendió que a Lazy Dragón le vendría bien el ejercicio.

Sábado 23 de julio 1988

♣ ♦ ♠ ♥

8:00 a.m.

Caminó más rápido, le sangraban los pies descalzos, trataba de darle alcance al hombre corpulento del abrigo negro abultado. Le gritaba, pero nada rompía el terrible silencio más que el sonido de sus pies. Los escalones se hacían cada vez más estrechos, y le era difícil mantener el equilibrio mientras descendía hacia la oscuridad. Al llegar a la plataforma suspendida sobre aquel fondo estigio, vio al hombre quieto sobre ella. Tan sólo ver su espalda encorvada y amenazante lo colmaba de miedo, y cuando el hombre empezó a girar hacia él, el terror se alzó en su interior hasta sentir que se ahogaba. Se alzó la cara blanca desprovista de rasgos, el tentáculo rojo y húmedo se movió como probando el aire. En una horrible cacofonía, su aullido y el grito de Jay se confundieron en un solo sonido.

—Te orinaste en los pantalones —dijo una voz en tono de burla—. ¡Menudo as!

Jay se incorporó. Su traje se encontraba arrugado, le dolía el costado y la cabeza le punzaba. Un muchacho estaba de pie al otro lado del cuarto, haciendo un mohín como si Jay fuese un espectáculo cómico. Tenía un rostro refinado y arrogante, hablaba con acento francés y manifestaba actitud de superioridad. Su pelo era tan rojo que dolía mirarlo. Jay sintió el impulso de mandarlo al sector sur del Bronx, pero se le ocurrió que eso no sería buena idea. Aunque estaba atontado, le pareció recordar que se trataba del nieto de Tachyon.

—¿Dónde está tu abuelo? —preguntó Jay mientras se levantaba, sin hacer caso de las burlas del jovencito.

La alfombra estaba cubierta de vidrios rotos, que crujieron cuando Jay los pisó. El sofá también se hallaba repleto de ellos, y varios fragmentos se desprendieron de su cuerpo cuando se levantó. Notó las ventanas rotas por primera vez. ¿Qué diablos había sucedido?

El muchacho se encogió de hombros.

—No durmió en su cama —dijo—. A lo mejor logró atrapar a una de sus zorritas.

—Las cosas que me pasan —comentó Jay—. Me desplomo en el maldito sofá cuando tengo una cama libre perfectamente adecuada en el cuarto de al lado.

Se dirigió al bar, rompiendo vidrios bajo los talones, y miró las botellas hasta encontrar una de coñac que no había sido abierta. Nada como la pata del perro para

curar la mordida.

—Tú eres Popinjay.

El niño era igual de arrogante que Tachyon. Por no decir casi igual de alto.

—Soy Jack Ackroyd —corrigió Jay—. Y ¿quién eres tú? ¿Kid Tachyon?

—Blaise. Taquisiano en una cuarta parte —proclamó, con orgullo.

—No permitas que eso te moleste. Yo mismo soy croata en una cuarta parte.

Jay se bebió de un trago el coñac. Sintió que le quemaba la garganta al bajar. Se echó un poco más en el vaso. Y se siguió sirviendo. El vaso se llenó a la tercera parte. Luego, a la mitad. Tres cuartas partes. Jay quiso devolver la botella a su sitio. Pero seguía sirviéndose. Llenó el vaso hasta el borde. Enseguida se lo vació sobre la cabeza.

El alcohol le picó los ojos, y lo cegó. Quiso decir hijo de puta, pero en cambio se oyó cantar: «Soy una pequeña tetera» en voz de falsete, haciendo todos los movimientos correspondientes. En algún momento, el vaso de coñac se le escapó de los dedos y se fue rodando por la alfombra.

Cuando se le aclaró la visión, Blaise estaba de pie frente a él, con los brazos cruzados, sonriendo y lleno de satisfacción.

—Nosotros los taquisianos no toleramos que nadie se burle —le dijo a Jay—. Ten cuidado con lo que me digas. Puedo obligarte a hacer lo que yo quiera.

Prorrumpió en carcajadas.

—Ahora estás mojado por los dos lados —añadió.

—Qué bien —comentó Jay, que olía a meados y a coñac—. Podrías ser un gran detective.

—¿De veras? —repuso Blaise, que no pescó el sarcasmo, cosa que Jay agradeció.

—Desde luego. Claro que te falta aprender algunas cosas.

—¿Cómo cuáles? —quiso saber Blaise.

—Bueno —dijo Jay—. Por ejemplo, antes de hacer enojar a alguien, conviene saber que no esté armado.

Hizo una pistola con la mano y le apuntó a Blaise, haciendo un guiño.

El chico no se mostró impresionado.

—Pero tú estás desarmado —dijo el muchacho.

Blaise hizo un pop seco y agradable al desaparecer. Ni siquiera tuvo tiempo de manifestar sorpresa.

Jay estaba ahí de pie con el dedo apuntando a un lugar vacío cuando se abrió la puerta, y el doctor Tachyon, con aspecto de agotamiento, entró, lo vio y arrugó el entrecejo.

—Doctor —dijo Jay, tratando de sonar inocente—. Te lo juro, no sabía que estaba cargada.

9:00 a.m.

BRENNAN ENTRÓ EN LA IGLESIA Y OBSERVÓ DURANTE VARIOS minutos a Quasimán, dedicado a lavar el vitral donde se representaba la pasión de Jesucristo Joker.

—Hola —lo saludó el joker en actitud cordial al ver que se aproximaba Brennan, apoyó su escobilla limpiavidrios en el suelo y se recargó en ella como si fuera una lanza.

—Necesito ver al padre Calamar —anunció Brennan.

Quasimán soltó la escobilla al mismo tiempo que repentinamente desapareció la mano que la sostenía. Sin perder la calma, miró el lugar donde había estado un momento antes, como si fuera algo a lo que estaba acostumbrado. Unos segundos después se sintió una oleada de aire frío y una peste insoportable, y la mano de Quasimán estaba de regreso. Se agachó para recoger la escobilla.

—Está meditando en su oficina —indicó Quasimán, como si no ocurriese nada fuera de lo ordinario.

—Sé cómo llegar —dijo Brennan, asintiendo.

Se movió para seguir su camino, pero el joker le puso la mano en el brazo. Seguía fría como el hielo, pero Quasimán no lo notaba, o por lo menos le daba lo mismo.

—¿Sabes ya quién lo hizo? —preguntó a Brennan, que negó con la cabeza.

—Entonces… ¿Puede que me necesites?

—Es lo más posible.

Quasimán le soltó el brazo a Brennan.

—Estaré preparado —declaró, pero añadió enseguida—: eso espero.

En la oficina, se encontró al padre Calamar en su postura favorita para la meditación.

—¡Hola, sargento!

El cura se sobresaltó. Abrió los ojos de golpe y alzó la vista hacia Brennan. Sonrió un poco, haciendo vibrar los tentáculos que le colgaban sobre la boca.

—En los viejos tiempos nunca podría haberte sorprendido así —comentó Brennan, y se sentó en una silla frente al cura, al otro lado del escritorio.

El padre Calamar asintió desde el cómodo sillón donde se había quedado dormido.

—Soy más viejo ahora que entonces. Además, duermo mucho mejor.

Brennan sonrió, aunque en su expresión no había trazas de humor.

—Yo también dormí mejor, durante algún tiempo.

—¿Por qué no lo dejas y tratas de encontrar la paz que yo tengo?

—Ya hice la prueba —le contó Brennan—. Incluso estuve en un monasterio. Era un monasterio zen.

Tuvo que sonreír al ver la expresión de asombro en el rostro del sacerdote.

—Pero nunca fui uno de los mejores adeptos —añadió—. La violencia me sigue como una sombra indeseable. Raras veces salgo en su busca, padre, pero me

encuentra aunque me esconda.

—¿Así que me llamas padre ahora, eh?

Brennan alzó los hombros.

—Como quieras. ¿Cuántas veces llegaste a sargento, en todo caso?

—Cuatro —dijo con una sonrisa el padre Calamar.

—Y en cada una de ellas te degradaron de nuevo a soldado raso.

—Bueno, en aquel tiempo no me gustaba seguir las reglas.

—Y en ocasiones te asistía la razón —afirmó Brennan—. La Brigada Joker fue un pretexto para aniquilar a tantos de ustedes como fuese posible.

—Puede ser. Pero entre nosotros hubo buenos soldados —aclaró el padre Calamar, sonriéndole a Brennan—. Y algunas de las unidades en las que servimos no estaban tan mal. No te importaba si un hombre tenía pelo, plumas o lana, o tentáculos en la cara y filas de ventosas en las manos.

—Fuimos hermanos de armas —dijo Brennan en voz baja—. Eso era lo único que importaba.

Se miraron uno a otro durante un largo momento, reviviendo recuerdos de quince años atrás.

—¿Qué hiciste al terminar la guerra? —le preguntó Brennan por fin.

—Poco de lo que pueda enorgullecerme. Por un tiempo vendí mis servicios. Pero dondequiera que iba, a pesar de lo mal que estaban las cosas en la Brigada Joker, a pesar de cómo nos trataban en Jokertown, descubrí que en general a los jokers les iba mucho peor fuera de Estados Unidos.

Encogió sus enormes hombros, y añadió:

—Por un tiempo quise hacer algo al respecto, pero me temo que causé más mal que bien.

—Una vez me contaron —le confió Brennan— que un hombre llamado Cara de Calamar formaba parte de la brigada del Perro Negro. Pensé que serías tú.

—Era yo —dijo el sacerdote, con la voz abrumada—. ¡Cómo me arrepiento de esos días! Nunca haré suficiente penitencia para lavarme el alma de los horrores que cometí en nombre de mi gente.

—Todos nos equivocamos —dijo Brennan en voz baja—. Los malvados olvidan sus errores. Los buenos tratan de compensarlos.

—Bueno —dijo el sacerdote, con las membranas nictitantes abriéndose y cerrándose con rapidez—. Soy yo quien debería ofrecerte consuelos espirituales.

—A diferencia de ti, padre, mucho temo que a mí ya no se me puede redimir. Pero puedes ayudarme en otra cosa.

—El asesinato.

Brennan asintió.

—Estoy en un callejón sin salida. Se me acaban las pistas, y no tengo a quién acudir. Me di cuenta anoche de que tú fuiste el confidente de Chrysalis, incluso su confesor, tal vez. Y recuerdo que te hizo un legado, y sé de los rumores que circulan

sobre sus archivos secretos.

—Su legado fue nada más una maleta llena de dinero que tenía guardada en caso de que tuviera que huir de la ciudad de manera urgente. Será de gran ayuda para los pobres de la parroquia, pero no servirá para identificar al asesino.

Brennan hizo un gesto de fastidio.

—¿No te dijo nada que pudiera estar relacionado con su muerte?

—Si acaso lo hizo, fue en la santidad del sacramento de la confesión, algo que no puede ser violado.

—¿Aun si el asesino queda libre?

El cura soltó un suspiro.

—Aun si el asesino queda libre.

Brennan se puso de pie, y miró al cura largamente.

—*Has cambiado* —dijo—. El sargento Calamar sabía cuándo la justicia y el honor tomaban precedencia respecto de un sistema de reglas.

—Hay veces, capitán, en que desespero de mi alma. En ocasiones me siento tan mal sacerdote como tú dices que fuiste de monje zen.

Brennan sonrió de pronto.

—A veces, Bob, creo que tú y yo somos culpables de decir un montón de patrañas.

Los tentáculos del cura se estremecieron de risa.

—Tienes razón —dijo—. Bien, Chrysalis me dijo cosas en la santidad del confesionario que no puedo revelarte. Lo que sí te puedo decir es que has omitido una fuente de información.

Hizo una pausa dramática.

—Sus vecinos, Daniel —declaró el padre Calamar—. Sus vecinos de abajo.

El cura alzó su pesado cuerpo del sillón, mientras una expresión de desconcierto aparecía en la cara de Brennan.

—Ahora, si me disculpas, necesito prepararme para la misa de las diez.

10:00 a.m.

EL DESAYUNO LLEGÓ AL TIEMPO QUE JAY SALÍA DE LA REGADERA. Se secó con la toalla, sin saber qué hacer con los vendajes mojados de las costillas, y se puso la ropa que le había prestado Tachyon. Las mangas le quedaban demasiado cortas, y los pantalones mostraban cinco centímetros de un pálido tobillo, pero por lo demás el traje le quedaba bastante bien. Lo único objetable era el color púrpura.

Tachyon se encontraba frente a su bandeja de desayuno en la habitación, untando mantequilla a un pan tostado, cuando salió Jay del baño. Blaise, tirado encima de un

sillón, alzó los ojos y rió despectivamente. Tachyon lanzó una mirada severa a su nieto.

—Blaise, ¿te divertiste en el carrusel?

El rostro del jovenzuelo expresó disgusto.

—No. Me sentí estúpido.

—Entonces, por el Ideal, tendrás mayor cuidado con tus modales —le dijo Tachyon—, o le pediré a mister Ackroyd que te transporte al aeropuerto de Atlanta.

—No es mi culpa si él es chistoso —se quejó Blaise—. Se ve como maricón.

—Esa ropa es mía —indicó Tachyon, con voz tensa, y enseguida miró a Jay—. En mi opinión, es una mejoría dramática de apariencia.

—Estoy de acuerdo con el chico —opinó Jay.

Blaise lo miró, sorprendido, y luego sonrió. Jay enseguida preparó sus dedos con un movimiento de pistolero del Oeste y apuntó al niño. Blaise hizo un gesto de miedo.

—¡Gotcha! —exclamó el detective, sonriendo.

Blaise le devolvió la sonrisa. Haber enviado al niño al otro lado de la ciudad de Atlanta resultó el mejor aliciente para su amistad.

—Ya es bastante bribón; no le des alas —se quejó Tachyon.

—Ah, es un buen chico —opinó Jay—, para ser taquisiano.

Alzó la campana plateada de su bandeja y atacó con voracidad de lobo sus huevos benedictinos. No eran tan buenos como los huevos benedictinos de Aces High, pero tenía suficiente apetito para que eso no le importara un bledo. De cualquier modo, Hiram solía decir que Jay tenía paladar de vinil.

Tachyon se limpiaba los labios cuidadosamente usando la esquina de una servilleta mientras Jay recogía los restos de yema con un pan tostado cuando llamaron a la puerta. Tachyon se puso de pie.

—¿Quién es?

—Carnifex. Abre. No voy a estar llamando todo el día.

Tachyon le echó una mirada a Jay.

—Déjalo que entre —sugirió el detective—. Ray es fuerte, pero no puede hacernos nada a ti o a mí, ni tampoco al Cisco Kid que está con nosotros.

Hizo un ademán para indicar a Blaise.

El alienígena asintió y fue a abrir la puerta. Carnifex echó un vistazo a la suite y entró, vestido con su uniforme blanco pegado a la piel que dibujaba cada uno de los músculos y tendones de su cuerpo. Se había echado atrás la capucha, lo cual revelaba un rostro que parecía haber sido hecho de partes sueltas.

—Las reglas dicen que se supone que no me puedo meter en política —le dijo Ray a Tachyon con desprecio—. Qué suerte para ti. De lo contrario, ya te habría dado una buena patada en el culo. Supongo que has estado demasiado tiempo cerca de Braun, y se te debe haber contagiado.

Tachyon endureció la línea de la boca.

—Di lo que tengas que decir —le dijo al as empleado por el gobierno—. No tengo el menor interés por tus opiniones sobre temas de política o de moral.

—Gregg te quiere ver —le comunicó Billy Ray.

—El sentimiento no es recíproco —repuso Tachyon.

—Lo verás —insistió Ray, con una sonrisa chueca—. Gregg me ha encargado decirte que te quiere hablar de una propuesta.

—No tengo nada que hablar con el senador.

—¿Te da miedo? —quiso saber Ray—. No te preocupes, si quieres, te agarro de la manita. Vayas o no vayas, a mí qué me importa. Pero si no vas, te arrepentirás más tarde.

El as del traje blanco se encogió de hombros y miró la suite: la ventana que la Tortuga había roto, la televisión destrozada por Hiram, la mancha de orina en el sofá.

—Parece que aquí hubo toda una fiesta —le comentó a Tachyon—. Alguien debería enseñarte a limpiar el tiradero, doc. Este lugar da asco.

Iba a salir por la puerta cuando lo detuvo Jay.

—Hey, Carny.

Ray giró sobre sus talones con un brillo amenazante en los ojos.

—Mi nombre es Carnifex, puto de mierda.

—Carnifex Puto de Mierda —repitió Jay—. Trataré de que no se me olvide. ¿Cuántos trajes tienes como ése que llevas?

—Seis, ocho —repuso Carnifex, suspicaz—. ¿Por qué?

—Porque debe ser difícil quitar las manchas de sangre —respondió Jay.

Ray lo miró con fijeza.

—No te metas en mi camino, fisgón —dijo—, o te vas a enterar por experiencia propia.

Azotó la puerta violentamente.

—¡Fisgón! —exclamó Jay—. ¡Me ha llamado fisgón! ¡Qué mortificado estoy!

Se volvió a Tachyon.

—¿Vas a ir?

—Es mi deber —dijo el hombrecito, enderezándose.

—Ya me temía que ibas a decir eso —suspiró Jay.

Brennan dejó a Jennifer a media cuadra del Palacio de Cristal y enseguida pasó despacio en el automóvil frente al edificio. Considerando la advertencia en el mensaje misterioso sobre el Palacio, era preciso verificar del modo más seguro y prudente la existencia de los vecinos aludidos por el padre Calamar. Jennifer haría exploraciones en su forma insustancial, y volvería por Brennan para reportar si no había moros en la costa.

Al rebasar el Palacio, Brennan dio vuelta en el callejón al que daba a la entrada de servicio. Apagó el motor y encendió la radio mientras esperaba el regreso de Jennifer.

Las noticias de Atlanta eran mejores que la noche anterior. Por lo visto, los reportes sobre la defunción de Jack Braun exageraron: seguía vivo. De nuevo, Golden Boy se había salvado gracias a su as.

El tren de pensamientos de Brennan fue interrumpido de pronto por el ensordecedor ruido de un altavoz que lo dejó congelado tras el volante.

—La persona del automóvil, habla la policía. ¡Salga del coche con las manos en alto!

Brennan se quedó tras el volante un instante más, con la mente recorriendo media docena de planes de fuga rápidamente descartados. Por el parabrisas vio acercarse a tres policías. Los dos que iban de uniforme le apuntaban con sus pistolas. El tercero, que iba un paso atrás, era Maseryk.

Puso las manos en alto y a continuación, con movimientos exageradamente lentos, abrió la puerta y salió del auto. Se quedó aguardando su llegada, sin ninguna expresión en el rostro.

—No fuiste capaz de dejar de inmiscuirte, ¿verdad? —comentó Maseryk.

—¿Cómo sigue Kant? —preguntó Brennan.

La sombra de un pensamiento cruzó la cara de Maseryk.

—Todavía un poco delicado, pero mejor.

Uno de los uniformados tenía abierta la portezuela trasera del automóvil, mientras que el otro seguía encañonando a Brennan.

—¡Es él! —exclamó el primero de ellos, exhibiendo el estuche de Brennan—. ¡El asesino del circo y la flecha!

—¿Mantienes el Palacio bajo vigilancia esperando a que regrese el asesino? —inquirió Brennan.

Maseryk alzó los hombros.

—Se me ocurrió la idea.

Brennan meneó la cabeza, disgustado. ¡Era eso de lo que le prevenía la nota! Maldición.

—A ver —dijo el primer policía—: las manos sobre la salpicadera. Con los pies atrás y las piernas separadas.

Brennan bajó los brazos y se dio vuelta con el propósito de obedecer. El policía consideró que no actuaba con suficiente prontitud, y de una patada le separó los pies y enseguida lo cacheó. No tardó en encontrar el puñal que Brennan llevaba en una funda junto al tobillo.

—¡Eso es! Date la vuelta —el policía sonreía mientras Brennan giraba—. ¡Santo Jesús, hemos atrapado al más malo y grandote de los justicieros! ¡Las manos atrás, grandulón!

—Cállate, Chris —ordenó Maseryk, fatigado, al tiempo que Brennan obedecía.

Siguió hablando en el mismo tono monótono y cansado mientras el patrullero le ponía las esposas a Brennan.

—Tienes derecho a permanecer en silencio…

Brennan no dijo nada ni ofreció resistencia alguna. Su cara parecía dura como una roca cuando se lo llevaron hacia una patrulla oculta a la vuelta del callejón.

Acometido por temblores, Tachyon abrió de golpe la puerta de la recámara, con el pelo rojo brillante aplastado contra el cráneo a causa de sudores fríos. Parecía a punto de reciclar el desayuno. Incluso Blaise, que un momento antes bromeaba hablando con Jay, tuvo el buen tino de callarse tan pronto vio la expresión en los ojos de su abuelo.

—Mister Ackroyd, acércate por favor —pidió Tach—. Necesito hablarte.

Jay se levantó, con un gesto de aceptación. Los pantalones le dejaban los tobillos al aire. Trató de bajárselos un poco al seguir a Tachyon hacia el saloncito.

—¿Qué quería Hartmann? —preguntó.

Se puso a hurgar en la bandeja entre los restos del desayuno, buscando algo comestible.

—Mister Ackroyd, necesito pedirte un favor.

—Claro que sí —replicó Jay—. Lo que digas.

Tachyon alzó la mano.

—Todavía no te comprometas. Mi deuda de gratitud tal vez no sea suficiente para compensar lo que voy a pedirte.

Jay encontró una rebanada de naranja.

—¡Por Dios, ve al grano, Tachyon! ¡Todas estas florituras taquisianas!

Mordió la naranja y chupó el jugo.

—Hartmann me está chantajeando. He rechazado sus demandas, pero necesito tiempo. Uno o dos días máximo, y todo habrá concluido. Hartmann perderá la nominación.

Tachyon hizo una pausa muy larga, como si tan sólo pensar en el asunto le produjera un cansancio más allá de las palabras.

—¿Y el grano? —insistió Jay—. ¿El grano?

—Es necesario que remuevas a un hombre de Atlanta. Los medios convencionales están fuera de nuestro alcance.

Las cosas cada día se ponían más raras, pensó Jay.

—¿Por qué? ¿De quién se trata?

Tachyon se dio vuelta. Sobre la mesa había una copa de brandy, llena hasta la mitad. Se la bebió de un trago con las ansias de un hombre que se ahoga aferrándose a un salvavidas.

—Hace mucho tiempo —rememoró el doctor, aún de espaldas—, me salvó de la muerte un hombre que fue para mí un demonio y un ángel.

Demonios y ángeles, justo lo que necesitaba, como si no bastara con asesinos y ases.

—¡Mierda! —exclamó Jay, alzando las manos.

—Me es muy difícil hablar de esto —protestó Tachyon.

Miró la copa vacía, que rodaba entre las palmas de sus manos. De pronto, todo salió de un tirón.

—En 1957 fui reclutado por la KGB. NO les fue nada difícil. Hubiera hecho cualquier cosa por un trago. De cualquier modo, pasaron los años y resulté ser menos útil de lo que ellos esperaban al principio. Me cesaron y creí haber quedado libre. Pero el año pasado, el hombre que me supervisaba durante aquellos tiempos reapareció en mi vida y exigió el pago de la deuda. Él está aquí. En Atlanta.

Jay escuchaba atónito. La idea del principito extraterrestre al servicio de los soviéticos le pareció inconcebible. Se habría sorprendido menos si Tachyon confesara que era un duende en realidad.

—¿Por qué? —fue lo único que pudo articular.

—Por Hartmann —replicó Tach—. Él sospecha de la existencia del monstruo. Pero ahora Hartmann lo ha descubierto, a él y la conexión.

—¿Conexión? —repitió Jay.

—Es el tutor de Blaise.

—¡Diablos!

Jay se sentó. No sabía si reír o llorar. La risa era mejor; podía dejar el llanto en manos de Tachyon.

—Éste es el garrote con el que Hartmann quiere acobardarme —declaró Tachyon —. Es probable que yo termine en la cárcel, Ackroyd. Pero me encargaré de detenerlo antes de que me encierren.

—Quieres que teletransporte a este individuo.

—Sí. Tanto el FBI como el Servicio Secreto han sido enterados. Están pasando el peine por Atlanta tratando de encontrar a George.

—¿Todavía eres comunista? —le preguntó Jay, con expresión seria.

El doctor Tachyon puso la mano junto a la gorguera que llevaba en la garganta y se irguió a toda su estatura.

—¿Yo? Mister Ackroyd, mírame.

—Ya, ya —dijo Jay—. Bueno, para mí esto es historia antigua. Vamos a enviar a este comunista lejos de aquí.

Tachyon asintió con expresión grave y fue a la recámara.

—Blaise —llamó.

—¿Lo vas a llevar? —preguntó Jay, sorprendido—. Es decir, ¿él está al tanto?

—Por supuesto —confirmó Tachyon, y se volvió a Blaise—. Ven, hijo. Quiero que tengas oportunidad de despedirte de George.

El adolescente le echó una mirada cargada de veneno, pero Tachyon no la advirtió.

11:00 a.m.

La capitana Angela Ellis aplastó un cigarro en el cenicero inundado de colillas, y enseguida encendió otro. Andaba de un lado a otro frente a la silla en que Brennan se encontraba sentado, y expresaba su frustración dando a sus pasos un ritmo de staccato.

—¿Cuánto tiempo crees que puedes permanecer en silencio? —le preguntó a Brennan.

Por vez primera en veinte minutos, Brennan la miró en forma directa.

—Por siempre —dijo en voz baja.

—¡Santo Jesús! ¿Por qué estabas en un automóvil frente al Palacio de Cristal a las diez y cinco esta mañana? ¿Qué relación tenías tú y Chrysalis? ¿Fuiste tú quién la mató?

Brennan desvió la cara, sin ninguna expresión de sentimiento o emoción.

Maseryk, sentado al fondo de la habitación, se aclaró la voz.

—Con su permiso, capitana, pero no creo que vaya a decir nada.

Ellis se giró para encararlo.

—¡Alguien tiene que decir algo! Algún idiota ha hablado de que hemos atrapado a Yeoman, el asesino del arco y la flecha, y tiene que haber cien reporteros gritándole al sargento en admisión, y hay media docena de agencias federales que ya han enviado agentes para «investigar el asunto», como le llaman ellos.

—Hasta donde yo sé —dijo Brennan, en voz baja—, no es ilegal estar dentro de un automóvil estacionado. Tampoco es contra la ley llevar arco y flecha.

—¿Te declaras inocente, entonces? ¿Afirmas que tú no eres Yeoman?

Brennan no dijo nada mientras Ellis se agitaba en tomo a él.

—No tienes identificación, y tu descripción coincide con la de un hombre a quien el ejército de Estados Unidos busca por deserción.

—Superficialmente —corrigió Brennan.

—Lo suficiente —gruñó Ellis— para detenerte hasta que lleguen los federales con el expediente del desertor. Que incluye sus huellas dactilares.

—Como quieran —replicó Brennan, y volvió a enfocar sus ojos al infinito.

Ellis apagó el cigarro y arrugó la cajetilla vacía.

—Muy bien.

Abrió la puerta de la sala de interrogatorios y llamó al patrullero que hacía guardia afuera.

—Enciérrenlo. Quizá después de varias horas en la celda se le afloje la lengua.

El policía movió la cabeza afirmativamente.

—Vamos, fortachón, muévete.

—No estoy seguro de que sea una buena idea… —quiso objetar Maseryk, pero la capitana lo nulificó con la mirada y él guardó silencio.

El policía condujo a Brennan a lo largo de una serie de salas de interrogatorio y

oficinas y luego hacia abajo, donde estaba la cárcel. Ahí esperaban más de una docena de casos duros mientras se arreglaban sus fianzas o se procesaban sus documentos legales. Constituían un grupo arisco de malas pulgas.

El carcelero sonrió al abrir la puerta y con un gesto indicó a Brennan que entrara.

—Van a conocer a alguien muy famoso, muchachos. Su nombre ha salido en todos los periódicos —proclamó—. ¿Han oído hablar del justiciero del arco y la flecha que se hace llamar Yeoman? ¡Pues aquí lo tienen!

Se rió, cerró de un portazo y se fue por el corredor.

Brennan sintió la dureza de las miradas sobre él y se dispuso a aguantar lo inevitable. No tardó mucho.

—¡Ah, qué caray! —dijo alguien desde la parte de atrás de la celda—. No parece mucha pieza.

—Se ve como un gatito —comentó otro—. Quítale el arco y la flecha y sólo es un gatito.

Se oyeron algunas risas cautelosas, en voz baja. Él que habló primero se abrió paso hasta la parte frontal de la celda, donde Brennan estaba de pie con la espalda contra las rejas. Era un hombre normal de cuerpo grande, con los brazos cubiertos de tatuajes y una nariz que le habían roto más de una vez. El segundo era un poco menos alto que Brennan, pero tenía complexión fuerte, la cabeza calva y una red de cicatrices en la cara. Se acercaron a Brennan, uno a cada lado, mientras los otros inquilinos de la celda se retiraban un poco para despejar el lugar.

—Es un gatito —repitió el primero—. Ven acá, gatito, gatito. Te vamos a dar algo.

Brennan los miró sin hacer un solo gesto. Cuando se pusieron a su alcance, giró hacia un lado y lanzó un latigazo con el pie derecho, una patada que se impactó en los testículos del más bajo. El hombre cayó al suelo haciendo ruido de gorgoteo y se puso a arrojar vómito sobre sí mismo. Brennan aferró al otro por el brazo y lo hizo girar, estrellando su cara contra la puerta enrejada de la celda.

Las rejas se estremecieron al colisionar el criminal con ellas. El brazo izquierdo salió entre los barrotes. Brennan le agarró la mano y enredó el brazo entre dos de ellos. El tipo aulló mientras se oía el hueso quebrarse. Brennan agarró un puñado de pelo grasoso y empujó con toda su fuerza la cabeza del aspirante a agresor. La hizo pasar entre las rejas, dejando atrás mucha piel y una oreja.

Los aullidos subieron de volumen y Brennan se volvió para encarar al resto de sus compañeros de celda.

—¿Alguien más? —preguntó en voz baja.

Se oyeron negaciones y murmullos de retirada. Enseguida se oyó una voz de tono agudo, femenina:

—¿Qué tal yo?

La masa de criminales se abrió como si fuera el Mar Rojo y se oyeron susurros de asombro e incredulidad al tiempo que Jennifer entraba desnuda, atravesando el muro

posterior de la celda. Corrió hacia Brennan y le echó los brazos en torno al cuerpo.

—Respira hondo —dijo ella, y enseguida se hundieron por el piso de la celda.

La sensación experimentada por Brennan no se parecía a ninguna otra cosa que hubiera sentido, quizás algo semejante a la muerte. Atravesaron el piso y aterrizaron ligeros como plumas en una especie de bodega de expedientes.

—A ver si podemos encontrarte un poco de ropa en algún sitio —le dijo a Jennifer, pero ella no le respondió.

Se veía confundida y fatigada. Y sólo se volvió a mirarlo cuando le tocó el brazo. De pronto se dio cuenta del esfuerzo que ella había invertido en afantasmar el cuerpo de él. La masa corporal de Brennan era mucho mayor que cualquier otra cosa que Jennifer hubiera tratado de desmaterializar antes.

—¿Estás bien? —inquirió.

Jennifer hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, pero aún eso pareció ser demasiado para ella, y cayó con el cuerpo flojo al suelo. Él se inclinó sobre la mujer. Respiraba sin mucha profundidad, inhalando largamente, y su pulso se sentía débil y errático.

Era evidente que requería atención médica, pero Tachyon, el único doctor en quien Brennan confiaba, se hallaba en Atlanta. En todo caso, no quedaba tiempo para pensar en la situación. Tenían que moverse. Era necesario encontrar un sitio en donde ocultarse para que ella pudiera recuperarse. Necesitaban asilo.

Los seguían.

Jay apartó los ojos del espejo retrovisor.

—Hay alguien atrás de nosotros —dijo.

—¿Qué?

Tachyon se dio vuelta y miró con suspicacia por la ventanilla trasera al Volvo que avanzaba justo detrás de ellos.

Jay le tocó el brazo.

—Ten calma. Él que nos sigue sabe su oficio. Así no vas a encontrarlo. Chofer… —llamó el detective al tiempo que se sacaba la cartera del bolsillo—. Hay cincuenta dólares extra aquí si logra usted perder a ese Dodge gris que nos sigue. Unos tres autos atrás.

—Con mucho gusto, señor —dijo el taxista, sonriendo.

Jay buscó en la billetera, pero no encontró más que un billete de diez y tres de uno. Soltó un juramento en voz baja. ¡Qué pronto se terminaba el dinero dando una propina aquí y un soborno allá! Le enseñó los billetes a Tachyon. El alienígena gruñó y sacó su dinero, y se inclinó hacia delante para meter los billetes en el bolsillo de la camisa del conductor. El taxista pisó el acelerador y dio vuelta a la izquierda, haciendo chirriar las llantas. Tachyon se cayó sobre el regazo de Jay.

En el asiento delantero, Blaise sonreía con felicidad.

—¡Igual que en París, *Kijdad*!

—¿Eh? —preguntó Jay.

—No hagas caso —sugirió Tachyon—. Ya conoces demasiados secretos míos.

Jay miró hacia atrás.

—Ahí sigue. Maldita sea, es bueno.

Tach se agitaba, nervioso como pájaro.

—¿Qué vamos a hacer?

—No tendremos tiempo para despedidas largas.

En la distancia se veía la señal del Motel 6.

—Ahí está Sara también —indicó Tachyon.

A Jay le llevó varios segundos ubicar el nombre: Sara Morgenstern, la periodista que acusaba a Hartmann de ser un monstruo, la que Mackie Messer había querido matar sin éxito.

—¡Santo Jesús! ¿Tienes ahí a la Orquesta Filarmónica de Nueva York? ¿O a los Dodgers?

—No es cosa de risa.

—¡Y que lo digas! Dale, compañero, dale todo lo que tengas.

El taxi aceleró por la calle y entró en el estacionamiento del motel sobre dos ruedas. Antes de que se detuviera, habían salido ya. Jay le echó al conductor su último billete de diez y corrió, aunque la costilla rota aullaba con cada paso mientras cruzaba el tramo de pavimento.

Un hombre de más de sesenta años les abrió la puerta. Tras él, sobre la cama, una mujer rubia y pálida agarraba una almohada mientras veía la televisión. El ruso retrocedió con rapidez en cuanto los vio y los tres se apresuraron a entrar. Jay cerró de un golpe y echó el pestillo. Tachyon fue directamente a donde estaba la rubia y, tomándola del brazo, la hizo ponerse de pie. Blaise se abrazó al ruso.

—No tenemos tiempo para explicaciones. Hartmann sabe. Nos vienen persiguiendo.

Tomó el vestido de la chica y se lo desgarró de un solo tirón.

Sara pegó un grito y trató de tapar sus desnudeces con las manos, mirando al alienígena como si se hubiese vuelto loco.

—A la regadera —le dijo Tach, empujándola al baño.

Sara no llevaba nada más que un diminuto sostén de encaje. Sus vellos púbicos tenían el mismo color de los cabellos, observó con interés Jay.

—No salgas de ahí, y si te preguntan les dices que rentas el cuarto por hora.

Tach le quitó el sostén mientras caminaban, y Jay tuvo que admirar su habilidad manual. Por el corredor externo se oyeron pisadas que corrían.

El ruso se tomaba las cosas con calma.

—No hay tiempo —dijo, abrazando a Blaise.

—Sí, sí hay. Jay puede sacarte de Atlanta —le indicó Tach—. ¡Por Dios, Blaise, date prisa!

El ruso se desembarazó del muchacho.

—¡Abran! ¡Abran la maldita puerta!

Jay reconoció la voz: Carnifex.

—¡Ahora! —le urgió Tachyon.

Jay alzó los hombros y le apuntó al ruso. Se oyó un taponazo, y de pronto había un eslavo menos en la habitación. Tach agarró un vodka de la cómoda, se lo puso junto al pecho y se metió a la cama.

La puerta de madera se rajó. Billy Ray entró en medio de las astillas, haciendo a un lado un fragmento afilado con la parte de atrás de la cabeza. Tenía una pistola en la mano, un arma grande, como las de Dirty Harry. Los guantes blancos que llevaba como parte de su uniforme de lucha hacían que se viera aún más negra y grande. Le apuntó a Tachyon, lo cual no le pareció tan mal a Jay. Odiaba las armas, y más cuando era él a quien apuntaban.

—Bueno, basta —ladró Ray—. ¿Dónde carajos está?

—¿Eh? —preguntó Jay.

—¡Cabrón! —exclamó Carnifex y lo empujó con la mano abierta haciendo un gesto de desprecio.

Jay cayó de un sentón al suelo. Carnifex miró en torno suyo, vio el clóset y actuó como si descubriese algo. Arrancó la puerta de los goznes, agarró la ropa a montones y la tiró al suelo. Pero no había ruso en el clóset. Se levantó y se fue hacia el baño.

—¡Sal de ahí! ¡Ahora mismo!

—Bueno, galán. Pero ¿cuántos van a ser ustedes? —gritó Sara desde la regadera, con el acento sureño más burdo que Jay Ackroyd jamás hubiera escuchado en labios de nadie.

Arrugando la frente, Carnifex se metió en el baño. Se le oyó correr la cortina del baño, y escucharon gritar a Sara, sonido que fue seguido de una bofetada. Ray salió del baño con una mejilla colorada, el traje mojado y una expresión amarga.

—Estaba aquí. El maldito ruso estaba aquí.

—¿Ruso? —repitió Jay, mirando a Tachyon y alzando los hombros—. Yo no veo a ningún ruso. ¿Tú has visto a un ruso? Y la muchachita cariñosa que está ahí en la ducha no suena rusa tampoco. Y seguro que cobraría más si fuera rusa.

—¿Por qué quisieron escapar de mí?

Tachyon se tomó un largo trago.

—Pensé que eras la prensa, y no quise que me encontraran visitando a una prostituta.

—¿Siempre llevas a un niño contigo? —preguntó, haciendo un ademán hacia Blaise con la .44.

—¿Podrías bajar esa pistola? Me pones nervioso moviéndola de un lado a otro. Ya sabes que la mayor parte de muertes por bala son causadas por accidentes.

—Esto no sería un accidente. Contesta la jodida pregunta.

Tachyon se aclaró la garganta.

—Bueno, pues de eso se trata. Ya es tiempo de que el niño aprenda.

Hizo una pausa y paseó la mirada por la habitación.

—Esto no tiene el ambiente que yo desearía, pero ella es excelente. Por supuesto, nada puede compararse con la mujer que me dio mi padre como regalo cuando cumplí catorce años.

Asqueado, Carnifex salió embistiendo la puerta rota. Jay miró a Tachyon con respeto recién adquirido.

—¿Catorce? ¿En serio?

—¡Oh, Ackroyd, *por favor*!

1:00 p.m.

Brennan llevó en brazos a Jennifer, envuelta en la chamarra de mezclilla, y descendió a los conductos del drenaje. Élla empeoraba. A ratos, la piel se sentía fría entre periodos de fiebre, y murmuraba un monólogo incomprensible para Brennan.

Se movía con tanta velocidad como le era posible en la penumbra de los desagües. De cuando en cuando se detenía, recostaba a Jennifer y se asomaba al exterior para verificar su ruta, pero el sentido de orientación de Brennan era igual de efectivo bajo tierra que en la superficie. Con pocas equivocaciones, el camino lo condujo a su destino: la iglesia de Nuestra Señora de la Perpetua Miseria. Con Jennifer en brazos, subió a la calle y, rodeando el edificio, se dirigió a la pequeña rectoría adosada a la parte posterior de la iglesia, y dio varias patadas a la puerta. El padre Calamar abrió enseguida, y su rostro de molestia se transformó enseguida en una expresión de sorpresa y preocupación.

—¡Señor de las Misericordias! —exclamó—. ¿Qué ha pasado?

—Te lo contaré en un momento, padre —replicó Brennan, y entró empujando al sacerdote—. Pero ahora lo que necesitamos es un doctor. Uno en quien puedas confiar que no abrirá la boca. ¿Conoces a alguien que corresponda a tal descripción?

—Bueno, pues está mister Bones…

—Llámalo.

—No es un doctor, en realidad.

—¿Es bueno?

El cura asintió.

—La gente de la parroquia jura por él. A veces creo que conoce la fisiología del joker incluso mejor que Tachyon.

Brennan movió la cabeza afirmativamente.

—Muy bien. Hazlo venir.

Apresurado, el padre Calamar se fue a la recámara a llamar por teléfono mientras

Brennan acomodaba con suavidad a Jennifer sobre el viejo y gastado sofá del sacerdote, y se puso a hacer flexiones de sus brazos agotados para sacudirse el cansancio. Se hincó al lado de ella y le tocó la frente. De nuevo estaba fría, aunque las gotas de sudor corrían por su frente y sus altos pómulos.

Mientras la tomaba de la mano, se empezó a volver fantasma, pues entraba y salía de su estado material de modo inconsciente, sin poder controlarlo.

—¡Jennifer! —la llamó, queriendo despertarla, pero ella no pareció escucharlo.

Brennan tenía miedo de sacudirla, incluso de moverla en absoluto.

La piel se le puso blanca como una muerta, y sus respiraciones eran superficiales e infrecuentes.

El padre Calamar volvió a entrar a su pulcro saloncito, con una cobija con la que envolvió suavemente a Jennifer.

—Lo he encontrado. Viene en camino. Ahora, dime, hijo, ¿qué le pasa?

—Creo que debo contarte —aceptó Brennan.

Se sentó, agotado, en el suelo, a un lado de Jennifer, rehusó el ofrecimiento de café que le hacía el cura, y le relató los sucesos del día.

Mientras hablaba, una mitad de su mente condenaba la obsesión que los había llevado a tan desesperado estado de cosas; la otra mitad se preguntaba por el Palacio, Chrysalis y sus vecinos de abajo, y cómo podría atravesar el cordón de vigilancia que la policía había dispuesto en torno al lugar.

Cuando terminaba su narración, se oyeron unos golpes suaves en la puerta de la rectoría. El padre Calamar fue a abrir y dejó pasar a un hombre negro, alto, con trazas de un resucitador salido de una película de Boris Karloff. Mister Bones era alto, delgado y viejo. Llevaba una camisa blanca y un anticuado traje negro, limpio y remendado, pero demasiado corto para sus largas extremidades.

Para ser joker, su caso no era de los más severos, y de hecho las dos antenas emplumadas que brotaban de su frente resultaban atractivas. Se movieron como ramas de helecho bajo una brisa suave al presentárselo el padre Calamar a Brennan.

—¿Es la enferma? —preguntó Bones, arrodillándose junto a Jennifer.

Quitó la cobija. Al tomarle el pulso se inclinó hacia ella hasta casi tocarla, y recorrió con la cabeza todo el cuerpo de Jennifer. Sus antenas giraban y se estremecían como receptores de radar.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó Brennan en voz baja.

—No soy doctor —replicó Bones, sin dejar de pasar las antenas sobre Jennifer.

Después de un momento, se incorporó a medias y miró a Brennan y al padre Calamar.

—Su sistema ha sufrido un choque muy severo. Por ahora lo único que podemos hacer es dejarla reposar —declaró, cubriéndola con la cobija y levantándose—. Y mantener la esperanza.

4:00 p.m.

—¡QUÉ TAL, NEPHI! —SALUDÓ JAY, RECARGÁNDOSE EN EL TECHO DE la limosina de Jesse Jackson.

Ackroyd se había cansado de esperar a Tachyon, que estaba dentro del hotel Hyatt Regency, conferenciando con su nuevo candidato.

—¿Pagan buenos sueldos los federales, o qué?

El as guardaespaldas de Jesse Jackson lo miró como si el detective le hubiera pisado un callo de los que duelen. Se trataba de un mormón alto y delgado, con crecientes entradas en el pelo, una cara delgada que parecía hecha a golpe de cincel y la mejor postura corporal que Jay había visto en su vida. La prensa lo llamaba Straight Arrow; el gafete en el bolsillo del pecho decía: NEPHI CALLENDAR.

—Existimos personas a quienes no nos interesa el provecho personal —le dijo a Jay—. Algunos de nosotros sentimos gratitud de que se nos ofrezca la oportunidad de servir a Dios y a la patria.

Jay sonrió.

—Sí, claro, Y algunos de ustedes, por diversión, golpean a la gente, ¿verdad?

Straight Arrow frunció el ceño y desvió la mirada.

—Cuentan que Carnifex se enredó en una pelea el domingo en la noche —comentó Jay en tono informal—. O tal vez fue el lunes por la mañana. Que dejó a un tipo hecho mierda.

—¿Será cierto? —dudó Callendar, a quien el tema no parecía llamarle la atención—. No estoy al tanto. Pero ten por cierto que no se debe haber empleado más fuerza de la que la situación requería. Ray es un agente experimentado de brillante trayectoria.

—Sí, para no hablar de lo bien que viste —comentó Jay—. Yo no usaría tanto blanco. Es muy difícil de mantener limpia la ropa. Prefiero por mucho el traje que llevas tú.

El as mormón usaba un uniforme gris de buen corte. Se veía muy pulcro, apropiado y militar, hasta que se veían las insignias del Departamento de Justicia en las mangas y la trencilla bermeja en la gorra y las charreteras. Se sujetaba el cuello con un prendedor enjoyado en forma de una flecha ardiente.

—¿El servicio de lavandería va incluido en el puesto, o tienes que pagar de tu bolsillo el gasto de tintorería? —quiso informarse Jay.

Straight Arrow examinó el traje púrpura de Jay.

—En tu caso, yo recomendaría incinerar, no limpiar —repuso.

—¡Qué hombre tan gracioso! —replicó Jay—. Esta ropa pertenece a Tachy. Creo que él prefiere que se la devuelva, no me preguntes por qué.

—¿Por qué, así de pronto, tanto interés por la lavandería, Ackroyd?

—Cuando me descompusieron la cara, sangré encima de mi camisa de la suerte.

Los moretones de Jay esa tarde tenían un delicioso tono verde amarillento.

—Ya sabes cómo es cuando tienes tu camisa de la suerte —prosiguió—. Pensé que a lo mejor ustedes los federales podrían recomendarme dónde mandarla limpiar. Sé que Carnifex se manchó todo de sangre en su pleitito de la noche del sábado.

—No creas todo lo que te cuentan, Ackroyd —le aconsejó Callendar—. Hasta donde sé, Ray estaba con el senador Hartmann el domingo por la noche, tal como tiene asignado. Si se presentó una situación que requiriera el uso de la fuerza, las reglas lo obligan a presentar un reporte. Pero no sé de ningún reporte de esa índole.

Antes de que Jay pudiera replicar, Tachyon emergió de la puerta principal del Hyatt, con Jesse Jackson a su lado. Las aceras estaban repletas de seguidores de Jackson con pancartas que decían ¡JESSE! en letras rojas. Los ojos de Straight Arrow se movieron inquietos, escudriñando rostros, al tiempo que los dos hombres se agarraban de la mano y alzaban los brazos en un gesto triunfal. Como el hombre negro era mucho más alto que Tachyon, este último tenía que alzarse sobre las puntas de los pies.

Se oyeron vítores, y a continuación Jackson y Tachyon se dirigieron a la limosina, sonreían y estrechaban las manos de los espectadores que se apretaban en torno a ellos. Jackson se abría paso con la facilidad que da la práctica, pero Tachyon lucía muy incómodo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Jay a Tachyon cuando el alienígena llegó al lado de la limosina y se dispuso a entrar.

—Jesse desea hablar con los jokers que están afuera del Omni —explicó Tachyon, que se marchitaba bajo el calor de Atlanta—. Quiere que vayamos juntos. Su posición respecto al wild card es igual de fuerte que la de Hartmann, y si tan sólo lo escucharan…

Dejó escapar un suspiro largo y profundo.

—Jay, si tú tienes otras pistas a seguir, en realidad no es necesario que nos acompañes.

Jay lo pensó un momento. Hasta donde él sabía, no tenía ninguna pista que valiese la pena. Encogió los hombros.

—¿Por qué no? —repuso—. No sé bailar.

Dentro de la limosina, el aire acondicionado estaba a todo lo que daba, pero Tachyon dio señales visibles de decaimiento una vez que se vio libre de las miradas del público. Incluso Jay se daba cuenta de que le horrorizaba encararse a los jokers congregados enfrente del Centro de Convenciones, muchos de los cuales lo consideraban un traidor por haber abandonado a Hartmann en la hora crítica.

—Ahora me odian —dijo, con tono de desesperación mirando a las multitudes a través del vidrio ahumado de la ventanilla.

—Sólo en parte —apuntó Jackson cuando la limosina se detuvo—. No es como si estuvieras apoyando a Barnett. No he de ser tan inaceptable, ¿o sí?

—No para mí —le aseguró Tachyon, tomándolo del brazo.

Jay no sabía quién quería dar valor a quién.

—Y tú los convencerás, de eso estoy seguro —añadió el alienígena.

—Bueno, pero ayúdame un poco.

—Haré lo más que pueda, te lo aseguro —declaró Tachyon.

Se abrieron las puertas de la limosina, y salieron uno por uno. Varios elementos del Servicio Secreto de traje oscuro y gafas para el sol observaban suspicaces a la multitud, y una escuadra de policías uniformados formaron una valla desde la limosina hasta un camión con plataforma, adornado con los estandartes de Jackson, donde los esperaban los micrófonos. Por todos lados los jokers se apretaban a su alrededor. Algunos los miraban en silencio mortal. Otros sonreían y gritaban frases de apoyo. Y otros más gritaban obscenidades. Todos se asaban en el calor.

—¿Cómo puede la gente odiarlos tanto? —preguntó en tono de queja Tachyon, sin dirigirse a nadie en particular—. Si acaso, inspiran lástima, ¡y son tan valientes! ¡Tan valientes!

Los policías luchaban por contener la marea de humanidad contrahecha. Poco a poco, el grupo de la limosina dirigió sus pasos hacia el camión de campaña. De todas direcciones surgían manos entre los brazos de los policías, sobre sus hombros o rodeando sus espaldas. Jesse avanzaba por un lado de la valla, estrechando cada mano que se le ofrecía y pasando a la siguiente. Tachyon, menos entusiasta, se encargaba del otro flameo. Un viejo con agallas en el cuello le escupió en la cara. Otros trataban de besar su anillo.

Jay iba unos pasos atrás, con las manos en los bolsillos. Junto a él avanzaba Straight Arrow, observando con toda su atención a Jackson. La amplia frente del as estaba perlada de sudor.

Arriba, la Tortuga se desplazaba por el cielo. Durante la noche alguien había pintado ¡HARTMANN! en su caparazón, con letras plateadas de un metro de alto.

De pronto, atrás de dos de los policías se alzó una pared enorme de carne con cara de luna llena que logró romper la valla y se acercó a Tachyon. Los hombres del Servicio Secreto sacaron sus pistolas.

—No, déjenlo —intervino Jay—, es Doughboy. Sólo es alguien ingenuo, no le va a hacer daño.

Straight Arrow consideró las palabras de Jay, y asintió con un breve movimiento. Los agentes secretos se relajaron. Doughboy y Tachyon intercambiaron unas cuantas palabras en voz baja. El alienígena tenía las trazas de estar a punto de no poder controlarse más y echarse a llorar.

—Odio estas cosas —murmuró Straight Arrow.

En la multitud alguien se puso a corear el grito de «¡traidor!». Tachyon se detuvo y se tapó la cara con las manos. Jesse tuvo que pasarle un brazo por los hombros y murmurar palabras de aliento en el oído del taquisiano para que pudiera continuar avanzando. Aun así, la sonrisa de Tach parecía adherida en su cara. El alienígena

agarró la aleta de un joker sin piernas que había logrado colarla entre las rodillas de un policía. Dijo unas palabras, sonrió y se movió hacia delante. Otras manos se tendieron hacia él.

Un adolescente flaco vestido de cuero muy usado se abrió paso entre la multitud, sonriendo, a sólo tres personas de distancia. ¿Cómo diablos podía aguantar ir vestido de cuero con el calor que hacía?, se preguntó Jay por un instante. Había desviado la mirada cuando algo captó su atención, tal vez el hambre que expresaba esa cara flaca o el brillo en los ojos del muchacho.

Tachyon tocó ligeramente los dedos torcidos de un joker maloliente cuyas grandes llagas supuraban. Se puso un poco verdoso, pero logró forzar una sonrisa.

Uno de los hombros del muchacho de cuero quedaba un poco más alto que el otro.

—¡NO! —gritó Jay, se movió hacia delante y sacó las manos de los bolsillos.

El muchacho agarró la mano de Tachyon.

—¡Soy Mackie Messer! —lo oyó decir Jay al mismo tiempo que se encendía el zumbido de la sierra.

—Hice estudios en la escuela de medicina hasta que, en 1946, el wild card bajó del cielo —relató mister Bones entre sorbitos de té—. Mi deformidad era leve, pero fue suficiente para que me expulsaran de la escuela. Un estudiante negro en la facultad de medicina ya era inusual, pero tolerar a un negro que además fuera joker, imposible.

—Usted utiliza sus antenas en su trabajo, ¿no es así? —le preguntó Brennan.

Bones movió afirmativamente la cabeza.

—Con el paso del tiempo descubrí que me otorgaban un sexto sentido, algo entre el gusto, el olfato y el tacto, tan difícil de describir como el sentido de la vista para un ciego. A lo largo de los años he aprendido a usarlo para ayudarme a detectar los males de mis pacientes.

Jennifer gimió en voz alta y, al oírla, Bones dejó la taza y se volvió hacia ella; era el primer sonido que emitía en varias horas. Le pasó las antenas por el cuerpo, escuchó su corazón y le dijo a Brennan:

—Deme mi maletín.

Brennan fue por él y lo puso al lado del curandero, que sacó del interior una jeringa hipodérmica y un frasco de un líquido transparente, y le aplicó una inyección a la mujer. La respiración de Jennifer era rápida e irregular, y tenía la frente perlada de sudor. Se sentó de golpe, gritando:

—¡Daniel! ¡Daniel! ¿Dónde estás, Daniel?

Parecía incapaz de verlo, aunque él estaba parado junto a ella.

Bones se hizo a un lado, indicando a Brennan que tomara su lugar. Se hincó y abrazó a Jennifer. Ella se aferraba a él con ferocidad, y tenía la piel fría aunque estuviera empapada en sudor.

—Daniel —musitó, y de pronto se le aflojó el cuerpo.

Desesperado, Brennan miró a Bones, y éste le puso su nudosa mano en el hombro, para tranquilizarlo.

—Está bien, hijo, acuéstala poco a poco. Me parece que ya ha superado el punto crítico.

Brennan extendió los brazos para sostenerla, mientras la observaba. Parecía conciliar un sueño profundo. Su respiración era firme y mesurada. La depositó con suavidad sobre la almohada, y ella suspiró y se dio vuelta.

—Necesita dormir —dijo Bones—. Le voy a dar un sedante, y no quiero que se le moleste en las siguientes veinticuatro horas, por lo menos.

Brennan sintió una oleada de alivio.

—¿Va a volver a estar bien?

Bones asintió.

—Gracias, doctor… perdón, mister Bones. ¿Cuánto le debo?

Bones alzó los hombros.

—No tengo precios fijos. Mis pacientes pagan lo que pueden.

Brennan agarró su chamarra de mezclilla, que colgaba del respaldo de una silla a un lado del sofá. Sacó de un bolsillo secreto cosido en el interior un rollo aplanado de billetes y se lo dio todo a Bones.

—Es lo que tengo conmigo —le dijo—. Si en cualquier ocasión necesita usted algo, llame a este número y yo haré todo lo que pueda por atenderlo.

Brennan anotó un número en una hoja de papel que tomó del secreter del padre Calamar y se la dio. Bones pasó el dedo por los bordes del dinero que Brennan le había dado.

—Es usted muy generoso —comentó.

Brennan meneó la cabeza mientras miraba a Jennifer dormir tranquilamente en el sofá.

—Mister Bones, lo que ha hecho por mí nunca podré retribuírselo. Mi deuda con usted es para siempre.

Por debajo de los gritos agudos y tenues de Tach se oía el horrible sonido húmedo de una sierra eléctrica al hundirse en un cuerpo. Dedos y diversos trozos de carne volaban por todas partes. Ahí de pie, mientras la sangre de Tachyon le rociaba cara, brazo y ropa de cuero con un ruido como de lluvia de verano, el muchacho no paraba de sonreír, abriendo la boca sólo un poco, donde apenas se asomaba la lengua pasando sobre el labio inferior.

Jay sentía que se estaba moviendo en cámara lenta. Alzó la mano, los dedos se compusieron en forma de pistola… Tachyon retrocedía tambaleándose, con la sangre chorreando de la ruina desgarrada de su mano derecha. Las manos del muchacho carecían de contorno preciso, por las vibraciones. Un policía lo agarró de la

chamarra. El chico de cuero le cercenó el brazo desde el hombro como si fuera lo más fácil del mundo, y a continuación se volvió a Tachyon de nuevo. El adolescente se inclinó hacia el alienígena con movimientos suaves, casi como si fuera a hacerle una caricia, a pasarle la mano por sus largos cabellos rojos.

Pero Jay estaba apuntándole. Nadie oyó el pop, entre el griterío de la gente. Sin embargo, de pronto Mackie Messer había desaparecido.

Confundido y trémulo, Jay apenas llegó a percibir al hombre grande y rubio, aureolado por un resplandor amarillo como de luciérnaga, que salió un instante después de la multitud, tambaleándose en un círculo, al tiempo que lanzaba puñetazos a un asesino que ya no estaba ahí. Los agentes del servicio secreto habían derribado a Jesse, cubriéndolo con sus cuerpos.

—¡Una ambulancia! —gritaba una voz distante—. ¡Que alguien llame a una ambulancia! Maldita sea, ¡una ambulancia!

Todos tenían pistolas en las manos, y Straight Arrow sostenía un dardo en llamas sobre la cabeza. Las cámaras de televisión se movían alrededor de ellos como si fueran tiburones. Jay oyó una voz que lo llamaba, «¡Ackroyd!», pero no supo de quién se trataba. El policía seguía haciendo un ruido horrible, pero Tachyon guardaba silencio. Cuando Jay llegó junto a él, el pequeño alienígena se había dejado caer sobre el pavimento, quieto como un muerto, con los ojos cerrados, sujetándose junto al pecho el brazo diestro. La sangre seguía manando de su muñeca en chorritos esporádicos, y los volantes de su camisa de encaje estaban tan rojos como su pelo. Jay olió que algo ardía tras él. Enseguida lo hicieron a un lado de un empujón brusco. Straight Arrow se inclinó sobre Tachyon. Aún envuelto en una bruma de confusión. Jay observó al as poner las manos sobre el muñón mojado y desgarrado. De las puntas de los dedos le brotaban llamas de un amarillo pálido, y el aire se cargó del olor a carne quemada. El cuerpo de Tachyon se estremecía, pero con debilidad. Cuando Callendar se levantó, el muñón estaba negro y cauterizado. Dos paramédicos alzaron a Tachyon y lo pusieron en una camilla. Jay no estaba seguro de en qué momento habían llegado.

—Ackroyd —dijo alguien.

Jay alzó la vista. Era Straight Arrow quien le hablaba.

—¿Adónde lo mandaste?

Jay no lograba ordenar sus pensamientos.

—Eh, sí —articuló.

Tenía la mano todavía en forma de pistola. Flexionó los dedos, se los pasó por la cabeza.

—¡Santo Jesús! —exclamó, palpándose el cuerpo para cerciorarse de que seguía intacto.

—¡Tú! —atronó una voz, dirigida a su persona.

Era el rubio grandulón. Se veía casi igual de joven que el muchacho vestido de cuero.

—¿Quién diablos eres tú? —ladró.

—Es Jack Ackroyd —le informó Straight Arrow—. Un detective privado. Le dicen Popinjay.

—¡Yo tenía a ese hijo de puta en mis manos! —protestó el rubio, cerrando el puño sobre una cajetilla de cigarros que destrozó, sin darse cuenta de la lluvia de briznas de tabaco que caía sobre sus pantalones—. ¡Iba a hacerlo papilla! ¡Carajo! ¡Demonios!

Tiró al suelo la cajetilla aplastada y de una patada la mandó hacia la multitud. De pronto, Jay reconoció a Golden Boy. Los reportes de la muerte de Braun sin duda exageraban. ¡Nunca le contaban nada!

—¿Adónde lo mandaste, Ackroyd? —insistió Straight Arrow.

—Lo envié…

Tenía muy secos los labios. Al lamérselos, sintió el sabor de la sangre.

El as mormón lo agarró de las solapas y lo sacudió.

—¿Adónde mandaste al asesino?

—¡Oh! —respondió Jay—. A Nueva York. A The Tombs.

Straight Arrow lo soltó.

—Bien hecho.

Pero a Golden Boy la noticia le resultó muy desagradable.

—¡*Él puede atravesar paredes*! —gritó.

Parecía tener la necesidad de gritar cada vez que hablaba. Jay entendió por qué motivo Braun había fracasado como actor.

—¡A estas horas ya estará fuera! —volvió a gritar.

Eso hizo sentir muy infeliz a Straight Arrow. El mormón soltó un largo suspiro, después se dio vuelta y se alejó. Jay siguió tras él, dejando a Braun a solas con sus desplantes histriónicos.

—¿Y Tachyon? —preguntó Jay, tirando de la manga a Callendar—. ¿Vivirá?

—A esa pregunta, Ackroyd, sólo Dios sabe la respuesta. Debes rezar.

6:00 p.m.

BRENNAN SE QUEDÓ SENTADO EN LA RECTORÍA DEL PADRE CALAMAR, esperando la hora de la oscuridad. El sacerdote había salido a hacer un encargo de Brennan. Jennifer seguía dormida en paz sobre el sofá. Brennan tenía encendido el pequeño televisor en blanco y negro del cura, con el volumen al nivel más bajo, mirando los sucesos del día en Atlanta, sin dar crédito a sus ojos.

El acontecimiento más importante, mostrado desde cada ángulo posible y en una torturante cámara lenta, era la mutilación de la mano de Tachyon. Lo pasaron una y

otra vez, hasta que Brennan sintió náuseas. Según las últimas nuevas, Tachyon había perdido mucha sangre y su sistema vital se hallaba bajo los efectos de un choque tan severo que su herida podría resultar fatal.

Brennan rezó por que el pequeño alienígena lograra salvarse. Eran amigos y compañeros, habían combatido juntos contra el Enjambre y contra los Puños de Sombra, pero además Brennan sentía que Tachyon era una de las pocas personas del mundo que entendía los móviles de sus actos. Tachyon sabía por qué causas se había visto obligado a luchar contra Kien y los Puños de Sombra. El sentido del deber personal del extraterrestre era igual de profundo que el de Brennan.

Mientras veía por enésima vez a Tachyon quedarse sin mano, de pronto Brennan reconoció a alguien más en el cuadro. Popinjay estaba al lado de Tachyon. ¿Qué diablos andaba haciendo en Atlanta el detective privado? ¿Habría abandonado el caso de Chrysalis o se encontraba en la convención en busca de alguna pista?

Mientras Brennan se hacía todas esas preguntas, el padre Calamar volvió, cargando una bolsa deportiva y un maletín grande, de lados planos, forrado en cuero. Puso los paquetes enfrente de Brennan y dijo, con la mayor seriedad:

—No sé si hago bien en apoyarte en esto, Daniel.

—No me estás apoyando, padre. Tú sabes que sólo hago lo que es necesario hacer.

Descorrió el cierre del maletín de cuero y sacó su arco de repuesto. El otro arco y la mayor parte de sus flechas se encontraban en poder de la policía, pero a Brennan todavía le quedaban varias. Esperaba que fuesen suficientes.

Abrió su bolsa deportiva y sacó un traje negro de una pieza. Lo colgó del respaldo de la silla y siguió esperando la oscuridad.

8:00 p.m.

—QUISIERA QUE GEORGE ESTUVIERA AQUÍ —SUSPIRÓ BLAISE.

Por un momento, Jay pensó que el niño hablaba de George Bush. La sala de espera del hospital contaba con dos aparatos de televisión, ambos sintonizados en las noticias de la convención, y el nombre de George Bush sonaba mucho en boca de los comentaristas. Le iba a decir al chico que lo menos que necesitaban era la presencia de un republicano, pero se dio cuenta de que el muchacho se refería a su tío, el jovial viejo de la KGB.

—George está en Nueva York —le informó Jay.

Mackie Messer también estaba en Nueva York, mas no en The Tombs. Jay telefoneó para preguntar. Mackie se había puesto frenético, y redujo a carne molida a un par de sus compañeros de celda antes de salir atravesando las rejas.

Las imágenes de la carnicería enfrente del Omni seguían pasando por su cabeza, como una mala película de violencia. Jack Braun era uno de los más insufribles engreídos de todos los tiempos, pero quizá tuviera razón, pues era posible que, por error, Jay hubiese salvado a Mackie Messer sin darse cuenta, al teletransportarlo antes de que Braun lograra llegar a él. Por otra parte, tal vez su intervención le había salvado la vida a Tachyon. No lograba resolver la disyuntiva. Aparte del hecho de que Golden Boy llegara o no a tiempo hasta Mackie, al escoger The Tombs el detective cometió un error monumental. Jay pudo haberlo enviado a otros sitios, lugares desiertos y vacíos en los que nadie habría muerto. Mackie era un psicótico, eso ya lo sabía gracias a Digger, y Jay debió haber previsto qué tipo de reacción tendría al verse de pronto encerrado en aquella celda. Pero no tuvo tiempo para pensar. Todo había sucedido de modo tan vertiginoso…

Una mosca gorda zumbaba en torno a la cabeza de Jay. La apartó de un manotazo y suspiró. La tarde llegaba a su fin. Ya no podía hacerse nada al respecto. No tenía más remedio que vivir con eso durante mucho mucho tiempo.

Eran los últimos en la sala de espera. Unos cuantos reporteros acechaban aún en los escalones de afuera, pero sólo familiares, amigos y personalidades importantes habían sido admitidos al interior del hospital. Durante la primera hora de la vigilia acudieron muchas personas, veintenas de jokers entre ellos, que iban y venían, algunos con flores o libros u otras muestras de afecto. Hiram Worchester, pálido y callado, pasó una hora con Jay, aprovechando el receso de la hora de cenar.

—Debo volver a la convención —anunció, cuando por fin se levantó para irse—. Dile a Tach que estuve aquí.

Jay le prometió que así lo haría. Leo Barnett rezó por Tachyon frente a las cámaras de televisión durante su visita.

—¡Señor! —había proclamado el reverendo—. ¡Escúchame y salva a este pecador! Dale su vida para que pueda por fin alcanzar la sabiduría y conozca Tu poder y Tu misericordia, oh Señor, y Te acepte en su corazón como su salvador personal.

También Carnifex hizo una breve visita, mostrando su placa, para interrogar a uno de los doctores. Jay estaba demasiado lejos para escuchar lo que se dijeron, pero Ray al parecer quedó satisfecho. Un hombre con una máscara corriente de rana hecha de goma fue el que se quedó más tiempo, andando de un lado a otro mientras esperaba alguna noticia, hasta que de repente se fue, tan callado como había entrado. Era el último. Sólo quedaban Jay y Blaise.

—¿Crees que se muera Tisianne? —preguntó Blaise.

La posibilidad no parecía perturbarlo demasiado; más que miedo, su tono expresaba una curiosidad ociosa.

—No, qué va —repuso Jay—. Si se fuera a morir, a estas alturas ya estaría muerto. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí? ¿Tres horas? Ya deben de haberlo estabilizado.

No sabía a quién quería tranquilizar, al niño o a sí mismo.

—Si se muere, *Baby* es para mí —especuló Blaise.

—¿Baby? —inquirió Jay, confundido—. ¿Cuál baby?

—Su *nave espacial* —dijo el muchacho, con todo el desprecio de un niño hacia un adulto que ignora algo que supuestamente debería saber—. Es un nombre estúpido. Tengo que pensar en un nombre mejor para cuando sea mía.

—Tachyon aún no ha muerto —le advirtió Jay.

Blaise bostezó. Estaba estirado en su silla, en una actitud lánguida con la cual expresaba su indiferencia, con las piernas encima de la mesita para el café.

—¿A poco fue tan horrible como dicen? —preguntó, siguiendo con sus inquietos ojos el movimiento de la mosca que describía círculos alrededor de su cabeza—. El tipo del Servicio Secreto, el que me trajo aquí, dice que saltaron por el aire la sangre y los dedos y todo.

—Fue en verdad muy feo —replicó Jay, incómodo con el giro que tomaba la conversación.

—Apuesto a que debe de haber llorado —dijo Blaise, en un tono de mucho desprecio—. Debió haberme dejado ir con él. Yo me hubiera apoderado de la mente de ese tipo ¡así!

Disparó la mano de pronto y atrapó a la mosca, que Jay oía zumbar entre sus dedos.

—Y lo habría obligado a cortarse a sí mismo —declaró Blaise, mientras apretaba el puño sobre la mosca—. ¡Eso sí que hubiera sido algo!

Abrió la mano y miró los restos del insecto con una sonrisita rara en los labios.

Jay visualizó una súbita imagen del pequeño asesino jorobado cortándose los dedos uno por uno y cantando «Yo soy la teterita» mientras la sangre le chorreaba de los muñones.

—Sabes, Blaise —comentó—, eres un niño de lo más raro.

Quizá fuera falta de caridad por parte del detective. El muchacho podría encontrarse en estado de shock, aterrado ante la perspectiva de perder a su único pariente vivo, ocultando el miedo bajo una pose de indiferencia y fanfarronería adolescentes. Pero Jay sospechaba que no era así.

El muchacho alzó los ojos hacia él. Bajo el montón de pelo rojo brillante, sus ojos arrogantes lo contemplaron. Jay vio que el color de los ojos era púrpura, tan oscuro que parecía negro.

—No soy un niño —le informó Blaise a Jay—. En Takis a mi edad ya estaría saliendo de la casa de las mujeres.

—Así es la vida —comentó Jay—. Justo cuando alcanzas la edad en que quieres entrar, te echan fuera.

9:00 p.m.

LOS TÚNELES ESTABAN OSCUROS, DESIERTOS Y MUY CALLADOS. Brennan contaba con eso. Sabía que la policía tenía vigilado el Palacio de Cristal, pero esperaba que no supieran de la entrada secreta construida por Chrysalis.

Y no la conocían. O eso parecía, por lo menos hasta el punto en que se hallaba. Brennan había dejado a Jennifer, que seguía dormida en la rectoría del padre Calamar, bajo los cuidados del sacerdote, para recorrer las calles y meterse bajo tierra a dos cuadras del Palacio. Al dejar la línea principal de la calle Henry, bajó por el túnel que utilizó para ganar acceso al Palacio la noche en que había sorprendido a Oddity dentro de la recámara de Chrysalis.

Se acordaba de la bifurcación del túnel que dejó sin investigar en aquella ocasión. Se detuvo al llegar allí, debatiendo qué curso de acción convendría seguir, iluminado tan sólo por la linterna que agarraba con una mano. En la otra tenía el arco, ya ensamblado.

Mientras estaba ahí de pie pensando, oyó un sonido que venía del túnel sin explorar. Un roce pequeño y discreto, como de muchos pies minúsculos tratando de moverse sin hacer ruido. Echó su luz a la oscuridad para alumbrarla apenas.

No deseaba que la linterna sólo sirviera para convertirlo en un blanco fácil dentro del túnel oscuro, pero la idea de apagarla y quedarse ahí en la negrura total le resultaba insoportable.

La puso a sus pies, y retrocedió; sacó una flecha de su funda y la puso en la cuerda del arco.

Mientras se apartaba del débil círculo de la luz, se oyó una voz. La voz de ella.

—Daniel, mi querido arquero. No tienes que tenerme miedo.

Era Chrysalis, o su fantasma. Eso no podía negarse.

De golpe se abrieron las puertas de la sala de espera.

—¿Son ustedes de la familia? —preguntó una voz fatigada.

Jay se puso en pie.

—Soy un amigo —repuso, y señaló a Blaise con el pulgar—. Él es su nieto.

—¿Nieto? —repitió el doctor, con perplejidad momentánea—. Oh, ya veo. Se me olvida que el paciente tiene mayor edad de lo que aparenta.

—La cuestión no es qué edad aparenta —intervino Jay—. La cuestión es: ¿va a llegar a viejo?

—Sufrió una hemorragia masiva, por no mencionar un choque sistémico importante —pormenorizó el doctor—. Al parecer, se encontraba en una condición extremadamente débil, para empezar. Por suerte, se le aplicaron los primeros auxilios allí mismo, y eso hizo la diferencia. Si hubiera perdido un poco más de sangre, habría ingresado muerto al hospital. Le pusimos plasma tan pronto llegó. La mano… mucho

me temo que la hemos perdido. No fue un corte limpio. Los paramédicos nos trajeron dos de los dedos, pero la condición de la carne no permitía… uh, no había mano para coserlos a ella. La amputación fue la única opción viable para…

—Bueno, bueno —interrumpió Jay dando muestras de impaciencia—. Si de ahora en adelante se queda sin uno de sus guantes no es tan grave. ¿Vivirá?

El doctor parpadeó mientras lo miraba, y enseguida asintió.

—Sí… sí, creo que lo logramos —les informó—. Hemos declarado su estado como grave, pero estable.

—Quiero verlo —dijo Blaise en su tono más imperativo.

—Me temo que no se admiten visitas en la unidad de cuidados intensivos —objetó el doctor—. Tal vez mañana podamos moverlo…

—Llévanos con él ahora mismo —le ordenó Blaise.

Sus ojos púrpura oscuro se entrecerraron un poco. Sonrió con un gesto infantil.

El doctor giró sobre los talones, empujó las puertas dobles y los condujo a la unidad de cuidados intensivos sin decir una palabra. A un lado de la cama colgaba una bolsa de plasma y al otro una botella con una solución intravenosa. Tachyon tenía tubos en los brazos y más tubos metidos por la nariz, y cables por todas partes. Sus ojos estaban cerrados, pero Jay pudo ver que bajo la delgada bata de hospital su pecho subía y bajaba con la respiración.

—Está bajo el efecto de sedantes muy fuertes —dijo el doctor en voz baja—. Por el dolor.

Blaise debía haberlo soltado, pensó Jay. Asintiendo, miró al muchacho. Tenía la vista fija en su abuelo con un aspecto de intensa ferocidad en el rostro. Un brillo apareció en sus ojos, y por un instante a Jay le pareció ver una lágrima. Enseguida se dio cuenta de que se trataba nada más del reflejo del monitor en el iris de su ojo.

—Vámonos, Blaise —dijo—. Aquí no hay nada que podamos hacer.

Al salir del hospital volvieron a pasar por la sala de espera. En los televisores la convención parecía enloquecer. Jesse Jackson estaba de pie en el podio. La gente gritaba y los globos bajaban del techo. Las pancartas se agitaban enloquecidas, y la banda tocaba el estribillo de «Han vuelto los días felices». A Jay eso le dio muy mala espina. Se paró en la estación de las enfermeras.

—¿Qué sucedió? —le preguntó a la enfermera de guardia.

—Jesse acaba de pronunciar un discurso. Había que oírlo, me hizo llorar. Ha aportado todos los votos de sus delegados a Hartmann. Ya terminó todo. Sólo falta el trámite de la votación.

¿Terminó?, Jay pensó en decirle. Señora, esto apenas va empezando. Pero se mordió la lengua y no dijo nada.

Blaise estaba frente a la televisión, con expresión casi de felicidad.

—¡Van a nominar a Hartmann! ¡Justo lo que dijo George!

El noticiero hizo un corte de la convención a las calles de Atlanta, donde bailaban miles de jokers. Afuera del Omni, surgió el grito de «Hartmann», cada vez más

fuerte. Un desfile improvisado se armó en Peachtree, una línea de conga que iba creciendo al moverse. El parque Piedmont era una enorme explosión de alegría. El televisor mostraba las escenas callejeras, que hablaban por sí mismas. Jay le puso la mano en el hombro al niño y estaba a punto de decirle que ya era hora de que volvieran al hotel cuando éste exclamó:

—Eh, mira, ahí está Sascha.

Jay puso los ojos sobre la pantalla. La escena era en el parque Piedmont, donde una docena de jokers danzaba alrededor de una fogata, observados por otros cincuenta. Ahí estaba Sascha justo detrás de los danzantes, con las llamas de la hoguera reflejadas en su oscuro pelo lacio, el bigotito fino y la cara pálida y sin ojos.

—¡Hijo de puta! —exclamó Jay.

Casi se le había olvidado Sascha. Muy mal, porque ese jodido flaco tenía las respuestas a varias de sus preguntas. Iba a decirle a Blaise que volviera él solo al Marriott, cuando se acordó de lo que el niño podía hacer con el control mental. Y de pronto a Jay se le ocurrió una idea.

—Oye, chico —propuso—. ¿No quieres jugar al detective?

Brennan no creía en fantasmas, pero eso que se le acercaba por el túnel oscuro, que hablaba con la voz de Chrysalis, no podía ser Chrysalis. Élla estaba muerta. Él la vio en el ataúd. La cara de la ventana había sido tan sólo un sueño.

Retrocedió hasta topar con el lado del túnel, donde no pudo moverse más.

—Daniel —decía la voz—. Te quiero ayudar.

La persona que hablaba se puso bajo la luz.

Brennan bajó el arco, atónito. No podía creer lo que veía. Era Chrysalis. Una Chrysalis en miniatura, perfecta en cada detalle, pero de no más de cuarenta y cinco centímetros de estatura.

Ya sabía por qué la ventana le había parecido tan enorme en lo que él creyó era un sueño.

Se agachó para verla mejor, mientras ella se acercaba sin ningún temor. Era una réplica perfecta, con las uñas pintadas de rojo, el corazón pequeñito que latía dentro de su cajita torácica, y el chal que dejaba al descubierto un pecho diminuto, invisible de no ser por un pezón oscuro, tan minúsculo como la punta de un lápiz.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Brennan.

—Ven conmigo y te lo diré todo —prometió ella, con una sonrisa, y se dio vuelta para volverse a hundir en las profundidades del túnel oscuro.

La miró un momento; pensó que si se quedaba parado en la oscuridad no iba a aprender nada y decidió seguirla, se detuvo sólo para recoger la linterna.

El corredor no era largo, pero el trayecto les llevó varios minutos, porque la Chrysalis en miniatura daba pasos muy cortitos. Brennan avanzaba despacio tras ella, arrastrando los pies. Dirigió la luz hacia el final del túnel, y acabó por descubrir que

remataba en un muro. Cuando llegaron a su lado, la pequeña Chrysalis llamó, y se deslizó un panel oculto. Unos suspicaces ojos enrojecidos se asomaron desde el otro lado.

—He traído al arquero —anunció.

—Pero él puede hacernos daño —objetó el guardia, en una voz grave y arisca.

—Ella dijo que confiáramos si nos daba su palabra —declaró la pequeña Chrysalis y se volvió para ver a Brennan—. ¿Prometes que no nos harás daño?

Aturdido y perplejo, Brennan declaró:

—Lo prometo.

Sonaron unos rechinidos de cerrojos que se movían, y la protesta del meted sobre rieles oxidados. Una luz tenue se derramó desde la puerta oculta a medida que se iba abriendo poco a poco.

—En tal caso, entren —dijo el guardia.

Brennan y la pequeña Chrysalis estaban de pie en el umbral de un corredor. En él se encontraban más o menos unos veinte seres. Ninguno sobrepasaba los cuarenta y cinco centímetros de estatura, y varios de ellos eran mucho más pequeños. Entre ellos había réplicas de forma perfecta, y también parodias grotescas de seres humanos, modelos de prueba que nunca se habían producido en masa, descartados por el Creador. Algunos, más que seres humanos, parecían animales, pero todos miraban a Brennan con miradas inteligentes.

—Élla nos dijo que confiásemos en ti. Que tú nos ayudarías —declaró el guardián.

Se había colocado en una pequeña plataforma que estaba soldada junto a la mirilla de la puerta escondida. Era uno de los que tenía aspecto humano, aunque la piel le colgaba en pliegues sobre un cuerpo casi desnudo como un abrigo seis tallas más grande.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Brennan, empequeñeciendo su voz.

—Fuimos los ojos y los oídos de Chrysalis —dijo la réplica de Chrysalis, con orgullo—. Nos movíamos en la ciudad sin ser vistos, ni siquiera en sueños, en el mundo de los grandes, de donde le traíamos las informaciones que la Señora tanto deseaba oír. Élla nos daba un lugar donde vivir, seco, calentito y oculto.

Se secó una lágrima que le bajaba por una mejilla cristalina.

—¡Pero ha muerto!

—Eres tú quien me ha estado escribiendo mensajes y llamándome por teléfono —dijo Brennan en voz suave.

—Es cierto —admitió la Chrysalis diminuta—. Sólo hemos tratado de ayudar. Pero nos detuvimos cuando nos dimos cuenta de que te confundíamos y te estábamos haciendo daño. Tratamos también de ayudar al detective, pero él nos insultó a gritos y quiso perseguirnos.

—Entonces, ¿ustedes no saben quién la mató? —preguntó Brennan.

La mujercita meneó la cabeza.

—Nosotros no espiamos nunca a la Señora. Era una regla. A ella le gustaba su soledad, aunque a veces se ponía triste.

Brennan asintió.

—Pero sí saben dónde guardaba sus archivos.

—Élla venía y llamaba a la puerta, y le abríamos. Cuando nos visitaba le contábamos lo que habíamos visto, las cosas de las que nos habíamos enterado en los escondites que tenemos en el mundo de afuera. Nos traía de comer y de beber, y comíamos mientras ella escribía cosas. Una vez pasaron meses sin que ella viniera. Nosotros también escribíamos, pero cuando no estaba la Señora no era divertido.

—¿Dónde? —preguntó Brennan—. ¿Dónde escribían?

La pequeña joker apuntó un dedito hacia un cuarto que se hallaba al otro lado del corredor.

Más elementos de esa tribu se encontraban dispersos en ese lugar y observaban a Brennan con ojos desconfiados, tristes, enojados. Uno de los jokers, que se veía como un mono peludo con demasiadas piernas, encendió una lámpara cubierta por una pantalla al acercarse Brennan. Los pequeños espías más tímidos de Chrysalis los contemplaban en silencio desde los rincones oscuros del cuarto.

La habitación se había amueblado con sencillez. Un sillón cómodo, un escritorio antiguo y una lámpara de Tiffany. El escritorio estaba cubierto por un desorden de cuadernos, carpetas y montones de papel. Al examinarlos, Brennan se topó con datos sobre la vida sexual de políticos y los hábitos de consumo de drogas de banqueros, notas acerca de alianzas entre policías y personajes pertenecientes a pandillas criminales, e incluso una lista de los jugadores de los Dodgers que tenían dificultades con las bolas altas y rápidas, y se ponchaban con cualquier curva que rozara la tierra.

Brennan frunció el ceño.

—¿Es todo? —le preguntó a la homúncula—. ¿Cómo llevaba el control de esto? ¿No tenía computadora?

—No la necesitaba —explicó a Brennan la copia de Chrysalis—. Tenía a Madre.

—¿Madre?

La mujercita asintió y señaló con el dedo. Brennan se dio vuelta para seguir su indicación y vio a dos homúnculos jalar un cordón al lado de unos cortinajes oscuros que cubrían la pared al final de la habitación. Al descorrerse el telón, los ojos de Brennan se quedaron fijos en lo que estaba atrás.

Sobre un bastidor con soportes colocado contra la pared crecía otro muro de carne. Sus colores eran el gris, el rosa y el púrpura, y pulsaba con un ritmo ondeante, como una mantarraya al nadar. No tenía ningún rasgo. Una docena de criaturas colgaban o se aferraban a la carne, algunas de ellas ligadas a ella, conectadas por cordones que les salían de la cabeza, los miembros o el vientre. Otras se acurrucaban ahí, buscando seguridad y consuelo.

—¿Qué es?

—Es nuestra Madre —dijo la pequeña Chrysalis—. Somos sus hijos. Élla no

puede ver ni hablar en voz alta, pero se comunica con nosotros por medio de la mente. Élla sabe y recuerda todo lo que le contamos mientras descansamos en su seno. La Señora le dio refugio a ella y a nosotros. A cambio, Madre se encargaba de acordarse de todo lo que la Señora necesitara.

—¿No habla? —inquirió Brennan.

La mujer minúscula meneó la cabeza.

—Sólo a través de sus hijos.

Brennan, que pensaba haber visto todas las clases imaginables de jokers, meneaba la cabeza. Se preguntó dónde habría encontrado Chrysalis este ser, y cómo llegarían a ponerse de acuerdo. Le gustaría conocer esa historia, pero no era el momento. Más adelante él y la gente pequeña podrían tal vez aclarar el asunto. Por el momento, necesitaba resolver un asesinato.

—¿Cómo se puede hablar con Madre? —quiso saber Brennan.

—A través de nosotros —dijo ella—. O podrías encontrar lo que buscas en el diario de la Señora.

—¿Su diario?

Eso sonaba más fácil que lidiar con Madre. Y ahí estaba ella en todo caso, si el diario no daba las respuestas buscadas.

—¿Dónde está?

—Ahí mismo —dijo la homúncula, indicando un volumen encuadernado en piel sobre el escritorio atiborrado.

Al momento en que Brennan tendió la mano hacia el diario, oyó un paso en donde no había nadie que lo diese. Se echó hacia atrás apenas a tiempo para evitar algo invisible y metálico que cortó el aire y, rozando su mejilla, le hizo una herida sangrante. Entre él y el diario, un par de ojos color café flotaba a un metro sesenta y cinco del suelo.

Se oyó una ola de intercambios verbales, y muchos de los homúnculos corrieron hacia las esquinas oscuras del cuarto mientras Fundido se materializaba, con una pistola que apuntaba hacia Brennan.

—¡Sorpresa, sorpresa! —dijo sonriendo—. Tira al suelo tu maldito arco.

10:00 p.m.

El parque estaba igual de húmedo y caliente que la boca de una prostituta. Había fogatas encendidas por todas partes, y se oían gritos y fragmentos de canciones que resonaban entre los árboles mientras pasaban de una a otra tienda y de fogata en fogata, buscando a Sascha.

En la hora del triunfo, se daba la bienvenida incluso a personas de apariencia normal como Blaise y él. Doquiera que iban, los jokers les estrechaban la mano y les daban palmadas en la espalda. Cada vez que se daban vuelta, les ofrecían bebidas, y

no podían detener su paso sin que les prendieran botones de Hartmann en la ropa. El aire de la noche se cargaba de aromas: salchichas friéndose en un hibachi, guisados de vagabundo hirviendo sobre una fogata, un par de ardillas ensartadas en palos asándose a fuego lento. El ruido de latas de cerveza que se abrían los rodeaba como una cacofonía de mil grillos de aluminio. Todos estaban borrachos, drogados, emocionados, excitados, intoxicados y, en general, enloquecidos, pero con una locura feliz. Gregg Hartmann iba a ser presidente; curaría cada herida con un beso; la utopía de Camelot estaba a la vuelta de la esquina para los jokers y todas las otras pobres almas de los condenados que se hallaban en el parque.

Jay se preguntaba qué sentirían la mañana en que, al despertar, vieran que su Camelot se había convertido de repente en Mordor.

—Quiero volver al hotel —volvió a protestar Blaise—. Esto es aburridísimo.

—¡Qué dices! —replicó Jay—. Estás viendo cómo se hace la historia. Mira. Prueba. Huele.

Blaise olfateó el aire, desconfiado.

—No huele más que a cerveza —sentenció—. Cerveza y meados.

Jay no pudo más que reírse; sonaba como si lo hubiera dicho él mismo.

—Quizá todavía tengas futuro como detective privado, chico.

—Me fastidian todos estos jokers estúpidos —declaró Blaise—. Deberías dejarme controlarlos con la mente. Apuesto a que todos te dicen mentiras y sí conocen a Sascha. Yo puedo obligarlos a que nos digan.

—No —objetó Jay—. Cuando encontremos a Sascha, puedes tomar su mente y obligarlo a que él me diga la verdad. Eso será todo.

Encontraron a Doughboy jugando solo en un prado con una tapa de desagüe. La arrojaba como si fuera un frisbi, la lanzaba a veinte o treinta metros de distancia y luego corría de nuevo adonde cayera para volver a lanzarla. La tapadera no volaba igual de bien que un frisbi, pero a Doughboy eso no parecía importarle. En su enorme cara redonda no había más que una alegría inocente, infantil. Pero cuando Jay lo llamó, el joker dejó de jugar y asumió una actitud culpable.

—Estamos buscando a Sascha —le contó Jay—, el que trabajaba en el Palacio de Cristal. ¿Lo has visto por algún sitio?

Doughboy meneó la cabeza despacio.

—Yo nomás ‘toy jugando.

Blaise se rió.

—¡Yo puedo hacer que juegue a algo mejor!

La cara de Doughboy se congeló, y empezó a quitarse la ropa con dedos gordos y torpes.

Jay giró hacia el chico.

—Suéltalo —ladró.

—¿Y por qué? ¡No puedes obligarme!

Jay le dio una bofetada.

Blaise se quedó parado, con los ojos ardiendo de rabia, la mejilla igual de roja que el pelo, y por un momento Jay sintió miedo de lo que podría hacer. Pero el chico desvió la mirada.

—Bueno —farfulló—. Lo siento.

—Está bien —declaró Jay después de una pausa larga—. Queda olvidado. Vamos. Sascha no ha de andar lejos.

—¿Cómo me encontraste aquí? —le preguntó Brennan a Fundido. Antes de que el as pudiera responder, lo interrumpió:

—Espera, no me lo digas. Lazy Dragón.

—¡Qué astuto! —comentó sarcástico Fundido—. Perdió la pista cuando te agarró la policía, pero te volvió a encontrar en la iglesia tras investigar tus rutas habituales.

—Y tú me seguiste hasta aquí.

—Correcto —confirmó Fundido, que miraba a su alrededor—. Tienes una vida social de lo más interesante.

Agarró el diario de Chrysalis.

—Pero yo vine por esto. Con el diario tendré más poder del que nunca tuvo Chrysalis, porque yo sí voy a aprovechar su contenido sin tocarme el corazón.

Brennan no podía creer que estando tan cerca de lograr su objetivo se lo arrebataran en esa forma. Hizo un movimiento en dirección a Fundido, pero el as alzó la pistola y la apuntó a la cintura de Brennan.

—Oye, ¿no querrás que te pegue un tiro? —preguntó, al tiempo que la Chrysalis en miniatura se ponía en movimiento.

La mujercita estaba de pie sobre el escritorio a un lado de Fundido, y cuando él apuntó a Brennan con el arma, ella saltó al aire y agarró la pistola por el cañón. Fundido la miró atónito mientras el peso de la pequeña mujer arrastraba el cañón hacia el suelo. El as maldijo y sacudió la pistola, pero ella no se soltaba.

—¡No! —gritó Brennan, al tiempo que Fundido apretaba el gatillo.

El disparo retumbó con gran intensidad en el confinamiento de la habitación. La bala arrancó a la miniatura de Chrysalis del cañón y la lanzó por el aire. Se fue a impactar contra Madre como una muñeca de trapo rota. Madre no hizo sonido alguno, pero hizo aparecer unos brazos extruidos, de aspecto humano, que acunaron el cuerpecito quebrado junto a su colchón de carne.

De una patada, Brennan le arrancó la pistola de la mano a Fundido, y con un solo movimiento le golpeó la cara con el dorso de la mano y le arrebató el diario.

Fundido cayó al suelo, con la barbilla ensangrentada por el labio partido. Se puso la mano en la boca para limpiársela, murmurando.

—Puedes darte por muerto, hijo de puta.

Le arrojó algo a Brennan, que le golpeó en el pecho y cayó rebotando sobre el escritorio. Parecía una escultura hecha con una papa.

Brennan se echó atrás viendo que la papa se expandía, cubriéndose de bandas negras de piel, para formar un gran cuerpo rechoncho y una cara redonda y graciosa, con grandes círculos negros en torno a los ojos.

El enorme panda le lanzó una sonrisa. Se veía muy gracioso, con su cuerpo gordo y peludo y la cara de payaso. Le doblaba en peso a Brennan, y ostentaba garras formidables, así como dientes afilados y relucientes.

—Mátalo, Dragón —ordenó Fundido.

El panda hizo un ruido parecido a un balido, y descendió con precaución del escritorio, avanzando hacia Brennan al tiempo que los homúnculos corrían gritando y huyendo de la habitación.

Brennan sabía que no tenía la menor oportunidad de vencer a esa cosa, que se había colocado entre la puerta y él. El único factor a su favor era la velocidad. Ese maldito panda obeso no podía ser igual de rápido que él. Al menos, cabía abrigar esa esperanza.

Retrocedió al fondo de la habitación, y el panda se le acercó, con una sonrisa boba en el rostro amable. Cuando vio que Brennan no podía ir más atrás, se alzó sobre los cuartos traseros y rugió como si tuviera una sierra mecánica en las profundidades de la garganta.

Brennan se movió. Quiso rodear a la criatura, pero aquel hijo de puta era rápido, muy rápido. Brennan sintió un dolor terrible cuando el oso lanzó un zarpazo que fue a impactarse de lleno en su antebrazo.

Sintió quebrarse los huesos y rasgarse la carne, pero Brennan había logrado rodear al panda, y se echó a correr. Fundido se había esfumado, pero sus ojos seguían siendo visibles, para poder ver. Quiso detener a Brennan, pero éste lo embistió con el brazo y lo derribó al suelo, antes de girar para entrar al túnel. Miró a la izquierda, hacia donde quedaba la línea del drenaje, y a la derecha, por donde se iba al sótano del Palacio de Cristal.

Brennan no quería verse atrapado en un túnel subterráneo. Tendría que subir.

Respiraba entrecortadamente por el dolor que tenía clavado en el brazo. Los dos huesos del antebrazo estaban fracturados. El radio, expuesto, había desgarrado la carne, y la sangre brotaba al ritmo de unas pulsaciones agónicas.

Brennan hizo varias respiraciones profundas y acompasadas para controlar su dolor al tiempo que corría por el túnel y se agarraba de la escalera que subía al sótano. Miró sobre el hombro y vio al panda correr por el túnel con una velocidad superior a lo que creía posible. Pasó el diario al brazo herido, emitió gruñidos al sentir su peso en la carne rasgada y los huesos quebrados, y rebuscó en el bolsillo trasero de su pantalón.

Sacó el transmisor y lo activó.

—El Palacio de Cristal —graznó, y lo dejó caer al piso mientras se alzaba por la escalera con la ayuda de la mano buena.

La trampa arriba de la escalera se resistió al principio, pero logró abrirla con el

hombro sano, sintiendo bajar oleadas de dolor por el brazo herido.

Brennan logró entrar en el almacén y cerró la trampa de acceso. Un tramo de escaleras de madera desvencijadas ofrecía llegada al primer piso, y Brennan lo subió corriendo para salir al pasillo que conducía a los baños del Palacio.

Una mujer que iba hacia los baños se cruzó con Brennan, y lanzó un grito al ver la cara, llena de sangre y el fragmento de hueso expuesto como una lanza rota clavada en el brazo derecho. Brennan pasó corriendo a su lado e irrumpió en el salón de cerveza del Palacio de Cristal.

Todos se le quedaron mirando. Nadie intentó detenerlo cuando se acercó a ellos, pero el denso gentío formaba un obstáculo que Brennan hallaba difícil de superar.

Sonó otro grito en el pasillo, y Brennan supo que Lazy Dragón seguía su pista. Y él no encontraría tanta resistencia como Brennan para que le abrieran paso.

Lazy Dragón sencillamente se lanzó contra la multitud y dispersó a la gente como si fueran bolos de boliche. Brennan, consciente de que no podía superar al panda en velocidad, se volvió con la espalda apoyada en la barra y el brazo derecho como si fuera un dolorido pedazo de carne muerta que le colgaba del hombro.

Los clientes más listos estaban abandonando el lugar. Los lentos, los curiosos, los borrachos y los estupefactos se quedaron para observar cómo el panda iba aproximándose a Brennan, con una sonrisa en su linda carita que mostraba sus afiladísimos dientes, capaces de arrancar de un solo bocado el brazo de un hombre.

—¡Dame el cuaderno! —ordenó Fundido desde atrás del oso, pero Brennan negó con la cabeza.

—¡Quítaselo! —ordenó Fundido.

El panda avanzó con los pasos de una fatalidad lenta, inescapable.

Brennan se preparó para un último intento de huida, mientras el panda se acercaba erguido sobre las patas traseras. Hizo una finta a la izquierda, se agachó con rapidez y casi logró escabullirse por la derecha.

Casi.

El as bajó una de sus zarpas sobre la espalda de Brennan, que sintió como si se hubiera desplomado el techo sobre él. Brennan cayó de rodillas, sin aliento, rodó en el suelo y se levantó para quedar cara a cara con el panda, que le tumbó el diario de un manotazo, con la facilidad con que se le quita un caramelo a un niño. Fundido lo recogió.

—Termina la tarea —ordenó a Dragón.

Los espectadores que seguían ahí se alejaron lo más que pudieron a las orillas del salón.

—Déjalo en paz.

Esa voz inesperada sonó tranquila en el silencio sobrecogedor, y su tono era de una rara gentileza. El panda se dio vuelta despacio, con una zarpa gigantesca alzada y lista para hacer puré a Brennan.

En el área vacía entre los espectadores y la pareja formada por Brennan y el

panda, se materializaba la figura de un jorobado corpulento y rechoncho. Dragón miraba a Quasimán y lanzó el zarpazo a Brennan, que recibió el golpe en el hombro y logró rodar con el impacto. Se estrelló contra la barra y se le salieron las lágrimas de los ojos. No supo cómo logró ponerse de rodillas, hablando:

—Necesitamos el diario.

Y se dejó caer, presa de dolores insufribles.

Quasimán avanzaba con lentitud, arrastrando su pierna tiesa tras él.

—Dame el libro —le dijo a Fundido, pero, aprovechando la distracción del joker, el panda cargó contra él.

Golpeó a Quasimán como un tren desbocado que choca contra un cerro. Los dos salieron proyectados cruzando el salón entre los gritos de los presentes, y de milagro nadie quedó aplastado, pues el impacto de Dragón hizo que ambos se estrellaran contra la pared y la destrozaran. La madera se quebró, se reventaron las tuberías y rociaron de agua la habitación. Brennan logró ponerse de pie al tiempo que ambos volvían a entrar en el salón por el boquete abierto en la pared, con el panda en primer lugar y Quasimán tras él.

El jorobado alzó una pesada mesa de madera y la usó como garrote contra su adversario. Aplastó al panda contra el suelo, y la mesa se hizo astillas. El panda se incorporó y embistió a Quasimán contra la barra, que se partió en dos, y ambos fueron a impactarse sobre el espejo grande con los estantes de botellas. Lupo desertó de su puesto con un aullido de desesperación mientras el espejo y las botellas estallaban en un millón de relucientes añicos.

Brennan osciló sobre los pies, indeciso. Quería ayudar a Quasimán, pero no podía hacer nada contra Dragón. También quería perseguir a Fundido, pero el as ya se había esfumado en el salón oscuro, lleno de gente que corría y gritaba. Dragón y Quasimán volvieron a estrellarse contra la barra y rodaron por el suelo, como un par de mastodontes furiosos, y se golpeaban con los puños y los pies.

El panda tenía sangre en la piel, pero Brennan no sabía de quién provenía, y la camisa desgarrada de Quasimán dejaba al descubierto la masa de carne y huesos que componía su joroba.

La nariz de Brennan se arrugó al sentir de pronto un olor repulsivo en el aire. Olía a gas, a gas natural. En su batalla, los ases habían roto la tubería del gas al despedazar la pared, además de la del agua. Brennan tuvo un momento de serena lucidez y se dio cuenta de que todos necesitaban salir de ahí antes de que una chispa cualquiera detonara el gas acumulado en el salón. Se dio vuelta para dar la voz de alarma, pero era demasiado tarde.

Se oyó un flamazo y sopló una corriente súbita de aire mientras se alzaban las llamas a un lado de la pared destrozada. Alguien gritó «¡Fuego!», y se desató por completo el pandemonio.

Todos huyeron tumultuosamente hacia la puerta. Algunos estaban siendo pisoteados, pero otros, con la cabeza más fría, lograron dominar a los frenéticos.

Brennan se dio cuenta de que sería imposible abrirse paso a la fuerza entre la gente, y se fue hacia la escalera que llevaba a las salidas de los pisos de arriba. Al pie de las escaleras se paró para ver a Quasimán y Dragón bailar un vals de movimientos torpes sobre el piso. Las garras del oso estaban sobre los hombros de Quasimán, y éste tenía las manos cerradas alrededor del cuello del animal. La cara y el hocico del panda con los dientes descubiertos quedaban a pocos centímetros de la piel del joker.

—¡Quasimán! —sonó la voz de Brennan atravesando la atmósfera de pánico como una sirena en la niebla—. ¡Sepárate ya! ¡Quasimán!

Nunca supo si el joker lo escuchó y obedeció. Quizá decidió que estaba harto, o tal vez su cerebro se deslizó Dios sabe a qué otras realidades. El caso es que Quasimán se esfumó de pronto, teletransportándose en el preciso momento en que el panda soltaba un mordisco que le habría arrancado la cara. El oso manoteó desconcertado, buscando a un contrincante que ya no existía, y cayó tropezando en una columna de fuego que de pronto surgió del boquete creado por su embestida.

El aire se llenó de tufo a pelo quemado, y el oso en llamas deambuló y extendió el fuego al tropezar contra la barra destrozada y los pedazos de muebles regados por el suelo. Por fin se detuvo y se sentó sobre el trasero. Soltó unos cuantos balidos de queja, y enseguida se encogió sobre sí mismo hasta volver a su insignificante tamaño original.

Brennan se dispuso a subir las escaleras, pero de pronto se acordó de Madre y los homúnculos bajo el sótano. Se detuvo, maldiciendo, y volvió sobre sus pasos hacia el corredor que conducía al almacén del sótano y a los túneles inferiores.

El corredor estaba lleno de humo. Brennan corrió, tratando de mantener su cabeza por debajo del humo ardiente, encontró la trampa abierta y bajó por la escalera. De pronto se elevó la temperatura del aire, y Brennan supo que el fuego se extendía por la bodega encima de ellos. Los pequeños seres se escapaban de la cámara secreta de Chrysalis; gemían y aullaban como gatitos perdidos.

Brennan se asomó al interior. Madre se había desprendido de la pared y se agitaba y retorcía en el piso como un colchón viviente. Sus homúnculos estaban sueltos, menos aquéllos adheridos a cordones umbilicales. Brennan titubeó, y estuvo a punto de darse la vuelta y salir de ahí, pero una gran ola telepática de miedo y desesperación lo cubrió, con tanta fuerza que hasta él, cuya mente era poco receptiva, pudo sentirlo. Más allá de su aspecto, por más inhumana que fuera su forma, Brennan tuvo conciencia de que Madre era una persona.

No supo si iba a poder arrastrarla con un solo brazo, pero se determinó a intentarlo. Tomó una honda bocanada de aire ahumado, apretó los dientes y se metió en la habitación secreta.

—¡Allá voy! —gritó.

Entró corriendo a la cámara y logró alzar por una esquina el cuerpo rectangular de Madre. Su carne era cálida y lisa al tacto, y se le sentían las pulsaciones al tiempo que emitía un olor agradable y calmante aun en el cuarto lleno de humo. Se puso de

rodillas y logró echársela a las espaldas.

Una lluvia de chispas cayó del techo y el humo entró en la habitación como una niebla espesa.

—¡Vamos bien! —gritó Brennan, pero el aliento se le entrecortaba por el horrible dolor en el brazo roto—. ¡Yo los voy a salvar!

En ese momento el techo se vino abajo.

11:00 p.m.

El sonido de los cánticos flotaba en el aire de la noche, una áspera armonía de borrachos en dos tonos diferentes. Los versos hablaban de colgar a Leo Barnett de un árbol de manzanas agrias.

El sendero torcía a la izquierda, pero Jay prefirió ir sobre la hierba a través de un grupo macizo de árboles. Blaise lo seguía, desganado, pateaba guijarros de cuando en cuando.

El fuego estaba apagado, y la única luz provenía de las brasas que apenas relumbraban entre las cenizas. No fue hasta acercarse bastante que Jay advirtió que el grupo de jokers sentados junto a la tienda de campaña no era un grupo en absoluto. A menos que se considere como tal a un conjunto de quintillizos siameses.

Para entonces los cantos habían cesado.

Todos los ojos lo miraban. Los cinco cuerpos estaban malformados y torcidos, y la carne de uno se fundía con la de otro de maneras que uno preferiría no ver. Ni siquiera sabía Jay si podía llamárseles quintillizos; se distinguían cinco cuerpos que compartían cuatro cabezas y tal vez siete piernas entre todos. Para compensar, la cuenta de brazos y tentáculos era muy numerosa.

—Uf, que asco —dijo Blaise, con extraordinario tacto.

Jay hizo como si lo ignorara, esperando que los jokers hiciesen lo propio.

—Tal vez puedan ayudarme —les dijo—. Estoy buscando a un amigo mio que se llama Sascha. Flaco, con el pelo liso, le gusta andar bien vestido. Tiene un bigotito de lápiz como esos actores que hacen de recepcionistas en películas antiguas.

No hubo respuesta.

—Sin ojos. ¿Mencione que no tiene ojos? Solo piel.

Cuatro caras malformadas lo miraron sin expresión. Jay no sabía si era cuestión de hostilidad o estupidez. Esperó varios largos e incómodos segundos y volvió a intentar.

—A lo mejor no lo conocen. Antes el trabajaba en el Palacio de Cristal. ¿Vienen ustedes de Nueva York?

—Yo puedo hacerlo contestar —dijo Blaise, ansioso—. Mírame. Puedo hacer que se levante y se ponga a bailar.

—No hablan —dijo una voz de mujer tras ellos.

Jay se dio vuelta. Apenas podía distinguirla, una forma oscura sentada bajo un árbol.

—Pero yo los oí cantar —objeto.

—Si —replicó la voz en el mismo tono de calma—. Cantan.

La voz venia de una mujer joven. Entre las ramas se veía la luz de la luna sobre su piel blanca, pálida. Tenía el vestido desabotonado por delante, y cargaba algo en los brazos.

—Cantan, pero no hablan.

—Oh —dijo Jay.

Se detuvo a unos pasos de ella. Pudo ver un pecho pálido en forma de cono. Con el otro amamantaba al bebé que tenia en brazos. Lo acariciaba con mucha suavidad mientras mamaba. Se veía muy joven, no mayor de dieciocho años, triste y bonita. El bebé que tenía en brazos era una cosa roja y redonda, como una bola de boliche hecha de carne.

—Lo siento —se disculpo Jay—. No he querido inmiscuirme…

—Yo se donde esta Sascha —declaró la mujer.

En la oscuridad detrás de ella algo se movía. Jay alzo la mirada y vio unos ojos que se asomaban entre los arbustos. Eran color verde pálido, y ardía en ellos un tenue resplandor feral. Mientras Jay los observaba oyó una pisada suave tras él. Se le erizaron los pelos de la nuca. Le sobrevino una sensación abrumadora de estar siendo vigilado, y de pronto lo acometió el terror.

Se alejó retrocediendo de la mujer y la patética criatura en sus brazos, tratando de no delatar el miedo que le desgarraba las tripas por dentro.

—Blaise —dijo—, ¡vámonos de aquí hechos el carajo!

Se dio vuelta.

Sascha estaba de pie detrás del chico, mirando sin ojos a Jay. Ezili estaba también ahí. Pudo ver su cuerpo, lozano y suculento. Estaba desnuda, y en la oscuridad sus ojos emitían un resplandor rojo, más brillante que las ascuas del fuego. Sonreía sin decir nada.

Jay debió de hacer algún ruido, pues Blaise se dio vuelta. Vio a Sascha, pero abrió más los ojos cuando se enfocaron en Ezili. Sonrió, e hizo un ruido de apreciación que no podía haber aprendido de Tachyon. El chico no tenía la más remota idea de la mierda en que estaban metidos.

—Sascha… —quiso decir Jay.

—No —interrumpió Sascha—. Ya es demasiado tarde para hablar.

De la oscuridad, silencioso como una sombra, emergió un hombre descalzo con un garrote. Lanzó un golpe contra el detective y falló. Jay saltó a un lado, formó la pistola con los dedos y lo hizo desaparecer. Alguien se echó sobre su espalda. Cayó al suelo con fuerza, y rodó. Unas uñas largas le arañaron la cara, buscando los ojos. Jay agarró las manos, se las quitó de la cara y trató de desembarazarse. Logró liberar su mano derecha justo a tiempo para teletransportar a una niña pequeña que lo acometía

desde ese lado, pero para entonces la mujer ya hundía sus dientes en la parte carnosa de la mano izquierda, justo bajo el dedo pulgar.

Soltó un grito. Blaise por fin apartó los ojos de las tetas de Ezili lo suficiente para ver lo que estaba pasando.

—¡*Hey*! —gritó el chico.

La mujer le clavaba los dientes en el dedo y trataba de patearlo en los testículos al mismo tiempo. Jay le dio un fuerte bofetón en un lado de la cabeza, se soltó la mano e hizo desaparecer a la mujer. Sascha pegó un grito.

—¡Basta! ¡Déjalos!

Fue suficiente para que todos se quedaran congelados un segundo. Blaise miraba a Sascha con feroz concentración; lo tenía en la palma de la mente. Detrás del muchacho, Jay vio la enorme sombra del quinteto siamés ponerse de pie con dificultades y trastabillar hacia adelante. ¡Santo Jesús!, pensó.

—¡Corre! —le gritó a Blaise.

De reojo advirtió un movimiento y giró. La cosa de los ojos verde pálido salía de entre los arbustos y se deslizaba en silencio atravesando el prado, flotaba a metro y medio del suelo, como una mantarraya obscena con cara semihumana. Iba desnudo, y su piel pálida estaba cubierta de granos. Del centro de la cara le colgaban órganos genitales masculinos bajo sus ojos repulsivos. Jay trató de no vomitar de asco al hacerlo desaparecer, pero tras él venían más. El inmenso joker con carne suave y oscura como un budín de sangre, el chico con el picahielos, el ciempiés humano que se aproximaba con cuchillos en la mitad de sus manos. Todos lo rodeaban.

Cuando se deshizo del chico del picahielos, vio a la mujer de la voz triste que se le acercaba, alzando a su bebé por encima de la cabeza como arma arrojadiza. Lo hizo titubear un segundo, pero fue suficiente.

Una docena de manos lo atenazaron por detrás, el suelo desapareció bajo sus pies y sintió que su cuerpo estallaba de dolor por todas partes.

Domingo 24 de julio 1988

♣ ♦ ♠ ♥

3:00 a.m.

LOS BRAZOS LE QUEMABAN.

No recordaba haber despertado. Ni siquiera se sentía seguro de estar despierto. Por un momento pensó que soñaba, que su pesadilla había regresado para atormentarlo, pero añadiendo una parte nueva, la continuación, lo que seguía después de que aullaba la cosa con cara de cono. Trató de abrir los ojos, pero no veía más que oscuridad. El mundo olía a humedad y fetidez. No podía mover los dedos. Sentía ardor en los hombros y las muñecas, pero el resto de los brazos estaba entumido. Quiso lanzar una débil patada y su cuerpo se columpió. Estaba suspendido en algún sitio sobre un vasto abismo negro.

A lo lejos en la oscuridad oía risas ásperas y voces que susurraban, apenas audibles. Las cosas con cara de cono hablaban de él, pensó Jay. Se acordó de su nombre en aquel instante, y eso ayudó un poco. Trató de no escuchar las voces. Le recordaban a los árboles de su sueño, que se comunicaban secretos en voz baja, secretos terribles que él prefería no oír.

A sus espaldas se dejaron oír pasos que se acercaban, y el miedo se alzó en su garganta. Venían tras él, y cuando quiso correr sólo movió las piernas de balde en el vacío.

Le arrancaron la venda de los ojos. La luz súbita le hirió los ojos. Jay los cerró con un débil gemido.

—Corten la cuerda —dijo una voz conocida, no lejos de él.

Alguien gruñó. Aunque su instinto se resistía, se obligó a abrir los ojos, una rendija. A través del dolor veía imágenes borrosas. El cuarto iba tomando forma alrededor de él. Un sótano, pensó, mareado. Estaba suspendido de un tubo, meciéndose en el aire, colgado de los brazos. Un ciempiés humano se le acercó, con las manos llenas de metales relucientes, mientras que un hombre cuya cara no tenía ojos lo observaba desde abajo. Sascha, pensó, pero cuando quiso pronunciar el nombre, no logró articular ningún sonido.

Lo siguiente fue que se encontró cayendo. Sus piernas se enredaron bajo su peso, incapaces de soportarlo, y se desplomó golpeándose la cabeza contra las piedras húmedas bajo una grieta. Jay gimió.

—Ponle otra inyección —dijo una voz distante—. No quiero arriesgar nada con él hasta que estemos con Ti Malice.

No, trató de decir Jay. No produjo más que un plañido. Para hacerlo rodar alguien le dio una patada en la costilla rota. Enseguida una luz intensa brilló en sus ojos y sintió un dolor agudo dentro del codo. Después de eso se quedó dormido.

11:00 a.m.

CHRYSALIS LE SONRIÓ. BRENNAN PENSÓ QUE ERA EXTRAÑO VERLA de nuevo, porque él creía tener la certeza de que había muerto. Quizá sólo había salido de la ciudad por un tiempo.

Quiso sonreír en respuesta. Ahora que ella estaba de vuelta, ¿cómo iba a explicarle eso a Jennifer? ¿Y viceversa? Decidió dejar la cuestión para más adelante, y le tendió los brazos. Se abrazaron, y él se separó un momento para mirarla, sujetándola por los hombros. Se le congeló la sonrisa en los labios.

Chrysalis se deterioraba ante sus ojos. Su carne de cristal se nublaba de corrupciones y los trozos podridos se le desprendían de la cara y el cuerpo. De sus ojos brotaban lentas lágrimas de sangre y su respiración era un estertor horrible del esfuerzo de los pulmones. Lo que tenía en los brazos era un cadáver. Sintió que la culpa lo desgarraba. Al expirar, ella dijo, con el último suspiro:

—¡Brennan!

Se despertó empapado en sudor, temblando del horror y de su reacción a la anestesia.

—¿Cómo se siente? —le preguntó una voz a un lado de la cama.

—Bien —repuso Brennan—. ¿Dónde estoy?

Brennan volvió la cabeza y miró por primera vez a la persona que le hablaba. Era un hombre joven ataviado con una bata blanca y un estetoscopio colgado del cuello. Parecía un cruce entre un surfista y un pony palomino. El doctor… Finn, ése era su nombre.

—En la Clínica de Jokertown —le dijo el doctor Finn.

Brennan asintió, fatigado.

—Permítame decirle —prosiguió Finn— que es inconcebible que usted siga entre los vivos.

Brennan volvió a asentir. Se encontraba mareado y desorientado, pero empezaba a recordar. El incendio. Madre. La caída del techo.

—Por lo que sé —le contó el doctor Finn, mirándolo con atención—, un rescatista lo encontró en un cuarto subterráneo secreto cuando buscaba entre los escombros del Palacio de Cristal. Al parecer, usted fue salvado del fuego por… algo… una masa achicharrada que le cubría la espalda cuando lo descubrió el bombero.

—¡Madre! —musitó Brennan.

Sentía la boca como si la tuviera llena de algodones mojados. El brazo derecho era un trozo de carne insensible enfundado en un inmovilizador de plástico. Se sentó con los pies en el suelo, combatiendo el vértigo repentino que hizo girar su cabeza como si llevara una borrachera de tres días. No tenía ninguna sensación en el brazo, pero sabía que eso, por desgracia, sería transitorio.

—¿Dónde está mi ropa?

—En estas condiciones usted no debe dejar el hospital —le dijo Finn, en tono grave—. Su fractura del brazo es muy grave, y además ha perdido mucha sangre. También sufre de quemaduras en las manos y la cara. Necesita reposar por lo menos un día.

—No hay tiempo para reposar —objetó Brennan, meneando la cabeza.

—No puedo hacerme responsable de su salud si abandona la clínica —le advirtió Finn, que agitaba la cola angustiado.

—Usted no es responsable de nada. Yo sí.

Brennan se puso de pie, pero estuvo a punto de desplomarse al sufrir un severo ataque de vértigo.

—Bueno, ¿dónde está mi ropa?

Finn meneó la cabeza.

—Si usted está determinado a irse, no se lo voy a impedir. Espere un minuto y le traeré sus cosas. Tal vez tardemos un poco, porque esta mañana todo está hecho un desastre.

—¿Por la quemazón? —inquirió Brennan.

—No. El Palacio de Cristal quedó destruido, pero de hecho hubo pocos heridos por el incendio. Al parecer, la mitad del personal de la clínica celebraba por la noche con el resto de Jokertown. La otra mitad estamos al borde del colapso tratando de atender las consecuencias de los festejos.

—¿Festejos? —preguntó Brennan—. ¿Por qué?

—Oh, supongo que no está usted enterado. Anoche el senador Hartmann fue nominado candidato a la presidencia. Todo Jokertown tiene un ataque de Hartmann-manía.

Desde algún sitio en la oscuridad le llegaron las voces de una discusión.

—No es justo —decía la primera voz—. Nosotros también necesitamos el beso. Pasa demasiado tiempo con él. ¿Cuánto nos va a hacer esperar?

—Tanto como él lo desee —dijo una segunda voz—. No tenemos derecho a cuestionar si el amo va o viene. Ti Malice hace las cosas cuando él así lo determina, y tiene sus propios motivos y tiempos.

—Deberíamos matarlos a los dos —propuso la voz primera—. Son peligrosos.

—No —intervino una tercera voz, de mujer—, no a éstos, que son dulces. El amo desea probarlos, montarlos, sentirlos bajo él. El amo va a querer oír sus gritos.

Eso fue suficiente para hacer que Jay abriera los ojos.

—¿Y nosotros qué?

Él que había hablado era el hombre ciempiés, que andaba de un lado a otro hecho un manojo de nervios. Prosiguió:

—¿Y si ellos le gustan más que nosotros? ¡Ya no tendremos el beso! No puedo soportar cuando él se va.

El detective estaba acostado boca abajo, en un sofá decrépito y maloliente, con la cabeza volteada a un lado y las manos amarradas a la espalda. Al menos eso esperaba respecto a sus manos, que las tuviera atadas, porque ya no las podía sentir, y cuando trataba de mover los dedos no tenía sensación alguna. La tapicería olía a orines. Las punzadas en la cabeza lo agobiaban, y sus costillas protestaban cuando hacía el menor intento por moverse. Seguía en el mismo sótano húmedo. A poca distancia pudo ver un viejo calentador de agua, con las tuberías carcomidas de óxido. Más allá se abría otra habitación, más grande, donde varias figuras sombrías esperaban envueltas en una penumbra que apenas alumbraba la escasa luz de unas ventanas con costras de mugre en los vidrios. Jay hizo un esfuerzo por contar cuántos sumaban, pero eran demasiadas, y algunas se movían de un lado a otro. Además, cuando trataba de concentrarse sentía que se le quebraba en dos el cráneo.

Debió de haber hecho algún ruido, una queja o un gruñido, porque descubrieron que estaba despierto. Las discusiones cesaron de pronto, y oyó pisadas. Unas manos lo voltearon con rudeza, y quedó cara arriba. Sascha estaba de pie a su lado. El telépata tenía aspecto dilapidado. Le temblaban las manos, y algunos mechones de pelo oscuro estaban pegados a la pálida frente por el sudor.

—Qué —dijo Jay.

No pudo ir más allá. Tenía los labios y la garganta secos e irritados.

—Qué —repitió.

—Denle un poco de agua —ordenó Sascha.

Un poco después, Ezili se arrodilló junto a él y le puso un vaso junto a los labios. Tenía las manos calientes, pero el agua estaba fresca, y Jay bebió con voracidad, dejando que le mojara los labios y la barbilla.

—Chúpale —le susurró Ezili al oído, riéndose, y Jay pudo olerla, y sentir las olas de calor que emanaban de su piel.

—Nunca debiste seguirnos a Atlanta —le dijo Sascha.

Jay se atragantaba tratando de hablar mientras sorbía el resto del agua.

—Los brazos —logró enunciar—. Esas cuerdas me cortan la circulación. Desátame.

—Soy ciego, mas no estúpido —declaró Sascha—. Con las manos amarradas no puedes utilizar tu poder. Necesitas apuntar un dedo, fingir que tu mano es una pistola.

—Nos quiere engañar —denunció el ciempiés humano que estaba detrás de Sascha.

Era alto y encorvado, y su espalda formaba un signo de interrogación en el cual la

cabeza, estrecha y calva, parecía haber sido formada al pellizcar un extremo con los dedos. Los brazos eran muy largos y delgados, y se veían grotescos: la piel estirada sobre el hueso y el músculo. Sin embargo, ¡tenía tantos!

—Ya les dije que era peligroso —insistió el hombre ciempiés—. Hay que matarlo.

En una de sus incontables manos tenía un cuchillo con hoja de sierra.

—No —sentenció Sascha—, es demasiado valioso.

—¡Un tesoro! —susurró Ezili.

—Ya saben lo que piensa el amo sobre los ases —dijo Sascha.

—¡Consúltalo con los demás! —volvió a la carga el hombre ciempiés.

—¿Tengo derecho a voto? —quiso saber Jay.

Ezili se rió, y Sascha volvió su rostro sin ojos hacia Jay.

—Votarías por vivir —declaró el joker en tono solemne—. ¡Estúpido!

Con los dedos se palpaba una costra grande al lado del cuello, en un gesto ocioso.

—Te has portado muy mal —lo acusó Ezili en tono de chiste—. ¿Qué les hiciste, eh? A todos nuestros adorables amigos…

—Ya te dije —interrumpió Sascha—. Los teletransportó a Nueva York.

—Se va a enfadar el amo —advirtió Ezili, pasando el dedo por la mejilla de Jay y enseguida haciendo círculos en su oreja, con delicadeza—. Faltan tantas monturas. Tendrás que ser castigado.

—El amo —repitió Jay—. ¿Quién es? ¿Hartmann?

Ezili lo miró sin entender.

—El Titiritero —aclaró Jay, al acordarse del nombre utilizado por Tachyon.

El ciempiés encaró a Sascha, confundido.

—¿Así que ésa fue la razón por la que te metiste en todo esto? —dijo Sascha—. ¡Pobre idiota, qué patético eres! No tienes idea de lo que te has encontrado.

Soltó una risa breve y seca, carente de alegría.

—Pero la verdad es que casi ninguno entre nosotros sabía lo que nos esperaba —añadió con amargura.

—Yo quiero jugar con él —declaró Ezili.

Le desabrochó el cinturón con la mano, y se la deslizó bajo el pantalón.

—Esta noche no, querida —dijo Jay, con un hilo de voz—. Tengo dolor de cabeza.

Ezili sonrió y soltó su pene.

—Una vez que él te bese —musitó ella— volverás a ser mío. A él le gusta que sus nuevas monturas me cojan. Él te monta a ti y tú me montas a mí.

—¡Qué diversión! —observó Jay.

Ezili se pasó la lengua por el labio inferior. Élla también tenía una costra en el cuello.

Jay se la había visto antes, aquella noche en que habían tenido relaciones sobre la alfombra, pero se le había olvidado. La tenía enfrente de los ojos, una vieja herida,

cubierta por una costra, igual que la de Sascha.

Observó al ciempiés. El hoyo del cuello lo tenía abierto e irritado, con la piel roja e hinchada a su alrededor.

¡Todos ellos!, pensó Jay, con la mente desbocada. No se trataba de jokers terroristas ni militantes fanáticos de Hartmann, sino… alguna otra cosa. Algo horrible.

Su estómago se contrajo en un calambre, y de nuevo tuvo una sensación enferma de vértigo y un miedo indecible, como si acabara de caer dentro de su pesadilla.

—No se van a salir con la suya —argumentó Jay, con el poco valor que le quedaba—. Blaise les dirá lo que ha pasado. Vendrán por ustedes… Tachyon, Hiram…

Trató de pensar quiénes más irían por él, pero no se le ocurrían otros nombres.

—Soy persona popular, Sascha —concluyó, con poca energía—. No van permitir que me jodan.

A Ezili eso último le pareció de lo más cómico. Su risa sonaba histérica. El ciempiés se reía también.

—Por lo que respecta al chico, no dirá nada a nadie —le informó Sascha, en un tono que casi era de duelo.

Agarró a Jay por el frente de la camisa y tiró de él para alzarlo.

—Ahí lo tienes.

Tras el sofá, una forma monstruosa llenaba las sombras grises a lo largo de la pared. En la penumbra Jay distinguió brazos, tentáculos, garras, carne que se retorcía en la carne. Y ojos… No fue hasta que la criatura se movió que Jay reconoció a los quintillizos siameses.

Blaise estaba inconsciente sobre un colchón a los pies del joker, con la muñeca y el tobillo encadenados a unas tuberías. Tenía la cara golpeada y tumefacta, y la sangre seca le había hecho una costra encima de un ojo, sellándolo.

Lo único que se le ocurrió pensar a Jay fue que ahora sí se iba a enfadar de verdad el doctor Tachyon.

Mediodía

Brennan se dirigió de inmediato a Nuestra Señora de la Perpetua Miseria. Mientras cruzaba Jokertown tuvo oportunidad de observar el coletazo de la fiesta multitudinaria a la que Finn había aludido. Todavía había borrachos tambaleándose por la calle con botones de campaña Hartmann-Jackson. De cada edificio colgaban banderas de Hartmann, aparecidas súbitamente de la nada, como hongos después de la lluvia. Cada superficie plana ostentaba carteles del candidato. No se podía ir a

ningún sitio sin toparse con su cara sonriente. Su omnipresencia tenía algo de amenazante, y por vez primera Brennan sintió reparos ante una pasión tan arrolladora, incapaz de admitir críticas.

El padre Calamar se encontraba celebrando la misa, y Brennan se metió en la parte posterior de la nave y esperó ahí, tratando de no llamar la atención. El joker sentado en la misma banca le echó una mirada, y al ver el estado de su ropa prefirió concentrarse en la misa, sin prestar atención al norm ensangrentado cerca de él.

La misa finalizó a los pocos minutos, pero la iglesia tardó un buen rato en quedar vacía. Brennan captó los ojos del cura cuando todavía seguía rodeado de miembros de la congregación deseosos de comentar el advenimiento de Hartmann y la esperanza de una edad dorada. El padre Calamar llamó a Quasimán y le dijo unas palabras al oído.

Quasimán salió arrastrando la pierna, y el padre Calamar le dio a entender por señas a Brennan que lo siguiera.

Brennan salió de la iglesia y la rodeó para llegar a la parte posterior, en donde Quasimán estaba abriendo la rectoría.

—Espero que hayas quedado bien —le dijo Brennan al joker, al ver las marcas de los arañazos sobre la cara de Quasimán.

—Sí, claro —repuso Quasimán—. ¿Piensas que me vas a necesitar pronto?

Brennan se le quedó viendo. Quasimán le devolvió la mirada con ojos profundos e inteligentes que no guardaban recuerdos de la noche anterior.

—Mira, yo… creo que por ahora puedo manejar la situación solo. Pero si te llego a necesitar, te avisaré.

—Me parece bien —afirmó Quasimán—. Yo estaré preparado.

Abrió la puerta de la rectoría y Brennan entró en silencio. Las cortinas estaban corridas, y Jennifer seguía dormida en el sofá. Su cara tenía la suave serenidad de una niña. Su piel lucía con buen color, y su pecho subía y bajaba con regularidad. Estaba recuperándose, por lo que se veía, pero Brennan no quería comprometer su salud y decidió no despertarla.

Sin hacer ruido, salió al pasillo que conducía a la pequeña recámara del padre Calamar. Al lado de la puerta estaba la bolsa con sus efectos. Se quitó la ropa desgarrada y manchada de sangre, y descubrió lo difícil que resultaba algo tan sencillo como cambiarse de pantalones con un brazo inmovilizado. Una vez cumplida esa tarea, cerró la puerta y se sentó en la cama de agua del sacerdote para descansar un minuto.

Tomó aliento. El doctor Finn tenía razón. Se hallaba agotado. Esperaba que el resto del día fuese fácil para él. Por el momento no tenía fuerzas para enfrentarse a nadie.

Tomó el teléfono que estaba en la mesita junto a la cama y marcó el número que le había dado un gato en una ocasión. Sonó una vez y enseguida se oyó un mensaje grabado:

—Lo sentimos, el número que usted marcó ya no está en servicio.

Colgó. Fundido no perdía el tiempo. Incluso tenía el poder de apresurar a la compañía de teléfonos. Brennan se volvió a sentar en la cama y reflexionó un poco. Era posible que Kien supiera dónde estaba el cuartel general de Fundido, pero la idea de acudir a su enemigo pidiendo ayuda le provocaba náuseas. Haría lo que fuese necesario, pero podía ver a otras personas antes que a él. A una de ellas deseaba verla cuanto antes.

Puso la última arma que le quedaba, una .38 de cañón corto, bien sujeta a la cintura de sus jeans limpios, y salió al saloncito.

Miró dormir a Jennifer unos segundos, y tuvo que resistirse a un fuerte impulso de besarla. Cruzó la habitación y cerró la puerta después de salir sin hacer el menor ruido.

Quasimán se encontraba sentado sobre la hierba, absorto en escuchar los pensamientos que pasaban como nubes por su mente.

—Dile al padre Calamar que volveré —le encomendó Brennan, pero Quasimán no dio señas de oírle.

Brennan sonrió, pensando que había tenido muy buena suerte la noche anterior al conseguir que Quasimán acudiera justo en el momento en que lo llamaba.

Al atravesar el patio de la iglesia para llegar a la calle iba deseando conservar esa clase de suerte todo el tiempo. Llegó a la acera justo cuando pasaba un taxi desocupado. Brennan lanzó un silbido agudo y el automóvil se detuvo un poco más adelante. Quizá, pensó, haya cambiado mi suerte.

—Al Dragón Torcido —le dijo al taxista, que asintió, bajó la bandera de un aletazo y se puso en marcha.

Se trataba de un taxista parlanchín que iba cubierto de botones de Hartmann, y Brennan lo dejó hablar sobre los sucesos cruciales de Atlanta, sin aportar más que algún gruñido ocasionad a la conversación.

—Se van a poner buenos los trancazos —decía el taxista—. Hartmann contra Bush. ¡Genial! Y si Hartmann no gana, Jokertown va a enloquecer. No creo que Tachyon sea bienvenido de aquí en adelante. ¿Por qué piensa usted que lo habrá hecho?

El taxi se detuvo frente al Dragón Torcido.

—¿Por qué cree usted que Tachyon nos dio la espalda? —volvió a preguntarle el taxista.

Brennan pudo haberse encogido de hombros sin responder, pero el inmovilizador del brazo no se lo permitía.

—No dudo que habrá tenido sus razones —repuso, sin darse cuenta de lo que decía el conductor, ni estar seguro de lo que Tachyon hubiera dicho o hecho.

La respuesta no le agradó al taxista, que se alejó bruscamente, a pesar del billete de veinte que Brennan le había dado.

Brennan entró en el Dragón, apartando de su mente las manipulaciones políticas.

Debía ocuparse de problemas mucho más inmediatos, igual que Lazy Dragón, a quien Brennan detectó bebiendo en el bar.

El gentío y el ruido dentro del Dragón Torcido eran los habituales, o sea, abundantes. Brennan no tuvo más que acercarse a Dragón por detrás, que brincó sorprendido cuando le puso en la espalda un nudillo, simulando el cañón de un arma.

—Qué gusto verte de nuevo, amigo —lo saludó Brennan—. ¿Qué te parece si charlamos un poquito?

Dragón hizo un movimiento afirmativo con la cabeza mientras una de sus manos se movía lentamente hacia el bolsillo del saco, hasta que Brennan empujó su nudillo con más fuerza.

—Quieto. Pon tus manos donde yo pueda verlas. No quiero que te vuelvas un oso de peluche y asustes a todas estas personas.

—Está bien —dijo Dragón, y puso las manos sobre la barra—. ¿Qué quieres?

—Podría matarte, amiguito, pero una vez me salvaste la vida, así que quedaremos a mano si me dices cómo encontrar a Fundido.

—No tengo más que un número de teléfono —repuso Dragón—. El que te di hace unos días.

Brennan meneó la cabeza.

—Ese número ya no sirve.

—En ese caso, no te puedo ayudar.

Brennan clavó los ojos en Dragón, que le devolvió la mirada.

—De acuerdo. Pero si mientes, si en realidad sabes cómo hallar a Fundido y le avisas que lo ando buscando, entonces se abre la temporada para cazar dragones. Aquí tengo mi permiso.

Incrementó la presión con el nudillo. Dragón se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—¿A mí qué me importa que los blancos se jodan entre ellos? —preguntó.

—Muy buena actitud —le dijo Brennan, y enseguida se perdió en la muchedumbre.

Había que tachar a Dragón de la lista, pensó Brennan al llegar a la calle. Llegaba la hora de volver a visitar el Reino de la Magia.

—*Blaise* —dijo Jay en un susurro de apuntador teatral, con tono de urgencia.

El chico tenía los ojos cerrados, pero Jay notaba la tensión en sus músculos. El detective se sintió persuadido de que estaba consciente; tal vez atontado y sin duda aterrado, pero despierto.

En el otro cuarto, Embrujo estaba cantando. Así llamaban a los quintillizos siameses; Jay sintió que ese nombre tenía alusiones siniestras. Sascha se había ido veinte minutos antes, diciendo algo sobre la necesidad de encontrar a otro muchacho. Según lo que oyó, la noche anterior Jay había teletransportado al chico que

necesitaban. No se entendía bien para qué querían al muchacho, pero tenía que ver con los planes de viaje del amo.

La telepatía de Sascha volvía inútil toda tentativa de fuga. Si iban a intentar algo, había llegado el momento preciso. Hasta donde Jay podía calcular, en la otra habitación no sumaban más que cinco personas, o seis, si se tomaba en cuenta al grotesco bebé que mamaba del pecho de su madre. Pensó que podían descontarse la madre y su hijo. Ezili y el joker que parecía un costal de budín de sangre no podían considerarse demasiado peligrosos. Eso dejaba tan sólo a Embrujo y al hombre ciempiés. Este último se había sentado bajo la ventana en el otro cuarto, con una piedra de afilar en una de sus manos izquierdas y media docena de cuchillos en las derechas, moviendo los brazos de ese lado con una rara gracia rítmica al sacar filo a sus hojas de acero. El sonido del metal contra la piedra daba un contrapunto macabro a los cantos de Embrujo.

—*Blaise* —susurró de nuevo—. Vamos, maldita sea. *Despierta*.

El muchacho abrió los ojos. No quedaba nada en ellos de su arrogancia habitual. Aun en la oscuridad, Jay podía ver lo asustado que estaba. El despectivo mentat júnior se había vuelto de nuevo un niño.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo Jay, tratando de mantener la voz baja—. No vamos a tener una mejor oportunidad que ahora mismo.

—¡Me han hecho *daño*!

La voz de Blaise se quebraba con el dolor. Hablaba demasiado alto. Por un momento, Jay se puso tenso, pero los cantos prosiguieron en la otra habitación.

—Ya sé —susurró Jay—. Blaise, tienes que hablar en voz muy baja. Si nos oyen, estamos jodidos.

—Tengo miedo —se quejó, bajando la voz, pero no lo suficiente—. Quiero irme a mi casa.

—Contrólate —dijo Jay—. Te necesito. Debes controlar con la mente a uno de ellos.

—Ya *traté* —objetó Blaise—. Anoche… Pude con Sascha, pero no le hacían caso los otros, y entonces la cosa esa… aquel joker… demasiadas mentes, ni siquiera sé cuántas eran, y algunas… una mente como de animal, pero más lista, se me escapaba todo el tiempo, no podía agarrarla… me hicieron *daño*.

Estaba llorando. Por su mejilla bajaba una línea roja, donde sus lágrimas se mezclaban con la sangre seca.

—Te van a hacer mucho más daño si no nos largamos de aquí —le advirtió Jay—. No necesitas meterte con el feo grandulón. Agarra al tipo que parece ciempiés. Hazlo levantarse y que diga: *Voy a checar a los prisioneros*. ¿Has entendido?

—Voy a checar a los prisioneros —repitió Blaise torpemente a través de sus labios hinchados y partidos.

—Con desenfado —quiso acentuar Jay—. Que suene muy desenfadado. Entonces haz que ese cabrón entre aquí con uno de sus cuchillos. Y me suelte las manos. En

cuanto tenga las manos sueltas, seremos libres. Te envío al Marriott y tú puedes traer a la caballería. ¿De acuerdo?

—No sé —titubeó Blaise.

—Creí que eras en parte taquisiano —le susurró Jay con todo el sarcasmo que pudo reunir—. ¿Sirven ustedes para algo aparte de llorar?

Blaise parpadeó para ahuyentar las lágrimas y asintió lentamente.

—Voy a tratar —afirmó.

La cara golpeada del chico se arrugó en un esfuerzo de concentración. Jay retuvo el aliento. Él canto siguió sonando por lo que le pareció una eternidad. De pronto se oyó una silla que se arrastraba, y una voz muy fina anunció, en un tono demasiado formal:

—Voy a checar a los prisioneros.

Los cánticos cesaron. Jay escuchó el ruido de pasos. Pero eran demasiados. El ciempiés cruzó el sótano como un sonámbulo, se arrodilló al lado de Jay, metió varias manos tras él y se puso a cortar sus ligaduras con un cuchillo. Por el ruido que hacía, el detective se dio cuenta de que le habían atado las manos con alambre, no con cuerda.

Embrujo entró justo tras él, tambaleándose pesadamente al caminar. Una cabeza miró a Jay y al ciempiés, y no les hizo caso. Todos los demás ojos se quedaron fijos en Blaise.

—¡No! —gimió el chico cuando la enorme sombra del joker cayó sobre él.

Trató de alejarse sobre el colchón, pero no había dónde esconderse.

Una de las manos de Embrujo se alzó a las tuberías que corrían a lo largo del techo y sacó un bate de béisbol. El primer golpe impactó la cabeza de Blaise con un ruido de algo que se quebraba, y Jay sintió náuseas.

2:00 p.m.

EN LA SEGUNDA VISITA BRENNAN DECIDIÓ PROCEDER ABIERTAmente. Sabía adónde iba y lo que deseaba hacer. El jardín de Quinn lucía glorioso bajo la luz de la tarde.

El químico tenía un gran talento para la horticultura, o bien contaba con un espléndido servicio de jardinería. A Brennan no le disgustaría conversar sobre botánica con el Esquimal, y si las cosas marchaban bien, podría encontrar ocasión de hacerlo.

Pasó por encima del lecho de amapolas y se aproximó por detrás al centinela en forma de oruga. Como en la visita anterior, se tropezó con la estatua, y la máquina volvió la cabeza, sonrió, pronunció sus palabras de bienvenida y dispersó una nube de gas en dirección a Brennan.

Yeoman se dejó caer, en un ademán al que le quiso dar un efecto artístico. Hizo un gesto de dolor cuando su brazo derecho dio sobre la hierba, y rodó para esconder la mano izquierda bajo el cuerpo. Retuvo el aliento hasta que el gas se disipó, y con cautela hizo varias respiraciones poco profundas cuando no pudo aguantar más. Se sintió un poco mareado por los residuos del gas, pero en cualquier caso todavía se encontraba bajo los efectos de su tratamiento médico.

Se quedó tirado sin moverse unos diez minutos antes de oír que se acercaban unos pasos, y una voz que protestaba.

—Domingo por la tarde —decía—. Es domingo por la tarde. ¿No pueden dejarlo a uno en paz ni siquiera en los fines de semana? ¿Qué pasa con el mundo?

Las quejas cesaron, y con los ojos entrecerrados Brennan vio a Quinn, que lo contemplaba desde arriba.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —continuó su monólogo Quinn—. ¿Quién ha caído en la red tejida por mi oruga? ¡Un momento! Las orugas no tejen redes, ¿verdad?

—Es cierto —afirmó Brennan, incorporándose y apuntando su pistola a Quinn—. Has de estar pensando en las arañas.

—Tú estás inconsciente —objetó Quinn—. No puedes hablar.

Brennan notó que el Esquimal estaba bajo una fuerte influencia de drogas, pero eso ya era común. Observaba a Brennan dubitativo, al parecer sin percibir el arma que tenía apuntada hacia él.

—¿Te estás metiendo depresores esta tarde, Quinn?

El interpelado asintió, sin perder la calma.

—Quaaludes.

—¡Qué suerte! Mira, esto es lo que vamos a hacer. Volvamos a la casa y entonces llamaremos a alguien para invitarlo a una fiestecita. ¿Te parece bien eso?

Quinn asintió de buen talante.

—Claro que sí. De cualquier manera, los domingos son aburridos. Nunca hay nada que ver en la televisión.

—Ve tú por delante —dijo Brennan, y le hizo un ademán con la pistola. No quería ponerse al alcance del doctor en caso de que Quinn se diese cuenta de lo que estaba sucediendo y tratara de clavarle de nuevo las agujas que tenía retraídas en los dedos.

Brennan pudo apreciar mejor los interiores de la mansión, ya que en su anterior visita apenas había tenido ocasión de verlos. El buen gusto que Quinn manifestaba respecto a los jardines no se extendía a la decoración de interiores. Por dentro, el Reino de la Magia estaba decorado en lo que cabría llamar, en el mejor de los casos, una tendencia ecléctica a lo exótico. El recibidor estaba flanqueado por retratos de adictos famosos de la historia, incluyendo a Edgar Allan Poe, Sherlock Holmes, Elvis Presley y Tom Marión Douglas.

La habitación a la que Quinn lo condujo contenía varias vitrinas de exhibición de diversas piezas, entre las que se podía apreciar una colección de botellas de opio

chinas y otra de antiguas pipas de agua de Turquía. Adosados a una de las paredes se encontraban terrarios con ejemplares raros y delicados de hongos y cactus, y a lo largo de otra había acuarios con diversas especies de peces globo.

—¡Vaya lugar que tienes aquí! —comentó Brennan, maravillado.

—Gracias —repuso Quinn exudando satisfacción—. Todo es temático, si te fijas.

—Ya veo —concedió Brennan—. Ahora quiero que hagas esa llamada.

—Y ¿a quién quieres que llame?

—A Fundido. Deseo que lo hagas venir aquí cuanto antes. Dile que has hecho un nuevo descubrimiento. Una cosa muy importante, que necesitas que él vea cuanto antes. ¿Crees que puedas llegar a tanto?

—¡Hey! —exclamó Quinn, mientras enderezaba el cuerpo—. ¡Estoy en perfectas condiciones!

Sin embargo, se interrumpió y fijó la vista en Brennan.

—Pero ¿por qué haría yo eso?

Brennan dedujo que no tenía caso ser sutil.

—Porque tengo una pistola —explicó, apuntando a Quinn—. Y te digo que lo llames.

—Bueno, eh, sólo fue una pregunta —dijo Quinn, retrocediendo.

Se acercó al teléfono, y Brennan se mantuvo cerca de él, pero fuera del alcance de su brazo. Miró el número que Quinn trataba de marcar. Era distinto del que Fundido le había dado a él, tal como sospechaba. Sin duda, Fundido no daba su número a cualquiera.

Quinn tropezaba con dificultades al marcar, pero al tercer intento logró superarlas. Brennan se colocó enfrente de Quinn para que el Esquimal no dejara de ver la pistola.

—¡Hey, hey! —dijo Quinn al teléfono—. ¡Adivina quién habla!… Correcto, ¡cu-cu-ca-chú!… No, espera un poco. Eso era la morsa… En todo caso soy yo, Quinn. Sí, oye, Phil, mi viejo, andaba jugando en mi laboratorio hoy y he encontrado algo que tienes que ver… Claro que estoy seguro… Todo el mundo va a dar saltos de alegría… Eh, ¿cuándo te ha fallado el Esquimal?… Bueno, digo en tiempos más recientes… Bueno… bueno… Cuando puedas… Claro que sí… ¡*Ciao*!

Colgó el teléfono.

—¿Qué? —inquirió Brennan.

—Tiene cosas que hacer, pero llegará en una hora más o menos. ¿No quieres visitar mi invernadero? Tengo una formidable colección de plantas de marihuana.

—¡Vamos! —replicó Brennan—. ¿Por qué no?

3:00 p.m.

EL RUIDO DE PASOS EN LAS ESCALERAS HIZO QUE JAY ABRIERA LOS OJOS.

Por lo demás, todo estaba sumido en un silencio absoluto. Se había dormido, o tal vez pasaba por estados intermitentes de inconsciencia; no podía saberlo. Oteó buscando el colchón, y vio a Blaise que lo miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, desbordando sensaciones de terror. Entre los labios le asomaba una espuma sanguinolenta, pues Embrujo le había roto varios dientes. Pero el muchacho no parecía darse cuenta de eso. No parecía darse cuenta de nada.

Los pasos sonaron con más fuerza. Jay se revolvió en el sofá, con sus manos inútiles aún atadas a la espalda, y trató de ver qué pasaba en el cuarto de al lado.

Hiram Worchester entró al sótano.

Jay parpadeó. Por un momento pensó que alucinaba. Pero enseguida juntó todas las fuerzas que le quedaban y gritó:

—¡*Aquí*! ¡Hiram, estoy aquí atrás!

Hiram volvió la cabeza con un movimiento brusco. Embrujo se incorporó y salió de las sombras lentamente.

—¡Cuidado! —le avisó Jay.

Oyó la risa de Ezili.

Hiram llevaba consigo una maleta, grande y negra, cerrada, con tres grandes bisagras de bronce. Su tamaño era casi de un baúl, pero la cargaba con facilidad, como si fuera un portafolios, y Jay se dio cuenta de que la había vuelto ligera. Embrujo la tomó de sus manos y la depositó sobre uno de los lados, con gestos de reverencia. Seis manos se pusieron a trabajar con las cerraduras.

Jay Ackroyd sintió que un frío helado lo recorría.

Hiram lo miró desde el otro lado del sótano. El as se veía fatigado, con el traje de corte impecable arrugado y manchado de sudor. Jay lo miró a los ojos; expresaban sufrimiento, y también vergüenza, además de otra emoción que tal vez fuera terror. Parecía estar a punto de llorar. Repitiendo un gesto que a Jay ya se le había vuelto familiar, alzó la mano y se rascó algo al lado del cuello, y entonces fue Ackroyd quien sintió ganas de llorar.

Sascha se dejó ver junto a Hiram, con la cabeza oscilando despacio de un lado a otro, haciendo pequeños movimientos que parecían de pájaro, al tiempo que su telepatía probaba el estado de las aguas. Al ver que las condiciones eran seguras, Sascha asintió con la cabeza.

—Ábrela.

Embrujo abrió la maleta.

Dentro había una niña de no más de cuatro o cinco años de edad. Era pequeña, rubia y de piel blanca, estaba desnuda y sonreía.

De ella colgaba, en un obsceno abrazo, una cosa a medio camino entre un feto abortado y el gusano más grande que Jay hubiera visto jamás. Tenía la boca pegada al lado del cuello de la niña, y en el silencio repentino se oía un débil sonido de succiones.

Pero sus ojos estaban vivos y despiertos. Encontraron a Jay en la oscuridad y lo contemplaron con apetito.

Es mi pesadilla, dijo en su interior un pensamiento salvaje. Casi esperaba que se echara a aullar. Sintió un calor que se extendía por sus piernas al vaciarse su vejiga.

—Tiene mucho miedo, amo —comentó Sascha.

—Más tarde he de probar el sabor de ese miedo —replicó la niñita.

Salió con dificultades de la maleta, y puso su delicada mano sobre Embrujo, para mantener el equilibrio. Su voz parecía salida de una película de Shirley Temple, pero las palabras provenían de la cosa que tenía en la espalda.

—Hiram —suplicó Jay—. Haz algo.

—No hay nada que hacer, Jay —dijo en voz baja Hiram Worchester—. Lo siento.

Jay se debatió en vano contra sus ataduras, tratando de soltarse las manos. Era inútil. Ni siquiera sentía las manos. Podían haberse desprendido de sus brazos una hora antes.

—Éllos son fuertes, amo —comentó Ezili.

—Dos ases —confirmó Sascha.

Hiram pareció querer decir algo, pero cambió de opinión y volvió el rostro hacia la pared.

—¡Carajo, Hiram, cierra el puño! —clamó Jay—. Estos cabrones no son nada comparados contigo. ¡Auméntale el peso a esa sanguijuela hasta que no quede más que una lámina en el piso!

—No comprendes —repuso Hiram—. Ti Malice es mi amo. No puedo vivir sin su beso. ¿Cómo iba yo a causarle ningún daño? Yo nunca… podría… lastimarlo.

Su enorme cuerpo se estremecía.

—Quiero probar primero al niño —anunció la niñita.

Blaise no dio señales de haber oído o entendido. Entraron a la habitación uno por uno, primero la niña, con la criatura que Hiram llamaba Ti Malice pegada a su piel, y después Sascha, Ezili, el ciempiés, y también Embrujo y los demás. Sólo Hiram se quedó en la otra habitación. Blaise los miró sin expresión, pero de pronto pareció despertar de un sueño profundo.

—¡No! —gritó, revolviéndose sobre el colchón mugroso, mientras trataba de alejarse de Ti Malice todo lo que podía, que no era mucho.

—¡Por favor, no!

—Qué interesante —comentó la niña—. Puedo sentirlo tocar la mente de la montura, tratando de rechazarla.

Los miembros vestigiales y atrofiados de Ti Malice hicieron movimientos débiles al tiempo que se preparaba a cambiar de organismo anfitrión.

—¡No es la niña! —gritó Jay—. ¡Es la cosa que trae pegada en la espalda!

Blaise le echó una mirada rápida y desesperada, y en ese momento Jay supo lo que significaba el miedo.

—Sujétamelo para que no se mueva —le ordenó Ti Malice a Embrujo a través de

la voz de la niña.

El enorme joker se movió hacia delante.

Los ojos violetas del niño volvieron a Ti Malice y se entrecerraron, en un último acto de valentía desesperada, tratando de abordar la mente del parásito con la suya.

De súbito, Blaise estalló en gritos.

4:00 p.m.

Brennan se asomó por la mirilla cuando oyó sonar el timbre de la puerta. Era Fundido, con aspecto de malhumor e impaciencia. Brennan sonrió y abrió la puerta.

—Bueno, basta de bromas, Quinn —declaró Fundido al tiempo que entraba en el Reino de la Magia—. ¿De qué… se trata esto…?

Al ver a Brennan parado frente a él, su voz se desvaneció y enseguida también su cuerpo. Pero Brennan estaba preparado.

Cerró la puerta y, al desaparecer el as, Brennan volcó sobre él un bote de metal que tenía en la mano. Un fino polvo blanco cubrió a Fundido de pies a cabeza y se depositó en el suelo alrededor de él.

Fundido parpadeó con ojos sorprendidos y estornudó. Sacó la lengua y se lamió una comisura de la boca.

—¡Santo Jesús! —exclamó—. ¡Esto es cocaína!

Brennan asintió.

—¿Sabes cuánto dinero acabas de tirarme encima? ¡Santo Dios! ¡Hablamos de millones!

Brennan dejó caer el bote y sacó la .38, que apuntó al entrecejo de Fundido.

—Hablamos de una muerte —le dijo con voz inexpresiva—: la tuya.

Fundido dio un paso atrás, con suficiente polvo blanco pegado al cuerpo para asumir el aspecto de una dona de azúcar de un metro ochenta de alto.

—Estás enojado —le dijo a Brennan.

—Adivinaste —repuso el aludido—. A ver si puedes mejorar mi estado de ánimo.

—¿Qué es lo que quieres?

—El diario de Chrysalis —especificó Brennan haciendo un ademán con el arma —. O tu cabeza, me da lo mismo. Supongo que ya lo leíste. Sin duda podré encontrar a Deadhead por ahí. Ha de tener hambre.

Fundido apenas logró reprimir un estremecimiento al oír el nombre de Deadhead, el as psicótico que obtenía acceso a la memoria de una persona mediante la ingestión de sus sesos.

—Bueno, está bien. Creo que puedo complacerte. Está en mi departamento. Vamos a recogerlo.

—No. Tú llamas desde aquí y pides que lo traigan.

—Eso también.

—Pasa por aquí —Brennan señaló con el arma, y Fundido se echó a andar por delante, con paso lento y cauteloso—. Entra ahí.

Lo llevó a la habitación que hacía las veces de tocador y salón de juegos de Quinn, en donde el Esquimal estaba ya instalado en la misma silla que Brennan había ocupado en su cautiverio.

—¡Qué mal rollo! —exclamó Quinn al verlos entrar al cuarto, una indicación de que ya no estaba bajo la influencia de los depresores, pues su cerebro recuperaba la normalidad.

Fundido lo miró con rabia.

—Ya hablaremos luego —le dijo.

—Siéntate ahí —ordenó Brennan.

Fundido se sentó en la silla al lado de Quinn, y Brennan le arrojó una camisa de fuerza que había aparecido al buscar entre los instrumentos de sujeción que coleccionaba Quinn. Fundido se la puso sin decir una palabra, y enseguida Brennan la amarró con bastante dificultad. Como medida de seguridad adicional, ató a Fundido a la silla con unas ligaduras especiales de cuero que también formaban parte de la inusual colección del Esquimal.

—Bien, estamos listos para esa llamada —anunció Brennan.

Fundido, habiendo renunciado a esas alturas a toda pretensión de invisibilidad, gruñó, pero hizo lo que Brennan le ordenaba.

Sentado, Brennan observó a sus dos cautivos mientras esperaban la entrega solicitada. Una o dos veces Fundido quiso iniciar una conversación ofreciendo disculpas y excusas, pero Brennan no estaba dispuesto a aceptarlas. Una mirada a su rostro le bastó a Fundido para juzgar que le convenía más callarse la boca.

Por fin sonó el timbre de la puerta, y Brennan fue a abrir. Un Hombre Lobo con máscara de Mae West estaba en el umbral. Le entregó el diario encuadernado en piel y se le quedó mirando, expectante.

—Eso es todo —le indicó Brennan—. No eres un mensajero. No esperes propina.

El Hombre Lobo, decepcionado, se alejó por el jardín. Brennan regresó a la recámara de Quinn.

—Bueno, ya lo tienes —observó Fundido—. ¿Qué te parece si nos sueltas?

Brennan se dirigió a Quinn.

—¿Tienes sirvientes?

—Sí, hombre. El domingo es su día libre.

—Entonces, ¿regresan mañana?

Quinn asintió.

—En ese caso, ellos podrán encargarse de desatarlos a ustedes —sentenció Brennan, y se dio vuelta para salir de allí.

—Por mí está bien —declaró Quinn—. Creo que voy a cocinarme un poco de

ácido para meditar en las lecciones que he aprendido hoy.

Sin embargo, Fundido no mostraba la misma resignación.

—¡Eh, Cowboy! —gritó—. ¡Anda, desátame!

Brennan meneó la cabeza.

—No insistas. Tienes mucha suerte de conservar la vida.

—¡Anda! —imploró Fundido, pero Brennan siguió caminando—. ¡Hijo de puta!

Fundido gritaba, pero enseguida se echó a reír, rompiendo en carcajadas agudas y burlonas.

—Te crees muy listo, ¿no? ¡Ya verás si ese estúpido cuaderno te sirve de algo!

Brennan siguió caminando y salió de la casa, dejando la puerta abierta con una vaga esperanza de que llegaran unos ladrones y la vaciaran. Se detuvo al lado del nuevo BMW de Fundido, y resolvió llevárselo de vuelta a la ciudad. Mientras juntaba los cables de encendido del auto, reflexionó sobre el comentario burlón del as, y la curiosidad lo hizo abrir el cuaderno.

Al pasar sus hojas, se dio cuenta de que Fundido tenía razón. En todo el cuaderno no había un solo dato concreto registrado. Era un diario personal al que Chrysalis confiaba sus pensamientos, describiendo sus dudas, miedos y ansiedades en palabras claras, sencillas y plenas de sentimiento.

Brennan buscó el día en que él le había ofrecido, más de un año y medio antes, amor y protección para verse rechazado. La última vez que la había visto viva.

«¿De qué tengo tanto miedo?», había escrito ella. «No me da miedo mostrar mi horrible deformidad al mundo; de hecho, me regodeo en la incomodidad que mi apariencia provoca, en la repulsión que despierta. Yo tengo que vivir así todos los días, y bien puede el mundo aguantar lo mismo.

»Obligo a los hombres a hacer el amor a mis fealdades a cambio de la información que desean. ¿Por qué no puedo entregarme a uno que podría amarme por mí misma? ¿Es miedo? ¿Miedo de que no me ame de verdad, de que sólo me esté utilizando, de que me vaya a abandonar tan pronto como haya conseguido lo que quería?

»¡Qué cobarde soy!

»Adiós, arquero mío. Te echaré de menos. ¡Cómo voy a extrañar lo que no pudo ser entre nosotros!».

El diario quedó colgando de las manos de Brennan. Se le quitaron las ganas de seguir su lectura. No tenía derecho. Nadie lo tenía. Se limitó a examinar las últimas entradas para cerciorarse de que no contenían nada que arrojara luz sobre su muerte. A continuación tomó el encendedor del nuevo automóvil BMW de Fundido y quemó el diario, dejando las cenizas sobre el césped grueso y verde de Quinn.

—¡Qué frescura! —exclamó Blaise—. Intenso. Exquisito.

Estaba desnudo sobre el colchón, encima de Ezili, cuyos muslos color cacao se

abrían de par en par rodeando con las piernas la cintura del muchacho mientras él la acometía, penetrando su calor. Estaba cubierta por un fino rocío de sudor, y cada vez que el muchacho la embestía, ella soltaba un grito.

—Despacio, mi preciosa —ordenó Blaise, pero no era él quien realmente hablaba, por supuesto, sino la criatura que estaba pegada a él como una pálida sanguijuela, con la boca sobre el cuello y sus ojitos cerrados, para disfrutar mejor de las sensaciones que pasaban por el cuerpo del niño.

—Esta montura no ha conocido hembra antes de ahora —declaró—. Se excita mucho. Despacio, Ezili-je-rouge, despacio.

Obediente, Ezili redujo sus movimientos. Al reírse se le veían los dientes.

—Lo haré durar —prometió.

Alzó las manos y se puso a jugar con los pezones del muchacho.

Jay apartó la mirada de ese cuadro y encontró a Hiram Worchester de pie a su lado. Jay nunca lo había visto tan angustiado e indefenso.

—Desátame —le susurró Jay—. Ahora que están ocupados.

Ezili gritaba de nuevo, con la voz enronquecida por el placer. Por un buen rato, Hiram se quedó en silencio. Sólo se oía el sonido húmedo y furioso de la carne golpeando sobre la carne y los cantos guturales de Embrujo en el cuarto de al lado. Por fin, Hiram giró sobre los talones y se alejó sin decir palabra.

—¡Ahora! —ordenó Ti Malice en la voz de Blaise.

El cuerpo del muchacho se convulsionó en un orgasmo. Las piernas de Ezili se apretaron alrededor de él y se oyeron sus carcajadas.

5:00 p.m.

CUANDO BRENNAN VOLVIÓ A LAS HABITACIONES DEL PADRE Calamar, encontró despierta a Jennifer, jugando al ajedrez con el sacerdote. En cuanto lo vio, la mujer se puso de pie, le echó los brazos al cuello y lo besó. Enseguida se apartó, sin soltarlo, para observarlo detenidamente.

—¿Por qué me dejaste dormir mientras tenías tantas aventuras emocionantes? ¡Casi te haces matar sin mí!

—Casi —admitió Brennan.

Se acostó en el sofá y soltó un hondo suspiro.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Jennifer.

Brennan meneó la cabeza.

—No hay por dónde seguir: todo ha desaparecido. He seguido todas las pistas posibles. No queda nada por investigar. Bludgeon, Oddity, Wyrm, Morkle, Quasimán. No fue ninguno de ellos. El diario de Chrysalis no sirvió de nada. Sus… archivos…

se han quemado. Todas las cosas y las personas se han esfumado en el aire. Sascha, Ezili, su amo…

Jennifer se sentó a su lado y le puso una mano en la mejilla.

—¿No queda nadie por interrogar? —inquirió el padre Calamar.

Brennan sacudió la cabeza, con fatiga.

—No lo creo, padre.

—Falto yo —dijo una vocecita aguda.

Todos se dieron vuelta para ver a uno de los tímidos homúnculos asomado detrás del sofá.

—¿Hace cuánto que estás ahí? —quiso saber el padre Calamar.

—Un buen rato. Estaba observando. Es lo único que puedo hacer.

—¿Nos puedes ayudar? —le preguntó Brennan, desesperado por conseguir cualquier clase de información—. ¿Conoces algunos de esos nombres?

—Ezili —dijo el homúnculo—. He oído ese nombre.

—Sí —dijo Brennan—, muchos lo han oído. Pero nadie sabe dónde está.

—Tal vez en el loft.

—¿El loft? —repitió Brennan, incorporándose del sofá.

—Sí. Cuando Sascha empezó a portarse raro, la Señora quiso saber sobre la mujer con que lo habían visto. La seguimos a un loft cerca de East River. Dos de mis hermanos entraron, pero ya nunca volvieron a salir.

—¿Te acuerdas de la dirección? —preguntó Brennan en voz baja.

—Creo que sí —afirmó el homúnculo.

Jennifer miró a Brennan con autoridad.

—En esta ocasión no irás tú solo —le advirtió.

Brennan asintió. Faltaban unas cuantas horas antes de la oscuridad.

—Puedo hacer que se levante y se ponga a bailar —había dicho Blaise cuando vio por primera vez a Embrujo en el parque Piedmont. El recuerdo estaba en la mente del chico, y el amo lo encontró y le pareció una idea divertida.

Embrujo llevaba bailando ya casi cuarenta minutos. Uno de los pares de piernas, sujeto a un cuerpo femenino en medio, llevaba ya veinte minutos sin moverse, pero el resto del joker continuaba sus grotescos movimientos.

Cuando Embrujo se derrumbó exhausto, su inmenso cuerpo se recargó en el sofá, haciéndolo a un lado casi medio metro. Sobrevino un silencio profundo y terrible.

Sascha y el hombre ciempiés entraron en la habitación.

—¿Te ha complacido? —preguntó Sascha.

—Mucho —replicó Ti Malice a través de Blaise—. Es intenso, y cuando se apodera de la mente de otro, siente las emociones además de las sensaciones físicas… hay mucho que saborear, todo a la vez… gustos, colores… las texturas de dos o tres cuerpos… es exquisito…

—Un tesoro —declaró Ezili.

Élla estaba sentada en el colchón, con un brazo enroscado en la delgada pierna del muchacho. Los dos seguían desnudos.

—Sus poderes nos serán útiles, amo —indicó Sascha—. Cualquier montura que desees será tuya, aún los ases más poderosos. El chico te los puede traer y hacer que se mantengan quietos, indefensos, mientras tú los tomas.

—Sí —obligó la criatura a decir a Blaise—. Te has portado muy bien. Pronto tendrás el beso, querido mío.

Sascha asumió el aspecto de un perro al que le han echado una salchicha.

—Esta montura conoce la muerte de modos en que yo nunca la he probado —dijo Blaise, hablando por su amo—. Se ha unido con las mentes de los que mueren… ha probado lo dulce con lo amargo, el matar con el morir… ha bebido de la oscuridad más densa… sí…

Blaise giró despacio, examinando a los demás en el sótano. La cosa que lo montaba abrió sus propios ojos, débiles y pálidos.

—A él —propuso el hombre ciempiés, ansioso, apuntando a Jay con una docena de cuchillos—. Mátalo. Él hizo desaparecer tus otras monturas, amo. Es peligroso.

Dos pares de ojos se fijaron en Jay: los violetas de Blaise, muy abiertos; los de su amo, de mirada indefinida y temible. Jay les devolvió la mirada. Hasta que Hiram se interpuso.

—No —dijo—. Jay no. Él es un as.

—Ackroyd es poderoso —confirmó Sascha—. Un teletransportador que proyecta su poder. Cuando lo hayas poseído, ya nadie podrá amenazarte. Con tan sólo apuntarte con el dedo puede enviarte a un lugar seguro, en caso de que nos amenace algún enemigo.

—Eso es bueno —concedió la voz del muchacho, y los ojos siguieron buscando.

Se detuvieron sobre el hombre ciempiés.

El joker tardó bastante en darse cuenta de lo que significaba.

—No, amo —suplicó—. A mí no. Yo también soy… útil…

—Sólo es un joker —acusó Ezili—. Quería matarlos a los dos. ¡A tus nuevos tesoros!

—Tenía miedo —dijo el ciempiés—. Eran ases, peligrosos, no quería que te hicieran daño. Por favor, no… sólo quería que no te lastimaran, amo.

—¡Quiere el beso para él solo! —dijo Ezili.

—En un momento más te va a atacar con sus cuchillos —reportó Sascha, en tono normal.

Los ojos de Blaise se entrecerraron un poco. Los cuchillos se desprendieron de los dedos flácidos y cayeron al suelo haciendo estruendo.

—Haz algo, Hiram —le rogó Jay.

Hiram le dio la espalda.

El ciempiés humano estaba parado sin moverse, con el cuerpo congelado por el

poder de la mente de Blaise. Pero el muchacho le había dejado el dominio de la boca, porque seguía suplicando.

—Por favor, no, toma a uno de los otros —gritaba, en tono agudo, estridente—. A la mujer… a la niña. O a Embrujo. Toma a Embrujo, él ni siquiera sabe hablar, es estúpido, tómalo a él. Por favor, amo, no me hagas daño. Yo te quiero.

—¡*Blaise*! —gritó Jay— ¡*Suéltalo*!

El chico ni siquiera volvió la cabeza.

El hombre ciempiés agarró el más elevado de sus brazos izquierdos con media docena de manos derechas.

—Yo te quiero, amo —gemía—. Te quiero, te quiero…

En ese punto dejó de hablar porque de su garganta brotaba un agudo aullido de dolor, al tiempo que se arrancaba de cuajo el brazo del cuerpo. Brotó un chorro de sangre.

—Te quiere —dijo Ezili, sonriendo, mientras las manos cubiertas de sangre del joker arrojaban el brazo mutilado al suelo y agarraban el siguiente. El segundo brazo no logró ser arrancado con la misma limpieza. El hombre ciempiés tuvo que usar las uñas, desgarrando la carne de su propio cuerpo con todas las fuerzas que le quedaban.

Hiram se apartó a un rincón del sótano y vomitó. Jay no soportó ver más. Miró a Blaise. En esos ojos notó una mirada que no había visto nunca en un rostro humano. El pene del chico se movió un poco y empezó a alzarse hasta transformarse en una monstruosa erección sobre la mata de vello púbico rojizo. Ezili también lo observó y lo cubrió con la boca.

Pero cuando el segundo brazo del joker fue arrancado, retiró los labios un momento para decir:

—No te quiere.

9:00 p.m.

ALGUIEN SE LES HABÍA ADELANTADO Y HABÍA FORZADO LA VENTANA.

Brennan miró a Jennifer, que lo esperaba en la maltrecha escalera de incendios mientras él estudiaba la ventana de la recámara. Una sección de un vidrio había sido removida con un cortador especial. Respiró hondo y descansó unos segundos. El brazo derecho, envuelto de la muñeca al codo en un molde duro de plástico, vibraba con punzadas infernales. A pesar de sus cuidados, al trepar por la escalera de incendios se lo había golpeado varias veces.

Brennan probó la ventana del loft, que se encontraba situado encima de una imprenta cerrada, en el segundo piso. Estaba sin cerrojo. Tomó aliento, la levantó y entró en la recámara.

Hizo señas a Jennifer de que se quedara donde estaba. Élla asintió. Brennan caminó por la recámara y pasó a una sección del loft subdividida en varias habitaciones más pequeñas. Se movió en la oscuridad, asomándose a todas. La mayoría eran recámaras, pero una de ellas, a prueba de sonido, estaba equipada como cámara de tortura. Todas se encontraban desiertas.

Al otro extremo del conjunto de habitaciones encontró una cocina suntuosa. La otra mitad del loft comprendía una gran sala alfombrada de blanco. Al parecer, tampoco había nadie ahí. Accionó el interruptor de la luz. Las paredes estaban cubiertas con pinturas extrañas. Brennan se acercó a una de ellas para examinarla de cerca, y de pronto una forma repulsiva de carne aplanada se alzó desde donde permanecía oculta tras el sofá, y se lanzó contra él con la celeridad de un halcón en picada. La cara del joker, ubicada en la parte inferior de su cuerpo, era casi humana, exceptuando los genitales masculinos que le colgaban bajo los ojos de color verde pálido.

Brennan se agachó, alzando instintivamente el brazo para protegerse la cara, y el joker lo golpeó, lo cual envió una oleada de agonía por su sistema. Se cayó y soltó la pistola.

La cosa aquella se dio vuelta girando sobre su eje, y volvió a abalanzarse sobre Brennan, mostrando su piel pálida y cubierta de granos, y una espina erecta que salía de abajo y le apuntaba como una lanza.

Una explosión sacudió el aire, que dejó vibrando la sala, y el joker retrocedió, con un fuerte grito de rabia y dolor. Brennan alzó la vista al corredor y vio a Jennifer de pie, con las piernas bien plantadas y la pistola humeando en la mano. El joker mantarraya se lanzó contra ella como un avión caza, girando y rodando, y ella se afantasmó. El atacante atravesó su cuerpo y fue a dar a la recámara por la cual habían entrado. Se oyeron romperse vidrios, y la cosa huyó por la ventana.

—¿Qué fue eso? —preguntó Jennifer, con voz trémula.

—No lo sé —repuso Brennan—. ¿Un guardia?

—Pues no hace muy bien su trabajo —comentó ella, mientras le ayudaba a Brennan a incorporarse.

Recuperó su pistola y volvió a mirar las pinturas de las paredes, tratando de enfocar de nuevo los ojos.

—¿Qué son estas cosas? —preguntó.

—Veves —repuso Jennifer—. Arte religioso haitiano. Símbolos de los loas, los dioses del vudú.

—Ya veo —dijo Brennan, aunque en realidad no veía.

En particular, no lograba entender qué relación tenía todo aquello con la muerte de Chrysalis. Se movió por la sala, cansado y agobiado por el dolor y la sensación de fracaso.

—¿Qué andamos buscando? —preguntó Jennifer.

—Lo que sea —le respondió Brennan, en un tono de voz que no expresaba mucha

esperanza—. Cualquier cosa que arroje un poco de luz sobre toda esta locura. Por ejemplo, algo que nos ponga tras las huellas de Sascha.

Abrió una puerta y se encontró con un vestidor repleto de ropa, sobre todo abrigos para ambos sexos y de todos los tamaños. Oddity, recordaba Brennan, había estado buscando en el clóset de la recámara del Palacio, quizá queriendo encontrar el saco misterioso que mencionó Chrysalis en su testamento.

—Échame una mano —le dijo a Jennifer, apoyado sobre un hombro—. Quizás haya algo…

Estiraba el brazo para sacar un abrigo de visón cuando de pronto vio un saco sport, que colgaba de un gancho por dentro de la puerta del clóset. Lo tomó para revisarlo, frunciendo el ceño. Era de lino blanco, limpio y sin mancha alguna, salvo un leve rocío de sangre cerca del borde inferior. Lo examinó durante varios segundos y entonces buscó en los bolsillos. El izquierdo estaba vacío. En el derecho encontró un mazo de barajas antiguas. Recorrió las cartas y vio que faltaba el as de espadas.

Miró a Jennifer. Del rostro de Brennan se habían evaporado los sentimientos de dolor, cansancio y frustración. Sus ojos se volvieron duros, y su voz suave y peligrosa.

—El asesino de Chrysalis —declaró, en voz baja— está en Atlanta.

10:00 p.m.

—QUIERO MI CAPA —PIDIÓ BLAISE.

En la boca del chico todavía brillaban los residuos de los jugos de Ezili. Ti Malice, con los ojos ávidos y muy despiertos, le colgaba del cuello. Cuando se hizo el silencio, podía oírse un débil sonido de succión, como el de un bebé que mama la teta de su madre.

Hiram se acercó con la capa. Era de paño grueso color púrpura, forrada por dentro de satén negro. Ayudó a Blaise a acomodarse la capa, con los mismos movimientos que acostumbraba emplear cuando a veces arreglaba la ropa que llevaba puesta Jay. La capa le quedaba demasiado larga a Blaise, y se arrastraba por el suelo. Hiram efectuó ajustes. Enseguida alzó la voluminosa capucha y cubrió con ella la cabeza del muchacho, ocultando el pelo escarlata y a la cosa que llevaba montada en la espalda. Con la capa anudada en torno al cuello y el rostro metido en la sombra, Blaise parecía un jorobado.

—Saldré al mundo sobre esta montura —anunció Ti Malice a través de la voz de Blaise—. Ezili, acompáñame tú. Vístete.

Ezili se levantó del colchón, con los movimientos suaves y perezosos de un gato. Todavía tenía manchas de sangre en la piel lisa color café. Cuando vio que Jay la

miraba, le sonrió y se pasó la lengua por los labios mientras se agachaba a recoger su vestido.

—Hiram —suplicó Jay—, *por favor*.

La idea de Blaise vagando por las calles de Atlanta con sus poderes de control mental a la disposición de Ti Malice lo llenaba de un terror sin límites. Insistió:

—No sabes lo poderoso que es Blaise. No tienes idea de lo que estás desencadenando.

Ezili se reía mientras se ponía el vestido y lo acomodaba sobre los pechos.

—¿Estás seguro de eso, pequeñín? —preguntó, irónica.

Hiram, que no prestaba ninguna atención a lo que decían, preguntó:

—¿Cuándo volverás?

—No hasta que me aburra de mi nueva montura —replicó Ti Malice con la voz familiar de Blaise.

El muchacho se acercó a Hiram y le tocó las barbas, pasando la mano por su mejilla.

—No te quedarás sin mi beso —le prometió, e Hiram sonrió.

—¿Qué hacemos con Ackroyd, amo? —preguntó Sascha.

Blaise giró sobre su cuerpo y sus ojos violeta se posaron sobre Jay, quien casi podía sentir otros ojos dentro de los que lo miraban, los que estaban ocultos bajo la oscuridad de la capucha.

—A mi regreso quiero probar la otra montura —declaró Blaise—. Consérvenla en un lugar seguro.

Jay quiso hacer un último intento.

—¡Hiram! —vociferó.

Pero Hiram se limitó a abrir la puerta del sótano. Blaise se envolvió en su capa y ascendió a la noche de Atlanta.

Lunes 25 de julio 1988

♣ ♦ ♠ ♥

4:00 a.m.

UNA VEZ MÁS, VINO LA PESADILLA. EL BOSQUE, LAS ESCALERAS, la cosa con cara de cono poco a poco dándose la vuelta… Jay despertó en la oscuridad, gritando.

—¿Jay? —inquirió una voz profunda—. ¿Estás bien?

De modo impreciso, en la oscuridad del sótano, logró ver a Hiram parado junto a él, una sombra enorme. Jay luchó contra sus ataduras, pero enseguida se rindió y se recostó con un gemido.

Ti Malice llevaba varias horas afuera.

—No —musitó con voz enronquecida—. No estoy nada bien. Estoy atado en este apestoso sótano. Tuve que ver a un pobre cabrón que se hizo pedazos con sus propias manos. Blaise está afuera haciendo sólo Dios sabe qué, y dentro de poco un gusano gigante me va a morder el cuello para chuparme la sangre. ¡Ahí tienes mi respuesta! *No estoy bien*.

En la mitad de su parlamento, el susurro de Jay se había convertido en grito. Oyó a Embrujo moverse y despertarse. El joker se puso a cantar «La casa del Sol Naciente». ¡Justo lo que Jay necesitaba!

Hiram se encontraba sentado en una esquina del viejo sofá, con los hombros encorvados.

—¡Cómo lo siento! —se lamentó, exánime—. Si hay algo que pueda hacer…

—Desátame —dijo Jay de inmediato.

—Sascha lo sabría en el mismo instante en que yo decidiera algo así —objetó Hiram, impotente.

—¿Y qué? —argumentó Jay—. ¿Qué puede hacer Sascha? Embrujo es fuerte, pero tú eres un as, maldita sea. Puedes contra él. No tendremos otra oportunidad. Una vez que tenga libres las manos…

—Es que *no puedo* —confesó Hiram, con una voz de la más atroz desesperación—. Lo haría, si pudiera, pero… Jay, ¡cuánto lo siento! Nunca quise que nada de esto sucediera, me tienes que creer.

—Te creo —declaró Jay, en voz baja.

Hiram sonaba agotado, deprimido, agobiado por el dolor. Hubo una larga pausa

en silencio.

—¿Cuánto tiempo hace que estás así? —le preguntó por fin Jay.

—Un año y medio —replicó Hiram—. Sucedió en la gira. En Haití. Ezili fue el cebo. Yo me hice ilusiones de estarla seduciendo, pero claro que era al revés. Después, cuando me dormí, ella abrió la puerta y el amo me tomó mientras dormía. Una vez apoderado de mí, me usó para meterlo a Estados Unidos. Yo tenía dinero e influencias. No fue nada difícil.

—Es tu oportunidad de liberarte —insistió Jay—. Aprovéchala.

—*Ha sido la ruina de muchos pobres chicos* —cantaba Embrujo suavemente—, *y yo, Dios mío, soy uno de ellos*.

Hiram no podía mirarlo a los ojos. Meneaba la cabeza.

—Desátame —susurró Jay—. Haz sólo eso. Es sencillo. Yo me encargo de lo demás, pero necesito mis manos. Ni siquiera tendrás que verlo. Te transportaré a la Clínica de Jokertown, y te darán tratamiento para… lo que él te haya hecho. Ahora mismo, Hiram, hazlo. No sabemos cuánto tiempo nos queda.

—Es que le harías *daño* —objetó Hiram, se le quebraba la voz—. No puedes entender… su beso es como… las palabras no lo pueden describir, Jay. Cuando te haces parte de él, es como si vivieras de verdad por primera vez. ¡Sientes placeres tan intensos! La comida, la bebida, el sexo, el mismo acto de respirar, todo se vuelve embriagante… pero cuando te abandona, cuando se pasa a otra montura… es como *morir*, Jay. El mundo se vuelve gris, y después de una o dos semanas comienzan los síntomas físicos de la abstinencia. No te puedes imaginar el nivel de dolor. *Anhelas* el beso. Es hambre lo que tienes, y si no la satisfaces…

Miró hacia arriba, suplicando comprensión con los ojos.

—Además —añadió—, no es malvado, no en el sentido que tú y yo entendemos esa palabra. Sin sus monturas, él moriría. Nos necesita, así como nosotros lo necesitamos. Lo único es que su moralidad es… diferente de la nuestra.

—En Nueva York —dijo Jay—, después de que Sascha huyó a Atlanta con tu amiguita, encontré una cámara de tortura en su departamento. Por no mencionar un cadáver en el baño.

—Sí —admitió Hiram, y volvió a desviar la vista—. Una montura. Uno de los jokers…

Hablaba en voz tan baja que Jay apenas lograba oírlo por encima de los cánticos de Embrujo.

—A veces, él dice que… el dolor es otra forma de placer, pero igual de… interesante. Que las sensaciones de morir son… especiales… muy especiales…

—Ya lo veo. Tortura a sus monturas menos valiosas hasta matarlas, nada más para divertirse un poco, ¿no es así? Pero no es malvado, no, se trata sólo de un pobre incomprendido.

Jay resopló.

—Hiram, ese ser es la *definición* de la maldad.

Se produjo una nueva pausa durante la cual Hiram permaneció callado. Sólo se oía el canto gutural del joker en el cuarto de al lado. Por último se movieron sus labios, pero con voz tan débil que Jay no pudo captar las palabras.

—¿Qué? —susurró.

—Horrible… ¡Santo Dios, Jay! No tienes idea de lo que ha sido esto… tantas veces he deseado que se termine todo… que me mate la siguiente vez… pero soy demasiado poderoso, sabes. Soy un as. Él quiere ases… quiere esos poderes. Nunca quedaré libre. Y tú… serás lo mismo…

—No, Hiram —se opuso Jay—. No permitas que me posea.

—¡Es que yo no puedo hacerle daño! Ya te lo dije.

—Entonces hazme daño a mí. Mátame a *mí*, si no queda otra manera. Pero no dejes que me posea.

Jay nunca creyó que llegaría a rogar que lo mataran, pero toda su carne se revolvía contra la sola idea de Ti Malice. Sería igual a la pesadilla, pero sin despertar nunca, para siempre.

Hiram Worchester lo miró con la cara iluminada por una nueva posibilidad.

—Matarte a ti —murmuró, cerrando los dedos en un puño, y luego volviendo a abrirlos—. Él se enojaría mucho, Jay… no te imaginas lo enojado que se pondría. Y quizás… quizás entonces quisiera… ¡liberarme a mí!

Jay entendió de inmediato de qué clase de liberación hablaba.

7:00 a.m.

PASARON LA NOCHE EN EL AEROPUERTO, EN ESPERA DE ASIENTOS disponibles. Hacia las doce Jennifer se quedó dormida, pero Brennan permaneció despierto; no tenía sueño. Se quedó todo el tiempo meditando sobre una carta de la baraja, un as de espadas, que un testamento le había dejado en herencia.

Cuando llegó el momento de abordar el vuelo, se guardó la carta en el bolsillo del pecho de su chamarra de mezclilla, para tenerla a mano.

9:00 a.m.

AL ABRIRSE LA PUERTA, JAY PERCIBIÓ UN REFLEJO DE LA PÁLIDA LUZ del sol que se filtraba desde arriba. Blaise entró en el sótano, tropezó con el último escalón, y casi se cayó al enredarse con los pies en la capa. El chico estaba muerto de cansancio, pálido y

demacrado. Había sido montado más allá de su capacidad de soportar el agotamiento.

Sascha se adelantó para remover la pesada capa de paño.

—Nos tenías preocupados, amo —dijo, mientras deshacía los nudos—. Oímos sirenas… gritos en la noche…

Desde la puerta sonó la risa de Ezili.

—Ha sido una noche de magia, Sascha —afirmó, y se lamió los labios—. Hartmann enloqueció. Lo vimos por televisión. Un circo de sangre. Y los jokers se volvieron locos también. Nos metimos al parque y jugamos con ellos toda la noche. ¡Y nadie se dio cuenta!

Cerró la puerta del sótano y todo volvió al reino de las tinieblas.

—Mi montura está cansada —anunció Ti Malice con la voz ronca y fatigada de Blaise—. Es hora de probar la otra. Tráiganla.

Todos los ojos se posaron en Jay. Sascha dobló la capa, la puso a un lado y volvió la cara hacia el detective. Si los tuviera, sus ojos habrían expresado lástima. Hizo una señal con la cabeza hacia Embrujo, y el gran joker se movió aparatosamente hacia delante.

—¿No podemos hablar un poco del tema? —propuso Jay.

Embrujo no le hizo caso. Una multitud de manos lo aferró por las piernas, los hombros y los pies y lo alzó por el aire. Se lo puso sobre un hombro y lo condujo al otro extremo del sótano. El aire aún olía a carnicería. Había moscas revoloteando alrededor de trozos descompuestos de carne humana. Embrujo arrojó a Jay al colchón. Ezili se inclinó hacia él y le dio un beso, con labios calientes y húmedos.

—Pronto —le dijo.

—Prepárenmelo —ordenó la voz de Blaise.

Embrujo agarró la camisa de Jay y le dio un fuerte tirón. La tela se desgarró, hasta atorarse en el saco.

—Las ataduras me estorban —observó Ti Malice—. Desátenlo. Desnúdenlo.

—Amo —le previno Sascha—, con las manos libres es peligroso.

—Ni siquiera siento las manos —se quejó Jay.

Trató de no pensar en lo que estaba pensando. Sascha enseguida captó el pensamiento que él trataba de no pensar.

—Él cree que tendrá una oportunidad si lo desatamos.

—¿Tiene miedo? —preguntó Ti Malice.

—De ti tiene muchísimo miedo. De que lo conviertas en tu montura. Y hay otro miedo más antiguo, diferente… —informó el telépata, arrugando el rostro—… un sueño que tiene. Tú le recuerdas a su pesadilla, amo.

—Desátenle las manos —volvió a ordenar Ti Malice—. Mi joven montura todavía tiene fuerza para mantenerlo quieto.

Embrujo lo volteó, lo estrelló contra el colchón y se puso a desamarrar los nudos con varias manos, pisándole la espalda con una bota.

Las muñecas de Jay llevaban tanto tiempo ligadas que no sintió la diferencia

cuando se las desataron. Embrujo le dio una patada a uno de los brazos y cayó pesadamente a un lado. El hombro aullaba de dolor. Rodar y alzar la mano, pensó, pero Embrujo lo tenía sujeto. No podía moverse.

En ese momento, algo se adueñó de él. Algo más fuerte y más poderoso que el cuerpo contrahecho de Embrujo.

La mente de Blaise.

La bota se retiró de su espalda. Jay se movió, pero era Ti Malice quien le movía los brazos, a través de la mente de Blaise. Cuando rodó, ahí estaban arrodillados junto a él sobre el colchón.

El chico continuaba sonriendo. Su amo se asomaba por encima de su hombro desnudo, en el que se apreciaban varios moretones, lay oía el suave sonido de la succión, podía ver la sangre del chico pulsando a través de las venas translúcidas y pálidas dentro de la carne grasienta de la criatura.

El chico habló.

—¡Desnúdenlo!

Embrujo arrancó la chamarra del cuerpo de Jay. Estaba mojada de sudor y manchada de sangre. Enseguida el joker le quitó la camisa. El detective se quedó con el pecho desnudo y el cuello expuesto al beso del demonio.

—Está temblando —observó Ezili—. Temblando por el beso.

Jay sintió un vago escozor en las manos. Quiso moverlas, darles la forma de pistola, apuntar. No pudo moverse. El poder dé Blaise y la voluntad del amo lo tenían del todo inmovilizado. Los ojos de Jay se enfocaron en sus propias manos. Estaban pálidas, sin sangre, con las muñecas lastimadas y manchadas de púrpura. Sentía como si llevara puestos unos guantes para destripar pescado, las ataduras de alambre le habían cortado la piel y dejado líneas rojas. Trató de flexionar los dedos y recuperar sus sensaciones. Nada.

—Amo —dijo Hiram.

Salió del rincón y se paró junto al colchón tras ellos, una sombra casi del mismo tamaño que la de Embrujo. Ti Malice lo miró con los ojos de Blaise, pero Jay no podía ni siquiera volver la cabeza y, más que verla, sentía la presencia de Hiram. A medida que la circulación regresaba a sus brazos sentía un hormigueo que los recorría.

—Amo —repitió Hiram, y su voz estaba llena de miedo—. Por favor. Deja ir a éste.

—¿Por qué? —indagó Ti Malice.

El hormigueo en las manos de Jay se estaba volviendo doloroso. En lugar de cosquillas sentía como si lo torturaran con cuchillos y alicates. El dolor repentino le cortó la respiración, y el sonido le hizo saber que aún conservaba el control de su voz. Claro, pensó. Era como con el hombre ciempiés. A Ti Malice le gustaba oír súplicas.

—Es un… amigo —declaró Hiram—. Nunca antes te he pedido nada. Por favor.

Ti Malice se volvió a Sascha.

—¿Qué hará él si me apodero de mi nueva montura?

El telépata volvió la cabeza en dirección a Hiram.

—Nada —informó tras un momento—. El jamás podría hacerte daño.

Ti Malice se volvió a Jay como si Hiram Worchester ya no existiera.

—Abajo —ordenó.

Jay se puso de costado, para que el amo tuviera acceso fácil a su espalda y su cuello. Blaise se acostó junto a él en el colchón. Estaba tan cerca que Jay podía oler el aroma de Ezili que aún impregnaba su cuerpo, tan cerca que sus pechos desnudos se tocaron, tan cerca que podían darse un beso.

Le ardían las manos, pues la sangre circulaba por sus dedos como alambres al rojo vivo. Le costaba esfuerzo no desmayarse.

Ti Malice retiró su boca del cuello del niño con un suave chasquido húmedo. La criatura empezó a trepar por el hombro de Blaise, hacia Jay. Sus miembros estaban atrofiados y se movía como un gusano grande, centímetro a centímetro, se ayudaba con sus manitas débiles de tres dedos que se aferraban a la carne del muchacho para no resbalar. Del agujero abandonado en la carne desgarrada salía un poco de sangre. Jay se obligó a apartar la mirada del horror que se le aproximaba y miró hacia los ojos del chico. Blaise parecía atontado, y Jay recordó lo que Hiram había dicho, *cuando se pasa a otra montura es como morir*.

—Blaise —pidió, en tono urgente—. ¡Suéltame!

Los ojos color violeta rotundo parpadearon una vez, y luego otra, tratando de enfocar.

—Pero él —dijo Blaise, y era su propia voz, sus propias palabras, y por un instante Jay sintió una leve esperanza—… él dijo que te *inmovilizara*.

Sintió el frío contacto de la carne de Ti Malice sobre la suya propia al aferrarse una de sus manos marchitas a su hombro. No lo mires, dijo Jay para sus adentros. Es como el sueño, no mires nunca a la luna. Si la miras estás perdido. Había soñado lo mismo mil veces, y sabía que era muy importante no mirar.

Pero lo miró.

La boca de la criatura era redonda, como la boca de un pez, y a medida que se impulsaba hacia delante, metía y sacaba la lengua, una lengua también redonda, henchida de sangre, roja y brillosa, igual a una sierpe ciega y obscena.

Sus ojos eran sabios, crueles y terribles.

Blaise era un caso perdido.

—¡*Hiram*! —gritó Jay.

La voz de Hiram le llegó como si estuviera muy lejos.

—Es que no puedo hacerle daño.

Las piernas atrofiadas de Ti Malice dieron una débil patada a la cara de Blaise para pasar del cuerpo del niño al de Jay. Pero la patada tuvo el efecto de hacer que Blaise cerrara los ojos. Por un momento Jay sintió que sus dedos se flexionaban.

La cosa se arrastraba ya sobre él y su carne le rozaba la piel… Pero pasaba algo

importante.

—¡Anda, mierda! —exclamó Jay.

—¡*Amo*! —gritó Sascha, alarmado.

Jay apagó su advertencia a voz en cuello:

—¡*Hiram*! —gritó—. *¡Contra Blaise! ¡Maldita sea, hazle daño a Blaise!*

Hiram le dio una patada al chico en la cabeza.

Embrujo se lanzó hacia delante, y también Ezili y Sascha hicieron lo propio, pero todos llegaron tarde, demasiado tarde. Jay era dueño de su cuerpo nuevamente. Rodó sobre un costado y quedó de espaldas, con Ti Malice aferrado a su pecho, retorciéndose como un gusano clavado en un anzuelo.

Alzó la mano, pero sentía los dedos como si fueran de madera.

Ti Malice se arrastró sobre su pecho, mirándolo directamente a los ojos.

Jay plegó tres dedos, enderezó el otro, alzó el pulgar y trató de apuntar. Le temblaba la mano.

La sierpe ciega se desenroscó.

Jay clavó un dedo trémulo en el ojo de Ti Malice. Se escuchó un *pop* breve.

Jay sintió un dolor agudo, y le empezó a brotar sangre de un hoyo en el cuello, pero ni siquiera la notó. Se había quitado el peso de encima.

Ezili gritó.

—¡Oh, Santo Dios! —exclamó Sascha.

Blaise prorrumpió en llanto, sin poderse controlar.

Y tras él oyó hablar a Hiram Worchester, en voz muy tenue.

—Se acabó.

10:00 a.m.

El aeropuerto de Atlanta estaba repleto de delegados exhaustos que querían volver a casa, que vibraban aún con la experiencia de una convención en verdad inolvidable. Brennan se abrió paso entre ellos, sin ver nada ni a nadie, arrastrando a Jennifer. Ni siquiera se detuvieron a mirar a un enano al que sacaban de una caja de gato demasiado pequeña para él. Salió del contenedor con los ojos enrojecidos y las ropas arrugadas, tambaleándose y gritando:

—¡Agua! ¡Agua!

Estaban ya casi al final de la fila, pero Brennan no experimentaba ningún alivio. Las imágenes del sueño de la noche anterior provocadas por la anestesia seguían vividas en su mente. En el plano intelectual no se culpaba por la muerte de Chrysalis, pero en el área de las emociones las cosas eran muy distintas. Recordó las frases de la elegía de Tachyon, sobre las difíciles expectativas que abrigaba el fantasma de

Chrysalis, pero él sabía que el motivo de sus acciones poco tenía que ver con aquel fantasma. Eran sus propios fantasmas salvajes quienes lo espoleaban, alimentados por los recuerdos de ella. Se preguntó si algún día podría dejarla descansar en paz.

Tomaron un taxi al centro y pararon en una tienda de empeño para comprar dos pistolas, una Walther PPK automática para Brennan y una Chief Special Smith and Wesson .38 para Jennifer. Pagó en efectivo, y el propietario no les hizo preguntas.

Mediodía

En el hospital pretendían ingresarlos a los tres, pero Jay se rehusó. Permaneció lo suficiente para responder unas cuantas preguntas, renovar sus reservas de analgésicos y asegurarse de dejar bien atendido a Blaise. Lo siguiente era cuidar de Hiram, y pidió a la enfermera que llamara a un taxi por teléfono.

El sótano de la ruina incendiada en donde Ti Malice había establecido su hogar quedaba a casi una hora del centro de Atlanta. Durante el trayecto, Hiram iba mirando por la ventanilla. De cuando en cuando le sobrevenían accesos de temblor incontrolable, y sus ojos se llenaban de pánico.

—Ahora estoy solo del todo —dijo, la única vez que habló.

Jay no repuso nada. Una conversación pedía más energía de la que poseía en aquel momento. Se estiró y cerró los ojos.

No volvió a saber de sí mismo hasta que Hiram le tocó las costillas con suavidad.

—Ya llegamos —le dijo.

Desorientado, Jay se sentó, buscando su cartera. Estaba vacía.

—Ya pagué el taxi —le comunicó Hiram.

Auxilió a Jay a salir del taxi y entraron en el hotel.

El vestíbulo del Marriott vibraba con el ruido de una alarma estridente; uno de los ascensores se había atorado entre dos pisos. Jay hizo un gesto de dolor, pues sentía la jaqueca como una banda cegadora en la frente, y el estrépito era lo que menos le convenía. Apretó con furia el botón de llamada y subieron por otro ascensor al piso de Tachyon.

Jay abrió la puerta con la llave de Blaise, encendió las luces y se fue al bar a prepararse un trago recio. Hiram metió la cabeza en la recámara.

—¿Tachyon? —llamó.

No hubo respuesta.

—No está aquí —dijo Hiram, volviendo al saloncito.

—Así es —repuso Jay—. Ya me lo había imaginado.

Se sentó a esperar. Hiram se aproximó al bar y miró las botellas, pero no hizo movimiento alguno para servirse de beber. Se quedó de pie, quieto, sin saber qué

hacer, como un niño grandote. De pronto, se puso a lavar un par de vasos sucios, recogió un cenicero lleno de colillas y buscó un sitio donde vaciarlo. Había un frasco lleno de cenizas en el bar, al lado de las botellas. Hiram lo miró un momento con curiosidad, alzó los hombros y tiró las colillas ahí.

Los dos se volvieron al oír que se abría la puerta. El doctor Tachyon, sentado en una silla de ruedas, con el brazo vendado en el regazo, entró empujado por Jack Braun, que venía tras él.

—Tú —dijo Braun, mirando furioso a Jay—. Hemos vuelto patas arriba media ciudad buscándote. ¿Dónde diablos estabas?

—Jay, Hiram —los nombró Tachyon, tratándose de levantar de la silla de ruedas —. ¿Qué sucedió? ¿Dónde está Blaise?

—En el hospital —admitió Jay.

Tachyon ahogó un grito.

—¿Cómo está?

—Una fractura pequeña en el cráneo; ha perdido algunos dientes, además de golpes y abrasiones, y un shock bastante grave. Sin embargo, los doctores opinan que saldrá bien librado. El hospital quiso mantenerlo unos días bajo observación, eso es todo.

El doctor Tachyon se tambaleó, como si las palabras de Jay lo estuvieran golpeando físicamente. El semblante de Jack Braun se nubló con promesas de tormenta y se arrojó sobre Jay.

—¡Maldito imbécil del carajo! Sólo es un niño, ¿qué crees que hiciste, metiéndolo a un cochino…?

Jay apuntó. Jack hizo pop y desapareció. Tal vez Braun terminaría su discurso al centro del escenario de Freakers. O tal vez no.

—Lo siento mucho —murmuró Jay dirigiéndose a Tachyon—. Tengo la cabeza a punto de estallar en pedazos, y ahora mismo no puedo soportar más ataques. ¿No quieres salir de la silla de ruedas?

—Ha sido idea de Jack —dijo Tachyon.

Jay notó que el hombrecito seguía estando muy débil. Al tropezar puso la mano al frente para equilibrarse, pero la mano no existía. El muñón vendado fue a dar al respaldo del sofá y Tachyon soltó una exclamación de dolor.

—Siéntate —le aconsejó Jay.

Tachyon volvió a sentarse en la silla de ruedas, con el muñón acunado en su regazo. Jay se acercó al bar.

—¿Qué haces? —le preguntó Tachyon.

—Te sirvo un trago —explicó Jay—. Lo vas a necesitar.

Llenó un segundo vaso de cubos de hielo y bourbon, se lo llevó a Tachyon y se lo puso en la mano izquierda, que no se resistió.

—Pero yo… yo no bebo bourbon —objetó Tach.

—Bébetelo —ordenó Jay.

Tachyon obedeció, con los ojos color lila pálido llenos de terror.

—Cuéntame —pidió, cuando su vaso iba por la mitad.

Jay le contó todo.

Hubo de darle crédito al alienígena por escuchar sin interrumpir. Al llegar a la parte del hombre ciempiés las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro, pero se mantuvo en silencio.

—Una vez desaparecido Ti Malice, las monturas perdieron el espíritu de lucha. Ezili tuvo un ataque de gritos, y la otra mujer, la del bebé, se escapó. Los demás se nos quedaron mirando solamente, como si no lograran entender lo que pasaba. Yo iba a llamar a la policía, pero me disuadió Hiram.

—¿Hiram? —repitió Tach, mirando al corpulento as.

Hiram asintió con movimientos lentos, como si la cabeza le pesara demasiado.

—Todos hicimos… cosas muy viles. Incluyéndome a mí. ¿Qué se logra si se encarcela a las monturas? Fuimos tan sólo sus instrumentos, sus manos, su boca, sus ojos. Fue Ti Malice quien mató, no tu nieto. Le dije a Jay que no tenía caso someter a juicio a Blaise. El verdadero asesino ya no estaba ahí. ¿Y los demás? Tú conociste a Sascha mucho antes de que lo poseyera Ti Malice, doctor. Nunca fue un hombre malvado. Ezili era la peor, y aun en su caso… ¿en qué proporción fue el amo y no Ezili? A lo largo de su vida ella fue su principal montura.

—Todos van a estar viviendo en el infierno, en todo caso —sentenció Jay.

—Inclúyeme entre ellos —añadió Hiram, en tono lúgubre.

Tach los miró, primero a Jay y luego a Hiram.

—Porque sin el beso… —conjeturó.

Hiram asintió.

—No te puedes imaginar… lo horrible que es.

—¡Oh, Hiram! —exclamó Tachyon, con la voz saturada de lástima por su viejo amigo—. ¡Debiste haber acudido a mí!

—¡Hay tantas cosas que debí hacer!

—En todo caso, dejé que las monturas se fueran —reanudó Jay el hilo del relato.

—¿A todos? —preguntó asombrado Tachyon.

—Pensé que no me correspondía el derecho de elegir entre ellos —se justificó Jay —. Sólo tuve algunas dudas con Embrujo. Fue él quien mató a Chrysalis.

—¿Embrujo? —intervino Tachyon—. Pero ¿por qué?

—Chrysalis estaba al tanto de todas las cosas sobre todo el mundo. La seguridad de Ti Malice dependía de mantener el secreto. Una vez descubierto, se volvía un ser patético, vulnerable. Élla debió de haber tenido noticias de él, pero no sabía que Sascha era ya de los suyos. Lo que yo pienso es que el telépata, en quien ella confiaba, le dijo a su amo que Chrysalis estaba sobre su pista, así que Ti Malice mandó a Embrujo a ejecutarla. Tiene sentido. El asesino tuvo que ser alguien que Sascha conocía, pues de no ser así no habría podido entrar al Palacio sin ser detectado. Es posible que Ti Malice haya usado como montura a Embrujo en

cumplimiento de tal misión, para experimentar la sensación de matar a alguien a golpes. O tal vez no. Supongo que eso nunca lo sabremos.

—Tanto tiempo buscando al hombre que mató a Chrysalis —murmuró Tachyon, con voz suave—, y sin embargo decidiste soltarlo.

—Embrujo ya está bastante jodido —observó Jay—. Además, no fue Embrujo, sino Ti Malice. Y Ti Malice ya no está.

El doctor Tachyon tomó un sorbo de su vaso y reflexionó un buen rato. Por fin hizo un breve y enérgico movimiento afirmativo de cabeza.

—Ha corrido tanta sangre —dijo—. Demasiadas matanzas. Hay que pararlo, Jay.

—Sí —admitió Jay—. Tal vez Barnett tenga la razón.

—¡Eso no! —objetó Tach.

Hiram Worchester se levantó de pronto.

—Debo irme. Tengo que empacar… cerrar mi cuenta…

Su voz se iba perdiendo.

—Por supuesto —accedió Tachyon.

—Ve por delante —sugirió Jay—. Yo bajaré en un minuto.

Hiram asintió y salió al pasillo. Cuando la puerta se cerró, Ackroyd se volvió a Tachyon.

—Va a necesitar tu ayuda, doctor. Es un adicto, y tal como él lo cuenta, el beso es cien veces más adictivo que la heroína.

—Hiram recibirá toda la ayuda que necesite —afirmó Tachyon—. Yo tengo con él una deuda que no podré pagarle nunca. Una deuda de sangre: la vida de mi nieto.

El extraterrestre sacudió la cabeza.

—Yo pude haberlo ayudado —se lamentó Tachyon—. ¿Por qué no acudió a mí?

—Tengo otra pregunta más dura de tragar. Se supone que tú eres amigo de Hiram. Igual que yo. En tal caso, ¿cómo es posible que en todo este tiempo no nos hayamos dado cuenta de algo así de grave?

El doctor Tachyon se le quedó mirando sin decir nada. Los ojos se le llenaron de lágrimas culpables.

—¡A la mierda! —estalló Jay, que ya estaba harto de lágrimas, harto de culpas, vergüenzas, miedos y dolores—. Mira, haz de cuenta que no he dicho nada. Ya no queda más que tratar de sacarlo adelante. Hiram tuvo que juntar las pocas fuerzas que todavía le quedaban para darle una patada a tu nieto en la cabeza. Nos va a necesitar.

—Siendo así, no podemos fallarle —declaró Tachyon.

Jay asintió. De pronto, se encontraba muy fatigado.

—Creo que es mejor que baje a hacerle compañía a Hiram —anunció—. Todavía está muy endeble.

—Claro, adelante —repuso Tachyon.

Pero cuando Jay abrió la puerta, Hiram estaba ahí de pie, en el pasillo. Su enorme cuerpo temblaba, y miró a Jay con ojos que expresaban una enorme miseria.

—Hiram, ¿qué pasa? —le preguntó Jay.

—Es que… no es nada —titubeó Hiram—. Sólo un ataque de ansiedad… creo.

Parpadeó, como para aclararse la mente.

—Jay… ¿no te importaría… venir… venir conmigo al cuarto? Es que ahora mismo… prefiero no estar solo. ¿Me entiendes?

Jay asintió. Aferrando a Hiram del brazo, el doctor Tachyon se levantó con dificultades de su silla de ruedas.

—Vamos todos —propuso el pequeño extraterrestre en un tono que no admitía oposición.

Hiram les echó una mirada de agradecimiento. Jay pensó que ofrecían un curioso espectáculo los tres semiinválidos caminando juntos.

Mientras esperaban la llegada del ascensor, Tachyon se volvió a Jay.

—Dime una cosa —le pidió—. No nos dijiste adónde teletransportaste a Ti Malice.

—Eso tuvo gracia —comentó Jay—. La manera en que funciona mi poder es que necesito visualizar muy bien determinado lugar antes de poder enviar a alguien allí. Necesito formarme una imagen clara en la cabeza, verla realmente con el ojo de la mente. Con ese fin, tengo un montón de lugares que conozco muy bien por dentro y por fuera. A veces es puro reflejo. No me da tiempo de pensar en lo que estoy haciendo, ni adónde voy a enviar a alguien. Apunto y acaban en el primer lugar que aparece en mi mente.

—¿Y? —le instó Tachyon, cortés.

—Desde el hospital hice un montón de llamadas. Ti Malice no ha aparecido en ninguno de los lugares habituales. Tal como me lo figuraba. Miré la cara de ese hijo de puta cuando se me arrastraba sobre el pecho, y lo único que se me ocurrió fue una pesadilla que he tenido desde la infancia.

Jay tosió a modo de disculpa.

—Es un lugar que conozco muy bien —explicó—. Ustedes dirán dónde está.

El doctor Tachyon lo pensó un momento. Se oyó una campana. Se abrieron las puertas del ascensor. Tach hizo movimientos pausados con la cabeza, asintiendo a lo dicho por Jay, se dio vuelta y entró en la cabina del ascensor.

1:00 p.m.

BRENNAN OYÓ QUE SE ABRÍA Y ENSEGUIDA SE CERRABA LA PUERTA exterior de la suite, entre el ruido de voces fatigadas. Se puso de pie, en el marco de la puerta de la recámara, con la pistola en la mano. Tachyon, Ackroyd y Worchester se pusieron juntos de pie, y sus rostros expresaron idéntico asombro al verlo allí.

—¡Daniel! ¿Qué haces aquí? —inquirió el extraterrestre.

Aunque Brennan sabía que Tachyon había perdido la mano, no se esperaba ver esa figura pálida con el rostro desencajado que tenía enfrente. Era obvio que Tachyon había pasado por mucho en aquella semana, pero Brennan pensó con amargura que todavía no terminaba el calvario del alienígena.

—He seguido hasta aquí la pista del asesino de Chrysalis —declaró Brennan en tono severo.

Los ojos inyectados de sangre de Tachyon se desorbitaron.

—Por favor, no creerás…

—¿De qué diablos hablas? —interrumpió Ackroyd.

Su aspecto era también bastante deplorable. Tenía la cara inflamada y llena de moretones, y parecía tener un lado del cuerpo adolorido.

Brennan meneó la cabeza e hizo un ademán con la pistola.

—Siéntense en la cama —les ordenó, en tono frío— y les relataré la historia de un asesinato.

Hiram titubeó un poco, pero acabó por obedecer a Brennan. Ackroyd se sentó junto a Worchester y puso las memos en su regazo.

—Oh, Dios —gimió Hiram—. ¿No terminará esto nunca?

—Hay que darle una oportunidad —recomendó Tachyon.

—¿Por qué? —preguntó Ackroyd con algo de truculencia.

—Porque yo sé quién mató a Chrysalis —dijo Brennan con voz suave.

Ackroyd frunció el ceño.

—Fue el joker monstruoso de Malice. Chrysalis lo había descubierto.

—No fue él.

Brennan respiró profundamente, para tranquilizarse y hablar con calma.

—Yo fui amante de Chrysalis —dijo—, tal vez incluso su amigo. Ese hecho bastaba para hacerme emprender la búsqueda del asesino. Pero éste añadió el insulto a la herida. Trató de inculparme por su muerte.

Miró sin parpadear a Ackroyd.

—Tú mismo tuviste que admitir que hizo un trabajo de lo más torpe.

Ackroyd asintió de mal grado.

—Sí. Al principio yo me fui con esa finta, pero enseguida me di cuenta de que era un indicio falso, puesto a propósito.

Brennan asintió, y desplazó su mirada a Tachyon.

—Yo no tenía la menor idea del motivo concreto del asesinato de Chrysalis. Había demasiadas cosas que podían haber causado su muerte. Como no podía aislarse el motivo, entonces quise concentrarme en encontrar un as cuya fuerza física fuera suficiente para aplastar de esa manera el cuerpo de Chrysalis. Pero eso también me condujo a un callejón sin salida, porque a Chrysalis no la mató un as dotado de gran fortaleza.

—¿Qué? —barbotó Ackroyd—. ¡No seas ridículo!

Brennan meneó la cabeza.

—Yo sabía que algo andaba mal en la escena del crimen desde que la vi, pero me llevó tiempo identificar qué era. A Chrysalis la mataron antes de aplastarla. Su corazón ya no latía; por eso no se veía sangre en las paredes ni en el escritorio, ni en el piso.

—Eso tiene sentido —admitió Tachyon.

—Alguien quiso cubrir sus huellas, haciendo parecer que Chrysalis había sido asesinada por un as de fuerza extraordinaria. Pero ¿quién?

Brennan hizo una pausa, meneando la cabeza.

—De nuevo, la lista de sospechosos se volvió interminable, pero pensé que se podría reducir interrogando a Sascha. Es un telépata, y estuvo en el lugar del crimen. Además, su conducta resultaba sospechosa. Pensé que sabía más de lo que declaraba. Y aunque se hubiera esfumado, creí que valía la pena seguir sus huellas.

—No pudiste dar con él —interrumpió Ackroyd—. Él estaba aquí, en Atlanta.

—Eso es cierto —admitió Brennan—. Pero en el curso de la investigación descubrí que estaba sujeto a un amo misterioso, alguien llamado Ti Malice. Logré descubrir el departamento de Malice, y en el departamento encontré un saco, y en el bolsillo del saco, esto.

Con movimientos cuidadosos para no lastimar su brazo roto buscó en el bolsillo y sacó el mazo de cartas. Unas barajas muy ornamentadas, muy antiguas y delicadas, pero desgastadas por el uso.

—¿Y entonces? —preguntó Ackroyd, frunciendo el ceño.

—Ésta es la baraja —explicó Brennan— con la que Chrysalis jugaba al solitario, y de este mazo el asesino sacó el as de espadas para inculparme. Y luego, seguramente sin pensar, se guardó el resto de la baraja en el bolsillo, y se la llevó después de salir de la oficina. ¿No es verdad, Worchester?

Brennan miró con severidad al enorme as. Hiram trató de hablar, pero no lograba articular las palabras. Tartamudeaba, hacía ruidos ininteligibles y se tocaba con el dedo una fea herida que tenía en el cuello. Tenía la cara lívida y perlada de sudor, y le temblaban las manos.

Brennan tiró las cartas al suelo y sacó de la chamarra el as de espadas legado a él en el testamento de Chrysalis. Se la echó por el aire a Hiram, pegó en su amplio pecho y cayó a sus pies, donde aterrizó cara arriba, un signo negro y ominoso sobre la alfombra.

—¡Qué lindo! —comentó Jay al ver que la carta caía a los pies de Hiram—. ¿Significa esto que vas a empezar a matar gente ahora, o qué?

Intentó incorporarse.

—Dije que no te muevas.

El cañón de la automática de Brennan se desplazó un poco a la derecha para quedar apuntando a Jay.

—Pues dispárame —lo retó Jay.

Se puso de pie, miraba a los ojos a Yeoman. Volvió a hablar:

—¿Acaso te *imaginas* por lo que Hiram acaba de pasar?

—No me importa lo que le haya pasado.

—¡Hay que ver! ¡Eres el alma de la compasión! —lo interpeló Jay.

—No malgasto mi compasión con asesinos —repuso Brennan.

—Ah, se me olvidaba que eres la madre Teresa —dijo Jay, con amargo sarcasmo —. Bueno, pues en ese caso usted perdone, con mil diablos. Sólo que no puedo dejar de ver que eres el único en el cuarto con pistola en mano, por más que profeses odio a los que matan.

—Jay, Daniel, *por favor* —rogó Tachyon, agarrando con la mano buena su muñón vendado; su voz sonaba débil y muy enferma—. ¿No podemos hablar como gente civilizada?

—Está tratando de proteger a un asesino —dijo Brennan con tono glacial.

—Me parece un descaro de tu parte llamar asesino a nadie, Danielito —reviró Jay, furioso.

—Esto no se trata de mí —observó Yeoman.

—¡*Basta*! —gritó Tachyon, mirando a Brennan—. Daniel, debe tratarse de un error. Yo conozco a Hiram Worchester. Llevo casi dos décadas de tratarlo, en los buenos y malos tiempos. Es un hombre bondadoso. Aun si creyera por un momento que Hiram es capaz de un acto semejante, él estaba aquí en Atlanta, en la convención, mientras asesinaban a Chrysalis en Jokertown. No *pudo* haberlo hecho él.

Jay miró a Hiram, incómodo.

—Bueno —admitió, de muy mala gana—, en un sentido estricto eso no es cierto. Yo verifiqué los horarios de las aerolíneas. Si tomaba el último vuelo de Atlanta a Nueva York y volvía en el primer avión de regreso, nadie podía notar su ausencia. Pero eso mismo pudo hacer Carnifex. Al igual que Braun o cualquier otro.

—Eso es fácil de verificar —observó Tachyon—. Aunque Hiram haya usado un nombre falso, una persona de su tamaño se hace notar.

—Pues verifícalo, si te resulta necesario para estar convencido —declaró Brennan —. Yo tengo ya todas las pruebas que necesito.

—¿Y qué me dices del motivo? —demandó Jay—. ¿O es que tú no te molestas con esos detalles? Motivo, conjuntos de evidencia, tribunales, todo eso te resulta una mierda, ¿verdad? Tus métodos son mucho más sencillos. Si Danielito Brennan juzga que alguien es culpable, a ese pobre diablo ya le llegó la hora.

—Tengo evidencia —replicó cortante Brennan—. Suficiente para convencerme de que es verdad.

—Pues hasta donde yo veo, no tienes más que mierda, excepto por un mazo de cartas que encontraste en el bolsillo de un saco —afirmó Jay.

—Ese argumento de Jay es válido —opinó Tachyon—. ¿Tienes pruebas de que Hiram fue quién llevó las cartas a aquel departamento?

—Los gabinetes de la cocina estaban llenos de comidas para gourmet. Había todos los utensilios que necesita un cocinero como Worchester. Y el saco era de lino blanco, a la moda, costoso, hecho a la medida. Talla 68, extra larga. A Chrysalis la mató un as. ¿Cuántos ases usan esa talla?

La habitación se llenó de silencio.

Jay volvió la cabeza para mirar tras él. Hiram seguía sentado en una esquina de la cama. Como no estaba usando su poder sobre la fuerza de gravedad, el colchón se hundía bajo su enorme peso. Tenía el rostro pálido y húmedo, los hombros encorvados y los ojos todavía fijos en el as de espadas caído a sus pies.

La pausa pareció durar un siglo. Los tres tenían la mirada fija sobre Hiram. El as grandulón no parecía darse cuenta de nada, hasta que Tachyon dijo, en voz baja:

—¿Hiram?

Por fin, alzó los ojos y dejó escapar un inmenso suspiro.

—¿Sí, doctor?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó con gentileza Tach.

—No —replicó Hiram—. Hace algún tiempo que no estoy bien.

—Esto es una locura —intervino Jay—. Hiram, no te limites a quedarte sentado ahí. Dile que está en un error.

—¡Ay, cómo quisiera poder hacer eso! —declaró Hiram con serena dignidad—. Nadie sabe cuánto lo deseo.

—Pero ¿qué es lo que dices? —inquirió Tachyon, con la voz llena de horror—. ¿No querrás admitir que esas acusaciones son ciertas?

Hiram asintió con la cabeza, con la mirada ausente y dolorida. El grandulón daba señales de que encontraba difícil hablar.

—Yo… ¡Ay, cómo lo lamento!

De pronto, fue Jay quien se quedó sin palabras.

—Pero tiene que haber una explicación —objetó Tachyon—. No puedo aceptar esto. Tú eres buen hombre, persona íntegra y valiente.

—¡Ti Malice! —barbotó Jay—. ¡Ese jodido, esa cosa te estaba montando, usaba tus poderes, tu cuerpo!

Se interrumpió y se volvió para encarar a Brennan.

—No entiendes la situación. Hiram fue una víctima. Suponiendo que haya sido él, no fue nada más que un instrumento.

—No, Jay —interrumpió Hiram, hablando con serenidad—. Aprecio tu lealtad, pero… no fue como tú dices. La maté yo. Solamente yo. ¡Que Dios me ayude!

Volvió a quedar en silencio, con los ojos absortos en su interior.

—Cuéntanos, Hiram —le imploró Tachyon.

Por unos momentos, Hiram parecía no haber escuchado. Pero, tras esa pausa, el corpulento as se puso a hablar. Su voz abrumada de fatiga era tan tenue que los tres tenían que esforzarse para oír sus palabras.

—Necesitaba el beso —dijo Hiram, dando principio a su narración—. Por eso

volé a Nueva York aquella noche. Tomé el último vuelo, tal como lo supone Jay. Ustedes no pueden saber lo que significa estar sin el beso… Mi necesidad era terrible.

Hizo una breve pausa. Reanudó su relato, con sencillez.

—Así que tomé el vuelo y fui a verlo en secreto. Él siempre tenía… otras monturas a mano. Ti Malice no estaba solo nunca. Cuando llegué, montaba a Sascha. Pero mi… amo se mostró complacido de verme. Dejó a Sascha y me dio su beso a mí.

Hizo una breve pausa, y continuó su relato.

—Entonces Sascha me contó todo. Estaba furioso. Quería desquitarse, porque yo le había arrebatado a Ti Malice, ¿saben?, y no hay nada igual de horrible en el mundo. Él quiso hacerme daño, por eso me dijo que Chrysalis había contratado a un hombre para asesinar a Gregg Hartmann. Sascha estaba al tanto de mi trabajo a favor de Hartmann, y sabía que yo había depositado en Gregg mis esperanzas, mi fe y mi lealtad, confiaba en él y trabajaba con todas mis fuerzas. El telépata había logrado pescar eso en la mente de ella esa misma mañana. Su poder siempre se ha limitado a la superficie, ya saben, es de la clase menos potente de telépatas, pero ella debió de haber tenido su proyecto a flor de mente.

»En ese momento no me molestó. Cuando Ti Malice honra a una persona con su beso, todo se siente tal como debería ser, y nada le parece mal a uno. Pero después de unas cuantas horas, el amo quiso pasar el beso a Ezili, y me abandonó. Fue en aquel instante que tuve conciencia reíd de las palabras pronunciadas por Sascha. No podía creerlo. Me pareció monstruoso, una obscenidad insufrible. Yo conocía a Chrysalis. No demasiado bien, pero la conocía, pasamos cinco meses juntos en el *Carta Marcada*. No podía creer yo que ella fuera capaz de algo así. Tenía que confrontarla. Me vestí y fui al Palacio de Cristal.

»Estaba a solas en su oficina, jugando al solitario. Tienen que creerme, mi intención nunca fue hacerle daño. Le dije lo que había oído, y exigí que me dijera si era o no cierto. No lo negó. No dijo nada. Me echó una mirada suspicaz y prosiguió con su juego de cartas. Cuando quise presionarla, no conseguí más que respuestas evasivas, absurdas, en ese irritante acento británico que fingía. Si tan sólo me hubiera hablado, si me hubiese dicho lo que sabía sobre Gregg, lo que había visto… quizás al principio no le hubiera creído, pero al menos la habría escuchado. ¡Ay, mi Dios! ¿Por qué se negó a *hablarme*?

—Porque no confiaba en ti, Hiram —declaró Jay, con triste certidumbre—. Élla era así. No confiaba en nadie.

—Traté de que comprendiera… la importancia de mi pregunta. Quise hacerle ver que Gregg era un hombre de una gran bondad —continuó Hiram, sonriendo amargamente—. Hablé sobre sus principios, su valentía, su compromiso con todos nosotros, los jokers y los ases, le dije que él era nuestra última esperanza. ¡Santo Dios, ella debió de haberme tomado por un verdadero idiota!

Hiram tenía la cara llena de lágrimas.

—¡Le rogué! Le *supliqué* que me confirmara lo que Sascha me había dicho… y que si era verdad, cancelara su proyecto. Todo el tiempo que yo hablaba, ella seguía jugando con sus cartas, las volteaba una por una, las ponía en su sitio. Recuerdo que hacían un ruidito, un golpecito seco cada vez que sacaba una del mazó. Negro sobre rojo, rojo sobre negro. Su cara… como una calavera. No podía saber lo que estaba pensando. Me recordaba a la muerte, viéndola ahí sentada jugando a las cartas mientras el asesino contratado por ella salía a ejecutar la misión que le tenía encomendada. ¿Con qué derecho? Yo le hice esa misma pregunta, y no me quiso contestar. En ese punto, me dominó la ira. Me enojé mucho, la acusé, la amenacé, le dije que iba a acudir a la policía. Entonces ella me miró por fin, y me dijo que yo no haría nada, que ella también sabía algunas cosas sobre mí, y supe enseguida que se refería a Ti Malice. Enseguida me mandó salir de ahí. Me rehusé. Le volví a rogar que me hablara, que escuchara lo que yo iba a decirle. Pero se rió, y quiso levantarse de su silla. Fue entonces que… que…

Su voz se fue perdiendo en el silencio. Hiram Worchester se miró las manos, que tenía apoyadas en las rodillas. Los dedos de la mano derecha se cerraron despacio en un puño, y se volvieron a abrir con la misma lentitud.

—Traté de forzarla a que se sentase de nuevo —prosiguió, con un ronco susurro —. Sólo quise hablar con ella un poco más, eso es todo, lo juro. Élla estaba a punto de irse y dejarme con la palabra en la boca, y no pude soportarlo. Así que hice un puño y traté de obligarla a sentarse en la silla de nuevo. Es algo que he hecho docenas, cientos de veces… mantenerla en su sitio con mi poder, eso fue todo lo que quise hacer, para que me hablara, me dijera la verdad… Que me dijese el nombre del asesino contratado, para poder evitar el crimen. No quería más que hacerla sentarse y escucharme… pero…

Hiram se abandonó a sus emociones, se ahogó con sus propias palabras, su corpachón se sacudía por sollozos secos. Sin embargo, Jay no necesitó oír más. Se acordó de Chrysalis tal como se la había encontrado. La silla convertida en astillas bajo ella, sus huesos destrozados. Podía imaginarse lo demás. Un puño cerrado con furia, una mente cegada por la ira… En ese segundo, ¿cuánto habría llegado a pesar el cuerpo de Chrysalis? ¿Mil kilos? ¿Dos mil?

—Has dejado fuera el final de tu historia —observó Brennan—. Después de matarla, acabaste el trabajo. Primero juntaste sus cartas, excepto el as de espadas, que tiraste sobre su cadáver para inculparme. Pero no te bastó con eso, ¿verdad? Una autopsia indicaría la causa de su muerte, y te señalaría como autor del asesinato. Pero los huesos rotos, los muebles destrozados, eso te sugirió disfrazar la escena como una pelea, así que causaste algunos daños más a los muebles. Enseguida, para completar el engaño, te arrodillaste e hiciste muy pesado el puño, para sugerir que alguien de fuerza sobrehumana le había aplastado la cabeza al golpearla.

Hiram se encorvó.

—No… no podía permitir que me atraparan. Sin el beso… no podía enfrentarlo.

Y estaba la campaña, además… Yo era un as, un delegado a favor de Hartmann, y si se sabía la verdad, todo iba a quedar destruido. Hasta podría causar que Barnett obtuviera la nominación. ¡Tanto estaba en juego…! Fui… presa del pánico. No como dices tú… algo frío… calculado.

Sus dedos gruesos tiraban de los pelos de su barba.

—¿Tú crees que no? —le preguntó Brennan—. Cometes un asesinato, inculpas a otro por el crimen, y ahora dices que todo fue un error. Y no te vi confesar cuando creíste quedar impune.

Apuntaba el arma al centro del pecho de Hiram. Prosiguió:

—Estabas dispuesto a dejarme pagar por el asesinato, y cuando la policía, en cambio, le echó el guante a Elmo, no dijiste una sola palabra.

El tono de Brennan era sereno, sin inflexiones, pero Jay percibía la furia dentro de su voz, implacable y fatal.

Hiram agachó la cabeza de nuevo.

—No. No dije nada —murmuró, con la cara cubierta de vergüenza—. Si vas a matarme, hazlo de una buena vez.

Fue en ese instante que Jay Ackroyd tomó una decisión y se interpuso entre Hiram Worchester y Daniel Brennan.

—Quítate de en medio, Ackroyd —ordenó Yeoman.

—Daniel, Jay, por favor —suplicó débilmente Tachyon, desde la silla donde estaba abrumado por el dolor y la miseria.

Ninguno de los dos le hizo caso.

—Pretendes que Chrysalis era tu amiga —dijo Yeoman—. ¿Por qué te pones como escudo de su asesino?

—Fue un accidente —argumentó Jay—. Ya oíste su confesión. Ten un poco de maldita misericordia.

—La misericordia es tarea de Dios —repuso Brennan—. La mía es hacer justicia.

—Ya lo creo —ironizó Jay—. Cuéntaselo a todos los que has matado. Cuéntales eso a sus viudas y novias. A sus padres. A los hijos que algunos de ellos deben de haber dejado huérfanos.

—Éllos asumieron sus riesgos con plena conciencia. Los hombres que he matado me habrían matado a mí igual de rápido, si les hubiera dado la menor oportunidad de hacerlo. Y nunca he matado a una mujer inocente.

—Chrysalis fue muchas cosas —afirmó Jay—, entre ellas, fue amiga mía, aunque tú pienses lo contrario. Pero nunca fue inocente.

—Yo conocí a Chrysalis —aseveró Brennan—. Élla hacía lo que debía hacer.

—¡A la mierda con eso! —objetó Jay—. Hacía lo que elegía hacer. Y eligió mandar a un asesino por contrato a Atlanta. Conforme a las últimas cuentas, dos agentes del Servicio Secreto, el gerente de un hotel y un periodista han muerto, todos como consecuencia directa de aquella decisión, y quedamos así de cerca de agregar el nombre Jack Braun a la lista. No defiendo lo que hizo Hiram, pero desde mi punto de

vista tiene las manos mucho más limpias que tú.

—Jay —intervino Tachyon con suavidad—. Las muertes que ha hecho Brennan han sido cuestión de honor. Una deuda de sangre. En Takis…

—Lo que está afuera de esa ventana es Georgia, no Takis —observó Jay—. ¿Por qué defiendes a este maniático homicida?

—Le debo la vida —replicó Tachyon.

—Le debes la vida —repitió Jay, con repugnancia—. ¡Qué bien! Pues también tienes la misma deuda con Hiram, ¿te acuerdas? Para no mencionar que también me la debes a mí. Y si te lo piensas, le debes la vida al cabrón de Gregg *Hartmann*, si es verdad lo que cuentan los periódicos sobre Siria. Y además hay que contar a la Tortuga, Golden Boy, Straight Arrow… ¿Acaso hay alguien a quien no le debas la vida?

—A Brennan le debo dos veces la vida —confesó el alienígena, con voz débil—. Nunca podré traicionar mi lealtad.

Ackroyd quería gritar. Pero se contuvo y encaró a Yeoman.

—Bueno, pues yo no te debo un carajo —declaró—. ¿Es justicia lo que quieres? Muy bien. Entreguemos a Hiram a la policía, y será sometido a un tribunal. Pero que sea de dos por uno, ¿no crees? Eres muy buen servidor de la justicia, ¿no? ¿Qué tal si te sirves también con el mismo cucharón? Entrégate junto con Hiram. A ver si eres capaz de pararte frente al juez y contarle sobre tu jodida guerra.

—Yo no respondo más que a mi propia conciencia, Ackroyd, y para hablar con franqueza, me importa un carajo tu opinión —repuso Brennan—. No voy a entregarme. Por última vez, quítate de en medio.

Hubo una larga pausa. Jay fijó los ojos en Brennan, que le devolvió la mirada. Tachyon miraba desesperado a uno y al otro, y se esforzó por levantarse de la silla. Con un solo brazo era un proceso lento y torpe.

—Yo puedo alzar el dedo rápido —amenazó Jay a Brennan.

—Voy a apretar el gatillo en el momento en que empieces a alzar una mano —le informó Brennan—. ¿Qué probabilidad hay de que puedas teletransportar una bala en vuelo?

—Una en un millón —admitió Jay—. Pero eso si tú no titubeas. Una fracción de segundo basta para que te encuentres disparando a través de los barrotes de The Tombs.

—¿Y tú crees que soy de los que titubean? —preguntó Brennan en voz baja.

Su mano sostenía la pistola con firmeza. Jay consideró la pregunta de Brennan, y no le gustó la respuesta de sus pensamientos. Se arriesgó a echar una mirada sobre el hombro. Hiram seguía encorvado a la orilla de la cama, con la mirada perdida, por completo ajeno a lo que estaba pasando. En cualquier caso, no parecía que el gigantesco as pudiera ser factor en lo que sucediera a continuación.

—Hay alguien más aquí —anunció Tachyon con voz tenue—. Otra mente. En la pared.

—¡Genial! —comentó Jay lleno de amargura, reprochándose por no haberlo previsto—. Tu putita fantasma, ¿no?

—Eso cambia la correlación de fuerzas un poco, ¿no te parece? —observó Brennan, sonriente.

Jay flexionó los dedos y sus ojos se fijaron en el cañón de la Walther de Brennan. Le recordó el aborrecimiento que abrigaba por las armas, y por los cabrones que las llevaban consigo.

Los fríos ojos grises de Brennan le indicaron que se le estaba acabando el tiempo. No quedaba más remedio que jugársela.

Brennan sintió una prensa que le inmovilizaba el cerebro. Por un momento sintió pánico de ser víctima de un acceso epiléptico o algo similar, pero enseguida se dio cuenta de que era Tachyon. El control mental del doctor Tachyon. Se rebeló contra ese poder, lo resistió con toda la fuerza que tenía en el cuerpo y en la mente. Pero en vano. El único movimiento que podía hacer su cuerpo era con los ojos. Escudriñó la habitación y vio a Jennifer salir de la pared caminando como muñeca.

—¡Gran acción, doctor! —dijo Ackroyd—. Ahora hay que…

—No.

—Oye, maldita sea…

—Hay que tomar decisiones. Es menester discutirlas antes de tomarlas.

—Yo he tomado mi decisión.

—Con la cual yo no estoy de acuerdo —le explicó Tachyon, de plano—. Te pido que me consideres a mí en esto, Ackroyd. Me encuentro en medio de tres amigos.

El detective se quedó mirando a Brennan.

—¡Amigos! —resopló.

Poco a poco, Tachyon volvió a su asiento. Brennan podía ver reflejado en su rostro el esfuerzo que estaba realizando, pero la prensa mental que le había aplicado seguía firme.

—Hablaremos —afirmó el extraterrestre—. Pero antes la paz descenderá sobre esta habitación.

Tachyon se agachó y sacó su daga de la funda de la bota, y la arrojó sobre la alfombra, a sus pies. Con el cuerpo tieso, Jennifer se movió hacia Tachyon y dejó caer su pistola al lado del cuchillo. Tachyon se volvió a Brennan.

—Daniel, ¿quieres dejar tu arma en el piso?

No tenía caso porfiar estúpidamente. No le era posible romper el control mental de Tachyon y no parecía probable que las cosas cambiaran si él insistía en conservar la pistola. Asintió con un movimiento imperceptible.

—¿Ackroyd? —inquirió Tachyon—. ¿Qué dices tú?

—¡A mí me cagan estas ceremonias taquisianas!

—Puedo tomar control de tu mente y dejarte como maniquí en estas pláticas. Pero

prefiero que participes.

—Sí, bueno, de acuerdo.

—Manos en los bolsillos, por favor.

Tachyon liberó a Brennan, que dio un paso adelante y dejó la pistola a los pies del extraterrestre, después de lo cual le lanzó una mirada de amargo reproche.

—Me has traicionado —declaró.

—Evité un asesinato —replicó el alienígena.

—En defensa propia…

—¡*Basta ya, por favor*! Son juegos de palabras. ¡Matar, todo es matar! Tú matas a Jay porque intenta enviarte a The Tombs. Matas a Hiram porque tienes que hacer que se cumpla la justicia. El resultado final siempre es el mismo: ¡muerte y más muerte! ¡Y eso tiene que parar!

Tachyon se puso la palma de la mano en la frente, como queriendo empujar el sufrimiento al interior. Se dio vuelta hacia Worchester, el testigo mudo de todo lo anterior.

—Hiram, ¿qué te propones hacer?

—Eso ya está decidido —se interpuso Jay—. Hay que llevar…

—¡Cállate! ¿Hiram?

—Volveré a Nueva York y me entregaré a las autoridades.

—Estoy dispuesto a aceptar eso —declaró Brennan.

Era una manera razonable de poner punto final a todas sus dificultades. Una solución que Chrysalis entendería.

—No escuché que nadie pidiera tu opinión de mierda —refunfuñó Jay.

—Pues más te vale tomarla en cuenta —aseveró Brennan, y giró el rostro para encarar a Worchester—. Si al llegar al aeropuerto cambias de parecer y decides huir, entérate de una vez por todas que no volverás a conocer un día de paz en tu vida. Yo iré por ti.

—Cómo me sorprende, Daniel, tu certeza rígida, tu seguridad en tener la razón —observó Tachyon—. ¿Quién te ha designado Dios? ¿Quién te dio el derecho de poner tu juicio sobre el de todos los demás?

Brennan soltó una risa breve y dura que sonó a ladrido.

—¡Qué chistoso suena eso en tus labios, Tachyon! Libera a Jennifer.

—No —dijo Tachyon, meneando la cabeza.

—¿Por qué no? —inquirió Brennan, encendido de una rabia que no podía contener más—. Hemos llegado a un acuerdo.

Jay se lanzó hacia delante.

—No hemos llegado a ningún acuerdo. Hiram va a ser sometido a juicio, y tal vez vaya a prisión por haber cometido un error, ¿y este tipejo queda libre? ¡A la mierda! Si su guerrita le sirve de excusa, entonces Hiram debería ser del todo exonerado.

—Jay —repuso Tachyon, moviendo la cabeza—, estás dejando que tu ira hable en lugar de tu cerebro. Elmo está acusado de un crimen que no cometió. Hiram ha

confesado ser el autor. Debe someterse a juicio.

—Sí, pero se trata de un caso de homicidio involuntario. A lo más, homicidio voluntario. Puede que Hiram quede en libertad bajo palabra. ¿Cómo va a reaccionar a eso Danielito? —preguntó Jay, señalando a Brennan con el dedo pulgar.

—Tendremos que ver qué pasa, ¿no crees? —repuso Brennan fríamente.

—¡Al diablo! —estalló Jay—. ¿Por qué no dejamos que Hiram escriba su confesión y se suba a un avión al Tíbet o adónde se le pegue la gana?

—Morirá antes de subir a ese avión —declaró Brennan.

—No morirá si tú ya estás tras las rejas.

Hiram se movió y se levantó de la cama. Su aspecto ya no era el de una persona perdida, o de víctima. Al contrario, parecía haber llegado a una decisión y estar determinado a llevarla a cabo.

—Ustedes pueden seguir hablando hasta que les caiga una maldición encima —declaró—. Esta decisión me corresponde tomarla. Yo iré a Nueva York para someterme a juicio porque elijo hacerlo…

Hizo una pausa para mirar a Brennan a los ojos.

—… y no porque tenga miedo de ti. No te temo.

Brennan pudo ver que decía la verdad. Hiram había pasado por el fuego, y salía de él limpio. Parecía no tenerle ya miedo a nada.

—Hiram… —comenzó a decir Jay.

—Jay, tu amistad me reconforta, pero tengo que hacer esto. He sido un títere demasiado tiempo. Primero… de él… luego, de Ti Malice. Ya se terminó. No volveré a ser títere de nadie.

—Hiram está en lo correcto —sentenció Tachyon, con tono apasionado—. ¿Es que nadie puede entender? El juicio de Hiram es un punto crítico no sólo para Elmo o el mismo Hiram, sino para todos nosotros. La ley es el testigo de nuestra vida moral. Su historia es la historia del desarrollo moral de la raza humana. Pero una intervención de mi raza ha roto el equilibrio. Creamos seres sobrehumanos, y el resultado ha sido un caos cada vez mayor. La Tortuga lleva a cabo sus ataques con impunidad porque en sentido literal está blindado físicamente, pero en sentido figurado lo protege el secreto de su identidad. Yo puedo invadir la mente de las personas. Tú, Jay, violas sus derechos civiles. Y tú, Daniel, los matas. Si no demostramos nuestra voluntad de ser regidos por la ley, entonces seremos todo aquello de lo que Barnett nos acusa: peligrosos y rebeldes, y merecemos ser controlados porque nos rehusamos a que nos gobiernen las reglas de una sociedad civilizada.

—Eso resulta fascinante —opinó Brennan, en tono muy seco—. Pero se te olvida algo. Yo no soy wild card. Tan sólo una persona normal.

Jay giró hacia él.

—Hijo de puta. Tachyon, no has hecho sino convencerme de que estoy en lo correcto y que a este matón es necesario ponerlo tras las…

Jay se quedó mudo a media oración. Brennan miró a Tachyon, pálido y desencajado, que se había levantado a medias de su silla.

—Sí —admitió Tachyon, con fatiga en la voz—. Aquí me tienes de nuevo, jugando a ser Dios. Vete, Daniel. Toma a tu mujer y vete. No vuelvas más. Si regresas, debes saber que no contarás con mi ayuda.

El cuerpo de Jennifer se meció como el de un borracho cuando Tachyon la liberó. Brennan la abrazó para que no se cayera. Miró una sola vez a Tachyon antes de abandonar la suite del hotel, y el alienígena le devolvió la mirada. Ambas expresiones carecían de sentimientos de amistad.

Una vez que Brennan y su amante se hubieron ido, Tachyon dejó de ejercer la férrea sujeción del cuerpo y la mente de Jay. El extraterrestre temblaba, con la frente cubierta por gotitas de sudor.

El detective corrió a la puerta, la abrió y miró a ambos lados del corredor. No había nadie esperando los ascensores. Con gran rapidez fue a las escaleras, y empujó la puerta de emergencia, jadeando. Las escaleras estaban vacías, en silencio. Se habían ido.

Lanzando juramentos, Jay giró sobre los talones y regresó furioso al cuarto. Cerró de un portazo después de entrar. El ruido provocó un gesto de dolor en Tachyon. Jay le apuntó con un dedo, trémulo de tensión.

—Espero que te des cuenta de lo que acabas de hacer —declaró, lleno de amargura—. Acabas de dejar libre en las calles a otro igual a Deceso.

Tachyon lo miró un largo rato, sin decir nada. Entonces los grandes ojos lilas se pusieron en blanco, y el pequeño interplanetario cayó como un tronco, desmayado.

—¡Por todos los diablos! —prorrumpió Jay.

Era un final perfecto para una semana perfecta. Le lanzó una mirada de cansancio a Hiram.

—Vamos —le dijo—. Ayúdame a acostar a este cabroncito.

10:00 p.m.

A VECES, IBA PENSANDO BRENNAN, EL DEBER NO SE ACABA NUNCA. Él y Jennifer se habían ido de Atlanta de inmediato. Recogieron la camioneta de Brennan del estacionamiento del aeropuerto y se dirigieron al lugar en donde poco antes había estado el Palacio de Cristal. Brennan salió del vehículo y se acercó a las ruinas.

Se había hecho de noche. En la calle transitaban muy pocos peatones. Nada los hacía acudir a ese lugar, una vez muerta la dama de cristal y destruido su palacio. Brennan se quedó mirando los escombros un largo rato. El olor a quemado seguía en el aire, y por la mente del arquero pasaron los ríos de sus recuerdos. Giró hacia uno

de los montones de escombro que estaban apilados desde los disturbios de Jokertown. Esperó hasta que vio unos ojos que parpadeaban entre los desechos.

—¿Cómo están? —preguntó.

—Muy tristes. La Señora se fue y han quemado nuestra casa.

—Yo no quería que pasara eso —observó Brennan.

—Pero eso fue lo que pasó —acusó la vocecita.

—Sí, eso fue lo que pasó —admitió Brennan—. ¿Ya tienen adónde ir?

La cabecita se meneó en negación.

—Te equivocas. Sí tienen.

11:00 p.m.

Digger Downs se hallaba tecleando furiosamente en una laptop, tan absorto que ni siquiera se dio cuenta de que Jay entraba en su departamento.

—Se te olvidó cerrar la puerta con llave —indicó Ackroyd con voz estentórea.

Digger despegó los ojos de la pantalla, sobresaltado, y miró a Jay con expresión culpable. El reportero medía ya bastante más del metro y veinte, aunque aún no tanto como metro y medio. Parecía un niño jugando con algún programa educativo.

—Tú —fue todo lo que dijo.

—Yo —admitió Jay—. Hablo en serio, conviene que cierres bien la puerta. No se sabe nunca quién pudiera entrar y destrozar todas tus cosas.

Echó una mirada a su alrededor para subrayar su argumentación. El departamento de Digger estaba tal como lo había dejado Mackie Messer.

—Así que has tenido el descaro de aparecer por aquí —comentó Digger—. Pude haberme muerto en esa jodida caja para gatos. Me enviaron hasta Alaska.

—Alaska, Atlanta, para ser un error burocrático no se equivocaron tanto —repuso Jay, y sonrió—. Mira, al menos no tuviste que sufrir la comida que te dan en el avión.

—¡Eso no tiene gracia! Debería ponerte una demanda —farfulló Digger—. Para cuando llegué a Georgia, ya era tan grande que tuvieron que cortar el contenedor para sacarme de ahí.

—Si acaso te sirve de consuelo, lo mío no fue pura diversión —declaró Jay, mientras atravesaba la caótica habitación observando dónde ponía los pies—. ¿No te han dicho que eres un ama de casa muy sucia?

Digger gruñó, con cara malhumorada.

—No pienso tocar nada hasta que haya venido el fotógrafo.

Jay suspiró.

—Ya sospechaba que ibas a decir algo parecido. ¿Qué es lo que escribes?

Digger se apresuró a presionar una tecla para guardar el archivo en que estaba

laborando y de inmediato cerró la tapa de la computadora a fin de evitar que Jay pudiera leer lo que estaba en la pantalla.

—A ti qué te importa —replicó—. ¿Cómo supiste que estaba de regreso en mi casa?

—¿Ya se te olvidó que soy detective? —reviró Jay, mientras despejaba un lugar en un extremo del sofá en donde a continuación se sentó—. Oye, no hagas esto más difícil de lo necesario. Mi único deseo es largarme de tu casa, ingresar a un hospital y pasar un mes bajo los efectos de los más serios analgésicos.

—¿Quién te lo impide? Vete.

—No hasta aclarar algo contigo. No vas a escribir nada sobre Gregg Hartmann.

Digger rompió a reír.

—Cómo diablos crees que no voy a escribir sobre eso. Es el reportaje de mi vida. Lo voy a contar todo… Siria, Berlín, Mackie Messer, el Palacio de Cristal, todo… Lo colgaré para ver cómo se mece en el viento. Veo un número extraordinario de ¡*Ases*! totalmente dedicado a la investigación sobre Hartmann. O quizá sea mejor idea vendérselo al *Washington Post*, para enseñarle a la zorra de Sara Morgenstern una o dos cositas.

Dio un manotazo sobre la tapa de la computadora.

—Cuando esto se publique, Greggie tendrá suerte si no lo linchan.

—Gran cosa —dijo Jay, con un cansancio abrumador—. ¿Y cuántos otros wild cards serán linchados en su lugar? ¿No has pensado en eso?

—No es asunto mío —afirmó Digger, petulante—. Soy periodista, eso es todo. Me limito a decir la verdad, caiga quien caiga.

—Sí —comentó Jay—. Es gracioso que cuando se trataba de tu propio pellejo decidiste guardar silencio.

El detective alzó una mano para detener la réplica de Downs.

—Sólo te pido que me escuches. Ya lo he discutido con Tachyon. Él asevera que esta historia no debe contarse nunca. Y está en lo correcto, por una serie de razones, Digger.

Se las explicó, una por una. Pero Digger se mantuvo inconmovible.

—Me estás pidiendo ser cómplice de un encubrimiento —declaró, una vez que Jay hubo terminado.

—¡Exacto! Has entendido.

—De ninguna manera —se rehusó Downs, indignado—. Tengo ética. Además, ¿acaso no estoy en mi derecho? ¿Por qué voy a dejar que Hartmann siga tan campante? ¡Él trató de hacerme *matar*! Ni lo pienses, Ackroyd.

—Yo sé quién mató a Chrysalis —indicó Jay—. Mañana por la mañana se va a entregar a la policía en la estación de Jokertown. Si aceptas cancelar tu reportaje sobre Hartmann, puedo darte este otro a cambio. El asesino te entregará en exclusiva su confesión completa antes de que se presente a la policía.

Jay había hablado ya con Hiram sobre tal posibilidad durante el vuelo de regreso.

El corpulento as dio su consentimiento. La actitud de Hiram era la de hacer casi lo que fuera para que no corriera más sangre.

—Es un reportaje fantástico —le aseguró Jay—. Tiene chantaje, drogas, sexo, muerte, ases, jokers, todos los ingredientes. De lo más jugoso.

El detective sabía de lo que estaba hablando. Entre él y Tachyon habían armado la historia minuciosamente, dejando fuera toda mención de Hartmann o de James Spector. Ti Malice era suficiente como villano.

—Te lo puedo dar en exclusiva —le prometió Jay a Digger—. Mira, a ver qué te parece esto. Puedo organizar que el asesino se entregue a ti, para que tú lo entregues a la policía.

Por un momento, Digger titubeó ante un ofrecimiento tan tentador. Pero de pronto se le torció la expresión y frunció el ceño con enfado.

—¿Acaso piensas que soy idiota? El reportaje de Hartmann va a salir en las primeras planas de los periódicos de costa a costa, me invitarán a los principales programas de televisión, escribiré un libro, me ganaré el premio Pulitzer seguro, y hasta el Nobel. No voy a cambiar todo eso por un reportaje sobre un vulgar crimen en Jokertown. ¡Hazme el favor! ¿Chrysalis? ¿A quién le importa? No es más que otra joker muerta.

—Puedo ofrecerte dinero —propuso Jay.

Digger se indignó.

—Oye, a mí no se me puede sobornar, ¿sabes? Guárdate tu cochino dinero. El público de Estados Unidos tiene derecho a conocer la verdad.

Jay soltó un hondo suspiro. Se le estaban acabando las municiones.

—Bueno, como tú quieras —declaró, poniéndose de pie—. Una vez que saques tu pequeño reportaje, las cosas se van a poner de lo más feas para los wild cards, pero si te crees capaz de soportar lo que se te va a venir encima, hey, ¿para qué discutir contigo?

Dio un paso hacia la puerta.

—¿A mí? —preguntó Digger—. ¿Qué se me va a venir encima?

Jay se volvió a mirarlo.

—Tú eres un as, ¿no? —repuso, con tono inocente, mientras se tocaba un lado de la nariz con el dedo y alzaba una ceja, con una mirada significativa.

—Pero eso no lo sabe nadie —objetó Digger.

Jay sonrió.

—¡No serías capaz! —dijo Digger, horrorizado—. Eso te lo dije en confianza, hombre. Si alguien se entera, podría hundirme en un mar de mierda.

—¡Cuánta verdad encierran tus palabras! —deploró Jay con un gesto de compasión—. Ya sabes, si de mí dependiera, no diría nada, pero…

Se encogió de hombros.

—… ¡el público de Estados Unidos tiene derecho a conocer la verdad! Ya tenía la mano puesta en la manija cuando sonó la voz de Digger:

—Ackroyd.

Jay lo miró sobre el hombro.

—¿Qué?

Downs lo vio con ojos calculadores.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —inquirió el reportero.

Medianoche

Hicieron un alto en el Mesón de la Manzana Roja, un restaurante abierto las veinticuatro horas en la Ruta 17. Brennan salió del coche y entró en el establecimiento.

—Necesito diecisiete hamburguesas con queso, por favor, doce hot dogs de treinta centímetros con frijoles, más tres con mostaza y sauerkraut, veintiséis órdenes grandes de papas fritas, quince Coca-Colas, diez Seven-ups y un café grande, negro.

—¡Santo Jesús, señor! —dijo el hombre tras el mostrador—. ¿Qué es lo que trae en su camioneta? ¿Una manada de animales hambrientos o algo así?

—Unos cuantos amigos, nada más —declaró Brennan, poniendo el dinero sobre la barra.

Brennan se dio vuelta para observar el estacionamiento mientras el dependiente iba a preparar su orden. La luna estaba a punto de ocultarse tras el horizonte. Colgada en la orilla del mundo, Brennan pensó que se parecía a una calavera sonriente. Con un poco de imaginación fue fácil añadirle ojos del más profundo azul y unos labios de coral. Le devolvió la sonrisa a medida que se iba hundiendo en el horizonte, y en voz baja le dijo:

—Adiós.



Créditos finales

PROTAGONISTAS	creados y escritos por
Jay (Popinjay) Ackroyd	George R. R. Martin
Daniel (Yeoman) Brennan	John J. Miller
COPROTAGONISTAS	creados por
Jennifer (Espectro) Maloy	John J. Miller
Thomas (Digger) Downs	Steve Perrin
Blaise Andrieux	Melinda M. Snodgrass
Hiram Worchester	George R. R. Martin
Ti Malice	John J. Miller
Oddity	Stephen Leigh
Doctor Tachyon	Melinda M. Snodgrass
Madre y sus hijos	John J, Miller
ACTUACIONES ESPECIALES	creados por
Charles Dutton	Walton Simons
Lazy Dragón	William F. Wu
Ezili Le Rouge	John J. Miller
Detective Jan Maseryk	Chris Claremont
Detective Harvey Kant	Walter Jon Williams
Big Joe Jory	John J, Miller
Quasimán	Arthur Byron Cover
Padre Calamar	John J. Miller
Fundido	George R. R. Martin
Sascha Starfin	John J. Miller
CON LA PARTICIPACIÓN DE	creados por
Doug Morkle (Durg Morakh)	Víctor Milán
Elmo Schaeffer	John J. Miller
Jack (Golden Boy) Braun	Walter Jon Williams
Billy (Carnifex) Ray	John J. Miller
Robert (Bludgeon) Seivers	George R. R. Martin
Trípode	John J. Miller
Nephi (Straight Arrow) Callendar	Walter Jon Williams
Estigmato	Stephen Leigh
Squisher	John J. Miller
Jube (Morsa) Benson	George R. R. Martin
Doughboy	Víctor Milán
Embrujo	George R. R. Martin
Wyrm	John J. Miller
Mackie Messer	Víctor Milán



GEORGE R. R. MARTIN nació en 1948 en Bayonne (Nueva Jersey), y en la actualidad reside en Santa Fe (Nuevo México). Hijo de un estibador de familia humilde, su anhelo por conocer los destinos exóticos de los navíos que veía zarpar de Nueva York fue uno de los motivos que lo impulsaron a escribir fantasía y ciencia ficción.

Licenciado en Periodismo en 1970, en 1977 publicó su primera novela, *Muerte de la luz*, novela de culto dentro del género y obra cumbre de la ciencia ficción romántica. Desde 1979 se dedica completamente a la escritura, y de su pluma han surgido títulos como *Una canción para Lya* o *El Sueño del Fevre*, donde su prosa sugerente y poética aborda temas tan poco usuales en el género como la amistad, la lealtad, el amor o la traición, desde una perspectiva despojada de manierismos pero cargada de sensibilidad. Como antologista cabe destacar su trabajo a cargo de Wild Cards, antología de mundos compartidos con temática de superhéroes de gran prestigio.

A partir de 1986 colabora escribiendo guiones y como asistente para series de televisión como *The Twilight Zone* o *Beauty and the Beast*, así como en la producción de diversas series y telefilmes. En 1996 inicia la publicación de la serie de fantasía épica Canción de Hielo y Fuego, éxito de ventas en Estados Unidos y auténtico revulsivo del género fantástico.